

Comentario Antiguo Testamento Andamio

DEUTERONOMIO

No sólo de pan

Raymond Brown

Coeditado por Publicaciones Andamio® y Libros Desafío®

PUBLICACIONES ANDAMIO

C/ Alts Forns nº 68, sòt. 1º,

08038 Barcelona

España

Tel-Fax: +34 93 432 25 23

Correo-e: editorial@publicacionesandamio.com

Publicaciones Andamio es la sección editorial de

los Grupos Bíblicos Unidos de España (G.B.U.).

LIBROS DESAFÍO

2850 Kalamazoo Ave. SE

Grand Rapids, Michigan 49560

EE.UU.

1-800-333-8300 ó 616-224-0728

ventas@librosdesafio.org

«DEUTERONOMIO»

Autor: Raymond Brown

Copyright © 1993 Raymond Brown

All rights reserved. This translation of *The Message of Deuteronomy* first published in 1993, is published by arrangement with Inter-Varsity Press, Leicester, United Kingdom.

© PUBLICACIONES ANDAMIO ®

1ª Edición 2005.

2ª Edición 2009/2011

NOTAL EDITORIAL: la versión de la Biblia utilizada por el autor es sensiblemente diferente a la tomada como referencia en castellano, es decir, la Versión Reina-Valera.

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización de los editores.

Imagen de la portada: Joan Cots

Traducción: Daniel Menezo

Deposito legal: B-45360-2009

ISBN Andamio: 978-84-92836-69-7

ISBN Libros Desafío: 978-15-58830-58-5

Índice

Prólogo

Prólogo del autor

Bibliografía selecta y abreviaturas

Introducción

A. La introducción del pacto (1:1–4:43)

1. El líder y sus compañeros (1:1–18)
2. ¿Miedo al futuro? (1:19–46)
3. Hora de volver a empezar (2:1–3:11)

4. Las bendiciones presentes fomentan el servicio futuro (3:12–29)
5. Ver al invisible (4:1–43)

B. La exposición del pacto (4:44–11:32)

6. La ley proclamada a gran voz (4:44–5:22)
7. La verdad que hay que contar (5:23–6:25)
8. El pueblo de Dios en una tierra nueva (7:1–26)
9. La Palabra de Dios para un tiempo de cambios (8:1–20)
10. Cuando los rebeldes son perdonados (9:1–29)
11. Lo más importante es el amor (10:1–11:32)

C. La aplicación del pacto (12:1–26:19)

12. Honrar a Dios (12:1–14:29)
13. Las fiestas de alabanza (15:1–16:17)
14. El liderazgo responsable (16:18–18:22)
15. Cuando las cosas van mal (19:1–21)
16. Los soldados diferentes (20:1–20)
17. Las familias necesitadas (21:1–23)
18. El amor al prójimo (22:1–23:16)
19. Más sobre el prójimo (23:17–25)
20. Los derechos básicos (24:1–25:4)
21. La ayuda a la comunidad (25:5–19)
22. Qué sucede cuando adoramos (26:1–19)

D. La confirmación del pacto (27:1–30:20)

23. Seguid cuidadosamente sus mandamientos (27:1–29:1)
24. Elegid la vida (29:2–30:20)

E. La distribución del pacto (31:1–34:12)

25. Los líderes de Israel y su mensaje (31:1–29)
26. Aprender cantando (32:1–47)
27. Las últimas palabras (33:1–29)
28. Nadie como él (32:48–52; 34:1–12)

Prólogo

Hay muchos cristianos que a menudo se sienten desorientados cuando leen el Antiguo Testamento. ¿Qué hacemos con estas tres cuartas partes de la Biblia? Es como si de alguna manera tuvieran menos que ver con nuestras vidas, que el Nuevo Testamento. Su contexto nos parece demasiado lejano. Y su literatura muy diferente a

la que conocemos hoy. Porque la verdad es que no hay mucha gente que lea leyes, códigos, oráculos contra naciones extranjeras, o poesía sin rima...

Es cierto que nos gustan algunas de sus historias. Nos identificamos con sus personajes, tentaciones y conflictos. Participamos de la misma realidad de pecado y obediencia, éxito y fracaso... Pero ¿es esto lo que quieren decir estas historias? ¡Todo parece tan subliminal! Porque bien visto, si somos cristianos, ¿no es el Nuevo Testamento, el que nos habla principalmente de Jesucristo, como nuestro Salvador?

“Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismo, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Pedro 1:10–12).

Los profetas indagaron acerca de esto; los ángeles anhelaban verlo; y los discípulos, no lo entendían; pero Moisés, los profetas y todas las Escrituras del Antiguo Testamento hablaban de ello (*Lucas* 24:25–27): Jesús tenía que venir y sufrir, para ser después glorificado. Él no vino sin ser anunciado. Su llegada fue declarada con antelación en el Antiguo Testamento. Pero no sólo en aquellas profecías que explícitamente hablan del Mesías, sino por medio de las historias de todos los sucesos, personajes y circunstancias del Antiguo Testamento.

Dios comenzó a contar una historia en el Antiguo Testamento, cuyo final se esperaba con impaciencia. Desarrolló el argumento, pero faltaba la conclusión. En Cristo, Dios ha llevado el relato del Antiguo Testamento a su culminación. Los cristianos aman por eso el Nuevo Testamento. Pero Dios estaba contando una sola historia, que se extiende a lo largo de todas las páginas de la Biblia. Desde *Génesis* a *Apocalipsis*, Dios desvela progresivamente su plan de salvación.

La Biblia, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, presentan una sola revelación de Dios, centrada en Cristo. Cuando estudiamos los diferentes géneros, estilos y enseñanzas de cada libro, vemos que anuncian y señalan a Cristo. El carácter cristocéntrico de la Biblia puede parecer “oculto en el Antiguo Testamento”, como decía Agustín, pero es “revelado” en el Nuevo. Ver la relación entre Antiguo y Nuevo Testamento es clave para comprender la Biblia.

El Antiguo Testamento nos revela a Jesús. El Dios de Israel es el Dios encarnado en Jesús: “El mismo, ayer, y hoy y por los siglos” (*Hebreos* 13:8). La Biblia de Jesús es el Antiguo Testamento. Los apóstoles se refieren continuamente a él. Porque el Antiguo Testamento no es sólo para Israel. ¡Es para nosotros! Nos enseña acerca de Dios y su propósito en la Historia, pero también sobre nuestra propia vida.

¿Para qué sirve un comentario bíblico?

Aunque hay algunos cristianos que todavía se enorgullecen de no usar nunca un

comentario, cada vez son más los creyentes que aprecian esa literatura que está específicamente destinada a exponer y analizar el texto bíblico. Pocas herramientas hay tan fundamentales en la vida de un predicador, pero también de muchos cristianos con inquietudes por profundizar en el estudio de las Escrituras, que esos libros que denominamos comentarios bíblicos.

El problema es que hay muchos tipos de comentarios. Y no son pocos los que se decepcionan al comprar un libro que luego no les ofrece la ayuda deseada. Es importante por eso considerar qué clase de comentario necesitamos, antes de iniciar la búsqueda de algún título que nos ayude a entender mejor determinada porción de la Biblia.

Conviene recordar en ese sentido, una vez más, que los comentarios son útiles, pero ninguno puede sustituir a la Escritura misma. Así que debemos consultar primero diferentes traducciones —si no conocemos los idiomas bíblicos—, tomándonos tiempo para orar y meditar en la Palabra de Dios, antes de usar cualquier modelo de comentario.

Hay básicamente dos enfoques difícilmente combinables en la literatura expositiva de la Biblia. Uno pretende acercarse al texto con el mayor rigor exegético posible. Por lo que, en un lenguaje bastante técnico, intenta aclarar el sentido de cada palabra en su contexto original. Y otro busca más bien presentar el mensaje de cada libro, esforzándose en aplicar su sentido a la vida personal y social del lector contemporáneo. Entre medio, hay, por supuesto, una enorme variedad de textos que oscilan entre una y otra dirección, pero generalmente podemos distinguir estos dos tipos de comentarios.

¿Qué es un comentario evangélico?

Aquellos que tenemos la extraña costumbre de leer los comentarios bíblicos de principio a final —o sea, de la primera a la última página, como cualquier otro libro—, observamos cómo el estilo de muchos exégetas se va haciendo cada vez más farragoso y oscuro, hasta el punto de resultar casi ilegible. La estructura de muchas colecciones actuales se ha vuelto tan complicada e incomprensible, que sus divisiones parecen multiplicarse indefinidamente. Cuesta entender la lógica de tantas secciones y apartados, sobre todo cuando acompañan unos textos realmente inaccesibles, capaz de desanimar a cualquiera que vaya a estos comentarios para aclarar sus dudas...

Porque lo peor de muchos comentarios modernos, es su lenguaje. La jerga de la crítica bíblica, no sólo es difícil de traducir, sino que parece que ya no la entienden ni siquiera los especialistas —a juzgar por las interpretaciones que hacen unos de otros, cuando se quejan de que les malentienden—. Todo parece que se ha convertido en un inmenso galimatías, donde la complejidad se confunde con la erudición...

Basta leer los antiguos comentarios, para ver cómo es posible exponer un texto con claridad, a pesar de su evidente dificultad... Los que leemos una gran variedad de comentarios, para preparar un estudio o una exposición bíblica, nos encontramos con que no solamente los críticos son difíciles de leer, sino que la lectura de algunos autores

evangélicos actuales, que buscan el reconocimiento académico, se ha convertido también en un verdadero suplicio...

Hay series de comentarios evangélicos, incluso norteamericanos —cuya literatura ha sido siempre conocida por su sentido práctico—, cuyo contenido carece de aplicación alguna. Su teología es dudosa, y claramente difícil de distinguir de otros autores protestantes, que son a veces peores que algunos eruditos católicos, alguna que tratan con más respeto el texto bíblico, y tienen más carácter devocional que algunos comentarios evangélicos. ¡Vivimos tiempos extraños!

La Biblia habla hoy

Es, por lo tanto, refrescante encontrarse con una serie de comentarios como esta, claramente inspirada en la colección *The Bible Speak Today* de *Inter-Varsity Press*. La mayor parte de los libros pertenece a esta colección, pero no en su totalidad. Esta colección sobre el mensaje de los libros del Antiguo Testamento, que ahora traduce al castellano *Publicaciones Andamio*, está editada por veteranos predicadores, como Alec Motyer o Raymond Brown. La erudición de estos hombres no tiene nada que envidiar a la de algunos jóvenes profesores evangélicos, pero su fuerza y claridad están a años luz de muchos autores actuales, más preocupados por las notas a pie de páginas y las referencias bibliográficas, que por la comprensión del texto bíblico. Necesitamos comentaristas como ellos, llenos de sabiduría, pero también de pasión por el mensaje de la Escritura.

Es cierto que esta no es una serie de comentarios bíblicos que desarrollen los libros siguiendo el texto versículo a versículo. Como su título inglés indica, se centran en su mensaje, aunque hay pocos libros tan útiles como estos, para comprender el sentido de cada sección y libro en su totalidad. Lo que tenemos aquí es una comprensión global de cada texto que nos lleva inmediatamente a la actualidad, considerando su valor práctico y aplicación para la vida del creyente.

También hay autores jóvenes en esta colección, como Chris Wright, que ha enseñado mucho tiempo el *Antiguo Testamento* en un centro bíblico orientado a la tarea misionera (*All Nations Christian College*), antes de dedicarse en Londres a la fundación de cooperación internacional *Langham* (que fundó John Stott para mantener proyectos de educación en todo el mundo).

La visión de la profecía de estos autores está lejos de las especulaciones escatológicas de tantos autores populares, que juegan con el texto bíblico para dar su propia interpretación del mundo, siguiendo las más caprichosas identificaciones, para leer la Biblia a la luz del *telediario*. Su enfoque es riguroso, claramente arraigado en el contexto histórico, pero lleno de referencias al mundo actual. Lo mismo cita una canción de U2 que analiza el mapa del Templo.

Algunas obras, como la de Motyer sobre Isaías, no pertenece en realidad a la serie *The Bible Speak Today* de *Inter-Varsity*, aunque está publicada por esta editorial. Es un comentario al que dedicó toda su vida, basado en su propia traducción y meditación

durante años. Para muchos, no hay duda de que se trata de una obra maestra, un trabajo magistral, en una línea radicalmente diferente a la mayor parte de los comentarios que se hacen hoy en el mundo evangélico en un contexto académico.

Algunos de los comentarios, por otro lado, pertenecen a la colección *Tyndale* también de *Inter-Varsity*. Otros son de autores que consideramos “nuestros”, como David F. Burt, que han escrito algunos comentarios de un nivel excelente.

La Palabra eterna

Estos libros parten de los presupuestos clásicos de la teología evangélica, como es la unidad del texto y su mensaje cristocéntrico. Se atreven a veces incluso a prescindir de toda referencia crítica, para concentrarse en el sentido del texto, que explican con claridad y pasión evangélica. Estas obras están destinadas por eso a ser libros de referencia durante años, siendo apreciadas por muchas generaciones, que descubrirán en su trabajo una obra perdurable, que trasciende las absurdas polémicas entre uno y otro autor de esta generación, para desvelarnos el verdadero mensaje del libro.

La publicación de estas obras nos da, en este sentido, un modelo de lo que debe ser un comentario evangélico. Cuando muchos de los libros que abundan en este tiempo, sean finalmente olvidados, las obras que seguirán atrayendo al lector del futuro, son las que transmitan el mensaje de la Palabra eterna, más allá de modos y modas, sobre los que prevalece el espíritu de la época.

Estos autores muestran una capacidad excepcional para sintetizar lo que otros hacen en multitud de páginas de oscuro contenido. Su extraordinaria claridad se ve resaltada a veces por una increíble genialidad para dividir el texto en unos encabezamientos tan atractivos, que uno no puede resistirse a la tentación de repetirlos en su propia exposición. Son comentarios ideales, porque animan a predicar estos libros de la Escritura.

Alguien ha dicho que nunca se debería escribir un comentario sobre un texto bíblico, que no se haya predicado. Es más, los comentarios que resultan más útiles a los predicadores, son aquellos que están escritos por predicadores. Y eso es lo que son los autores de estos libros, maestros que piensan que es más importante comunicar la Palabra de Dios, que obtener un prestigio académico. Son servidores de la Iglesia, pero anunciadores también al mundo de la Buena Noticia que hay en este Libro.

Estas obras son una excelente ayuda para estudiar la Biblia y exponerla, en nuestra lengua y generación. Esperamos con impaciencia todos los títulos de esta colección, deseando que sean usados por muchos predicadores y lectores de la Escritura, para anunciar el Evangelio a un mundo y una Iglesia necesitada de la Palabra viva, puesto que Dios sigue hablando hoy por su Palabra y su Espíritu.

José de Segovia

Prólogo del autor

Dentro de la complejidad de la sociedad moderna, la predicación de Moisés a los peregrinos hebreos al final de su tortuoso periplo hace más de tres mil años corre el peligro de menospreciarse o marginarse como si fuera una serie de datos irrelevantes. Sin embargo, en su calidad de parte esencial de la Escritura inspirada, el mensaje del Deuteronomio sigue atrayendo con su autoridad a los lectores modernos, dirigiéndose a personas que tienen las mismas necesidades que sus receptores originarios, aunque dentro de un contexto diferente. Este importante libro aumenta nuestra comprensión de Dios como soberano, compasivo y generoso, subraya nuestra constante necesidad de obtener los recursos que nos promete, amplía los horizontes de nuestra responsabilidad ética y social, y nos encamina más allá de su mensaje diáfano, dirigiéndonos hacia el Cristo que amó, practicó y compartió su enseñanza.

La preocupación por la aplicación adecuada es uno de los aspectos más relevantes de la tarea del expositor. El siglo pasado, Karl Barth comentaba la habilidad que tenían los reformadores para interpretar y aplicar el mensaje bíblico:

¡Con qué energía Calvino, tras haber establecido lo que decía el texto, se pone a reflexionar sobre todo el material y a analizarlo, hasta que los muros que separan el siglo XVI del I se vuelven transparentes! Pablo habla, y el hombre del siglo XVI escucha... Se hace imposible distinguir entre el ayer y el hoy.

No sugiero que yo siempre haya tenido éxito en este ejercicio tan exigente pero a la vez crucial, pero ciertamente lo he convertido en mi objetivo constante.

Durante mi estudio del texto bíblico he agradecido la ayuda que me ha proporcionado el trabajo de algunos comentaristas y escritores, y he procurado reconocer mi deuda con ellos en la bibliografía y las notas a pie de página. También el hecho de haber impartido clases sobre Deuteronomio a una estimulante clase de estudio bíblico los martes, en Eastbourne, ha contribuido a aguzar mis propios pensamientos. He apreciado especialmente aquellas ocasiones en las que he podido compartir este mensaje en las convenciones de Southsea, Derwent (Cliff College) y Portstewart, así como en la Baptist Ministers' and Missionaries' Wives Conference, en High Leigh, e inmerso en la cálida comunión de la Irish Baptist Ministers' Conference, en Portrush. Conservo unos recuerdos especialmente agradables del privilegio de visitar la SEAC Conference en Swanwick, cuando más de trescientos pastores anglicanos y sus esposas le ofrecieron una cálida bienvenida a aquel bautista solitario, que intentaba ofrecerles una exposición de las primeras y últimas secciones del libro.

Le doy las gracias al editor de Antiguo Testamento de esta serie, Alec Motyer, por invitarme a escribir este libro y por muchas sugerencias útiles que me proporcionó cuando ya llevaba avanzado el trabajo. Añadió sus retoques finales cuando yo ya estoy a punto de retirarme del ministerio pastoral en la Victoria Baptist Church, Eastbourne. Estoy en deuda con muchos amigos de esa congregación por su respaldo en oración durante los últimos seis años, y quiero expresar mi gratitud en particular a mi amable y comprometida secretaria, Brenda Dant, y a mis compañeros en el consejo de la iglesia, Roy Lanning, Val Tattersall y Paul Wilson, por su amistad y ayuda durante el tiempo que pasé con ellos. Sin el amor, el ánimo y el compañerismo de mi esposa, Christine, nunca habría empezado (y mucho menos acabado) este libro. Por último, mi más cálida gratitud a Colin Duriez y al equipo editorial de IVP, por su ayuda tan eficaz y práctica.

Raymond Brown

Bibliografía selecta

Comentarios

- Cousins, Peter E., «Deuteronomy», en *The Internacional Bible Commentary* (Marshall Pickering, 1986).
- Craigie, Peter C., *The Book of Deuteronomy (The New International Commentary on the Old Testament*, Eerdmans, 1976).
- Harrison, R. K., y Manley, G. T., «Deuteronomy» en *The New Bible Commentary Revised* (IVP, 1970).
- Kline, Meredith G., «Deuteronomy» en *The Wycliffe Bible Commentary* (Oliphants, 1963).
- Mayes, A. D. H., *Deuteronomy (The New Century Bible*, Oliphants, 1979).
- Payne, David F., *Deuteronomy (The Daily Study Bible – Old Testament*, St Andrew Press, 1985).
- Phillips, Anthony, *Deuteronomy (The Cambridge Bible Commentary*, CUP, 1973).
- Robinson, H. Wheeler, *Deuteronomy and Joshua (The Century Bible*, 1907).
- Thompson, J. A., *Deuteronomy: An Introduction and Commentary (Tyndale Old Testament Commentaries*, IVP, 1974).
- von Rad, Gerhard, *Deuteronomy (The Old Testament Library*, SCM, 1966).
- Wright, G. E., «Deuteronomy», en *The Interpreter's Bible*, vol. 2 (Abingdon Press, 1953).

Otras obras

- Blanch, Stuart, *The Ten Commandments* (Hodder and Stoughton, 1981).
- Clements, R. E., *Deuteronomy: Old Testament Guides* (Sheffield Academic Press, 1989).
- Clements, R. E., *God's Chosen People: A Theological Interpretation of the book of Deuteronomy* (SCM, 1968).
- Davidman, Joy, *Smoke on the Mountain: An Interpretation of the Ten Commandments in Terms of Today* (Hodder and Stoughton, 1966).
- Eddison, John, *God's Frontiers* (Scripture Union, 1972).
- Field, David, *God's Good Life: The Ten Commandments at the End of the Twentieth Century* (IVP, 1992).
- Kidner, Derek, *Hard Sayings: The Challenge of Old Testament Morals* (Tyndale Press, 1972).
- Kline, Meredith G., *The Structure of Biblical Authority* (Eerdmans, 1972).
- McConville, J. G., *Law and Theology in Deuteronomy* (Journal for the Study of the Old Testament Supplement Series 33, 1984).
- Nicholson, E. W., *Deuteronomy and Tradition* (Blackwell, 1967).
- Phillips, Anthony, *Ancient Israel's Criminal Law: A New Approach to the Decalogue* (Darton, Longman and Todd, 1961).
- Shields, Norman, *Pattern for Life* (Evangelical Press, 1983).
- Weinfeld, M., *Deuteronomy and the Deuteronomistic School* (Clarendon Press, 1972).
- Wenham, John W., *The Enigma of Evil: Can we believe in the Goodness of God?* (IVP, 1985).
- Wright, Christopher J. H., *Living as the People of God: The Relevance of Old Testament Ethics* (IVP, 1983).
- Wright, Christopher J. H., *God's People in God's Land: Family, Land and Property in the Old Testament* (Paternoster / Eerdmans, 1990).

Abreviaturas principales

NBD	<i>The New Bible Dictionary</i> (IVP, 2ª edición 1982).
NEB	<i>The New English Bible</i> (NT 1961, 2ª edición 1970; OT 1970).
NIV	<i>The New International Version</i> de la Biblia (Hodder and Stoughton; NT 1973; OT 1979).
RSV	<i>The Revised Standard Version</i> de la Biblia (NT 1946, 2ª edición 1971; OT 1952).

Introducción

La importancia del libro

Ningún otro libro del Antiguo Testamento ha ejercido una influencia mayor sobre la formación y el desarrollo del pensamiento y la práctica tanto judía como cristiana que Deuteronomio. Su doctrina es un fundamento del propio Antiguo Testamento. Los profetas recuerdan sus enseñanzas y retan a sus contemporáneos con las exigencias claras e inequívocas de Deuteronomio. A los reyes se les recordaban sus elevados ideales², y los oficiales principales practicaban sus verdades en momentos de crisis nacional. El salmista imbricó su mensaje en sus grandes cánticos de exaltación, adoración, confesión e intercesión. Los maestros de sabiduría de Israel, esos «intermediarios» que condensaban sus enseñanzas en dichos breves e intensos, aplicaban los temas de Deuteronomio a las cuestiones prácticas de la conducta humana y la praxis social cotidiana.

El libro tiene también una importancia destacada para el desarrollo de la vida y el pensamiento cristianos. El Señor Jesús atesoraba el mensaje distintivo de este libro, usándolo tanto en público como en privado. Memorizó algunos pasajes, y los recitaba durante sus días de duras pruebas en el desierto de Judea, y sus ideas centrales figuraban destacadamente en su ministerio público.⁵

La iglesia primitiva estaba igualmente convencida de la importancia de su enseñanza. Se cuenta entre los cuatro libros veterotestamentarios (Génesis, Deuteronomio, Salmos e Isaías) más citados por los escritores del Nuevo Testamento. Sus citas aparecen en 17 de los 27 libros del Nuevo Testamento, y hay más de 80 referencias a sus textos en toda la literatura del Nuevo Testamento.

El libro es importante para nosotros, así como lo fue para Jesús y sus primeros seguidores. Cuando Esteban predicó delante del Sanedrín dijo a su audiencia hostil que Dios comunicó a Moisés un mensaje que él tenía que «transmitirnos»; no se trataba, seguro, de una referencia a la nación hebrea a solas, sino a aquella comunidad de creyentes a la que pertenecía Esteban, la nueva Israel de Dios⁸ formada por judíos y gentiles que habían puesto su fe en Cristo. Moisés transmitió unas «palabras vivas», no unas verdades despegadas y procedentes de un pasado remoto y obsoleto. Cuando estudiamos el mensaje de este importante libro bíblico debemos escucharlo con atención, porque Moisés se dirige a *nosotros*. No se trata de un mensaje «del allí y el entonces» de la lejana Israel, sino que es para el «aquí y el ahora» de la sociedad contemporánea. Además, Pablo nos dice que «toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia». Así que, según

el apóstol, toda la Biblia tiene una autoridad uniforme y una importancia única, lo cual quiere decir que Deuteronomio tiene cosas importantes que decirnos en nuestra vida actual, del mismo modo que las tenía para los contemporáneos de Pablo en aquel cristianismo emergente y vigoroso del siglo I. Lo que Moisés decía entonces es lo que sigue diciendo ahora.

El contexto del libro

Los largos años de viaje por el desierto de los israelitas están a punto de concluir. Moisés ha alcanzado la llanura de Moab, y sabe que no puede acompañar a los peregrinos a Canaán. Las palabras conservadas en este libro representan su última oportunidad de predicar la Palabra de Dios antes de que el pueblo se traslade a su nuevo hogar. Moisés tiene unas enseñanzas vitales que compartir, y aunque en su título se encuentra inserta la palabra «ley», Deuteronomio no es estrictamente un libro legal. Es una colección de sermones bien contruidos y con brillantes ilustraciones, basados en el mensaje que originariamente Dios dio a Moisés poco después de haber salido de Egipto. Aquella revelación en el Sinaí (u Horeb, como se le llama en ocasiones) contenía unas verdades fundamentales, hechos y normas que eran esenciales para el bienestar religioso, moral y social del pueblo peregrino. Ahora están a punto de entrar en un territorio nuevo; su estilo de vida debe cambiar, dejando de ser el propio de nómadas para convertirse en el de ciudadanos sedentarios, que construirán su hogar en un entorno diferente y vulnerable. En Moisés hallan el mensaje con autoridad de un predicador fiel, el respaldo animador de un pastor compasivo, y el ejemplo inspirador de un creyente comprometido. En este libro tan importante hallamos los tres elementos fundamentales: predicación, cuidado pastoral y espiritualidad.

Deuteronomio debe su título al dicho en 17:18, de que los reyes futuros de Israel deben escribir una «copia» o duplicado de la ley de Dios. La traducción griega del Antiguo Testamento (o Septuaginta) lo tituló Deuteronomio, que significa «la segunda ley». No se trata de una ley distinta a la que Dios transmitió a Moisés en el Sinaí, sino una repetición fiel y más detallada de la palabra divina dirigida a su siervo en Horeb, aplicada a la vida en un contexto diferente, antes de la entrada en Canaán, y que es importante para nosotros en nuestra vida cotidiana.

La estructura del libro

Uno de los aspectos más interesantes del estudio del Antiguo testamento a lo largo de las últimas décadas ha sido el de comparar los pasajes veterotestamentarios clave con la estructura literaria de los tratados políticos o los pactos en el Oriente Próximo antiguo. Estos acuerdos, por lo general, se establecían entre dos reyes, cuando un gobernante más poderoso (o un monarca protector) estaba de acuerdo en ofrecer protección militar y recursos económicos a un estado amenazado (el vasallo), a cambio de que éste le prometiera una fidelidad subordinada. Estos pactos, generalmente,

siguen un patrón literario predecible, y tienen un interés especial cuando se comparan con la estructura de Deuteronomio. Los tratados de este tipo se remontan al tercer milenio a. C., mucho antes de la época de Moisés, que, como cortesano egipcio dotado de una excelente formación, es probable que estuviera muy familiarizado con esas relevantes transacciones políticas, y con la forma literaria en que se acuñaban sus disposiciones.

G. E. Mendenhall identificó las destacables similitudes entre los pactos de monarcas protectores hititas del segundo milenio a. C. y el pacto que hizo Dios con los israelitas en el monte Sinaí, y M. G. Kline, más tarde, destacó los notables paralelismos entre los pactos hititas y la estructura literaria de Deuteronomio. El tratado hitita, por lo general, comenzaba con un breve preámbulo (1:1–5) y una introducción histórica (1:6–3:29), que analizaba la naturaleza de la relación entre las dos partes, subrayando normalmente la generosidad del monarca protector. Este prólogo solía ir seguido de las estipulaciones básicas (4:1–40; 5:1–11:32) del pacto, a las que se añadía una aplicación más detallada de sus exigencias (12:1–26:19). En este punto, el acuerdo solía exigir que se dejase una copia del documento en el templo del dios, y que sus estipulaciones se leyeron públicamente en determinados intervalos (27:1–26; 31:9–13). Este apartado iba siempre seguido de las «bendiciones» (28:1–14), que se garantizaban si se cumplían los términos del acuerdo, y las «maldiciones» (28:15–68) si éstos se ignoraban. Estos acuerdos solían concluir con cierto tipo de recapitulación (29:1–30:20), y se convocaba a testigos, un rasgo que no está ausente en la sección final de Deuteronomio (30:19, 20).

Los estudios más detallados han seguido frecuentemente la tesis de Mendenhall, y las fechas de diversos tipos de tratado han jugado un papel en el debate constante sobre la fecha del libro. El lenguaje, las cláusulas y la forma de estos tratados han influido grandemente en nuestro pensamiento sobre la naturaleza de Deuteronomio como una interpretación del pacto, presentada no sólo con una forma literaria parecida, sino como un instrumento homilético convincente. Se ha empleado para enfatizar el compromiso único entre Dios e Israel, que no es un acuerdo entre iguales, y para demostrar que su gracia trasciende con mucho lo que podría esperarse de un tratado humano. También se usa para subrayar la necesidad de la renovación regular de la obediencia que Israel debía a Dios debido al pacto.

Peter Craigie sugirió que tras la estructura de Deuteronomio puede hallarse la de un tratado diferente. Un examen cuidadoso del lenguaje le llevó a proponer que el libro podía deber algo a los contratos laborales egipcios. Moisés pasó las primeras décadas de su vida en un palacio egipcio, y ciertamente estaría familiarizado con los contratos de este tipo. Los israelitas, en franca desventaja, trabajaron como esclavos en Egipto, sometidos a un contrato laboral perjudicial, pero un Señor más grande y mejor los había liberado, estableciendo con ellos un acuerdo generoso y compasivo. Se había comprometido con ellos plenamente, como protector y proveedor, pero como es natural esperaba que ellos guardasen su parte del pacto, admitiendo su autoridad completa sobre todas las facetas de su vida.

La fecha del libro

La cuestión de la fecha de Deuteronomio es inseparable de su autoría. La inmensa mayoría del libro afirma contener las palabras de Moisés como predicador (1:1–5; 4:1, 44–46; 5:1; 29:1–2) y escritor (31:9, 24–26) durante el periodo final de su vida; si bien estas afirmaciones se han cuestionado mucho desde principios del siglo XIX. Aquellos que deseen estudiar a fondo el tema de su origen tendrán que consultar introducciones al Antiguo Testamento y comentarios más amplios. Aquí no podemos ni debemos examinar con el más mínimo grado de detalle la amplia variedad de sugerencias propuestas respecto al origen del libro. Sin embargo, será útil hacer una breve referencia a algunos puntos de vista principales, aunque sólo sea para proporcionar el contexto para la postura que mantenemos en esta interpretación: que, sea cual fuere el trabajo editorial realizado en el libro ulteriormente, éste se compone de las enseñanzas auténticas de Moisés, atesoradas devotamente por generaciones de israelitas a lo largo de su turbulenta e importante historia.

Algunos comentaristas defienden que el libro es un intento de exponer en forma literaria las ideas principales de, digamos, la reforma de Josías, usando el influyente nombre de Moisés para autenticar sus verdades clave. Hoy día suele decirse que es el producto de un «movimiento deuteronomico» que se desarrolló durante finales del siglo VIII y el siglo VII a. C., y que llegó a su punto culminante con la reforma de Josías.

No obstante, las teorías que sugieren una fecha de monarquía tardía para la composición de este libro no están desprovistas de dificultades. Una de las principales metas de la reforma bajo Josías fue centralizar la adoración en el santuario de Jerusalén, pero en Deuteronomio Jerusalén no se menciona en ningún momento, aunque el nombre de la ciudad es anterior a Moisés, y se menciona en un momento tan temprano como la época de los textos de Ebla, fechados en el siglo XXIV a. C. No cabe duda de que un documento compuesto especialmente para fomentar la adoración centralizada tendría que especificar el lugar donde había que celebrarla. Es posible que Deuteronomio, en general, se preocupe más por la adoración autorizada (opuesta al baalismo, 12:31) que por la centralizada, porque el libro presupone la existencia de varios altares (16:21). También nos ofrece bastantes detalles sobre un centro de adoración en Siquem, a unos 50 km al norte de Jerusalén, y ordena que se erija un altar en los montes de Ebal y Gerizim (27:1–13); éste es un detalle histórico que no habría fomentado el énfasis de Josías sobre el culto centralizado en Jerusalén.

Aparte de esto, si este libro se escribió adrede como un plan de campaña para la reforma de Josías, resulta extraño que los líderes religiosos de Josías desobedecieran tan flagrantemente un tema tan importante como la provisión clara de sacerdotes y levitas «rurales» (18:6–8). También era de esperar que esos «lugares altos», tan problemáticos al principio del reinado de Josías, se mencionasen al menos usando su nombre técnico (en hebreo, *bamoth*), palabra que no aparece en Deuteronomio. En realidad, el libro no se lee como un programa preconcebido de reforma religiosa y, si se

trata de un producto de tiempos de Josías (o Ezequías), es extraño el uso repetitivo en Deuteronomio de «*todo Israel*» (1:2, *et passim*), porque, en aquella época, sólo sobrevivía el reino del sur.

Algunos sostienen que el libro pertenece a un periodo muy anterior, fechándolo en el periodo de los Jueces o durante la administración de Samuel. Otros mantienen que se compuso a partir de ciertos textos —orales o escritos— procedentes del primer periodo de conquista.

Gerhard von Rad sugirió que el libro nació entre los «levitas rurales» de Judá (18:6–8). Otros prefieren el punto de vista que dice que se originó en los círculos proféticos del reino del norte, cuyos partidarios tuvieron que trasladarse al sur cuando los asirios lo derrotaron en el año 722 a. C. Cuando los ejércitos asirios procedieron a invadir el reino del sur, estos devotos israelitas estaban preocupados por temas tales como la unidad nacional y religiosa de Judá y su necesario poderío militar, y compusieron este libro poco después de 701 a. C., subrayando esas cuestiones tan importantes.

Algunos sostienen que el libro se compuso mucho después, y que pertenece al periodo post-exílico de Israel, representando así un retrato idealista del judaísmo restaurado visto con los ojos de sus líderes religiosos, en algún momento situado entre los años 520 y 400 a. C.

Hoy día, muchos especialistas contemporáneos sobre el Antiguo Testamento prefieren estudiar la variedad y desarrollo de las tendencias de comunicación oral (no escrita) que condujeron a la recopilación de los textos deuteronomícos. Consideran que Deuteronomio es «el producto final y la expresión de una larga historia, que conlleva la transmisión y adaptación constante de las antiguas tradiciones del Israel temprano». Muchos de ellos sugieren que, como tiene su fuente en el principio del periodo de conquista, las tribus del norte respaldaban esta «corriente de tradición», y (tras la destrucción de ese reino) se desarrolló en el reino superviviente del sur, Judá, «en un intento de revivir a la nación y garantizar su futuro» como pueblo del pacto con Dios.

A pesar de la amplia gama de paradigmas divergentes, esta exposición del mensaje de Deuteronomio presupone la fiabilidad de la afirmación bíblica relativa a su origen mosaico, aunque reconoce naturalmente la posibilidad de que después de que Moisés predicase estos sermones, antes de la invasión de Canaán, la obra pasara por un importante trabajo editorial. Por ejemplo, el cántico y la bendición del final, y el relato de la muerte de Moisés, incluidos en los últimos capítulos, seguramente son un material añadido y, bajo la supervisión respetuosa de editores ulteriores, puede que se realizase un trabajo cuidadoso y posterior sobre la narrativa que, aun conservando su mensaje original, exponía el relato de una forma más legible para sus contemporáneos.

El texto del libro, en sí mismo, dice claramente que contiene la obra literaria de Moisés (31:9, 24–26), y Jesús aceptaba esa afirmación como un hecho, como lo hicieron muchos predicadores y escritores del Nuevo Testamento.¹⁹ Ya hemos visto que los registros escritos de transacciones políticas o religiosas existieron mucho antes del periodo mosaico, de modo que no hay motivos firmes por los que este libro no pudiera ser la obra literaria del líder religioso de Israel en aquella época, que era una persona

muy instruida. Hay algunas referencias en el texto presente de Deuteronomio que suscitan dificultades históricas que van en contra de las fechas posteriores que se han mencionado. Por ejemplo, sería anacrónico incluir el juicio sobre «Amalec» (25:17–19) si fue una composición posterior, porque cuando llegó la monarquía los amalecitas ya habían dejado de existir. Sin embargo, si el libro pertenecía al momento de la conquista, entonces ese comentario resulta especialmente significativo. Además, los reglamentos sobre la *introducción* de la monarquía (17:14–20) resultarían un poco extraños teniendo en cuenta que hacía ya unos 400 años que la nación se regía por esta forma de gobierno. Hay ciertos detalles geográficos en el libro (p. e. 2:8, 13, 26; 3:29) que respaldan asimismo la fecha tradicional de escritura, y los recuerdos personales de Moisés (1:9–18; 9:22, 25–29; 10:1–6; 24:9) son algo más que «plausibles»; resulta difícil creer que son poco más que las piadosas invenciones que un escritor anónimo quiso atribuir a un gran líder.

La importancia del libro

Sin embargo, el lector de a pie, que no conozca los tesoros de este importante libro bíblico, podría preguntarse cómo puede aplicarse el mensaje de este distante mundo de la antigüedad a la vida contemporánea. ¿Cómo es posible que la dilatada migración y ulterior asentamiento de una gran tribu, desde una parte del mundo antiguo a otra, en el segundo milenio a. C., tenga una importancia siquiera remota en los últimos años del segundo milenio después de Cristo, con su sociedad cada vez más tecnológica, tremendamente sofisticada y en gran medida urbana? Por increíble que pueda parecer, el mensaje de este libro tiene una importancia capital para nuestro mundo, claramente distinto, porque habla de verdades intemporales, así como de cuestiones contemporáneas.

a. Las verdades intemporales

No sólo es importante porque suscita cuestiones morales y sociales que son claramente aplicables a nuestra sociedad moderna. Tiene una importancia crucial porque también manifiesta algunos temas bíblicos clave, que son *siempre* relevantes para la vida del pueblo de Dios, y para el mundo en el que éste da su testimonio. La sociedad de finales del siglo XX necesita las doctrinas de Dios, de la revelación y de la gracia, que aparecen en Deuteronomio.

Dios

Nuestra generación necesita la doctrina de Dios equilibrada que contiene este libro. En su ser trino y único, Dios es tan grande que nuestras capacidades espirituales e intelectuales limitadas no pueden asimilar por completo todos los aspectos de su naturaleza. La doctrina de la Trinidad ha contribuido sin duda alguna a conservar una doctrina sobre Dios equilibrada, pero en diversos siglos la mente cristiana ha tendido a

concentrarse en una persona de la Trinidad más que en las otras, llegando incluso a excluir a alguna de ellas.

Por ejemplo, durante los primeros siglos de la era cristiana, la mayoría de los creyentes concentraban su atención en la persona de Cristo, lo cual era bastante natural. En muchos sentidos, compartían con sus vecinos judíos una misma visión de Dios. No sentían una gran necesidad de defender la doctrina de la unicidad, santidad, poder y misericordia de aquel Dios que se había manifestado por medio de la creación, de la historia y en las páginas de las Escrituras hebreas. Lo que resultaba especialmente distintivo en la enseñanza cristiana era su insistencia en que ese Dios se había revelado de forma perfecta en su Hijo, Jesús; además, se concentraba con razón en la deidad de Cristo. Muchas de las controversias que dividieron gravemente a los cristianos durante los cinco primeros siglos tenían que ver con la persona de Cristo, sobre todo con la delicada relación entre su humanidad y su divinidad. Cuando se resolvió la mayoría de esas discrepancias (pero no todas), las doctrinas de un Dios trascendente y un Cristo conquistador llegaron a dominar el pensamiento de los cristianos medievales, en especial los aspectos de la santidad de Dios y el papel de Cristo como Rey y Juez.

En la Edad Media, la imagen que se presentaba de Dios y de Cristo era con frecuencia la de alguien terrible y anonadante, que hacía que los creyentes le imaginasen distante y remoto. Es fácil entender cómo, en semejante entorno, los cristianos se sintieron atraídos por la idea de los mediadores, de modo que cada vez concentraron más su atención en personajes intercesores, como la virgen María, los santos y los ángeles. Eso se debió en gran medida a su doctrina de Dios limitada o deficiente. Los creyentes olvidaron que Dios, aparte de ser santo, nos ama, y que Jesús es el único Mediador, nuestro Salvador en este mundo tanto como nuestro Juez en el venidero.

Con la Reforma del siglo XVI, y la consciencia aguda de la culpabilidad humana, el interés de la gente se centró en la obra mediadora de Cristo en la cruz, en su muerte redentora, su sacrificio salvador y su expiación sustitutiva. Los grandes escritores de la Reforma llamaron poderosamente la atención sobre la salvación que es nuestra en Cristo, sobre el perdón completo que podemos disfrutar en esta vida, así como sobre el grave juicio que debemos evitar en el venidero.

Sería absurdo además de falso decir que durante todo ese periodo la doctrina del Espíritu Santo se sumió en el más completo de los olvidos, pero es cierto que hubo épocas en las que su Persona y su obra no recibieron la atención que merecían. El significativo interés por el ministerio del Espíritu obtuvo un nuevo impulso durante la Reforma, y se enfatizó aún más en la enseñanza de los puritanos y en los himnos de los Wesley, así como gracias a los predicadores y escritores que vinieron más tarde. Dentro de las últimas décadas, ese interés tan necesario se ha extendido con fuerza por todo el mundo gracias al movimiento de la renovación, o carismático, y de él se han desprendido muchas cosas enriquecedoras y perdurables.

Sin embargo, siempre existe el peligro de que, aunque sea inintencionadamente, al afirmar una doctrina minimicemos otra. Los pensamientos de Dios son más altos que los nuestros, y no siempre resulta sencillo enfatizar por un igual todos los aspectos de la

verdad, o ser tan equilibrados como la Escritura en nuestra forma de pensar sobre Dios. La historia del pensamiento cristiano parece sugerir que, cuando se da una prominencia especial a una verdad concreta, se pueden pasar gravemente por alto otras verdades complementarias.

Vivimos en una época en que necesitamos con urgencia recuperar una doctrina majestuosa de Dios. Corremos el grave peligro de que incluso nuestros actos de alabanza se vuelvan algo predominantemente subjetivo; que juzguemos su valor de acuerdo con el efecto que tienen sobre nuestros sentimientos, y no según su influencia en nuestra mente. Dentro de tales contextos, algunos de los aspectos superlativos de nuestra fe, como la grandeza, santidad o gloria de Dios, pueden marginarse o ignorarse. Algunos teólogos evangélicos contemporáneos, sobre todo James Packer, Thomas Smail y Sinclair Ferguson, nos han recordado la importancia de «conocer a Dios», y nos hablan de la atención renovada que todos los cristianos debemos dar al «Padre olvidado». Toda la Escritura es instructiva, para todos los creyentes²², y cada uno de los libros de la Biblia contribuye a proporcionarnos una enseñanza equilibrada, no distorsionada. El nombre de Dios aparece casi doscientas veces en Deuteronomio, y su enseñanza nos recuerda la importancia teológica y el enriquecimiento espiritual derivados de una doctrina de Dios plena. Su mensaje teocéntrico puede fortalecer la confianza e inspirar el compromiso de los creyentes cristianos a finales del siglo XX, permitiéndoles tener una visión de Dios majestuosa y una fe más profunda en todo lo que Él es y hace por su pueblo.

La revelación

A nuestros contemporáneos también les beneficiará la doctrina de este libro sobre la revelación. En los tiempos del Antiguo Testamento (como en los del Nuevo), a Dios le complacía revelar su naturaleza y manifestar oralmente su voluntad a su pueblo, y este concepto de la palabra única, autorizada y eficaz de Dios es uno de los temas centrales de Deuteronomio. Desde su frase introductoria («Éstas son las palabras... », 1:1) hasta su conclusión dramática («Y le dijo Jehová... », 34:4), este libro nos recuerda que los hombres y las mujeres no tienen que vagar tanteando en la oscuridad y la incertidumbre al pensar en el carácter y los atributos de Dios, o estar siempre confusos sobre lo que piensa en cuestiones de espiritualidad, adoración, ética y sociedad. El Dios que ha hablado con tal elocuencia a su pueblo en las páginas de Deuteronomio, ha transmitido con la misma eficacia su verdad a través del resto de la Biblia. El mensaje de este libro sobre la supremacía y vitalidad de la Palabra de Dios es un recordatorio visual del valor, igual e inestimable, de todas las Escrituras. A lo largo de los siglos, Deuteronomio ha recordado a sus lectores el carácter, la autoridad y la importancia de la palabra divina.

El multiforme carácter de la palabra revelada de Dios suele ilustrarse en el mensaje inspirado que se confió a Moisés. Por ejemplo, en los tres primeros capítulos del libro, la Palabra de Dios se presenta como instrucción práctica (1:6, 21); consuelo compasivo (1:29); promesa inspiradora (1:30; 3:22); recordatorio pertinente (1:31; 2:7); reprensión

necesaria (1:32–33); advertencia seria (1:34–36); garantía misericordiosa (2:2–3); mandamiento explícito (2:4–6, 9–13, 16–19) y exhortación sustentadora (2:24–25; 3:2–3).

Dios habla claramente a su pueblo sobre la autoridad de su mensaje. En una gran diversidad de contextos, Deuteronomio reitera la afirmación de que Moisés dijo lo que habló el Señor; existe un énfasis deliberado en la exactitud expresiva. Aquí están las palabras transmitidas por Moisés pero habladas por Dios, inspiradas oralmente y totalmente confiables: «Moisés habló a los hijos de Israel conforme a todas las cosas que Jehová les había mandado» (1:3; cfr. 4:5; 10:1–5). Nadie debe ignorar, menospreciar, manipular o minimizar estas palabras cruciales, y menos unas personas que deben «escuchar... enseñar... seguir... y guardar» (4:1–2). Su verdad es única, y los hombres y mujeres no son libres para añadir ni restar nada de ella (4:2). La insistencia de Deuteronomio sobre la inviolabilidad de esta palabra es importante para que apreciemos del valor de toda la Escritura. Lo que Dios dice aquí sobre su verdad imperecedera vale para todo lo que dice en otros pasajes, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Dios no habla con autoridad en un punto y de forma tentativa o indiferente en otros.

Este libro subraya la importancia de la Palabra de Dios al describir cómo debe darse a conocer por medio de una amplia variedad de métodos de comunicación. Es un ejemplo fascinante de la creatividad de un Dios que no es uniforme, estereotipado ni opaco en sus planes para transmitir su mensaje a su pueblo.

El formato del libro nos recuerda que la palabra la transmitió Moisés llamativamente, por medio de una predicación apasionada; en esta colección de leyes «predicadas» y verdades aplicadas escuchamos a Moisés mientras transmite una serie de sermones, no mientras ensaya con gran frialdad un conjunto de reglas. Sin embargo, esta responsabilidad de transmitir el mensaje no se le impone sólo como tarea al predicador dotado que se dirige a un público numeroso, como sucede en Deuteronomio. La palabra debe compartirse también, fielmente, dentro de la unidad más reducida por medio de la educación familiar (4:9–10; 6:6–7, 20–25; 11:19). Además, debe conservarse y promulgarse por medio de una serie de instrucciones escritas; debe ponerse por escrito y depositarse en el arca (4:13; 10:1–5; 31:9). Más públicamente, la ley debe situarse a la vista de todo el pueblo, con una letra clara y legible, que todo el mundo pueda entender (27:1–4, 8). Esa es la misma verdad que se expresará dentro de la alabanza colectiva por medio de la respuesta litúrgica, como cuando los israelitas traían sus ofrendas de las primicias (26:3, 5–10). Los sacrificios descritos en Levítico no iban acompañados de un testimonio oral. Cuando leemos acerca de estas ofrendas, imaginamos claramente lo que podía verse, pero la alabanza nos parece extrañamente silenciosa; sin embargo aquí, en el proceso de cosecha-acción de gracias de Deuteronomio, la adoración se vuelve elocuente, porque los israelitas individuales dan testimonio público de la bondad soberana de Dios. El adorador recuerda la palabra de un Dios coherente en su naturaleza (a diferencia de los baales caprichosos), activo en la historia y generoso en su providencia.

Este libro también reconoce que la Palabra de Dios puede comunicarse por medio

de la experiencia individual y colectiva. Las personas pueden reflexionar sobre lo que les ha sucedido en la vida, y sobre lo que pueden aprender de tales acontecimientos (29:24–30:10). En Deuteronomio, la palabra también se transmite por medio de ilustraciones geográficas: los dos montes, Gerizim y Ebal, uno para bendición y el otro para maldición (27:11–13), son recordatorios visibles de la importancia que tiene responder adecuadamente al mensaje decisivo de Dios. En los últimos capítulos del libro, la verdad se transmite públicamente mediante la lectura de la Palabra (31:10–11); se expone imaginativamente mediante los versos de un cántico memorable (31:19, 21–22, 30; 32:1–47), y a través de un medio más personalizado, el ánimo pastoral concreto y la exhortación tribal (33:1–29). Nadie que lea ese libro podrá dudar de la importancia de la revelación de Dios en la Escritura.

La gracia

Otra «verdad atemporal» encerrada en este libro, que apela directamente a nuestros contemporáneos, es la doctrina de la gracia. Su repetida insistencia sobre la obediencia a los mandamientos de Dios puede sugerir, a primera vista, que nos hallamos en el centro de una religión legalizada: si hacemos determinadas cosas prescritas, Dios puede optar por recompensarnos con su favor. Sin embargo, éste no es el mensaje de Deuteronomio. El libro empieza con una introducción histórica que, deliberadamente, potencia nuestra comprensión de los actos electores y salvíficos de un Dios de amor. Nos recuerda que es Él quien toma la iniciativa para venir a nosotros, con una gracia y misericordia totalmente inmerecidas. Nuestra obediencia se manifiesta como respuesta. El amor y el servicio parten de Él, no de nosotros.

Moisés sabe que sus compañeros peregrinos pronto entrarán en territorio cananeo, donde se tendrán que enfrentar de inmediato a la enseñanza religiosa sobre Baal, un dios agrícola que recompensaba a quienes hacían lo que les ordenaba. Las ideas de este tipo eran características del pensamiento religioso en el mundo antiguo del Oriente Próximo. Muchos creían que a los dioses se los podía engatusar o coaccionar para que hicieran regalos, si se les proporcionaba una dieta correcta de sacrificios pertinentes. Era un pensamiento esencialmente antropocéntrico y concentrado en las obras, de modo que, ya desde buen principio, a los israelitas se les decía que Dios ha actuado salvadoramente a su favor mucho antes de que ellos pudieran hacer nada por Él. Él es el propietario de la tierra que están a punto de ocupar, y no han hecho nada para merecer su regalo. El producto de esa tierra será lo que ofrezcan en sus fiestas de la cosecha, de las primicias, como símbolo de la abundante generosidad divina. ¿Es que acaso se imaginan que influirán en Dios para obtener su favor si le ofrecen algo que Él les ha dado antes? A Dios le interesa más cómo viven (como pueblo santo), y no tanto qué es lo que le dan.

Este libro ilustra frecuentemente la gracia de Dios en la elección de su pueblo. Son lo que son porque Él ha hecho algo único a su favor, no porque sean ellos quienes hayan hecho algo especial por Dios. El Señor recuerda a su pueblo que ha sido escogido no, como imaginaba Israel en su vanidad, por su gran número (7:7), su fuerza (8:17) o

su moral (9:4), sino simplemente porque le amó y quiso usarle.

A lo largo de toda la historia judía y cristiana, la doctrina de la gracia inmerecida de Dios ha corrido el peligro de padecer una sutil distorsión. Los cristianos evangélicos no estamos exentos de la tentación de exaltar las obras a expensas de la gracia. Es posible forjar teologías y patrones de espiritualidad que presentan la fe como una «obra», en términos casi de sustancia cuantitativa, que debe aumentar drásticamente si queremos convencer a Dios de que actúe a favor nuestro. La idea es más o menos la siguiente: puede que nuestros amigos y familia se convirtieran si creyésemos con un poco más de entusiasmo. La idea es que, sin duda, Dios quiere que dispongamos de un mayor número de recursos materiales de los que disfrutamos ahora, y la fe poderosa en un Dios generoso garantizaría nuestra prosperidad. Se aduce que es posible que no tenga lugar una sanación física porque nuestra fe es limitada, y tan sólo con aumentar su cantidad y mejorar su calidad, la enfermedad desaparecería y estaríamos tan sanos como Él siempre quiso que estuviésemos. Sin embargo, la idea de un Dios que desea con desespero convertir, prosperar o sanar, pero que tristemente está imposibilitado de hacerlo por culpa de una lacra en nosotros, es totalmente antibíblica; lo que consigue resultados no es el tamaño de nuestra fe, sino el poder incomparable en el Dios en quien depositamos nuestra confianza.

Al cabo de pocas décadas del nacimiento de la Iglesia, una serie de ideas tendenciosas empezó a distorsionar gravemente el mensaje cristiano de la salvación por la gracia divina. Pablo escribió su carta a los Gálatas porque algunos maestros judeocristianos insistían en que la salvación sólo podía obtenerse por medio de una serie de obras en conjunción con la gracia, pero no por la gracia a secas. Obviamente, creer en Jesús era necesario, decían ellos, pero para ser un cristiano genuino también había que obedecer la ley mosaica y circuncidarse. A pesar de la firme oposición por parte del apóstol Pablo y otros, el concepto de la «salvación por obras» pronto se imbricó profundamente en la vida y el pensamiento cristianos. Una de las facetas tristes del pecado humano es que la gente aún prefiere ganarse la salvación en lugar de recibirla como un don.

Cuando observamos las enseñanzas de los primeros padres de la Iglesia, vemos que esa doctrina errónea a la que se oponía Pablo se perpetuó de una forma distinta y sutil al siglo siguiente, cuando las «obras» empezaron a sustituir a la «gracia» como tema central en la enseñanza cristiana: «El ayuno es mejor que la oración, pero dar limosnas es mejor que ambas cosas... Dar limosna aligera los pecados». Las afirmaciones de este tipo no las hacían personas decididas a transmitir enseñanzas falsas, sino escritores piadosos que disponían de una imagen de Dios inadecuada y una doctrina distorsionada de la gracia. Ellos sostenían que los hombres y las mujeres no podían salvarse descansando en lo que Cristo hizo por ellos en la cruz; decían que era necesario, sin duda, contribuir en algo mediante nuestro propio esfuerzo.

Cualquier apreciación de la enseñanza bíblica sobre Dios debe comenzar con lo que Él nos da a nosotros, no con lo que nosotros hacemos por Él, y la enseñanza correctiva de Deuteronomio exalta la supremacía y la suficiencia de la gracia inmerecida de Dios. Dentro del mundo moderno, la incapacidad para conseguir aprehender esa verdad

básica explica buena parte del rechazo inconsciente de Cristo. Nuestros contemporáneos imaginan vanamente que sus cacareadas honestidad, amabilidad, caridad y servicio comunitario obtendrán, de alguna manera, la aprobación de Dios. Sin embargo, este libro nos recuerda que lo primero que Él exige no es nuestro servicio, sino nuestro amor (6:5), y que éste no puede ser más que nuestra respuesta al suyo. El amor es más importante que todas nuestras «obras». La misericordia de Dios no puede comprarse. La aceptamos con las manos extendidas, como mendigos que no son merecedores de ella, no como vencedores que esperan recibir lo que les corresponde por derecho.

b. Algunos temas contemporáneos

Aparte de exponer estas doctrinas, que tienen una importancia atemporal, este libro también aborda una amplia gama de temas sociales y éticos que tienen una tremenda relevancia en el mundo de hoy día. Junto a su enseñanza sobre la espiritualidad personal, la adoración colectiva y la ética general, también nos enfrenta con instrucciones prácticas sobre la administración y el liderazgo eficaz (1:9–18); la importancia de la responsabilidad comunitaria (3:12–22); la necesidad de un testimonio imaginativo ante nuestro prójimo incrédulo (4:5–8); la responsabilidad educativa de los padres (4:9–10); los peligros del materialismo secular (6:10–15); y cómo enfrentarnos creativamente con el cambio en medio de una sociedad tremendamente voluble (8:1–20).

Deuteronomio aborda el reto moral de la pobreza y la carencia de hogar. Sugiere una respuesta adecuada a las nuevas religiones emergentes, así como a la tendencia militante de algunas de las antiguas. El libro hace una contribución útil al debate contemporáneo sobre los peligros de las deudas, el alcoholismo y el consumo de drogas. Enfatiza la necesidad de la enseñanza bíblica, amorosa pero sin concesiones, sobre temas como la honradez en los negocios, la administración del dinero, el bienestar comunitario, la higiene social, la fidelidad matrimonial y la ética sexual. Deuteronomio es un libro que tiene algo que decir en el debate actual sobre la ecología y la conservación del planeta, y que ofrece comentarios sobre la responsabilidad que tenemos frente a los millones de «sin techo» de nuestro mundo, la asistencia a los ancianos, los derechos humanos, la igualdad entre los sexos, la explotación infantil, la seguridad en el hogar, la urbanización y los derechos de los animales. Deuteronomio también hace serias advertencias sobre la indiferencia moral, la conducta antisocial, y la naturaleza peligrosa del espiritismo, así como sobre los peligros de involucrarse en cualquier tipo de actividad ocultista.

Esto no quiere decir que todos los detalles de la enseñanza de este libro puedan transferirse automáticamente al mundo moderno ni aplicarse rígidamente a las difíciles cuestiones contemporáneas a las que hemos hecho referencia. Sus normativas específicas van dirigidas a una cultura distinta, pero eso no las vuelve irrelevantes. La enseñanza de Deuteronomio no hay que copiarla al pie de la letra, pero tampoco rechazarla sin más. El libro nos ofrece un patrón valiosísimo de espiritualidad personal y

colectiva, y hemos de estudiar sus principios subyacentes para aplicarlos a la vida en este mundo nuestro, tan distinto. Christopher Wright formula la útil sugerencia de que deberíamos considerar la enseñanza ética del Antiguo Testamento como un paradigma iluminador. Un paradigma es algo que «se usa como modelo o ejemplo para otros casos, donde un principio básico permanece inmutable, si bien los detalles pueden variar». Suele usarse frecuentemente para explicar la construcción gramatical en la que, por ejemplo, el paradigma puede ser un patrón verbal que demuestra cómo los finales de palabra, o los sufijos, aparecen en verbos del mismo tipo. No copiamos al pie de la letra el paradigma exacto, porque en ese caso sólo tendríamos un verbo, sino que lo aplicamos, admitiendo que, aunque pueden darse ajustes esporádicos, todos los verbos de esta clase se adaptarán, por lo general, al modelo del paradigma que tenemos ante nuestros ojos.

Wright cree que el «paradigma» es «una categoría útil para comprender y aplicar éticamente el Antiguo Testamento», y ofrece la pertinente comparación entre la encarnación y el ministerio de Cristo. Jesús nos llama a «seguirle», pero no debemos tomarnos esto literalmente, de modo que todos «nos dediquemos a la carpintería, llevemos ropas sin costura, adoptemos un estilo de vida itinerante y sin hogar, adoremos en una sinagoga o un templo, comamos con recaudadores de impuestos y prostitutas, o enseñemos a través de parábolas». Pero tampoco hemos de ignorar el ejemplo de Cristo descrito en los Evangelios como si fuera «éticamente irrelevante, optando por prestar atención sólo a su enseñanza. Porque lo que dotó de autenticidad a su enseñanza fue, en parte, la calidad de la *vida* de Jesús». Así que «pasamos de lo que sabemos que *hizo* Jesús a lo que podríamos imaginar que, presumiblemente, Él *haría* en nuestra situación, que es diferente. La forma y el carácter generales de su vida... se convierten en nuestro patrón o paradigma, mediante el cual probamos la “semejanza a Cristo” de esos mismos componentes en nuestras vidas».

Teniendo en mente este modelo, aventuramos la convicción de que el mensaje de Deuteronomio es aplicable a la escena contemporánea tal y como Moisés lo transmitió en las llanuras de Moab, y que los principios subyacentes en esta profunda enseñanza son tan importantes como lo fueron siempre. Tyndale lo consideraba «un libro digno de lectura, día y noche, de estar siempre a mano: porque es el más excelente de los libros mosaicos. Es... una predicación de fe y amor... amar a Dios por fe, y amar al prójimo como resultado del amor a Dios». De modo que, tras la exhortación del reformador de que este libro puede fomentar nuestra fe y estimular nuestro amor, pasemos a meditar en su influyente mensaje.

A. LA INTRODUCCIÓN DEL PACTO (1:1–4:43)

Deuteronomio 1:1–18

1. EL LÍDER Y SUS COMPAÑEROS

Un buen líder es un regalo inestimable para cualquier país o comunidad. La historia mundial del siglo XX se ha visto afectada por el sufrimiento reiterado a consecuencia de un liderazgo trágico. En 1917, la aplastante pobreza bajo el mandato de los zares en Rusia fue sustituida por unas políticas revolucionarias que, al final, acabaron conduciendo a una nueva tiranía. En las calles de su país se han derrumbado los monumentos al arrogante Stalin. En la década de 1930 asistimos a la increíble perfidia de Hitler en Alemania y de Mussolini en Italia. Inevitablemente, sus actos sumieron en un incalculable sufrimiento a millones de personas, incluso más allá de sus fronteras; mientras que, en décadas sucesivas, otras naciones han sido testigos de unos padecimientos que van en aumento, debido a las actividades de dictadores fanáticos, *ayatollahs* con prejuicios y agresores sin piedad. Nos quedamos anonadados al pensar cómo es posible que unas personas dotadas de sentido común pudieran seguir tan ciegamente, con una fidelidad inextinguible, el liderazgo de hombres tan claramente malévolos y destructivos. Pero el fenómeno no queda limitado a este siglo. En la época del Antiguo Testamento, Israel también padeció, periódicamente, bajo el liderazgo destructivo de hombres indignos. Moisés fue una excepción gloriosa a la regla. La liberación de la esclavitud y el asentamiento de la nación en un nuevo país debieron mucho a los dones y cualidades de ese líder.

Los proyectos comunitarios de mayor éxito dependen en gran medida del liderazgo capacitado. Si bien el Antiguo Testamento nos narra la historia de todo el pueblo de Dios, en su mayor parte su narrativa centra nuestra atención en los líderes israelitas. Nada más empezar Deuteronomio, se nos dice que el mensaje de Moisés era para *toda* Israel (1), pero al principio el foco se centra en el líder de esos peregrinos por el desierto. Dios les habla por medio de las palabras incitantes de un magnífico comunicador.

Los párrafos introductorios del libro esbozan algunos principios bíblicos importantes, y hablan de las cualidades del liderazgo que siempre enriquecerán la vida del pueblo de Dios. Son tan importantes hoy día como lo fueron cuando se transmitieron hace tres mil años. Estos versículos dejan claro que los líderes de la obra de Dios deben ser fieles a su Palabra; ser conscientes de su inadecuación; confiar en la inmutable fidelidad de Dios; estar dispuestos a sacrificarse y a compartir la responsabilidad con otros. Los versículos introductorios del libro nos presentan a Moisés como un ejemplo vívido de un líder humilde, realista, confiado, sacrificado, y que supo compartir con los demás su carga.

1. El liderazgo humilde

Deuteronomio es un sermón extendido que habla de una serie de temas diferentes. Sin embargo, de vez en cuando no sólo se nos expone el contenido del mensaje, sino un atisbo de quién lo proclama. Los primeros capítulos del libro nos ofrecen algunas imágenes bien gráficas de Moisés. Se nos dice que es un juez imparcial (1:17); un conquistador victorioso (2:32–33; 3:1–3); un administrador eficaz (3:12–17) que emplea bien las ventajas iniciales obtenidas en la victoria; un estratega sabio (3:18–22), que planifica el futuro cuidadosamente; un petionario decepcionado (3:23–27), que tiene que enfrentarse a unas respuestas a su oración distintas a la que esperaba con desespero; un compañero estimulante (3:28; 31:7–8), y un intercesor ferviente (9:25–29).

Sin embargo, en el primer párrafo se nos presenta a Moisés en su rol más significativo. Básicamente es un predicador, un transmisor fiel de la Palabra de Dios. El verdadero líder debe estar totalmente sometido a la Palabra revelada de Dios. En este punto hallamos varias verdades que son importantes para aquellos llamados a compartir la Palabra de Dios en nuestra generación.

Las primeras palabras del libro enfatizan la prioridad del mensaje: *Éstas son las palabras que habló Moisés* (1). Su predicación era lo esencial. Sin embargo, en nuestro mundo contemporáneo la predicación está contra las cuerdas. La pantalla de televisión ha sustituido al púlpito como símbolo de comunicación. En la sociedad moderna, la mayoría de personas presta poca atención a los predicadores. Pero, por muy indiferentes que puedan mostrarse muchos de nuestros cohabitantes frente a la predicación, ésta sigue siendo la prioridad declarada de Dios como medio de comunicación.

Está claro que Dios tenía muchas maneras de transmitir su mensaje. A lo largo de la historia judía y cristiana, la buena literatura ha jugado un papel tremendamente importante en la transmisión de la Palabra de Dios. En nuestra propia época, el grupo de debate bien moderado se ha empleado con gran eficacia. Las conversaciones personales relativas a las cuestiones eternas han tenido un valor incalculable en la vida de millones de personas. A partir de la Edad Media, la obra de teatro religiosa ha abierto las mentes de miles de personas que, de otro modo, no habrían pensado en las grandes cuestiones de la vida y la muerte. No obstante, nada sustituye, ni ahora ni podrá hacerlo nunca, a la predicación como el medio que Dios eligió para obtener una comunicación eficaz. Leer Deuteronomio supone darse cuenta de que uno forma parte de una congregación que escucha las palabras de un hombre cargado con un mensaje que no ha elegido él.

Además, las frases introductorias del libro son un recordatorio, intencionadamente claro, de la necesidad del mensaje. La Palabra de Dios es un ingrediente vital de la vida, porque, por naturaleza, los hombres y mujeres suelen ser testarudos y empecinados. Dios tiene que hablarles una y otra vez por medio de las cosas que ya han escuchado en

ocasiones anteriores. Es evidente que existe un contraste deliberado en las primeras palabras, entre *once jornadas* (2), ese tiempo relativamente breve necesario para completar la primera parte del viaje, y los cuarenta años (3) que luego se prolongó. En otras palabras, que el viaje podría haber acabado en pocas semanas. Los años adicionales, terribles, con sus sufrimientos añadidos, sus incomodidades constantes y sus molestias innecesarias, se debieron enteramente a la desobediencia y a la rebelión del pueblo.

Estos versículos describen también la fuente del mensaje. Moisés se planta ante el pueblo en las llanuras de Moab con un mensaje que no es suyo. Moisés compartió con el pueblo de Israel *todas las cosas que Jehová le había mandado acerca de ellos* (3). El predicador es un comunicador, no un innovador. No se trata de su mensaje, sino del de Dios. En fases ulteriores de la narrativa se reitera esta misma idea con una claridad meridiana. Los seres humanos no deben interferir en el mensaje: «No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella» (4:2; 12:32). La palabra que debía transmitir al pueblo no era invención propia. En muchas ocasiones, el papel primordial de Moisés había sido el de oyente atento. Dios le había hablado claramente justo cuando sus compatriotas idólatras habían cerrado sus oídos a la voz de Dios (9:11–12). El predicador debe escuchar antes de oír, y luego debe transmitir exactamente lo que ha oído.

El mensaje no es nuestro y por tanto no podemos glosarlo, corregirlo, modificarlo o intentar mejorarlo. Es la Palabra de Dios, y no tenemos más derecho a cambiarla que el que tiene un músico para ignorar los deseos manifiestos del compositor, cuya obra le han pagado para que interprete. Julian Lloyd Weber dice que su colega violonchelista Rostropovich «siempre ha puesto por delante los deseos del compositor; a diferencia de algunos músicos, que parecen estar más interesados por proyectarse a sí mismos que a la música». Quienes se han entregado a la exposición de la verdad cristiana desean la misma integridad, dedicación y compromiso.

Esta sección introductoria sobre la predicación de Moisés también describe la transmisión del mensaje. *Moisés empezó a declarar esta ley*. La palabra *declarar* es interesante. Nos dice algo extremadamente importante sobre el papel del predicador. La palabra significa «hacer que algo sea absolutamente claro e inteligible». Más tarde aparece en Deuteronomio dentro de un contexto que ilumina el significado que tiene en este pasaje. Cuando la predicación de Moisés a la congregación se acercaba a su fin, dio instrucciones sobre lo que tenía que hacer el pueblo cuando cruzase el río Jordán y entrase en la Tierra Prometida. Aquel día inolvidable, «levantarás piedras grandes, y las revocarás con cal», y «escribirás muy claramente en las piedras todas las palabras de esta ley» (27:2–3, 8), de modo que todo el mundo pudiera leerlas. Esa expresión, «muy claramente», es la misma que la que aparece en el pasaje que abordamos ahora, que describe la predicación de Moisés cuando se puso a *declarar* (5) la Palabra de Dios a sus contemporáneos. El comunicador entregado hará todo lo que esté en su mano para que las verdades clave sean claramente evidentes. Así, el pueblo entenderá su importancia, discernirá su relevancia y aplicará su enseñanza a sus vidas cotidianas.

La descripción inicial de Moisés como comunicador de la Palabra de Dios también

nos dice algo sobre el contenido del mensaje. Aquí a Moisés le interesan las palabras y las obras de Dios, lo que Dios ha dicho (3) y lo que ha hecho (4). El Señor ha revelado su naturaleza mediante su verdad y sus actos. Esta congregación reunida en las llanuras de Moab oyó *todas las cosas que Jehová había mandado a Moisés acerca de ellos*, pero lo hizo dentro del contexto de una conquista divina sobre sus enemigos, totalmente inmerecida, (*después que derrotó a Sehónón*, 4). El territorio extranjero de los amonitas y el reino hostil de Basán estaban directamente en el camino que debía seguir el pueblo para entrar en la tierra que se les había prometido. En aquel momento estratégico de su historia, a Dios le había complacido revelarse por sus obras, así como por sus palabras. El mensaje se declaró al pueblo tras una victoria notable y humanamente imposible. No hay duda de que pretende ser un fuerte recordatorio para los israelitas del gran acontecimiento del éxodo. Dios derrotó a los egipcios y luego dio a Israel su mensaje en Horeb. Ahora había vencido a unos nuevos enemigos, y les había demostrado sin lugar a dudas que sus victorias no eran cuentos remotos, perdidos en un pasado lejano. Él seguía con ellos, con poder, no sólo con sus palabras. Les había prometido darles la tierra (8), y no tenía ninguna intención de faltar a su palabra, aunque el pueblo había faltado repetidas veces a la suya. Dios pensaba hacer lo que había dicho que haría.

Por último, con su detalle introductorio sobre la predicación, estos versículos definen el propósito del mensaje. La Palabra no sólo queda confirmada por los actos de Dios; exige la respuesta de quienes la escuchan. La comunicación bíblica correcta siempre conduce a un veredicto. Se aplica con fuerza y relevancia a la situación actual de quienes la escuchan. La predicación de Moisés iba destinada a guiar al pueblo al lugar de la respuesta obediente. El mensaje de Dios al pueblo, allá al pie del monte Orbe, se repite al principio de Deuteronomio. Moisés recuerda que, en aquellos días, *Dios nos habló... diciendo... entrad y poseed la tierra* (6–8).

Del mismo modo que el pueblo hebreo, en el éxodo y el Sinaí, había escuchado ese mensaje, volvió a acercarse a ellos con un llamamiento persuasivo en Cades-Barnea: *Sube y toma posesión de ella, como Jehová Dios de tus padres te ha dicho* (21). Como veremos, los israelitas no siempre respondieron a la Palabra de Dios como se les había ordenado. El comunicador efectivo se esfuerza por crear en la mente del oyente el deseo de hacer lo que Dios ha dicho, y fomenta así una respuesta animosa. Este énfasis, tan claro en la comprensión de Moisés del papel del predicador, encuentra una rica expresión en Deuteronomio. Cuando el sermón que predicaba se acercaba ya a su conclusión majestuosa, la congregación se enfrentó a una elección que decidiría su destino. Moisés llama al pueblo: «Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal... la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida... siguiéndole a él; porque él es vida para ti» (30:15, 19–20). El rasgo distintivo del pueblo de Dios es su posesión y el sometimiento a su Palabra.

2. El liderazgo realista

Sin embargo, por importante que sea el mensaje, como lo sabe bien Moisés, también sabe que no es un simple orador. Es pastor tanto como predicador, y la perspectiva de conducir a una gran comunidad de personas intratables es ciertamente amedrentadora. Él confiesa con franqueza su profunda sensación de inadecuación: *Yo solo no puedo llevarlos* (9). Sobre todo lo demás, el líder espiritual eficaz es un realista convencido. No tiene motivos para alardear de sus capacidades personales. Dependiente por completo del Dios que le ha llamado, admite abiertamente su incapacidad para estar a la altura de las demandas necesarias. Es precisamente entonces cuando el lector se enfrenta a la diferencia radical entre el liderazgo natural y el espiritual. Tal y como lo entiende el mundo, la confianza en uno mismo y la asertividad del líder es un factor esencial para un desempeño correcto de sus funciones. El concepto bíblico del liderazgo no empieza con la capacidad natural, sino con la incapacidad personal. Esto no es un pesimismo masoquista: es un realismo bíblico esencial. Pero el mensaje de la Escritura está perfectamente equilibrado. Aunque el líder no es engreído, tampoco depende de los magros recursos de su propia capacidad, ni se revuelca en su propia debilidad. Su poderosa confianza en Dios le afirma sin fallarle jamás. Apoyado en la promesa de la suficiencia prometida por Dios, está capacitado para enfrentarse creativamente a toda posible dificultad.

3. El liderazgo confiado

Por consiguiente, Moisés no pone la confianza en sí mismo, sino en el poder ilimitado de Dios, capaz de sacarle adelante. Su confianza radica en la naturaleza, el mensaje y las obras de Dios.

Ayudar a su pueblo forma parte de la naturaleza de Dios, y siempre será fiel a Sí mismo. El líder humano, ciertamente, no es capaz de soportar las numerosas cargas de la congregación (9), pero Dios ha prometido sobrellevarlas como un padre amante (1:31; 33:12), y «llevar» a su pueblo como un águila, protegiéndolos sobre sus alas extendidas mientras les enseña a volar (32:11). Si Dios le fallase a su pueblo, esto iría en contra de la esencia de su carácter.

Además, al ayudar a su pueblo, Dios es fiel a su promesa. La referencia al Señor Dios como aquel que ha multiplicado a su pueblo *como las estrellas del cielo* (10) es un eco deliberado de la promesa dada a *Abraham, Isaac y Jacob* (8). Él les aseguró que no sólo les daría la tierra, sino también personas para ocuparla. Todo es *como os ha prometido* (11), y no faltará a su Palabra.

El pueblo pone su confianza no sólo en las palabras de Dios, sino también en sus obras. Él es el Dios de sus padres (11), el Dios que, desde la época de los patriarcas, ha admitido sus debilidades, perdonado sus pecados, escuchado sus oraciones, derrotado a sus enemigos y satisfecho sus necesidades. El Dios que les había librado en el pasado no les fallará ahora. Cuando el pueblo de Dios tiene miedo, debe recordar quién es Él, qué ha prometido y qué ha hecho.

4. El liderazgo sacrificado

Moisés sabía que su obra era agotadora. Era incapaz de llevar sobre sí mismo unas *molestias* y *cargas* tan grandes. Después de todo, los hebreos no eran una comunidad unida, obediente y espiritualmente reactiva. ¡Ni mucho menos! Al cabo de pocos días de salir de Egipto, ya estaban murmurando y quejándose, deseando haber permanecido en la esclavitud. Más adelante, su vida en el desierto no se caracterizó por una armonía fraternal, sino por constantes *pleitos* (12). El hecho de que la comunidad israelita fuera conflictiva y divisiva agotaba constantemente la resistencia física y los recursos emocionales de Moisés. Pero todos aquellos que son llamados a un liderazgo responsable deberán asumir, de buen principio, que el trabajo no es fácil. Nos enfrentará a unas exigencias terribles, igual que le pasó a Moisés, y nadie puede esperar eludir ese precio.

5. El liderazgo compartido

El líder elegido sabía que sólo podría tener éxito si delegaba adecuadamente sus responsabilidades. Tenía que ser una responsabilidad compartida para que el trabajo fuera eficiente. En estos versículos (13–15), se eligen tres temas relativos al liderazgo para dedicarles una mención especial.

Primero, Moisés identificó las cualidades necesarias. Aquellos que iban a compartir con el siervo de Dios la exigente responsabilidad de conducir a ese pueblo provocador debían ser *varones sabios y entendidos y expertos* (13). La labor de satisfacer las necesidades pastorales de una congregación tan dispar no se le podía confiar a nadie que se considerase digno del trabajo. La sabiduría (el don prometido por Dios) y el entendimiento (la sensibilidad perceptiva y altruista de las necesidades ajenas) eran las dos cualidades gemelas necesarias para el servicio. Los dones que sólo provienen del cielo van destinados a un trabajo que sólo puede hacerse en la tierra. Nadie dispone de los recursos naturales para realizar la obra que Dios le encomienda. Por eso nos ha dicho que pidamos todo lo que necesitamos. Además, estos dones deben ser evidentes y la comunidad debe evaluarlos; sólo se elegirá a personas *expertas* (o *respetadas*) para desempeñar estas responsabilidades y este trabajo influyente. La enseñanza bíblica no fomenta los líderes que se han elegido a sí mismos.

Démonos cuenta, en segundo lugar, que Moisés usó los diversos dones. Dios nos ha concedido habilidades distintas a todos nosotros. No contamos con las capacidades necesarias para abordar todas las facetas de su obra. Parece que, en tiempos de Moisés, había comandantes militares capacitados, mientras otros funcionaban como líderes de tribu (15) y asesores legales (16). A Dios le sigue complaciendo ofrecernos diversas capacidades para ministrar al mundo contemporáneo. Pablo se regocijaba porque, en las iglesias del primer siglo, esos dones diversos se complementaban unos a otros. Es mejor discernir, cultivar y usar nuestro propio don, en lugar de envidiar o

menospreciar los ajenos.

En tercer lugar, Moisés valoraba la unidad pequeña. Sabía que para él, personalmente, sería imposible proporcionar a una multitud tan inmensa el bienestar espiritual y moral que necesitaba. Si quería que se ejerciese la asistencia pastoral de forma eficaz, había que dividir al pueblo en grupos manejables. John Wesley sabía que la vida espiritual del grupo metodista pionero aumentaría sin medida si se pudieran organizar en unidades pequeñas, donde pudiera alimentarse y fortalecerse la fe de los nuevos conversos. Su estructura imaginativa de bandas, clases y sociedades resultó ser una tremenda bendición en el siglo XVIII y más tarde. La unidad más reducida dio a los cristianos oportunidades regulares para compartir sus experiencias personales y para cuidarse y animarse mutuamente, lo cual siempre es necesario dentro de cualquier comunidad cristiana. En nuestra época, hay muchos cientos de iglesias que han descubierto el inmenso valor de las células de estudio por los hogares. Simplemente, ésta es una expresión propia del siglo XX de un principio bíblico importante, que instauró Moisés mucho antes de que nadie hablase de «dinámica de grupos» ni de conceptos parecidos.

6. El liderazgo vulnerable

Moisés reconocía los peligros más grandes. Menciona especialmente tres de ellos, a los que se hallan especialmente expuestos los líderes espirituales: el favoritismo, el miedo y la soledad (16–17).

Dentro del alcance de estas unidades más pequeñas, algunos líderes tendrían la responsabilidad de emitir un juicio sobre una u otra cuestión legal. Por ejemplo, era posible que dos personas dentro del mismo grupo discrepasen sobre un punto en concreto, que seguramente tendría que ver con la situación de su parcela de tierra o la distribución de la propiedad. El líder tenía que actuar como magistrado local y decidir un arreglo justo y adecuado. En tales asuntos, la persona que ejerciese de juez estaría expuesta, como es natural, al peligro del soborno y, si no atajaba la situación, podría caer en una práctica judicial corrupta. Un hombre rico podía ofrecer mucho dinero a un juez avaricioso a cambio de un veredicto a su favor. Sin embargo, esa aceptación del cohecho tendría un alto precio, la desobediencia deliberada de los tres últimos mandamientos del Decálogo: un Dios generoso, justo y santo prohibía el hurto, el falso testimonio y la codicia. También vetaba el favoritismo. El juez debía tratar por un igual al rico y al pobre. El líder *no debe hacer acepción de personas en el juicio*, tanto si los problemas afectan al ámbito doméstico (*entre el hombre y su hermano*), como al étnico (*el hombre y su hermano, y el extranjero*) o al social (*así al pequeño como al grande oiréis*). No hay lugar para la acepción de personas. La minoría dotada de privilegios especiales es contraria a las enseñanzas de las Escrituras. Dios ama a todos los hombres y mujeres, sea cual fuere su clase, color o credo, y siempre presta oído al clamor de los oprimidos.

Sin embargo, aparte del peligro de complacer a otros (al hacer lo que ellos quieren

en vez de lo que Dios ordena), se corre también el riesgo de temer a otros. Se dice claramente al líder del grupo que *no tendrás temor de ninguno* (17). En la obra de Dios en este mundo moderno, el temor es, seguramente, un peligro mayor que el favoritismo. Un hombre o mujer que ocupe un puesto de liderazgo puede sentir un miedo específico de lo que otros puedan pensar, decir o hacer. El «temor al hombre» es un enemigo cruel e incapacitador, y la Biblia con frecuencia advierte contra él a sus lectores. Los creyentes que honran a Dios no deben sentir miedo de nadie más.

El tercer peligro que corre el líder es el de la soledad. Aquellos que compartieron con Moisés la pesada responsabilidad del liderazgo sabían que, si realmente eran incapaces de resolver cualquiera de las complejidades morales, espirituales y legales que se les presentaban, tenían acceso directo al propio Moisés (17). Disponían de las normas dadas por Dios para guiarles (18), pero no carecían del respaldo personal y la habilidad pastoral de su líder y sus dones. Por mucho cuidado que se tenga, y por muy necesario que sea delegar las responsabilidades del liderazgo, todo líder debería tener a alguien con quien poder hablar cuando los problemas parezcan demasiado grandes como para resolverlos, y las presiones demasiado intensas para soportarlas. Quienes llevan sin cesar las cargas de otros necesitan saber cómo y cuándo pueden compartir las suyas.

Deuteronomio 1:19–46

2. ¿MIEDO AL FUTURO?

Ya nos hemos apercibido de que Dios se revela a su pueblo mediante su palabra y sus obras. En esta sección, Moisés recuerda la congregación reunida en la llanura de Moab las obras de Dios en su historia: el regalo que les ofreció, los temores que ellos manifestaron, la rebelión a la que se entregaron y la oportunidad que perdieron.

1. Un futuro seguro (1:19–25)

Después del viaje de 170 km por el *grande y terrible desierto*, el pueblo llegó a Cades Barnea. Estaban cansados, como es natural, pero ya habían pasado los peores días y, contando con la bondad de Dios, estaban en el umbral de la victoria. Sin embargo, antes de que pudiesen entrar en la tierra prometida, era necesario pasar por un peligroso territorio, el de los amorreos; como es lógico, el pueblo tenía miedo. No estaban adiestrados para la guerra. Agotados físicamente tras su largo viaje, muchos en el campamento se sintieron aterrados al pensar en una terrible batalla y en una derrota segura.

Su temor era natural, pero lo importante es cómo lo resolverían. En aquellos momentos, los viajeros cansados se enfrentaron a una crisis espiritual, aparte de a un desafío físico. Esta situación está perfectamente enmarcada en la historia judía, pero también refleja vívidamente la experiencia de millones de creyentes a lo largo de los siglos. Como cualquier otro acontecimiento del Antiguo Testamento, esta historia en concreto ha sido escrita para «nuestra enseñanza», de modo que, mediante la firmeza interna y la exhortación externa de la Escritura, «tengamos esperanza». La narrativa palpita de vida, porque sigue siendo relevante en la experiencia de todo aquel que siente miedo al afrontar el futuro.

Lo primero que debemos hacer cuando sentimos temor es aceptar el don de Dios (20–21). El futuro no es algo a lo que haya que tener miedo. Es el don de Dios para nosotros. Es su futuro, no sólo el nuestro, como si nos enfrentásemos solos a él o sin la garantía de su cuidado providencial. Él lo sabe todo al respecto y, en su soberanía, puede usar todas las facetas del temor para nuestra bendición, el enriquecimiento de otros, y la gloria de su nombre. Cuando miramos al futuro oscuro e incierto, también nosotros hemos de escuchar las palabras que Dios dirigió a aquellos abatidos peregrinos por el desierto: *Mira, Jehová tu Dios te ha entregado la tierra* (21). En su soberanía, Dios lo sabe todo sobre nuestro futuro. Antes que una amenaza, es un don divino.

Aparte de esto, cuando nuestros corazones se encojan de temor, hemos de escuchar la Palabra de Dios (21). Los viajeros israelitas recibieron unas instrucciones claras de hacer lo que Dios había dicho, y entrar en aquel territorio amorreo *como Jehová el Dios de tus padres te ha dicho* (21). La Palabra de Dios, la Biblia, es nuestro firme respaldo en tiempos de confusión o de temor. En esas páginas únicas, Él nos ha concedido ricas promesas sobre su ayuda suficiente, una guía clara para saber cómo debemos comportarnos, unas descripciones gráficas de sus liberaciones únicas, y un tremendo ánimo a partir del ejemplo que nos ofrecen las vidas de otros.

Además, debemos recordar la fidelidad de Dios. Aquí se nos describe deliberadamente al Señor como *el Dios de tus padres*. Es un Señor confiable, que hizo promesas firmes y fiables a Abraham, Isaac y Jacob (1:8) de que su simiente poseería su tierra. Esas dos promesas, estrechamente relacionadas, de una simiente y una tierra, se repiten con frecuencia en el mensaje de Moisés (1:35; 6:10, 18, 23; 7:13; 8:1; 9:5; 10:11). Cuando el Señor hizo esas promesas por primera vez, resultaba difícil imaginar su cumplimiento, pero los patriarcas creyeron por fe la fiabilidad y cumplimiento preciso de lo que Dios les había prometido mediante juramento.

En los momentos de dificultad, miramos inquietos al futuro incierto, pero este título divino, *el Dios de tus padres*, nos invita en primera instancia no a mirar adelante, sino al pasado, y a recordar lo bueno y generoso que ha sido siempre Dios. Él es el Dios de la Biblia, el Dios que fortaleció a Jesús, su propio Hijo, en medio de sus horas más oscuras, el Dios de la historia cristiana y el Dios de nuestra propia experiencia anterior como creyentes. No ha fallado a la humanidad a lo largo de los siglos, ¿y pensamos que va a empezar con nosotros?

Por si esto fuera poco, debemos recordar la misericordia de Dios. El Señor no fue un

Dios alejado, indiferente, totalmente ajeno a las dificultades del pueblo israelita. Anticipó sus reacciones emocionales y, conociendo su temor, envió a su siervo Moisés para que les exhortase en amor: *No temas ni desmayes* (21). No espera de nosotros que abordemos tareas que nos superan por completo, ni nos pide fríamente que nos embarquemos en proyectos sin contar con la ayuda necesaria. Él comprende nuestros temores naturales y nuestras dudas y, en su misericordia de amor, se adapta a esas reacciones frágiles y perfectamente comprensibles.

Dado que Moisés sabía el terror que sentía el pueblo, cedió a su sugerencia de enviar a un pequeño contingente de exploradores. Aquellos espías debían explorar la tierra y decidir la mejor ruta para acceder a ella. Los doce hombres partieron y regresaron con noticias estupendas. Tenían algo que decir y algo que enseñar. Hablaron de una tierra *buena* (25), que Dios ciertamente les había entregado y, por si al pueblo le resultaba difícil aceptar su palabra, llevaban las manos cargadas con los exuberantes frutos que crecían allí, símbolos presentes de la ayuda futura. ¡No podía haber nada que los detuviera!

2. La mala memoria (1:26–33)

En lugar de obedecer al mandamiento claro de Dios (21), lo desobedecieron tozudos: *no quisisteis subir* (26). Es la imagen de unos hombres y mujeres en su peor faceta, una historia de rebelión descarada (26), de murmuraciones ingratas, de una mala interpretación absoluta (27), un temor innecesario, un pánico extendido (28) y una incredulidad flagrante (32). Y la revuelta se debió a un pecado fundamental, tan presente entonces como ahora: el olvido. ¡Si hubieran apaciguado sus corazones inquietos, si hubiesen escuchado en silencio la palabra de Moisés y recordado lo que Dios había sido para ellos, lo que les había dicho y lo que había hecho! La mala memoria ha arrebatado a muchos cristianos una bendición potencial.

Veamos, en primer lugar, que fueron sordos a lo que dijo Dios. Insistieron en que Dios les odiaba (27), pero en realidad no podía haberles amado más (4:37). Temían caer en manos amorreas, ¡mientras que Él les había dicho, claramente, que sería al revés! Sostuvieron que aquellas amargas experiencias acabarían en la muerte, mientras que Dios estaba decidido a darles vida. Anticipaban una derrota aplastante, cuando Dios les había prometido una victoria garantizada. En lugar de prestar oídos a la palabra confiable de Dios, escucharon las opiniones distorsionadas de los hombres.

El pesimismo amargado siempre distorsiona la verdad. Los espías regresaron con uvas, pero los murmuradores hablaban de gigantes, los *hijos de Anac* (28). Los espías les aseguraron que era una *buena* tierra, pero los temerosos afirmaban que sería su tumba. Los espías fijaron los ojos en Dios, el dador generoso (25), pero los pesimistas mantuvieron la vista en los hombres. No hablaban de otra cosa que de la superioridad física de los hijos de Anac (*mayor y más alto que nosotros*), sus ventajas arquitectónicas (*ciudades grandes*) y militares (*y amuralladas hasta el cielo*).

Además de esto, el pueblo estaba ciego a la realidad de quién es Dios. Moisés fue

paciente y dialogó con la multitud, presa de pánico, para que *no les tuvieran miedo* (29). Les expuso tres imágenes muy gráficas del Dios que les había hablado tan claramente sobre su posesión prometida. Él es un soldado victorioso, un padre amante y un guía fiable.

¿Habían olvidado que Dios es un guerrero victorioso (29)? ¡Pero si ni siquiera querían dar los primeros pasos en territorio de Anac! Dios va delante de ellos y ha prometido vencer al enemigo mucho antes de que el pueblo llegue a la batalla. *Él peleará por vosotros*, dice Moisés, *conforme a todas las cosas que hizo por vosotros en Egipto delante de vuestros ojos* (30). Habían visto cómo venció a sus enemigos al principio del viaje. ¿Pensaban de verdad que les había llevado por aquel camino para dejarlos tirados al final?

Lo que Dios consiguió en Egipto fue seguido de sus obras en el desierto. También se habían olvidado del amor paternal de Dios (31). ¿Cómo hubieran podido cruzar, siendo los muchos que eran, aquel desierto tan inhóspito si, días tras día, Dios no les hubiera llevado sobre sus hombros como un padre orgulloso lleva a su hijo pequeño?

No habían recordado otra verdad que deberían haber aprendido de aquellos días y noches en el desierto: Dios es un guía confiable (32). ¿Cómo pudieron olvidar tan fácil y rápidamente el hecho de que Él había sido su avanzadilla en los días de antaño? Lo que había hecho con tanta brillantez en la península del Sinaí podía seguir haciéndolo, perfectamente, en las fronteras amorreas. Cada día, el pilar de nube había indicado el camino más adecuado para montar el campamento en el punto más ventajoso. Cuando caía la tarde, la nube que les había protegido del sol ardiente daba paso a una columna de fuego que iluminaba el campamento. Ésta calentaba la noche fría, de modo que pudieran acostarse cómodamente, y también les servía de protección frente a cualquier amenaza, para que durmieran tranquilos. ¿Qué más podía haber hecho Dios para demostrarles hasta qué punto les amaba y valoraba? Había elegido a sus líderes, conquistado a sus enemigos, guiado sus pasos, enviado su alimento, proporcionado agua y garantizado su futuro.

Y aun con esto no creísteis en Jehová vuestro Dios. El mensaje de Moisés lo transmite un líder hundido, atónito. El liderazgo es tremendamente difícil cuando unas personas que deberían estar agradecidas olvidan las anteriores misericordias de Dios, ignoran su mensaje actual y rechazan sus bendiciones futuras.

3. Una oportunidad perdida

En la vida hay momentos clave en los que nos enfrentamos a oportunidades cruciales. Es trágico que las pasemos por alto al preocuparnos por cosas menos importantes. Shakespeare plasmó perfectamente esta idea cuando puso estas palabras en boca de Bruto:

Hay una marea en los asuntos humanos
Que, si tomada en pleamar, conduce a la fortuna;
Si no se aprovecha, todo el viaje de la vida

Encalla en los bajíos y en las miserias.

Frecuentemente la vida nos plantea alternativas radicales. Debemos elegir. Dios no nos trata como a robots, seres mecánicos. La libertad humana es un regalo, pero también una responsabilidad. La decisión equivocada puede arrebatarnos en minutos lo que podríamos haber disfrutado durante años. Por medio de estas imágenes tan gráficas, Moisés había descrito el amor de Dios. Pero ésta no es toda la historia. El amor genuino debe manifestarse aun a riesgo de que lo rechacen y, en este caso, lo rechazaron. Cuando el Señor oyó sus palabras, *se enojó* (34). Esta afirmación nos recuerda una importante verdad bíblica que podemos ignorar para perjuicio nuestro. Debemos pensar en la ira de Dios, y no sólo en su amor; en su santidad, y no sólo en su misericordia.

Dios anunció el castigo (34–35). El primer capítulo de Deuteronomio no sólo demuestra el amor de Dios, sino que explica su ira. No hacemos justicia a la imagen de Dios si le consideramos un dador generoso que siempre da y nunca exige, que siempre nos llama pero a quien le importa muy poco cómo respondamos. Ya hemos visto que en este libro a Dios se le retrata como Padre (31), pero si lo es, entonces hay que honrarle y obedecerle, y no limitarnos a considerarlo una fuente benevolente de regalos constantes. El buen padre no sólo ama, alimenta y cuida de sus hijos. Cuando es necesario, también los disciplina (8:5). Emil Brunner lo expresa en estos términos: «La ira de Dios es el viento contrario a la voluntad divina; pronto descubre quién navega en su contra». Dios había preparado la tierra prometida para una comunidad de creyentes, no una *mala generación* (35). Los rebeldes desobedientes ni siquiera verían la tierra, y mucho menos entrarían en ella.

Algunos escaparon al castigo (36). Dios no permitió que los hijos sufrieran por la desobediencia de los padres. Dominados por su temor, los murmuradores deprimidos dijeron que el territorio hostil de los amorreos se tragaría a miles de niños hebreos inocentes. En realidad, años después, aquellos mismos hijos levantarían sus tiendas en la tierra que sus padres pensaban iba a ser su tumba (39). Muchas de las cosas que nos preocupan nunca llegan a suceder. Spurgeon dijo que la angustia no hace nada para eliminar los problemas del mañana; sólo le arrebató la fuerza al hoy. La angustia es tanto una pérdida de energía emocional como una triste expresión de olvido espiritual. Contempla unas circunstancias que es posible que nunca ocurran, e ignora verdades que nunca cambian. Ellos dijeron que sus hijos servirían *de botín* (39), mientras que el Señor había planeado que se convirtieran en un testimonio, en conquistadores victoriosos en vez de en víctimas indefensas.

Aparte de la generación más joven, hubo dos adultos exentos del castigo de no entrar en la tierra prometida, Caleb y Josué (37–38). Caleb, uno de los espías confiados, era el siervo devoto que *siguió fielmente a Jehová* (36). Josué fue el líder escogido, destinado a sobrellevar la responsabilidad que Moisés había ostentado durante tantos años (34:9). A Caleb se le permitió la entrada por lo que había sido delante de Dios. Josué fue elegido por lo que Dios quería hacer por medio de él. En la vida no puede haber algo más importante que estas dos cuestiones: lo que Dios quiere hacer en

nosotros y con nosotros.

Moisés transmitió el castigo. Explicó al pueblo que el Señor estaba enfadado, literalmente *por vosotros* (37); ellos tenían la culpa. Sin embargo, cuando el libro concluye, a Moisés se le dice que no entrará en la tierra prometida porque *él* había golpeado la roca (32:51). Sin embargo, esto no es una contradicción. El incidente de la roca nunca hubiera tenido lugar si el pueblo hubiese entrado en la tierra cuando Dios les dijo que lo hicieran, e incluso aquel suceso posterior, en Meriba Cades, se debió a la rebelión y el descontento de los israelitas.¹⁴ Lo más destructivo del pecado es el modo en que se reproduce constantemente; una transgresión incita rápidamente a otra. La historia reiterada del rechazo de Moisés enfatiza la gravedad del pecado de Israel (3:25–27). Cuando el pueblo se enteró de que, debido a la necedad de ellos, Moisés había quedado excluido, supieron más allá de toda duda hasta qué punto habían entristecido al Señor.

La comunidad hebrea no sólo tenía miedo; también era perversa y presuntuosa. Dios les dijo claramente que debido a su pecado no entrarían en la tierra: *Pero vosotros volveos* (40). Cuando el Señor les dijo que fueran (21), ellos se negaron (26). Ahora que les dice que no se vayan (35), ellos insisten en irse (41). Cuando se trataba de una tierra prometida, no quisieron entrar. Ahora que es un territorio prohibido, no piensan más que en invadirlo. Podemos pensar que es una actitud increíblemente perversa, pero en realidad es totalmente típica del pecado humano. P. T. Forsyth, teólogo de una generación anterior, lo expresó de una forma memorable cuando dijo que no somos niños descarriados, «niños en el bosque», inocentes, que buscan el camino a casa: «Somos amotinados... rebeldes a quienes han pillado con las armas en la mano».

Su presunción es incluso más grave que su perversidad. Allá que se fueron, una multitud de guerreros poco expertos pero muy creídos, imaginando en su vanagloria que, como habían empleado algunas frases religiosas pertinentes (41), el Señor les concedería la victoria. Pero a Dios no es probable que le impresione lo que decimos si nos hemos negado cerrilmente a escuchar lo que Él nos dice. Cuando Moisés se refiere a su *altivez* (43), la palabra que usa describe un acto caracterizado por una insolencia chabacana. Aquellos que pecan flagrantemente contra un Dios santo, siendo plenamente conscientes de la advertencia divina, no pueden esperar que las cosas vayan bien. Los soldados amorreos no tendrían por qué haberles dado miedo si, de entrada, hubieran hecho lo que Dios les dijo. Ahora el enemigo arremetió contra ellos y huyeron, como un hombre perseguido por un enjambre de abejas a las que ha molestado (44). El recuerdo de aquellos aguijonazos permanecería *por muchos días* (46), concretamente, 38 años. En cierta ocasión, el apóstol Pablo dijo, hablando de una situación de rebelión parecida en el Antiguo Testamento: «Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para *nosotros*, para que no *codiciemos* cosas malas, como ellos codiciaron... Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga». Los mejores dones del Padre no se distribuyen entre las personas que, simplemente, conocen las frases pertinentes.¹⁷ Están reservadas para los hijos sensibles y dependientes. A Dios le impresiona mucho más cómo escuchamos que cómo hablamos.

Deuteronomio 2:1–3:11

3. HORA DE VOLVER A EMPEZAR

Los rebeldes, derrotados y abatidos, tuvieron que volverse al desierto inhóspito. Una triste colección de pecados estrechamente relacionados (el olvido, la desobediencia, la perversidad y la presunción) les había privado de cosas mejores. Todo podría haber sido muy distinto. Dado que habían pasado por alto la Palabra de Dios, los rumores no fueron más que un pálido reflejo de la realidad. Los peligros imaginarios fueron más persuasivos que las promesas confiables; los cobardes fueron más que los héroes. Durante los años siguientes, muchos cientos de esos tristes incrédulos acabaron en una tumba. Cada funeral era un testimonio renovado de la gravedad del pecado. Sin embargo, su amarga derrota a manos amorreas se convirtió en un pálido recuerdo. Poco a poco, empezó a alborear un nuevo día. Era el momento de volver a empezar.

La narración extendida de esta sección del libro recuerda una serie de sucesos históricos por medio de los cuales empezaron a desplegarse los planes de Dios para su pueblo, que también cumplen un propósito superior. Nos ayudan a entender que, aunque el Señor tenga que disciplinar a su pueblo, no lo abandona. Cuando leemos los detalles de esta historia gráfica, empieza a emerger una serie de grandes cuestiones teológicas. A primera vista, parece que todo nos habla de unos nómadas sin hogar, luchas tribales, algún que otro gigantes esporádico, ciudades fortificadas ¡e incluso somieres de hierro! Aunque éste es en realidad el material con el que se elabora la historia, el propósito de la narrativa es mucho más profundo, y transmite unas verdades que tienen una importancia perenne. La vida diaria de aquellos peregrinos hebreos, una vez rechazados, constituye un recordatorio constante de la naturaleza inmutable de Dios. Estas historias ilustran el mensaje de que Dios es misericordioso, generoso, justo, fuerte y soberano.

1. Dios es misericordioso

Bastante habéis rodeado este monte (3). No acusará a su pueblo para siempre. Por dolorosa que sea la corrección, no es tan severa como merecemos, porque, como observaba el salmista, «no ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados». La disciplina no durará siempre. La corrección fue necesaria no para que esos ofensores aprendieran a vivir bien y ser felices, sino también para que en el futuro sus hijos no minimizaran la gravedad del pecado.

Es probable que ni siquiera aquellos años nómadas fueran una pérdida de tiempo. Algunos siglos más tarde, algunos de los profetas estaban convencidos de que aquellas décadas en el desierto habían sido un momento de una devoción especial. Su referencia a aquel periodo en que, siendo un pueblo trashumante, Israel era «santo para el Señor» no puede de ninguna manera circunscribirse a ese viaje de once días posterior al éxodo. El profeta Jeremías, como Oseas antes que él, creía que en aquellos años sin hogar renovaron su amor por Dios y, de la misma manera que una esposa elegida, le siguieron, dispuestos a cumplir su voluntad perfecta a pesar de las circunstancias difíciles, aun atravesando un «desierto». Por dolorosa que resulte la disciplina, poco perdemos si aprendemos algo de ella, algo que nos haga mejores personas en el futuro.

Felizmente, los días de juicio refinador llegaban a su fin. ¿Por qué la generación más joven tenía que seguir errante porque sus padres hubieran ofendido a Dios? Los 38 años en el desierto nos recuerdan, igual que les convencieron a ellos, de que no debemos jugar con el pecado. Prestar oídos sordos a la voz de Dios es el mayor de todos los errores. Dios les disciplinó porque Él es justo, pero si la corrección hubiera continuado para siempre no hubiera sido misericordioso.

Ésta no es una historia que quede limitada al pasado lejano. Sigue hablándonos hoy día, y con gran persuasión. En la mayoría de nuestras vidas hay momentos en los que podemos ofender a Dios y, en el caso de un hombre o una mujer sensible, el sentimiento de culpa puede ser intenso. Sin embargo, es posible que, durante la triste secuela de nuestra transgresión, caminemos en medio de las sombras del remordimiento demasiado tiempo. Tennyson tenía razón al comentar que los hombres y mujeres pecadores pueden alzarse «sobre los peldaños / de quienes fueron y ya no son, para alcanzar cosas mejores».

Pedro sabía qué era fallar, pero, junto a un fuego de carbón una mañana temprano, le llegó el momento de renovar su lealtad y su amor. Unas décadas más tarde, Juan recordaba a sus lectores que la confesión arrepentida de nuestros pecados garantiza su limpieza inmediata. El autor de Hebreos nos insta a dejar a un lado los graves errores y las «cargas» de los días pasados, para poder, una vez más, unirnos a nuestros compañeros en la carrera de la vida. Mientras corremos, hemos de estar dispuestos a olvidar el pasado, no contemplando ya nuestros pecados sino a Aquel que los ha perdonado.

2. Dios es generoso

El pueblo había sido desobediente, pero, a pesar de su aplastante maldad, Dios había sido bueno con ellos. Al echar la vista atrás, a aquellos años que siguieron a su liberación de Egipto, Moisés recordó al pueblo que quien había cuidado de ellos era el Señor. *Jehová tu Dios te ha bendecido en toda obra de tus manos; él sabe que andas por este gran de - sierto; estos cuarenta años Jehová tu Dios ha estado contigo, y nada te ha faltado* (7). Aunque le habían entristecido, Él les había ayudado con los detalles prácticos de su tarea cotidiana, había permanecido sensible a sus necesidades básicas,

les garantizó su presencia protectora, y les dio todo lo necesario para mantenerse con vida.

El hecho de que tuvieran bastante dinero como para pagar la comida y la bebida que necesitaran a su paso por Edom (6) y Hesbón (28) es prueba suficiente de la provisión generosa del Señor durante aquel peregrinaje nómada. Si bien serían sus hijos quienes tendrían un futuro mejor, aun los rebeldes tenían motivos para estar agradecidos. Dios no nos trata de la misma manera que nosotros a Él. Si fuera así, nos habría abandonado hace mucho tiempo.

3. Dios es justo

Es típico del amor divino que, tras los amargos recuerdos del pasado, esta vez habría una nueva ruta a la tierra prometida. Ahora no se les exigía que viajasen por el nefasto país de los amorreos, sino siguiendo las fronteras de Edom, Moab y Amón. Era imposible que la historia se repitiese con una victoria amorrea. Pero, por muy consolador que sea este pensamiento, la marcha seguía conllevando un viaje a través de los territorios de otros pueblos. Las noticias de una ruta alternativa no les iban a privar, automáticamente, de sus temores.

No obstante, la nueva generación prestó más atención que sus padres a lo que Dios tenía que decirles, de modo que escucharon con un cuidado especial la orden de *no* luchar con los habitantes de Edom (5), Moab (9) y Amón (19). El pueblo estaba ansioso por conquistar Canaán y algunos de sus territorios adyacentes sin entrar en conflicto armado, pero el momento de presentar batalla no había llegado aún. No debían enzarzarse en ningún tipo de escaramuza militar con ninguna de las tres naciones, porque Dios no había entregado sus tierras en manos de los israelitas. No sólo era generoso con el pueblo hebreo, sino también con otras naciones. También sus moradores merecían un hogar propio.

Los israelitas no eran el único interés de Dios, ni tampoco era el Señor posesión exclusiva de ellos. Él los eligió porque quería usarlos, y ellos no debían imaginarse que el favor de Dios les daba derecho a hacer o a tener lo que quisieran. Los edomitas, moabitas y amonitas no querían saber nada del Dios de los hebreos, pero está claro que a Él sí le interesaban. Era un interés universal, y no quedaba limitado a los asuntos israelitas. Igual que su gran antepasado, Abraham, confesó muchos años antes, Dios era «el Juez de toda la tierra», motivo por el cual estaba decidido a «hacer lo que es justo».

El interés del Señor no estaba circunscrito a los israelitas, y sigue sin estarlo. Había determinado ciertos territorios para los pueblos de Edom, Moab y Amón, y a aquellos peregrinos desérticos no les tocaba pensar que podían poseerlos. El territorio destinado para ellos estaba más lejos, y no deben imaginar que ahora pueden reclamarlo.

4. Dios es fuerte

La orden de no atacar a las primeras tres naciones que se encontrasen va seguida de

la garantía que, en un punto más avanzado de la ruta, los viajeros israelitas conquistarían sin duda las tierras ocupadas por el rey de Hesbón (2:26–37) y de Basán (3:1–11). En el pasado, Dios había desposeído a otras naciones para dotar de bienes a esta nueva (una idea reiterada con insistencia evidente en estos versículos, 2:10–12, 20–23), y estaba a punto de hacer lo mismo por Israel. Sin embargo, ellos debían prestar oído a sus instrucciones; las órdenes de ayer no servirían para las batallas de hoy. Algunos territorios se les entregaron claramente (2:24, 31; 3:2), y otros les fueron estrictamente prohibidos (2:5, 9, 19, 37).

Había que conquistar territorios, pero unos días antes de que los hebreos comenzaran a acercarse a Hesbón, Dios empezó a invadir la mente de su rey pagano. La preocupación se convirtió en el arma de Dios. Se limitó a llenar de miedo el corazón de Sehón, y ese terror se volvió contagioso. Al cabo de poco tiempo, el *temor* y *espanto* de ellos llegaron a todos los campamentos adyacentes, y las tribus que vivían cerca empezaron a temblar y a *angustiar* a causa de los israelitas (25). Unas décadas antes, fueron éstos quienes tenían miedo; ahora sus enemigos eran presa del pánico. Así es exactamente como Dios habría actuado cuarenta años antes si los padres de los soldados hubieran hecho lo que se les decía.

En nuestra mente ponemos unos límites ridículos al poder divino. Él superó inmensos obstáculos a favor de aquel pueblo errante y sin hogar, y también nos ha prometido gestionar nuestros problemas. El rey de Basán era un «superhombre». Su cuerpo, inmenso, estaba en boca de todos los moradores de la región. Su cama de hierro (3:11) era gigantesca, toda una pieza de museo en la ciudad amorrea. Pero para Dios no era demasiado grande. Los gigantes no son un problema cuando están dentro de un ataúd.

5. Dios es soberano

En esta narración hay otro detalle importante que, sin duda, está ahí para que lo veamos. Cuando los israelitas llegaron a la frontera del reino de Sehón, les dijeron que acababan de alcanzar el territorio que Dios había planeado entregarles (2:24). Sin embargo, al principio no debían enzarzarse en ningún ataque directo. Como en otras ocasiones anteriores, debían preguntar si podían comprar alimentos y bebida para proseguir viaje, y recibir la misma hospitalidad que les habían brindado otras naciones (26–29). Sin embargo, el rey dio una bienvenida hostil a los mensajeros, lo cual sucedió, como dice Moisés, porque Dios había endurecido su corazón (30). Dios estaba poniendo por obra sus propósitos soberanos, del mismo modo que lo hizo antes de que salieran de Egipto. En aquellos tiempos, el faraón se negó constante y tercamente a dejarlos marchar, pero, ¿significaba eso que un gobernante impío iba a frustrar la voluntad del Dios eterno? Por supuesto que no. Para apreciar las afirmaciones de que Dios endureció a estos personajes, debemos entender la elevada visión que tiene la Biblia de Dios. Esto no significó, ni por un instante, que el rey de Hesbón no tuviera una mente propia, sino que, fuera cual fuese la naturaleza de la libertad de Sehón, Dios tenía el control de la

historia humana; que moldeaba el destino de su pueblo y que las decisiones veleidosas de los hombres no podían detenerle. Un ejemplo de la soberanía divina cerca del final del viaje israelita, parecida a los ejemplos del comienzo, sería la garantía constante de que estarían a salvo y seguros. Los reyes humanos no tenían el poder de hacerles nada que pudiese frustrar los planes de Dios.

Mientras meditamos sobre la soberanía de Dios, es importante que pensemos en una dificultad que, para muchas personas, plantean estos versículos. ¿De verdad Dios buscaba la matanza indiscriminada de cientos de hombres, mujeres y niños inocentes en Hesbón y Basán (2:34; 3:6)? Esta cuestión tan compleja volverá a aparecer más adelante en el libro, en pasajes que incluyen ulteriores instrucciones sobre la ocupación de territorios enemigos (7:2; 33:27). A menudo las personas reflexivas y sensibles se sienten incómodas, impactadas o confusas frente a este aspecto de la historia de la conquista. Admitimos que es un tema complicado, pero las Escrituras no sólo lo describen, sino que lo interpretan. Hay una cosa clara: ya hemos visto en esta sección que Dios es justo, misericordioso y bueno. Su naturaleza no le permite contradecirse, y también hemos visto que no es indiferente, ni mucho menos, a las necesidades de otras naciones, aun a las de aquellas que le han agraviado mucho. Entonces, ¿cómo explicar el mandamiento insistente de acabar con los habitantes de aquellas tierras?

Primero, hemos de recordar que estos pasajes describen una *situación concreta*. En ningún otro pasaje de la Escritura Dios ordena una «guerra santa» de esta naturaleza, y estos versículos no pueden usarse para respaldar una guerra moderna o la ocupación violenta de territorios, ni para esta nación única, Israel, ni para nadie más. Lo que Dios quería que sucediera quedaba restringido a aquel momento concreto, una sola vez, en la historia primitiva de la nación, y no da a nadie carta blanca para circunstancias futuras. El Dios de Israel no era un señor de la guerra como Baal. Las actividades militares del rey David le descalificaron como constructor potencial del templo de Dios. El salmista reprende a las naciones que se deleitaban en la guerra¹⁰, y condena fuertemente a los agresores como los asirios, que eran un verdadero tormento.

También debemos considerar que la ocupación de la tierra era un *derecho divino*. Al menos desde tiempos de Abraham, la intención clara de Dios había sido introducir a su pueblo en aquel territorio y, dado que todo el mundo le pertenece, estaba en su derecho de conceder la parte de éste que quisiera al pueblo que Él eligiera. No sólo era el Creador¹³ del mundo, sino también su propietario y administrador. La tierra no podría invadirse sin arrebatársela a los cananeos, y Dios sabía que, aunque fuera duro, ése era el camino a seguir.

Sin embargo, en las Escrituras la ocupación se entendió como un *proceso judicial*. Abraham describió a Dios como «Juez de toda la tierra». Los hebreos serían los agentes del juicio de Dios en Canaán, que fue víctima de la condena y el castigo que se dictaron anteriormente contra Sodoma y Gomorra por su tremenda perversión sexual. Los cananeos eran un pueblo francamente inmoral, que a menudo practicaba, en nombre de la religión, la prostitución ritual y el sacrificio de niños.¹⁶ Dios les concedió tiempo para que renunciasen a esas prácticas tan idólatras e inhumanas, pero le dijo a Abraham que, en su época, «aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo hasta

aquí». Aquellos pecados cananeos eran tan ofensivos y «abominables» ante Dios que dice que la tierra quiere verse libre de ellos, y que «vomita» a sus moradores, degradantes y perniciosos.¹⁸ Por consiguiente, los invasores israelitas fueron los agentes del juicio que Dios había prometido.

Dios también deja claro que el mandamiento de eliminar a los cananeos transmitía *una advertencia explícita*. Si el pueblo hebreo caía en semejantes prácticas cuando ocupase la tierra, también ellos serían expulsados. Los hebreos son un pueblo elegido, pero no unos favoritos protegidos cuyos pecados se pasan por alto o se toleran. Dios es justo, santo y recto, y si en su desobediencia ellos caen en la adoración pornográfica e idólatra de éste u otro tipo, Dios los juzgará severamente y los mandará al exilio.

Una vez más, el mandamiento de poseer la tierra de esta forma tan radical fue *una necesidad teológica*. El Señor sabía que si los israelitas hubieran cohabitado con sus vecinos cananeos, su adoración del único Dios verdadero pronto se hubiera visto comprometida en prácticas religiosas idólatras que la hubiesen corrompido. La pureza de la fe que Dios les había dado se mancharía de sincretismo; los aspectos esenciales de su mensaje único se irían mezclando poco a poco con elementos procedentes del culto a Baal. Las estatuas cananeas no podían existir a la par de una ley de Dios que, expresamente, prohibía la adoración de las imágenes (5:8–9). Las prácticas sexuales que tenían lugar en aquellos santuarios situados en lo alto de las colinas eran plenamente incoherentes con un pacto que condenaba el adulterio (5:18; 23:18). En los propósitos de Dios, la nación israelita debía ser el instrumento único por el cual la revelación divina debía extenderse con fidelidad al resto del mundo. No debía permitir nada que, ya de buen principio, pudiese diluir o distorsionar aquel mensaje tan específico.

También hemos de tener en cuenta que, por muy dura que parezca esta orden, era *una medida de protección*. La verdad es que los israelitas no obedecieron por completo ese mandamiento, y el remanente de los residentes cananeos que quedaron en aquella tierra causaron incesantes problemas a varias generaciones del pueblo de Dios. Puede argumentarse que, si hubieran obedecido aquel mandamiento tan severo, a lo largo de su historia hubiesen evitado la pérdida innecesaria de muchas vidas, tanto israelitas como extranjeras. La vida en un mundo caído no siempre nos permite elegir simplemente entre lo «bueno» y lo «malo»; a veces hay que elegir entre un curso de acción que al principio resulta doloroso pero acabará dando buenos resultados y una demora cansina que tendrá unas consecuencias devastadoras. Un Dios sabio ordenó a su pueblo que siguiera el primer camino, pero ellos no respondieron con una obediencia plena.

Este tema también suscita *una cuestión hermenéutica*. El tema de la interpretación (hermenéutica) bíblica correcta es muy importante. Debemos preguntarnos qué nos está enseñando exactamente un pasaje bíblico concreto, y hemos de confrontar su mensaje con otros aspectos de la enseñanza bíblica. Claramente, el Señor tenía que revelar su voluntad al pueblo israelita en diversas fases inteligibles, y según las formas de pensar y la cultura de su tiempo. Lo que se transmite de forma fehaciente en determinado periodo bien puede ilustrar un aspecto importante de la naturaleza divina que, más tarde, se complementa con una enseñanza o una narración que ilustra otro

aspecto complementario. El mandamiento sobre los cananeos expresaba claramente la santidad, la ira y el juicio de Dios. Deuteronomio enfatiza igualmente el amor, la paciencia y la misericordia divinas. Necesitamos toda la Escritura si queremos discernir una imagen equilibrada y confiable de la naturaleza de Dios. Como pasa en el tema de los cananeos, en ocasiones el Señor da un ejemplo de lo que merece realmente el pecado, para que estemos advertidos para siempre, pero tras éste permite que reine su perdón misericordioso. En el Nuevo Testamento, la historia de Ananías y Safira ilustra el mismo principio; no todos los mentirosos murieron como ellos, pero se da esta advertencia para ilustrar la gravedad de pecar contra Dios mediante una hipocresía deliberada.

Las instrucciones acerca de los cananeos, aparentemente duras, deben equilibrarse, por ejemplo, con la narrativa sobre los gabaonitas. La historia, en Josué 9, describe la estratagema ingeniosa aunque deshonestas que usó un grupo cananeo para protegerse del exterminio. Se disfrazaron como viajeros cansados procedentes de otro país, y obtuvieron la promesa por parte de los desprevenidos israelitas de que no les matarían. Convencidos de que aquellos desarrapados no eran cananeos, los hebreos les prometieron no hacerles daño. Cuando se reveló su verdadera identidad, los invasores se dieron cuenta de que les habían engañado. Sin embargo, habían hecho una promesa, y ese juramento hecho bajo el pacto no podía romperse de ninguna manera. Adoraban a un Dios de verdad, no sólo de santidad. Atrapados en un dilema moral, fueron fieles a su palabra y no mataron a los gabaonitas, convirtiéndolos en siervos. Esta historia clarifica la idea de que incluso el mandato de acabar con los cananeos, espiritualmente peligrosos, hay que equilibrarlo con otras facetas que encierran una verdad igual de importante, en este caso la necesidad de una palabra confiable. De forma similar, el respeto por la vida de Rahab y su casa ilustra la verdad complementaria de la misericordia generosa de Dios hacia ella, a pesar del decreto de exterminio, como hizo con Noé y con Lot y sus familias en unas circunstancias parecidas. Debemos estudiar el mensaje bíblico en su totalidad, no en fragmentos aislados, por importantes e instructivos que sean.

Por consiguiente, es necesario admitir que este mandamiento de eliminar a los cananeos es una historia importante, que manifiesta un aspecto de una revelación en constante desarrollo. La enseñanza de Jesús deja muy claro que hay que amar, no matar, a los enemigos. El mandamiento sobre los cananeos fue una orden única, una necesidad moral y una salvaguarda espiritual. Nunca se pretendió que fuera un patrón de invasión que otros pudieran seguir, fueran o no israelitas.

Por último, el mandamiento divino relativo a los cananeos encarna *un principio espiritual vital*. Nos recuerda que nunca podemos suprimir de nuestra espiritualidad el elemento del conflicto. En el Nuevo Testamento, la vida cristiana se define como un combate, una guerra o una prueba, como la agotadora actividad de un soldado, un atleta, un boxeador o un practicante de lucha libre que compite en unos juegos. Jesús no restó importancia al coste del discipulado; dijo que seguirle nunca sería fácil.²⁶ Al entrar en la tierra que Dios les había dado, el mayor peligro de los israelitas era el de acomodarse gradualmente a una cultura perjudicial a nivel moral y espiritual. Ése es

también nuestro problema. Pablo exhortaba a sus amigos de Roma: «No permitáis que el mundo que os rodea os amolde a sus expectativas, sino dejad que Dios moldee vuestras mentes desde dentro».

En dos ocasiones en la historia del pueblo de Israel, Dios convocó al pueblo para abandonar el país extranjero en el que habitaban de manera lamentable y viajar a una tierra que Dios les había dado. Primero, salieron de Egipto con el mandamiento divino de dejar de vivir como esclavos, convirtiéndose en el pueblo santo y diferente de Dios. Algunos siglos después, volvían a ser cautivos, esta vez en Babilonia, y una vez más el Señor les dijo que se fueran de allí: «Apartaos, apartaos, salid de ahí, no toquéis cosa inmunda... purificaos».²⁹ Los apóstoles Pedro y Pablo usan estos acontecimientos y palabras del Antiguo Testamento para definir el llamado cristiano a dejar la vida antigua y disfrutar de la nueva. Dentro del mundo contemporáneo, el Señor nos llama a adoptar un estilo de vida radicalmente diferente. Los creyentes que responden con regocijo a ese llamado, al compromiso total, lo hacen porque el Señor ha garantizado las fuerzas que nos exige.

Deuteronomio 3:12–29

4. LAS BENDICIONES PRESENTES FOMENTAN EL SERVICIO FUTURO

La narrativa de esta sección describe los acontecimientos posteriores a la conquista de los dos reinos, Hesbón y Basán. Desde el punto de vista histórico, este pasaje recuerda vívidamente al pueblo hebreo las bendiciones pasadas, pero también imparte cierto número de lecciones básicas para los creyentes de todos los siglos. Enfatiza la necesidad del amor, la adoración y la sumisión.

1. Amad al pueblo de Dios (3:12–22)

Hemos de destacar, antes que nada, el interés de Dios hacia *toda* la comunidad. Una vez los israelitas tomaron posesión del territorio recién conquistado, era importante que Moisés abordase la cuestión estratégica de su distribución. Las historias de sus antepasados, contadas y atesoradas durante generaciones, dejaban muy claro que, a menos que estos asuntos quedaran resueltos, podrían darse amargas divisiones y relaciones rotas. Por consiguiente, lo primero que había que hacer era decidir dónde vivirían las diversas tribus israelitas y, dado que parte del territorio que necesitaban ya estaba en sus manos, lo mejor era empezar la distribución allí y después, al este del río Jordán.

Aunque este asunto tenía que ver con los derechos de tribus concretas, Dios estaba

pensando en la comunidad global. El pueblo se había mantenido unido durante el largo viaje por el desierto, y ahora no era momento de disgregarse. Algunos (Rubén, Gad y la mitad de Manasés) recibieron la tierra que anteriormente perteneció a Hesbón y a Og. Sin embargo, aquellas dos tribus y media que ya tenían un territorio estable tuvieron que enviar sus tropas a Canaán, para compartir una victoria que beneficiase a todo el pueblo. No se dio una actitud de «a cada cual lo suyo». Las tribus debían pensar en lo que era bueno para todos, no sólo para ellas individualmente.

Esta «solidaridad colectiva» es una de las impresionantes características de la vida del pueblo de Dios. Sus miembros se sentían inevitablemente unidos. Cada uno pertenecía al todo. Su vida unificada encarna e ilustra un principio espiritual básico, que tiene consecuencias importantes para la iglesia que vive en el mundo de hoy. En el Nuevo Testamento, la comunidad de aquellos que creen en Jesús se considera la nueva Israel. Cuando Pedro escribió a las iglesias del primer siglo, aplicó a la iglesia los grandes títulos veterotestamentarios referidos a la nación hebrea, y les recordó que los creyentes son como «piedras vivas», unidas en un templo espiritual. La vida unida e interdependiente del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento es un modelo para la Iglesia, pero, con demasiada frecuencia, en lugar de apoyarnos mutuamente nos gusta ir por libre.

Algunos cristianos individuales cometen el triste error de «ir a su aire». Por puros que sean sus motivos, les parece imposible encontrar una iglesia que sea buena, pura, atractiva o lo bastante grande como para satisfacer sus necesidades predeterminadas. El Señor Jesús valoró el amor y la compañía de sus discípulos durante tres años, aunque distaban mucho de ser perfectos. Ningún creyente puede permitirse vivir en un aislamiento espiritual. Fuimos creados para compartírnos.

El líder cristiano es quien puede sentirse más tentado a vivir en un aislamiento espiritual autoimpuesto. Es posible estar tan concentrados en nuestro trabajo para Dios que, aun sin querer, nos separemos de la comunión con otros. A mediados del siglo XVII, Richard Baxter exhortaba a sus compañeros de ministerio: «no perdáis el contacto mutuo; no digáis que tenéis cosas privadas que hacer». Los líderes deben reunirse unos con otros, no sólo para animarse sino también para recibir ese estímulo procedente de mentes distintas, la ampliación de sus horizontes gracias a la visión de otros y, en ocasiones, incluso para corregir actitudes.

Sin embargo, el aislacionismo no es un problema sólo de individuos; también puede afectar a iglesias, grandes o pequeñas. Está claro que no es correcto que un grupo del pueblo de Dios organice su vida colectiva como si no existieran otras iglesias. Necesitamos unos mapas más grandes. La próspera iglesia suburbana puede vivir en total ignorancia de las dificultades a las que se enfrentan los creyentes en el centro de la ciudad. Se puede perdonar a las pequeñas congregaciones de zonas rurales el pensar que esas otras iglesias más grandes en ciudades cercanas se han olvidado de que existen. Todos nuestros amigos dedicados a actividades misioneras, en nuestro país o fuera, corren el grave peligro de que los olviden quienes viven junto a ellos en la misma aldea global. Los cristianos deben tener el horizonte más amplio posible.

Además, estos versículos dejan claro que a Dios también le preocupan los miembros

más *débiles* de la comunidad. Los «hombres de valor» procedentes de las tribus recién asentadas debían ir a la guerra para que también los demás tuvieran un hogar, pero sus mujeres e hijos no debían viajar con ellos. Les tocaba esperar pacientemente el regreso de sus padres e hijos, hasta que el Señor «dé reposo a vuestros hermanos» (20). Los niños no deben ni acercarse al campo de batalla; necesitan el cuidado constante de unas madres entregadas. Como veremos, la vida familiar tiene un papel importante en la enseñanza de este libro.

Estas cuestiones también son importantes para nuestra sociedad actual. En un momento en que vivimos un amedrentador estallido de rupturas familiares, los creyentes, mediante su ejemplo, oraciones y esfuerzo personal, deben hacer todo lo que esté en su mano para preservar estas unidades de amor, asistencia y seguridad ordenadas por Dios. El alarmante incremento de los crímenes asociados con niños inocentes ocupa titulares en los periódicos del mundo: abandono grave, abusos mentales, pederastia, abusos sexuales y físicos, facilitación de drogas a los adolescentes... por mencionar sólo unos pocos. Debido a la grave decadencia de los valores morales, los adolescentes de nuestra sociedad actual son muy vulnerables. Un estudio que hace poco solicitó la BBC para preparar una nueva serie de Radio 4, titulada *Best Behaviour*, reveló que una de cada veinte chicas de quince a veinte años cree que es razonable que, en nuestra sociedad, un chico espere mantener relaciones sexuales en su primera cita. Las instrucciones detalladas en Deuteronomio dejan claro que a Dios le interesa muchísimo que los niños y los jóvenes no se vean expuestos al peligro; también a nosotros debe importarnos.

En su compasión, el Señor también dio instrucciones sobre los *animales* (19). Los israelitas que hubiesen comprado ganado y a quienes hubiera correspondido un territorio situado en Canaán tenían que dejar sus rebaños en las tierras recién ocupadas, de modo que pudiesen cuidarlo las mujeres, los niños y todos los miembros de la comunidad que no pudieran ir a la guerra. El interés de Dios por los animales es otro rasgo atractivo de este libro, que tendremos ocasión de mencionar en capítulos posteriores. Dios es el Creador y Sustentador de su mundo. Él creó a las diversas especies del reino animal, y vio que eran «buenas». Las aves y los animales constituyeron una compañía para los seres humanos, porque no era bueno que estuvieran solos. Los humanos fueron nombrados administradores en el mundo bueno⁷ de Dios, y por este motivo se ordenó al pueblo hebreo que cuidara de su ganado. A Dios le interesaba la ecología mucho antes de que inventase la palabra.

Moisés también expresó la compasión de Dios por los *temerosos*. En el texto hay incluso un término para definir a los hombres que dejaban sus hogares para conquistar la tierra prometida. Incluso los *valientes* (18) necesitan alguna palabra de ánimo de vez en cuando. Se les recuerda dos conquistas recientes y dos verdades eternas. El siervo de Dios les tranquiliza cuando les dice que lo que Dios *ha hecho* es una garantía de lo que *hará* (21). Su victoria reciente sobre los dos reyes debía animarles a pensar que, lo que Dios ha conseguido en el pasado volverá a conseguirlo en el futuro. También se les ofrecen dos verdades en las que deben meditar cuando se vayan de sus casas: lo que Dios les ha dado y cómo obrará Dios. Él les ha *dado* la tierra de Canaán (18), de modo

que entran en una propiedad de Dios, y Él se la *cederá* actuando como un guerrero invencible. *No los temáis; porque Jehová vuestro Dios, él es el que pelea por vosotros* (22). Sus ojos habían *visto* (21) la liberación anterior; sus oídos debían oír la promesa sustentadora.

2. Exaltad el nombre del señor (3:23–24)

Cuando *en aquel tiempo* Moisés vio a las tropas dispuestas para partir, su corazón estaba lleno de acción de gracias por la grandeza, la naturaleza única y las victorias de Dios (24). Con las conquistas recientes de Hesbón y Basán, Dios sólo *había comenzado a mostrar* su majestad y su poder. Casi cuarenta años antes, los padres de aquellos soldados estuvieron paralizados de miedo porque exageraron la fortaleza del enemigo; sus hijos vencieron porque exaltaron la grandeza de Dios.

Cuando alaba a Dios, Moisés también da testimonio de que no hay otro como Él. Dios no sólo es grande, sino que es incomparable. Moisés pregunta si hay algún otro dios *en el cielo o en la tierra que haga obras y proezas* como las suyas. Los soldados estaban a punto de entrar en un territorio famoso por su idolatría, pero Moisés sabía que esos dioses no eran dioses de verdad, sino el estéril fruto de la imaginación humana, sin una proyección en la realidad. Servirles es adorar la proyección enfermiza de la mente impura y voluble de los hombres.

¿Es que aquellos no-dioses de Canaán o de cualquier otra nación podían realizar unas *obras y proezas* como las que había hecho Dios a lo largo de los siglos? Este libro tiene mucho que decirnos sobre la vanidad, el peligro y la naturaleza ofensiva de la idolatría a los ojos de Dios. La impotencia de esos dioses se convertiría en un tema familiar entre el pueblo israelita. Dios es el único que puede satisfacer sus necesidades y es digno de su fidelidad.

Moisés comenzó su oración a Dios con la adoración; literalmente, reconoció el valor de Dios. Había entrado en la presencia de Dios con la intención de pedirle algo especial, pero, antes de mencionarlo, tenía algo especial que darle. La alabanza debe preceder siempre a la petición. Nos recuerda lo que ya tenemos, y nos ofrece la perspectiva correcta para lo que pedimos.

3. Aceptad la voluntad de Dios (3:25–29)

Estos versículos concluyen de un modo impactante la sección introductoria del libro. La historia empezó (1:1–8) con Moisés en público; acaba ahora, con Moisés en privado. Empieza con un predicador en la presencia del pueblo; concluye con un hombre que ora en presencia de Dios. Los capítulos siguientes registran la esencia de la predicación de Moisés al pueblo. Sin embargo, no sólo deben compartir la Palabra de Dios; también deben buscar el rostro del Señor. Sin oración, ningún cristiano puede esperar ser eficaz en el liderazgo. P. T. Forsyth nos recordó que debemos pasar tiempo con las personas para entender sus problemas, y pasar tiempo con Dios para resolverlos.

Moisés buscaba a menudo al Señor para obtener beneficios para su pueblo (9:25–29), pero en este caso oró intensamente por sí mismo. Teniendo a sus espaldas los años decepcionantes de la experiencia en el desierto, anhelaba ver al pueblo de Dios establecido y a salvo en su nuevo territorio. Era anciano y estaba cansado, pero para Dios nada era imposible. Los días que se avecinaban podrían ser difíciles, pero con la ayuda de Dios aun un anciano podría recibir fuerzas suficientes para entrar en la tierra. El Señor le había dicho claramente que, debido al pecado del pueblo, no entraría en la tierra prometida (1:37), pero él sentía el deseo de volver a pedirle a Dios este privilegio, por ver si se lo concedía. La respuesta fue definitiva: *Basta, no me hables más de este asunto* (26). Esta narrativa tiene algunas cosas importantes que decirnos. La decepción de Moisés puede incluso servirnos de ánimo.

Cuando a Dios le pedimos algo, debemos recordar que no somos las únicas personas involucradas. No hay nadie que pueda vivir sólo para sí mismo. Nuestras vidas están ineludiblemente unidas a las de otras personas. La petición de Moisés parece inocente y natural y, dada su experiencia, era algo que le afectaba a él y a nadie más. En realidad, estaban en juego cuatro cosas: lo que era mejor para Moisés, lo más adecuado para el pueblo, lo que era bueno para Josué y lo que agradaba a Dios.

Primero hemos de pensar en lo que era mejor para Moisés. Sin duda él creía que aún le quedaba algún trabajo útil por hacer, y teniendo en cuenta su experiencia sería positivo para él ver al pueblo asentado con seguridad en su nuevo hogar. Sin embargo, y aun teniendo una motivación tan pura, las cosas que queremos para nosotros mismos no son necesariamente sabias y correctas. Dotados de una visión limitada por naturaleza, nos es imposible ver la imagen global; sólo Dios es capaz de ello. Después de todo, es posible que lo que queramos no sea lo mejor. Moisés no podía pensar en nada más maravilloso que entrar en Canaán, pero el plan de Dios era que entrase en el cielo.

Después hemos de preguntarnos qué era lo mejor para el pueblo. Esta petición no era una mera cuestión personal entre Moisés y Dios. El Señor podía haber respondido a la oración con un «No» rotundo porque, mediante la exclusión de Moisés, quería advertir y proteger al pueblo.

Está claro que fue una advertencia. En tres ocasiones (1:37; 3:26; 4:21), Moisés dice al pueblo *a causa de vosotros, el Señor se enojó contra mí*. Al negarle a Moisés el acceso a la tierra, Dios no sólo le decía algo a él, sino también al pueblo. Cuando formulamos peticiones al orar debemos recordar que lo que deseamos no siempre puede ser lo mejor para otros. La exclusión de Moisés fue un recordatorio perpetuo de la santidad divina. Supuso decir que los hombres y las mujeres no deben tomarse el pecado a la ligera.

Además, mediante esta negativa es posible que el Señor les estuviera protegiendo. Moisés era un personaje tremendamente popular; cuando murió, el pueblo estuvo llorándole todo un mes (34:8). Al llevarse a Moisés al cielo antes de entrar en Canaán, es posible que Dios deliberadamente evitase que el pueblo venerase su tumba, con los peligros que esto conllevaba. Su intensa admiración hacia él se plasma elocuentemente en la elegía con la que concluye Deuteronomio. Antes y después hubieron grandes líderes, pero «nadie como él» (34:10–12). La adoración a los antepasados era bastante

frecuente en el mundo antiguo, y el pueblo lo hubiera tenido muy fácil en el futuro para congregarse en torno al sepulcro y adorarle. Debió existir alguna razón para las circunstancias únicas, también incluidas en el último capítulo, de que Dios enterrase a Moisés y «ninguno conoce el lugar de su sepultura hasta hoy» (34:6). A medida que pasaban los años, el pueblo fue introduciendo muchos elementos corruptos y prohibidos en su adoración. Es posible que Moisés quisiera garantizar que el recuerdo de la vida y obra de este hombre se centrara en sus palabras, no en su tumba. Teniendo en cuenta la contribución única que hizo a la historia de Israel, un sepulcro en Canán se hubiera convertido muy pronto en una capilla nacional, dirigiendo el pensamiento del pueblo al hombre en vez de al Dios que le había utilizado. La deificación de los líderes es un pecado que no está limitado al mundo antiguo.

Aparte de esto, cuando reflexionamos sobre esta oración, hemos de preguntarnos qué era lo mejor para Josué. Hay dos ocasiones en el libro en que se menciona el rechazo, dándole una especial relevancia a las responsabilidades de Josué (1:38; 3:21–22, 28). La obra que Moisés debía hacer para el Señor era conducir al pueblo por el desierto, lo cual ya era bastante difícil de por sí. Sin embargo, su misión no consistía en asentar al pueblo en el nuevo territorio. Dios había elegido a otro hombre para esta tarea. La obra de un hombre había concluido; la de otro estaba a punto de empezar. El ministerio de Josué, muy distinto, tenía la misma importancia a los ojos de Dios. A las personas que han trabajado eficazmente para Dios no siempre les resulta fácil pasar el testigo a otros. La ruptura necesaria entre el final del ministerio de Moisés y el principio del de Josué parece enfatizarse muy claramente en Josué 1:2: «Mi siervo Moisés ha muerto; ahora, pues, levántate y pasa este Jordán».

Lo más importante de todo es que, al hacer una petición, debemos preguntarnos qué es lo mejor para Dios. Démonos cuenta de que, al empezar su oración, a Moisés le preocupa más exaltar a Dios que buscar nada para sí mismo. Esto es típico de las grandes oraciones bíblicas. En esta oración hay dos palabras clave: *Señor* y *siervo* (v. 24). A Dios le agrada que reconozcamos su soberanía y nuestra condición. Estas palabras importantes en la alabanza de Moisés son clave para su sumisión y la nuestra. A lo largo de su vida, Moisés había sido el esclavo voluntario de Dios. Por consiguiente, no era él quien debía elegir dónde y cuándo había de concluir su vida; la decisión estaba en las manos más seguras de un Señor sabio, amante y soberano, que no cometería errores.

Por último, esta narración nos ofrece un principio importante que debe guiarnos cuando oremos. Es mejor buscar cualidades que cosas tangibles. Anhelamos cosas materiales, pero Dios tiene dones que el dinero no puede comprar. Deseamos una salud mejor, pero aunque Dios puede sanar, nos conviene mucho más depender de Él. Sin nuestras debilidades, ¿cómo podríamos estar seguros de nuestras fuerzas? Queremos cambiar de trabajo, pero puede que en el que tenemos ahora estemos rodeados de personas que sólo nosotros podemos alcanzar. Deseamos el éxito reiterado, pero es posible que el fracaso ocasional sea mejor maestro. La mayoría de las ambiciones necesitan un fuego refinador. Las autoridades eclesiásticas de la Inglaterra del siglo XVIII se quedaron atónitas cuando el piadoso John Fletcher de Madeley, el «sucesor designado» de Wesley, rechazó el obispado de Rochester. Pensando que había

puesto los ojos en un cargo aún más importante, le preguntaron si había algo más que deseara. Al cabo de dos segundos les había dejado claras sus prioridades: «Quiero más gracia», dijo.

Deuteronomio 4:1–43

5. VER AL INVISIBLE

Con objeto de concluir la introducción histórica principal del libro, este nuevo capítulo contiene un discurso importante que dio Moisés al pueblo que aguardaba. Expone una serie de temas que cada vez adquirirán más importancia en la predicación de Moisés. Primariamente, el mensaje del líder habla del carácter y las obras de Dios. Antes de que el pueblo entre en la tierra, es importantísimo que entiendan quién es Dios, qué ha dicho y qué puede hacer. Antes de invadir un territorio plagado de otros dioses, necesitan pensar mucho en la naturaleza única de su Dios. Si quieren sobrevivir a los peligros de los días que tienen por delante, sólo podrán hacerlo contemplando a Dios. En Canaán verán cientos de ídolos, pero, si quieren conquistar y retener la tierra, deben mirar al Dios que es invisible.

El hecho de que sus padres no conquistasen el territorio hacía casi cuarenta años se debió totalmente a su visión imperfecta. No habían sabido adónde mirar. No se les ocurrió mirar hacia arriba. Al mirar hacia delante, vieron más a los gigantes que los racimos de uvas. Cuando miraron alrededor, vieron poco más que sus menguados recursos, totalmente anonadados por el poderío militar y las imponentes fortificaciones del pueblo cuyos territorios les separaban de su meta. Al mirar hacia dentro, sus corazones se agarrotaban de miedo. Al mirar atrás, pensaron que hubiera sido mejor no haber salido de Egipto. Aun cuando pensaban en Dios, tenían una imagen patéticamente distorsionada de su naturaleza. «Porque Jehová nos aborrece, nos ha sacado de tierra de Egipto... para destruirnos» (1:27). Nada podía distar más de la verdad.

La imagen de Dios dada a Moisés para compartirla con el pueblo antes de que empezaran su invasión de la tierra fue la de un dador generoso (1–2), un Señor soberano (13–28), un libertador misericordioso (29–34) y un Dios de amor incomparable (35–43).

1. El dador generoso (4:1–12)

Sin la enseñanza clara de la Escritura la gente piensa que, por medio de nuestras observancias religiosas o nuestra conducta moral, todos debemos hacer agotadores

esfuerzos para obtener el favor de Dios. Fue precisamente para proteger al pueblo de este mismo peligro de la religión antropocéntrica por lo que Moisés empezó a dirigirse al pueblo centrándose en lo que Dios les había dado, no en lo que ellos le daban a Él. Su relación especial con ellos, sus favores a beneficio del pueblo, no se fundamentaban en lo que ellos habían hecho. Dios no escogió a los israelitas por su fuerza numérica (6:7) o su bondad moral (9:4), sino porque les amó, les eligió y quiso usarles. Por este motivo, Moisés empezó concentrándose en dos de los dones inmerecidos de Dios a sus hijos, la ley y la tierra: *Ahora, pues, oh Israel, oye los estatutos y decretos que yo os enseño, para que los ejecutéis, y viváis, y entréis y poseáis la tierra que Jehová el Dios de vuestros padres os da* (1).

a. El mensaje que dio

Esta sección echa unos cimientos firmes para las enseñanzas posteriores del libro sobre la verdad que Dios reveló. Sus versículos enfatizan que el mensaje que Dios confió a Moisés para nosotros tiene un atractivo único que es espiritual, intelectual, moral, universal, pedagógico y social.

La ley, que es espiritualmente beneficiosa, fue diseñada para impartir vida (1). No pretendía ser una lista tediosa de prohibiciones agobiantes. Dios sabe que, si los hombres y las mujeres quieren disfrutar de la vida, siempre serán necesarias ciertas reglas. El entorno laboral donde se trabaja a presión, sin oportunidad de relajarse; la desobediencia infantil; la ruptura familiar; el asesinato; la infidelidad matrimonial; el robo; los trapicheos burocráticos y la codicia no son los ingredientes más adecuados para una vida feliz, y éstas son las principales prohibiciones de los Diez Mandamientos en lo relativo a la comunidad. Pero la ley, tal y como está resumida en los Diez Mandamientos, no empieza con una lista de prohibiciones, sino con una declaración de la unicidad y la salvación de Dios: «Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de tierra de Egipto» (5:6). No comienza diciendo lo que debe o no debe hacer una persona, sino con lo que ha hecho el Señor. Su pueblo esclavizado en Egipto estaba bajo sentencia de muerte, pero Él vino a liberarles de la cruel esclavitud a la que estaban sometidos en una tierra extranjera. Les dio *vida*, y quiso que siguieran disfrutándola, y por este motivo les confió su mensaje único, para enseñarles a ellos, y a nosotros, cuál es el camino de la vida.

Este mensaje, que nos obliga a nivel individual, va destinado a informar, iluminar y estimular la mente. Todas sus secciones tienen una importancia única. Confronta a los lectores con unas responsabilidades serias. Moisés les/nos insta a prestar oído al mensaje (*Oye*, 1), obedecer sus instrucciones (*para que los ejecutéis*, 1), reconocer su fuente (*los mandamientos de Jehová nuestro Dios*, 2), honrar su autoridad (*no añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella*, 2), y demostrar su valor (*porque esta es vuestra sabiduría*, 6).

A lo largo de los siglos, algunas personas han cometido el tremendo error de añadir, mutilar o ignorar la Palabra de Dios. La juzgan en vez de sujetarse al juicio que ella hace de sus personas. Está claro que esa advertencia de Moisés era necesaria; la adición o

sustracción tuvo lugar incluso dentro de la tradición religiosa hebrea. Durante el ministerio de Cristo, los fariseos añadieron a la Palabra de Dios cientos de prohibiciones detalladas que no estaban contenidas en la Escritura canónica. En el mismo periodo, los saduceos quitaron de la Palabra aquello que les parecía inaceptable: todo lo relativo a lo sobrenatural, la doctrina de la resurrección, los ángeles y los espíritus. Los fariseos fueron los legalistas del primer siglo, y los saduceos los racionalistas destructivos de su época.

En la historia de la iglesia primitiva hubo determinados maestros que añadieron cosas a la enseñanza bíblica sobre la salvación, la gracia y los sacramentos, mientras que, en siglos posteriores, hubo estudiosos racionalistas de la Biblia que prefirieron eliminar de su enseñanza las referencias a milagros, o la afirmación de la deidad exclusiva de Cristo, su nacimiento virginal, su muerte expiatoria, su resurrección física o su regreso prometido.

Sin embargo, sería un error suponer que los peligros de añadir o quitar algo del mensaje son cosa del pasado. Es más fácil criticar los pecados de otros que confesar los propios. Podemos cometer un error similar; por el hecho de que nuestros pecados son menos públicos no debemos imaginar que sean menos graves. Los creyentes añaden a la Palabra de Dios cada vez que establecen normas obligatorias sobre temas de los que la Biblia no dice nada. Existen formas de legalismo «cristiano» que no honran a Dios. También «sustraemos» algo del mensaje cuando ignoramos o desobedecemos flagrantemente lo que Dios nos dice; en la práctica, estamos diciendo que, por lo que a nosotros respecta, la Escritura bien podría no existir. Este mensaje de Moisés advierte al pueblo de Dios acerca de tales peligros, y prohíbe claramente las adiciones, sustracciones o manipulaciones. Además, Moisés sabía, gracias a su experiencia en el desierto, que algunas personas ignoran por completo la Palabra de Dios, y llama la atención sobre los efectos desastrosos de esta conducta usando una ilustración (3) sacada de la historia del pueblo de Dios.

Esta Palabra, que está dotada de una importancia moral crucial, nos guarda del pecado y nos protege de aquellas influencias perjudiciales y destructivas que nos arrebatarían la vida de alegría que Dios quiere que disfrutemos. Como ejemplo de las graves consecuencias que son resultado del rechazo de la Palabra de Dios, Moisés recuerda al pueblo lo que hizo Jehová *con motivo de Baal-peor* (3). En aquel momento, algunos israelitas tuvieron relaciones sexuales con mujeres moabitas, participaron en ritos de adoración a Baal que fomentaban tales prácticas, y se inclinaron ante ídolos paganos. En el campamento estalló una plaga y los ofensores fueron ejecutados. Moisés contrasta deliberadamente a aquellos que murieron como acto de juicio y a aquellos otros que *siguieron* al Señor, y que *todos están vivos hoy* (4) para escuchar su mensaje y prestar atención a su advertencia. Contrasta deliberadamente el camino de la vida y el de la muerte, otro tema clave en el libro (30:15–20).

Este mensaje, universalmente atractivo, no sólo transforma nuestras vidas, sino que tiene un fuerte impacto sobre nuestros vecinos incrédulos. Moisés dijo a sus contemporáneos que cuando las gentes de otras naciones oigan todos esos decretos, dirán: *Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta... ¿Qué nación*

grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley? (6, 8). En diversos pasajes importantes, el Antiguo Testamento anticipa el momento en que la comunidad de Dios sería un pueblo misionero; aquí Moisés dice que la Palabra de Dios se convertirá en su instrumento eficaz en aquel programa misionero, dando a conocer el nombre de Dios a los pueblos en torno a Israel.⁴ Serviría para atraer a los incrédulos a las realidades espirituales, gracias a su enseñanza con autoridad, atractiva y eficaz. Además, los incrédulos reconocerían que Dios no instruye a su pueblo desde una distancia infinita, sino que se acerca a ellos cuando oran a Él (7).

La ley, que es importante en el ámbito educativo (9), juega un papel creativo en la vida en desarrollo de la nación hebrea. El mensaje tenía que recibirlo el individuo (*guárdate, y guarda tu alma con diligencia*); había que atesorarlo en la familia (*las enseñarás a tus hijos*), y transmitirlo a generaciones posteriores (*y a los hijos de tus hijos*). Como veremos, la educación de los hijos, así como la preservación del hogar y la vida familiar son aspectos especialmente importantes de la enseñanza contenida en este libro (10; 6:7, 20; 11:19, 31:13; 32:7).

La verdad que Dios transmite en la ley, que tiene una influencia social (10–12), debe tener un efecto unificador y purificador dentro de la vida de la nación (*reúname el pueblo, para que yo les haga oír mis palabras*). Sirve para enriquecer la vida colectiva, porque recuerda la bondad de Dios en el pasado y la deuda impagable que tiene el pueblo con Él por su revelación con propósito (*para temerme todos los días que vivieren sobre la tierra*, 10), por su esplendor majestuoso (*el monte ardía en fuego hasta en medio de los cielos con tinieblas, nube y oscuridad*, 11), y su unicidad (*oísteis la voz de sus palabras, mas... ninguna figura visteis*, 12). Una de las cosas que destruye rápidamente esta sensación de solidaridad colectiva es la desobediencia a la Palabra, como en Baal-peor (3–4), cuando el pueblo israelita transgredió la enseñanza del Señor sobre la idolatría (5:7–8) y el adulterio (5:18), ignorando su mensaje sobre la lealtad exclusiva que le debían (5:15–19).

b. La tierra que les dio

Los años penosos de su existencia agotadora, que pasaron como refugiados inseguros, casi habían concluido. El territorio que tenían por delante era propiedad de Dios, dado que todo es suyo (10:15). También fue la provisión para su pueblo elegido, y el don de Dios: es *la tierra que Jehová el Dios de vuestros padres os da* (1, ver también 21, 38, 40). El mensaje de este libro sobre la «tierra» enfatiza que, en la mente de Dios, no existe distinción entre lo sagrado y lo secular. Toda la vida pertenece a Dios. No le interesa exclusivamente la ley; también le interesa la tierra. Dios les dio el mensaje *en Horeb* (10), pero también les dio la tierra. Ambas cosas iban unidas: *Yo os he enseñado estatutos y decretos... para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis* (5).

Sin embargo, los dones de Dios son más que privilegios inmerecidos; también son responsabilidades. Era una buena tierra (22), pero era posible contaminarla. Era una muestra de la generosidad abundante de Dios con ellos (8:7–9), pero, pasando por alto ese hecho, podían no respetar ese regalo y vivir en ella sin ser agradecidos, cayendo en

el egoísmo (8:10–14). Además, aunque Dios les confiaba la tierra como pueblo, Dios seguía siendo su propietario. Debían darle cuentas del modo en que la trataban, a ella y a sus compatriotas israelitas que compartían la administración con ellos. No pertenecía a sus reyes, como creían sus vecinos paganos acerca de sus territorios, de modo que los gobernantes de Israel no tenían derecho a explotar a sus hermanos, reclamando la tierra como propiedad del rey. Una adoradora de Baal, como Jezabel, podía muy bien sentirse libre para saquear la propiedad de un semejante, pero el profeta de Dios dejó muy claro que esa conducta era totalmente inaceptable en Israel. Dios había confiado a Nabot aquella viña, y juzgaría a una reina implacable por violar los mandamientos sobre la codicia, el falso testimonio, el hurto y el asesinato.

Esta enseñanza sobre la tierra no es simplemente un detalle geográfico interesante, que llame la atención de los estudiosos de la historia israelita. Tiene algo extremadamente importante que decirnos, vivamos donde vivamos. Dios les entregó la tierra para que la administrasen como la esfera local precisa donde se iba a desarrollar la actividad futura de Israel. No eran libres de hacer con ella lo que quisieran. De igual manera, Dios nos ha dado a cada uno áreas de privilegio donde debemos pasar la vida, de forma que vivamos para su gloria: el hogar, el trabajo, la iglesia, el vecindario, nuestro país. Estas «esferas de actuación» son el regalo que nos hace Dios, pero podemos emplear mal estos dones preciosos. La vida es buena, y Dios pretende que seamos felices en ella. Dios no es un aguafiestas. Deuteronomio afirma frecuente y rotundamente que la experiencia bajo la Palabra de Dios en la tierra de Dios sería inmensamente positiva. A su pueblo se le exhorta a obedecer la Palabra y «poseer» la tierra, «para que te vaya bien» y «prolongues tus días sobre la tierra que Jehová tu Dios te da» (4:40; 5:33; 6:2, 18, 24; 11:9; 12:28; 13:17–18). Sin embargo, para disfrutar de los privilegios hemos de vivir responsablemente, obedeciendo a la Palabra de Dios. Veamos algunos ejemplos.

Nuestros cuerpos son el regalo escogido de Dios para nosotros, pero podemos abusar de ellos sin pensar: algunos creyentes desobedecen el mandamiento divino de tomarse un día a la semana de descanso y recreo, y se exigen demasiado. Otros están tan ocupados con otros compromisos, aun con el servicio cristiano, que se han olvidado de que el hogar y la vida familiar es uno de los privilegios más sublimes de la vida. Preocupados casi por completo por otras cosas, piensan poco en el hogar hasta que su matrimonio corre peligro o los niños empiezan a perder su interés por un padre que casi siempre está ausente. El trabajo es una esfera importante donde podemos dar testimonio, pero se «contamina» fácilmente. Debemos testificar de la realidad de nuestra fe mediante la calidad de nuestro trabajo, así como a través de la veracidad de nuestras palabras. Tristemente, ha habido cristianos cuya evangelización, muy loable, ha quedado anulada debido a su trabajo mediocre. Nuestras iglesias locales son otro ámbito que nos ofrece una excelente oportunidad, pero también puede «contaminarse» debido a la apatía, la crítica, una actitud dominante, una preocupación egoísta por las responsabilidades individuales, a costa prácticamente de todo lo demás. Es posible ser un cristiano activo pero un vecino decepcionante, estar tan ansioso por asistir a las reuniones de la iglesia que pasemos por alto a esa persona solitaria con la

que nos cruzamos, perdiendo así la oportunidad de ejercer una asistencia de amor, un servicio práctico y un testimonio constante. Podemos ocuparnos tanto en las actividades de la iglesia local que ignoremos por completo nuestras oportunidades sociopolíticas. La vida en la «tierra» es el don precioso de Dios, pero también es nuestra oportunidad privilegiada.

2. El señor soberano (4:13–18)

Moisés sigue recordando al pueblo la iniciativa del Señor, su unicidad y sus advertencias.

a. Su iniciativa (4:13–14)

Y él os anunció su pacto... los diez mandamientos, y los escribió en dos tablas de piedra (13). Estas palabras importantes nos introducen en una de las principales ideas del libro. Dios no es un mero dador benevolente. Él ha concedido generosamente la ley y la tierra a los israelitas porque, siendo el Señor soberano de toda la tierra, les ha elegido como su pueblo especial. En el Sinaí entró en un pacto o acuerdo con ellos porque quería que compartiesen una relación especial con Él. Ya hemos visto la posible estructura de Deuteronomio, que recuerda a la de un contrato. Este cuarto capítulo del libro usa imaginativamente algunas de las características de un tratado antiguo. El rey más fuerte (el monarca protector) tomaba la iniciativa declarando los términos del pacto. Al dirigirse al pueblo, Moisés enfatiza que el iniciador del pacto sinaítico fue Dios.

En este discurso de Moisés puede detectarse claramente el contenido estándar de un tratado. Primero venía el preámbulo, en el que se presentaba al rey (1). Normalmente, luego se incluía un prólogo histórico que, brevemente, repasaba la relación previa entre las dos naciones o partes (10–14, 20–21, 37–38). Luego el tratado exponía algunos principios generales (2), antes de abordar cierto número de reglamentos específicos (5–9, 15–19, 23–24). Entonces era normal hablar de las sanciones o maldiciones del tratado (25–28), destinadas a quienes lo transgredieran, y de las bendiciones (31–36) para quienes lo respetasen. Concluía declarando los nombres de los testigos (39–40), que generalmente eran los dioses que garantizaban su cumplimiento.

Por supuesto, no podemos estar seguros de que esta estructura de tratado determinase el contenido de este mensaje concreto de Moisés ni la compilación de Deuteronomio como un todo, pero las similitudes llaman la atención y sirven para enfatizar algunos aspectos relevantes de nuestra relación con Dios. El plan normal era que un poder superior llegase a un acuerdo con una nación más débil, de modo que la parte más fuerte le ofrecía protección con la condición de que el país con menos recursos honrase y obedeciese las estipulaciones del pacto. Este «sermón-tratado» de Moisés es un claro recordatorio a sus oyentes de que, en toda relación espiritual, la autoridad la ostenta Dios. Dependemos de Él por completo.

b. Su unicidad (4:15–24)

Era frecuente que esos tratados prohibieran al país más débil, o vasallo, aliarse con otra nación. Deuteronomio deja claro que Dios fue quien, en su amor, inició el pacto-acuerdo, estableciendo su propio tratado distintivo con su pueblo. Éste contenía estipulaciones definidas, resumidas en diez claras instrucciones que ellos *tenían que poner por obra* (13). Recordamos que la liberación de Dios, y el pacto que vino después, fue un acto de gracia inmerecida y no empezó con lo que se exigía de ellos, sino con lo que se había hecho a su favor; pero, por supuesto, tenía condiciones. Dios declaró que les había liberado del *horno de hierro* (20) de la esclavitud egipcia, y que ahora eran sus súbditos. Insistía, con razón, en que admitieran su unicidad como el único Dios verdadero, prometiendo no ofrecerse a otros dioses; éste es uno de los temas más destacados del libro. Aliarse de esta manera con otro poder extranjero suponía romper el acuerdo (13; 5:7), y *corromperse* (16, 25); era *hacer lo malo ante los ojos de Dios, para enojarlo* (25). La advertencia de Moisés, sobre incumplir el pacto adorando a otros dioses, era ciertamente necesaria, y lo sigue siendo. Una vez el pueblo entró en la tierra prometida, los ídolos se convirtieron en una trampa constante (16). Su prohibición, enfatizada con fuerza en este capítulo, deja claro que los ídolos son totalmente inadecuados y gravemente engañosos, y están estrictamente prohibidos.

Son inadecuados porque Dios es demasiado majestuoso y trascendente como para que una estatua lo represente. Hacerlo supone minimizar su grandeza y su gloria. Es un insulto descarado contra su deidad sin parangón, y un intento blasfemo de reducirle a los estrechos confines de la imaginación humana. Éste es el motivo de que, cuando Moisés recuerda los acontecimientos en el Sinaí, repite el hecho de que el pueblo hebreo *no vio ninguna figura* (12, 15), y sólo oyó *una voz*.

Aparte de esto, los ídolos son engañosos; llenan la mente de ideas falsas sobre Dios. Dios es soberano: gobierna sobre todo el mundo y actúa cuando y donde quiere. Los ídolos dan la impresión de que, al localizarlo con precisión en un punto determinado o restringido a una zona específica, a Dios se le puede controlar o manipular. Dios es inmortal, vivo y activo en la historia no sólo de su pueblo, sino del mundo; los ídolos son objetos inanimados, perecederos, condenados a no ir más allá del material de que están hechos. Dios es Creador, el Hacedor de todo el universo y de todo lo que contiene. Cuando la gente hace representaciones de las cosas que Dios ha hecho en su generosidad, adoran a la criatura antes que al Creador. Dios es amor, y ansía hablar a su pueblo y escuchar su clamor; los ídolos son mudos y sordos (28). Moisés ya ha dejado claro que las naciones adyacentes identificarán tres cosas en el Dios de Israel: a diferencia de sus ídolos silenciosos, inmóviles, sordos, Él habla con su pueblo (*Mirad, yo os he enseñado*, 5), se acerca a él (*cercano... como lo está Jehová nuestro Dios*, 7), y oye sus oraciones (*todo cuanto le pedimos*, 7).

Los ídolos que menciona Moisés eran bastante frecuentes en el mundo de Oriente Próximo. Había países como Egipto, de donde ellos salieron, y Canaán, al que estaban a punto de entrar, que tenían innumerables imágenes de humanos, animales, aves,

reptiles y peces (16–18). Muchos integrantes del pueblo israelita recordaban de su infancia los ídolos egipcios de amplias alas que habían visto a menudo en su cautiverio, y muchas otras estatuas de serpientes, monos, cocodrilos y toros, a las que sus señores habían jurado fidelidad. Había otro peligro más sutil que la creación de ídolos: la adoración del mundo creado que Dios había hecho sin ayuda. Los dioses del sol, la luna y las estrellas eran frecuentes en la mayoría de religiones de sus vecinos, y la adoración de tales deidades queda también prohibida. Ésta abusa gravemente de los dones, olvidando a quien se los concedió.

Sin embargo, lo más grave de los ídolos es que están prohibidos: *Guardaos, no os olvidéis del pacto de Jehová nuestro Dios, que él estableció con vosotros, y no os hagáis escultura o imagen de ninguna cosa que Jehová tu Dios te ha prohibido* (23). Han sido liberados del *horno de hierro* (20) de Egipto, pero experimentarán el *fuego consumidor* (24), y el Señor no tolerará rival alguno. Los israelitas eran *el pueblo de su heredad* (20), lo cual significaba que no podían pertenecer a nadie más.

Los ídolos siguen siendo ofensivos para Dios. Lutero dijo: «Si un hombre no quiere tener a Dios, deberá tener sus propios ídolos». Los ídolos son sustitutos de Dios. No están hechos necesariamente de madera, piedra o metales preciosos. Está claro que Moisés tenía en mente a los ídolos materiales cuando habló al pueblo, pero seguro que el apóstol Juan no pensaba en ellos cuando cerró su primera carta con una dramática advertencia: «Hijitos, guardaos de los ídolos». Aun en el siglo I, puede que estuviera pensando en formas de idolatría menos tangibles, como las que prevalecen en nuestros tiempos. Peter C. Moore desenmascara algunas de esas idolatrías del siglo XX, como la adoración de uno mismo (narcisismo) y la adoración del placer (hedonismo), puntos de vista que el apologeta cristiano bien informado debe desvelar y «desactivar» hábilmente. Dentro de la sociedad moderna, la idolatría personal podría adoptar fácilmente la forma de una relación infructuosa, un hábito perjudicial, una pasión controladora, una atracción siniestra, una preocupación materialista, una idea dominante. En la vida de las naciones, las ideologías asumen muy pronto proporciones idolátricas. Usando ese telón de fondo, Bob Goudzwaard desenmascara las idolatrías modernas sofisticadas, como la prosperidad, la seguridad, el poder y el nacionalismo, dado que cree que se encuentran en la raíz de los problemas más graves del mundo contemporáneo. Todo lo que se interpone entre nosotros y Dios es idolátrico.

c. Su advertencia (4:25–28)

La idolatría era la peor manera de usar mal los dos regalos de Dios: la ley y la tierra. La ley la condenaba y, si alguien la practicaba, costaría la tierra al pueblo hebreo. Dios les advirtió que si ellos o sus sucesores transgredían esa parte del pacto, perderían el derecho a vivir felices en el país que Él les había dado. Cumplir la ley supone disfrutar del amor de Dios; incumplirla conlleva experimentar su ira (25). Obedecer la ley es la vida (1, 4); desobedecerla comporta la muerte (26). Guardar la ley es sinónimo de ser una *nación grande* (6, 7); rechazarla da como resultado ser un pueblo disperso: *quedaréis pocos en número* (27). Escuchar la ley es verse libre de un déspota

esclavizante (*Jehová os tomó, y os ha sacado*, 20); desafiar la ley supone someterse a una tiranía vana e infructuosa (*Y serviréis allí a dioses hechos de manos de hombres, de madera y piedra, que no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen*, 28). Las generaciones posteriores de hebreos experimentarían la dolorosa verdad de esta advertencia. Después de asentarse en la tierra, y a pesar de las advertencias de muchos profetas, los israelitas se entregaron a la adoración de los ídolos. Ignoraron el peligro y pagaron el precio por hacerlo.

El final de la vida del propio Moisés fue un testimonio a las generaciones ulteriores de la gravedad del pecado. El Señor se enfadó con él debido al pueblo (21) al que condujo, sirvió y representó. Del mismo modo que ellos no entrarían en Canaán, él tampoco lo haría. *Moriría* a la vista de aquella *buena tierra* (22), mientras que ellos ni siquiera verían sus fronteras. Moisés exhortó a los israelitas a no pasar por alto la advertencia. *Guardaos, no os olvidéis... y no os hagáis escultura* (23). La obediencia a la Palabra de su Señor soberano en este asunto tiene la máxima importancia. Sus ancestros no aceptaron la promesa; sus hijos corrían el peligro de olvidar el pacto (23).

3. El libertador misericordioso (4:29–34)

Al exponer la verdad de la liberación prometida por Dios, Moisés se concentra, primero, en los pecados futuros del pueblo (27–31), y luego en las misericordias pasadas de Dios (32–34).

Primero, habla de la bondad de Dios hacia ellos *en los postreros días* (30). El juicio amenazado por Dios al expulsarles de la tierra no será un acto de venganza, sino una expresión de amor refinador. Él sabe que, en su prosperidad, le olvidarán pronto (6:10–12; 8:11–14); lo único que les devolverá la cordura será la adversidad. Cuando lo tienen todo, ignoran al Dios que les ha llenado las manos de innumerables bendiciones. Sólo cuando no tienen nada valoran lo que han perdido. A pesar de las advertencias, olvidarán a Dios; pero, a pesar de sus pecados, Él no les olvidará. Aun cuando rechazamos a Dios, Él no nos falla (31). Él ama tanto a su pueblo que no puede tolerar que se aleje de Él. Dios está tan decidido a recuperarlo que explica cuidadosamente el proceso por el que los ofensores pueden regresar a su Persona.

De la misma manera que los sacó de Egipto, les redimirá de su nueva *angustia* (30), aun *desde allí* (29), el lugar del exilio, la culpa y la desolación: *Más si desde allí buscares a Jehová tu Dios... si te volvieres* (29–30). Éstas son las condiciones de una nueva liberación: una búsqueda sincera (*de todo tu corazón*, 29), un arrepentimiento genuino (*volverse al Señor*), y una obediencia inmediata (*y oyes su voz*, 30). Cuando los ofensores se vuelven penitentes descubren nuevas facetas de la misericordia divina. Conocen su generosidad para con otros, pero demuestran en su propia vida que Él es misericordioso, que está cercano (*no te dejará*) y es digno de confianza (*ni se olvidará del pacto que les juró a tus padres*, 31).

En segundo lugar, Moisés habla de la bondad de Dios en los días de antaño: *Porque pregunta ahora si en los tiempos pasados...* (32). El pueblo es llamado a ahondar en su

historia (*que han sido antes de ti*) y en el espacio (*desde un extremo del cielo al otro*), para descubrir si alguien conocía cosas mayores que las que Dios hizo para su pueblo. No hay duda de que la misericordia anterior de Dios fomenta el arrepentimiento presente del pueblo. Deben recordar los actos poderosos de Dios como Creador (*creó Dios*, 32), Revelador (*la voz de Dios, hablando*, 33) y Redentor (*todo lo que hizo con vosotros Jehová vuestro Dios en Egipto*, 34). Él nos ha creado. Ahora, nos llama. Nos libertará. Aquellos que se apartan de sus pecados recordarán, agradecidos, que ya antes Dios ha recibido a los pecadores; lo que es más, les ha cambiado. Ese *brazo extendido* (34) sigue alcanzando a todos los que admiten su necesidad de perdón y reconciliación. El triple testimonio de la Escritura, la historia y la experiencia es que quienes *buscan* (29) siempre han hallado.

4. El Dios de amor incomparable (4:35–49)

Dios actúa en misericordia porque ama de verdad. No pasa por alto nuestras iniquidades. Las juzga, sabiendo que, si se descontrolan, nos arruinarán. El pecado es un destructor implacable. Perjudica al pecador, afecta negativamente a otros, y siempre entristece a Dios. El Señor habla en contra de él sabiendo que es el único que puede eliminarlo. Por tanto, ahora Moisés expone ante el pueblo una imagen de Dios que satisface la necesidad de pecadores penitentes y restaurados: Dios es incomparable (35–36, 39), y es amor (37–38). El amor de Dios se refleja vívidamente aquí como algo único, oral, visual, continuo y relevante.

Antes que nada, es importante constatar que el amor de Dios es único. El Señor que amó a sus padres es el único Dios: *no hay otro fuera de él* (35, 39). Los dioses que sus vecinos adoran en su ignorancia, y los ídolos inútiles a los que llega a servir aun el pueblo de Dios no son nada. Como proyecciones ridículas de la fantasía humana, son incapaces de amar porque carecen de sustancia real. Una vez entraron en la tierra, algunos de los israelitas transgredieron el pacto y se entregaron a Baal, el dios cananeo de la agricultura. Pero Baal no pudo amarles, porque ni siquiera existía.

Además, el amor de Dios se expresa oralmente. No tenemos que hacer hipótesis sobre su naturaleza, y tener la esperanza de que Dios nos ame. Él nos habla al respecto: *Desde los cielos te hizo oír su voz... y has oído sus palabras de en medio del fuego* (36). La palabra de amor que Dios da a su pueblo es auténtica y relevante; tiene un origen celestial y una aplicación terrenal. Dios habla en circunstancias muy diversas porque quiere que sepamos cuánto nos ama.

Sin embargo, hay ocasiones en las que, por mucho que nos animen, las palabras no son suficientes. Por tanto, el amor de Dios es visual. Como es lógico, los esclavos hebreos querían ver a Dios en acción. Sabían, por las narraciones de los grandes patriarcas, que Dios podía hablar a su pueblo y, por medio de Moisés, les había hablado a ellos. Sin embargo, anhelaban ver a Dios obrar en su época, y lo vieron. Precisamente porque *él amó a tus padres* los sacó a ellos de Egipto. En el éxodo manifestó su presencia (*su gran fuego*, 36; ver también 33; 5:24, 26), y demostró su poder: fue *con su*

presencia y con su gran poder (37). ¿Cómo podían dudar de su amor cuando había hecho tanto por ellos?

Una vez más, el amor de Dios es continuo. Algunos de aquellos que estaban en las llanuras de Moab podía sentirse tentado a decir: «Sí, estoy convencido de que Dios demostró su amor por nuestros padres, pero ahora, ¿podemos estar seguros de que nos ama?». Aquí Moisés les dice que Dios fue redentor en el pasado no sólo porque amó a sus padres, sino porque *escogió a su descendencia después de ellos* (37; ver también 5:3). El pueblo que entró en aquella tierra era tan amado como aquellos que no llegaron a verla. El amor de Dios no está limitado a una generación concreta. Ama a los descendientes tanto como a los ancestros; nos ama tanto como los amó a ellos.

Moisés concluye su sermón recordando al pueblo que el amor de Dios es importante. No se trata de un mero tópico doctrinal sobre la revelación y la redención en el pasado. Él los sacó de Egipto para darles una tierra que, generosamente, les había preparado: *para introducirte y darte su tierra por heredad, como hoy* (38, 39, 40). El amor de Dios era y sigue siendo espectacular.

Ese amor era tan contemporáneo y relevante que incluía la situación precisa de los lugares de refugio destinados a las dos tribus y media que ya habían recibido una parte del territorio recién conquistado (41–43). Más tarde, las otras tribus también recibirían «ciudades de refugio» parecidas (19:2–13), a las que podía acudir en busca de protección cualquier persona que hubiera matado a otra por accidente, hasta que el caso se presentara ante un juez israelita. En todos los países de Oriente Próximo la venganza era frecuente, y un ofensor «inocente» corría el peligro inmediato de caer en manos de los rabiosos familiares de una víctima; una estipulación legal de este tipo sólo podría haberla pensado (antes de que se produjera un caso así) un Dios que ama.

Esta primera referencia a las «ciudades de refugio» es un recordatorio de la provisión amante de Dios para el estilo de vida futuro de Israel. A Él le apasionan los temas sociológicos, no sólo los teológicos. Una gran multitud de nómadas del desierto estaba a punto de forjar un hogar en un entorno social nuevo y distinto (3:4, 10, 12; 6:10; 9:1). Sus tiendas portátiles quedarían reemplazadas por hogares permanentes; el espacioso desierto daría paso a calles y mercados atestados; su existencia peregrina temporal cedería su lugar a un patrón de vida más predecible. Estos cambios inevitables evidenciarían la vulnerabilidad humana, exigiendo no sólo la flexibilidad social sino también una serie de recursos espirituales. La nueva vida les sumergiría en cuestiones comerciales, de industria local y vivienda, y Dios dejó claro que no les privaría de unas pautas firmes tocantes a la vida urbana. El camino estaba plagado de ricas oportunidades, pero también les enfrentaría a peligrosas tentaciones.

La urbanización es un tema importante en Deuteronomio. La frase «a vuestras puertas» aparece unas 25 veces en este libro, y sólo se encuentra dos veces en el Antiguo Testamento. Dios compartió sus elevados ideales para esas ciudades en desarrollo. Planeó que las nuevas comunidades se fundamentasen en la justicia humana (4:41–43; 19:2–13), la integridad espiritual (13:12–18), el interés ecológico (20:19–20), la responsabilidad moral (21:1–9; 22:13–24), la estabilidad familiar (21:18–21) y la compasión social (25:5–10). El Señor deseaba que su pueblo fuera «bendito en la

ciudad» tanto como en el campo (28:3), pero ese ideal sólo se haría realidad si la gente dentro de las ciudades reconocía la unicidad de la naturaleza divina y la supremacía de su Palabra (28:1–2, 14). Dios sigue interesado por los temas sociales, morales y económicos, y las visiones de Deuteronomio siguen siendo importantes. No podemos transferirlas automáticamente a contextos urbanos contemporáneos, pero nos proporcionan un paradigma importante y gráfico de los valores inmutables de Dios para la vida en la ciudad moderna.

B. LA EXPOSICIÓN DEL PACTO (4:44–11:32)

Deuteronomio 4:44–5:22

6. LA LEY PROCLAMADA A GRAN VOZ)

Dejando a nuestras espaldas la sección introductoria principal del libro, hemos llegado a una serie de exposiciones posteriores que Moisés dio a sus compatriotas israelitas antes de que entrasen en la tierra prometida. Éstas se extienden por la mayor parte del libro (de 4:44 a 29:1), y es posible que su estilo, lenguaje y estructura se vieran influidos por los modelos de tratados de su época, muy conocidos en ese momento por todo Oriente Próximo.

Recordamos que, tras la descripción de las relaciones históricas que abrían esos tratados (1:1–4:43), era frecuente que el soberano dominante o monarca protector hiciera una lista de las condiciones del pacto, de modo que la parte dependiente (vasalla) no tuviera dudas respecto a los compromisos que debía ratificar. Si la estructura de la siguiente sección le debe algo a tales tratados, entonces los capítulos 5–11 subrayan los principios generales, dejando que los capítulos 12–28 expongan las obligaciones más concretas del pacto.

La característica crucial en este pasaje tan importante es la constituida por los Diez Mandamientos, llamados a veces el Decálogo; son un resumen de las obligaciones del pacto. *Oír, aprender y guardar* (5:1, 29) y *enseñar* estos mandamientos, aplicándolos con honestidad y compasión a la conducta cotidiana, supone *temer* a Dios (29) y *vivir* (33) bien en la tierra que Él les ha dado. En cierto sentido, el Decálogo es el «texto» central desde el cual Moisés predica acerca del pacto. Otras secciones posteriores de Deuteronomio amplían, exponen y aplican estos mandamientos a las nuevas circunstancias en que se verán los israelitas cuando entren en la tierra. A la hora de interpretar el mensaje de los mandamientos, es importante examinar el contexto, su

fuentes, sus llamados, su estilo, naturaleza y fundamento, de modo que podamos apreciar mejor su importancia en la sociedad de finales del siglo XX.

1. El contexto histórico

Un rasgo que tiene en común este tratado con otros es que describe las relaciones previas entre dos partes y el trasfondo histórico del acuerdo (4:44–49; 5:2). Los actos de Dios en la historia son muy significativos para el pueblo israelita; el Dios que exige su lealtad es aquel que ha satisfecho sus necesidades. El Señor, antes de pedirles nada, ha hecho algo por ellos. Les ha liberado del poder y el dominio de un monarca cruel en Egipto (5:6), y ellos se alegran de estar en manos de Dios, dado que son «el pueblo de su heredad» (4:20). Además, no sólo les ayudó *cuando salieron de Egipto* (4:45), sino, más recientemente, ha seguido dándoles la victoria sobre sus enemigos (4:46–49). El Dios que les habla es un Dios que salva.

El pacto hecho en Horeb (5:2) se renovaba ahora en presencia de todo el pueblo, antes de que iniciase el proceso de hacer nuevas conquistas. El acuerdo se enmarca dentro de un trasfondo histórico claro. Describe algo que realmente sucedió, en un momento y lugar precisos. Las naciones que les rodeaban tenían muchas historias que contar sobre las actividades de sus dioses, pero no eran más que relatos imaginativos, transmitidos de generación en generación. Describían las aventuras de dioses y diosas cuyo favor podía obtenerse realizando determinados actos religiosos, y que incluso se alegraban al recibir sacrificios humanos. Pero ninguno de esos relatos era cierto, porque ninguno de aquellos dioses era real. El Dios de Israel, el único Dios, habló con su pueblo en el Sinaí. Era una historia auténtica de lo que sucedió en la historia, y un relato sobre un Dios que da antes de ordenar.

2. Su fuente dotada de autoridad

A diferencia de los tratados y acuerdos entre las naciones que les rodeaban, este contrato no tenía un origen humano; no era un pacto entre partes iguales. Todo lo que hay en la narrativa subraya la majestad y la gloria del Dios que inicia ese acuerdo. El entorno físico en el que se transmiten las obligaciones a Moisés para que se las diera al pueblo se describe con unos detalles impactantes y gráficos (5:4–5). En el campamento reinaba una sensación de temor reverente y de miedo. Dios estaba hablando con Moisés, y los israelitas se mantenían a distancia, temerosos incluso de acercarse a las estribaciones del monte. Durante la mayor parte del tiempo, las nubes y la *oscuridad* (22) ocultaban a sus ojos la mayor parte del paisaje, pero de vez en cuando lograban percibir algo más allá. Entonces veían que la cima del monte destellaba en llamas (un detalle que se repite varias veces en este capítulo, 4–5, 22–26). Aparte de estas manifestaciones visibles de la presencia de Dios, estaba el mensaje ineludible, *la voz* (22) de Dios transmitiendo su mensaje. El monarca protector hablaba, y sus súbditos tenían que escuchar. Los fenómenos visibles de la nube, las tinieblas y el fuego hacían

que el pueblo percibiese una imagen inolvidable de la grandeza y la trascendencia divinas, su santidad y su unicidad. No se trataba de un monarca vecino, que hacía un pacto con una nación dependiente. Este pacto tenía cinco características: iba a ser coercitivo (*harás... no harás*), recíproco (*dos tablas*) y permanente (*de piedra*, 22). Debía respetarse debido a su origen. Dios entregó el pacto, que no debía mutilarse (4:2) ni manipularse.

3. Su atractivo globalizador

Este pacto era para *todo Israel* (1), una expresión que hallamos en las frases de la introducción y la conclusión de Deuteronomio, y que aparece constantemente en el libro (11:6; 13:12; 18:6; 21:21; 27:9; 29:1; 21:1, 7, 11 [dos veces]; 32:45). Recuerda al pueblo que la unidad de su nación es don de Dios. Hay *un* Dios (6:4), que mediante este pacto único les ha convertido en su propio pueblo, les ha formado como *una* nación y les ha dado esta ley *única*. Dios ha establecido estas condiciones del pacto para su pueblo, y las estipulaciones gobiernan las vidas de *todos*. No había posibilidad de rechazarlo, y el israelita individual no podía decidir sus propios ideales aislado del resto. Las reglas son para todo el mundo. El pueblo está unido a Dios, y entre sí, con las cuerdas poderosas de la lealtad. Transgredir este pacto no sólo conllevaba ofender a Dios, sino también perjudicar a los compatriotas. Sin embargo, Moisés es realista. Las enseñanzas posteriores del libro anticipan la independencia rebelde y arrogante de grupos e individuos que, en público o en secreto, defenderán vigorosamente su libertad para adorar a los ídolos (p. e. 13:1–18; 29:18). Desde el punto de vista de tales personas, es posible que el pacto sea para muchos, o para otros, pero no para *todos*.

En el mundo en que vivimos la idea de que Dios establece unas normas básicas para la persona no es precisamente popular. La gente aboga con vigor por el derecho del individuo a comportarse exactamente como desee, sin interferencias de una parte externa a él o ella. Afirman que las circunstancias son distintas, e insisten en normas de conducta más flexibles, en la «ética circunstancial» en lugar de en normas fijas. La influyente obra de Joseph Fletcher, que llevaba ese título, afirmaba que nada es universalmente correcto o incorrecto, ni intrínsecamente bueno o malo. Lo único que es intrínseco e invariablemente «bueno» es el amor, y todo ha de juzgarse a partir de él, y del segundo principio que expone Fletcher, la justicia. Según este razonamiento, los Diez Mandamientos se pueden respetar pero también desechar si, a la luz de la experiencia individual, alguno de ellos o todos parecen inhibir el ejercicio del amor y de la justicia. Pero, ¿cómo unos hombres y mujeres con un conocimiento limitado, unos prejuicios inevitables y unas presuposiciones inútiles, pueden juzgar lo que manifiesta «amor» o «justicia» en una situación determinada sin la ayuda de normas fijas y valores ordenados por Dios?

En los últimos años, los maestros de la Nueva Era han promulgado paradigmas éticos que también desprecian los estándares morales objetivos, sosteniendo que el «bien» y el «mal» son meras ilusiones humanas que las personas pueden ignorar. Una

de sus escritoras pioneras, Marilyn Ferguson, insiste en que: «La naturaleza humana no es buena ni mala, sino que está abierta a una transformación y una transferencia constantes». Tales personas sostienen que, exentos de las inhibiciones de un código de conducta establecido por Dios, los hombres y mujeres son totalmente libres para conformar sus propios estándares morales, sobre todo si, como la mayoría de los seguidores de la Nueva Era, creen que forman parte de Dios.

No obstante, el rasgo distintivo del pacto divino era que, en el Decálogo, presentaba firmes e irrevocables ideales para *todo* el pueblo de Dios, no para una minoría selecta que pudiera sentirse atraída por ellos. No debía haber excepciones. David no estaba exento de la acusación de adulterio grave por el mero hecho de llevar una corona. Cuando Dios establece sus normas, no hay favoritismos.

4. Su estilo didáctico

El pacto no sólo debe oírse, sino aprenderse, no tan sólo para empaparse de información religiosa, sino también para transmitir esas verdades intemporales a la siguiente generación. Hay otras personas que tienen el mismo derecho que nosotros a escuchar el mensaje, empezando por nuestros hijos. La educación es un factor importante en Deuteronomio. Si el mensaje debe transmitirse a las generaciones venideras, debe estar plasmado bajo una forma que sea fácilmente transmisible. Es posible que en aquella comunidad nómada, el acto de memorizar los Diez Mandamientos se facilitase usando los dedos de las manos. Oralmente, los términos del pacto se exponen sucintamente en frases claras, que la persona que se tome la molestia de *aprenderlas* (1) recordará sin problemas. Tenemos la responsabilidad de transmitir a nuestros contemporáneos estos estándares. En nuestro mundo hay millones de niños que ignoran los valores inmutables de Dios, destinados a ofrecerles una vida segura y feliz. Aunque al principio éstas eran las normas para el pueblo de Dios del pacto, van destinadas a personas de todas las razas. Aquí, el Creador del mundo presenta a la humanidad unas instrucciones para la vida que cualquier comunidad moderna puede ignorar por su cuenta y riesgo. La historia da testimonio de la dura verdad: que aquellas sociedades que rechazan estas leyes acaban desapareciendo. El mensaje reiterado de Dios, *para que viváis* (33; 4:1; 8:1; 16:20; 30:16, 19), es una exhortación para que seamos obedientes, y una advertencia para el rebelde.

5. Su naturaleza coercitiva

Si bien es evidente que este pacto tiene un inmenso valor educativo, exige algo más que una memoria bien surtida y un espíritu de entregada comunicación. Nos presenta cosas que deben *hacerse*, así como cosas que hay que decir: *para ponerlos por obra* (1). La verdad debe ponerse en práctica. Dios sabía que, a través de las generaciones, habría personas intelectualmente partidarias de estas obligaciones, pero indiferentes a sus exigencias. Posiblemente la desobediencia es el peor de los pecados, y en la enseñanza

tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento las advertencias contra ella ocupan un lugar destacado. Acán sabía que robar estaba mal, pero lo hizo. Gedeón sabía que la codicia estaba prohibida por la ley, pero se convirtió en su «trampa». David seguro que conocía los mandamientos, y que no podía albergar dudas respecto a lo que pensaba Dios de la avaricia (la esposa de su prójimo), el robo, el adulterio y el asesinato, y a pesar de todo se apoderó de Betsabé y ordenó la muerte de su esposo.⁸ Acab conocía la ofensa de la idolatría, pero aun así tomó parte en ese pecado grave. Las Escrituras cuentan estas historias tristes como advertencia. Ninguna de esas personas pecó por ignorancia. Conocían muy bien *los estatutos y decretos*, pero no quisieron *ponerlos por obra* (1).

6. Su fundamento teológico

Moisés tenía una prioridad clara en su predicación. No se le permitiría entrar con el pueblo en Canaán, pero al menos podía educarles. Una de las mejores cosas que podía hacer por sus contemporáneos era ofrecerles un concepto majestuoso de Dios. Por ejemplo, en el capítulo 4 vimos que Moisés retrataba a Dios como un dador generoso, un Señor soberano, un libertador misericordioso, y un Dios de amor incomparable (4:1–43); aquí, en este pasaje, los Diez Mandamientos nos ofrecen más imágenes descriptivas de la naturaleza y los atributos de Dios. En el Decálogo hallamos muchas imágenes de Dios, dado que son mandamientos, y la ética de los creyentes es su respuesta a su conocimiento del carácter de Dios. Es un tema tan propio del Nuevo Testamento como del Antiguo. Los cristianos deben ser santos, amantes, misericordiosos y puros, porque su Señor reúne estas cualidades.

Así que, aun dentro de los estrechos límites del Decálogo, el Señor se presenta como el único Dios: *Yo soy Jehová tu Dios* (6). «Yo soy» recuerda el mismo nombre con el que Dios se reveló a Moisés en el desierto, cuarenta años atrás, mientras aquel hombre contemplaba boquiabierto el espectáculo insólito de una zarza que ardía con un fuego inextinguible. Él es su Dios poderoso, capaz de actuar con su redención a favor de un pueblo oprimido y desanimado: *que te saqué... de casa de servidumbre* (6). Es un Dios personal, porque en todos estos mandamientos al Señor se le describe como «*tu Dios*» (6, 9, 11–12, 14–16); son personas que disfrutaban de una relación personal e íntima con Él. Pero lo hacen sólo porque Él les ha elegido. Él es el Dios soberano que les amó. La historia de la redención de Israel no comenzó porque ellos le eligieran.

Se nos ofrece un motivo doctrinal para la prohibición de la idolatría; es porque el Señor *es un Dios celoso* (9). Aquellos que desobedezcan ese mandamiento demostrarán también que es un Dios justo, que *visita la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación* (9). En otras palabras, que no podemos tomarnos a Dios en broma. La conducta humana tiene consecuencias morales y, sobre todo, las diversas formas corruptas y perjudiciales de la idolatría tendrán un efecto desastroso en las generaciones futuras.

Sin embargo, el Señor es también un Dios compasivo, a quien le gusta manifestar

misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos (10). La palabra traducida por *misericordia* es una de las más importantes en todo el vocabulario del Antiguo Testamento. En esencia, es una palabra relativa al pacto; denota ese tipo de amor fiel que es característico de una persona totalmente fiable que ha establecido un pacto con nosotros. En otras palabras, Dios dice: «No soy un Dios caprichoso como los baales de esta tierra en la que estáis a punto de entrar, dioses que pueden haceros un favor concreto a cambio de algo especial que podáis sacrificarles, dioses cuyo amor puede comprarse o ganarse. Yo soy un Dios fiel, que no sólo dice que manifestará su amor leal a las generaciones futuras, sino que además cumple su palabra».

Además, los mandamientos nos ofrecen una imagen de un Dios santo cuyo nombre debe honrarse y reverenciarse (11). También es un Dios benevolente, que desea que todo le vaya *bien* a su pueblo en la tierra que el Señor su Dios le *da* (16). Es un Dios comunicativo, que constantemente se dirige a su pueblo hablándoles de las cuestiones más esenciales de la vida. Ellos no van a la deriva espiritual o intelectualmente; no tienen que embarcarse en una búsqueda teológica aislada ni descubrir por sí solos verdades esenciales básicas. Dios les habla con autoridad, atractivo, convicción y eficacia. Se ordena al pueblo hacer lo que *Jehová tu Dios te ha mandado* (16).

Por consiguiente, el Decálogo no es un mero código compacto de conducta humana; es un atractivo retrato de Dios. Dios es un Dios de verdad, de modo que el pueblo no debe permitir la mentira (20). Es el dador de la vida, de modo que no deben asesinar (17), arrebatando sin piedad la propiedad de Dios. Él es generoso, de manera que ellos deben tratar con cariño a las personas necesitadas en la sociedad, así como a sus parientes y vecinos. Dios ha mostrado siempre amor por los parias de la sociedad convencional (como los israelitas indefensos en Egipto, por ejemplo, 15), de modo que también ellos deben ayudar a las personas impotentes que encuentren en la tierra que Dios está a punto de darles: los marginados sociales como las viudas, los huérfanos y los extranjeros. Él es el Creador único, que no sólo da la vida sino que también la preserva. Le importa que no sólo los humanos, sino también los animales, disfruten del descanso que necesitan (13), y sus hijos no deben ignorar esas necesidades prácticas en sus comunidades locales. Todas las exigencias del Decálogo son un reflejo de la naturaleza de Dios. La imagen de Dios y los estándares que espera de su pueblo están inevitablemente unidos en la trama de los Diez Mandamientos.

7. Su importancia para nuestros días

Si bien nació en el mundo antiguo, el Decálogo no pasa nunca de moda; podemos usarlo tanto como ellos. Al pueblo que escuchó este mensaje antes de su marcha hacia Canaán se le recuerda ahora que el Señor su Dios *hizo pacto con nosotros* (no con ellos) *en Horeb* (2), y para subrayar esta idea Moisés sigue diciendo: *No con nuestros padres hizo Jehová este pacto, sino con nosotros todos los que estamos aquí hoy vivos* (3). La existencia, seguridad, bendiciones y obligaciones del pacto no iban destinadas sólo a las

personas que vieron la teofanía y escucharon la voz de Dios en el desierto del Sinaí. *Todo Israel* (1:1) no quería decir «todos los presentes en el Sinaí», ni tampoco, restrictivamente, todos los presentes durante la segunda promulgación de la ley que hizo Moisés. Por supuesto que se les confiaba a ellos, pero no sólo a ellos; esta verdad era para todos aquellos que les siguieran en la comunidad del pacto.

El mensaje de los Diez Mandamientos es tremendamente importante en las estructuras más sofisticadas y complejas de la sociedad moderna. Lo más importante de ellos es que explican quiénes *somos*, y no simplemente lo que deberíamos hacer o no. Su enseñanza deja claro que en nuestro mundo, diferente al suyo pero no menos pecaminoso, somos personas a las que Dios el Creador hizo para que viviésemos como adoradores entregados, administradores amorosos e hijos dependientes.

a. Los adoradores entregados

En toda vida humana existe un vacío en forma de Dios, y las personas incultas, analfabetas, faltas de educación, que viven en las tribus más remotas de este mundo, sienten el deseo de ir más allá de los límites de sus propias vidas, para confesar su dependencia de alguien o algo mayor que ellos. La introducción del Decálogo (6) y sus primeros mandamientos (7–11) hablan de la relación entre los seres humanos y su creador. Nadie puede vivir ese tipo de vida satisfactoria y plena para la que fue creado a menos que tenga una relación correcta con su hacedor. Los mandamientos son, tal y como los ha descrito un escritor, «las instrucciones del fabricante». Las personas disponen de unos recursos valiosos y delicados pero gravemente dañados, porque los han usado para cosas distintas a sus propósitos originarios. Podemos arruinar nuestras vidas gravemente, incluso por toda la eternidad, si rechazamos de plano los propósitos que tiene para ellas el Creador. Las instrucciones iniciales del Decálogo tienen que ver con nuestra relación con el Hacedor; si las cumplimos, es muy probable que cumplamos también el resto. Nos dicen que los seres humanos deben reconocer, exaltar, reverenciar y recordar a su creador.

Los adoradores comprometidos admiten la unicidad de Dios. El requisito básico del adorador es que sepa quién es Dios. El pueblo israelita está a punto de entrar en una tierra que tiene sus propios dioses. Durante su viaje, han pasado a través o junto a territorios plagados de una increíble variedad de dioses tribales o locales, y en su historia posterior iban a encontrarse con muchos otros. Antes de que puedan ofrecer su adoración sincera a Dios, tienen que saber quién es. ¿A qué Dios deben honrar? Aquí el Señor empieza las instrucciones identificándose con todos los que deseen ofrecerle su adoración: *Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de tierra de Egipto, de casa de servidumbre* (6).

El Dios al que hemos de adorar es el Dios de la *revelación* (el «yo soy» del encuentro en el desierto con Moisés, Ex. 3:14), y de la *redención* (que libró a su pueblo de la esclavitud tiránica). Una vez en Canaán, tendrán que enfrentarse a menudo a las capillas en las colinas dedicadas a Baal, y en su nuevo hogar sentirán la fuerte e insidiosa tentación de adorar a esos dioses nuevos. Sólo vencerán ese peligro tan

atractivo recordando quién es el único Dios verdadero, aquel que les había sacado de Egipto y les había trasladado a Canaán, un Dios que les había hablado con autoridad en el Sinaí, y que les había mostrado su salvación a lo largo de la historia. Así que los mandamientos no empiezan con una orden, sino con una descripción. El pueblo que quiere obedecer a Dios debe, primero, convencerse de su naturaleza, su mensaje y sus actos.

Los adoradores convencidos exaltan la trascendencia de Dios. Como Él es único, no deben tener otros dioses *delante* de Él, que literalmente es «delante de su presencia» o de «su rostro» (7). Esto describe la afrenta de alguien que puede pecar flagrantemente en presencia del Dios que, claramente, se lo ha prohibido. A los israelitas se les dice que Dios nunca puede ser uno más entre un puñado de dioses, aunque sea el favorito. Esta enseñanza contradecía las ideas religiosas populares de la época, porque las demás religiones no eran ni remotamente tan exclusivas en sus demandas. El sincretismo se permitía muchas cosas. Sin embargo, Israel no debe imaginar que puede adorar a Dios junto a los baales, acomodando paulatinamente su adoración a las prácticas religiosas de sus nuevos vecinos. Esta prohibición no está obsoleta: habla al público moderno. En medio de una sociedad pluralista, corremos el peligro de admitir tácitamente la unicidad de Dios pero, al mismo tiempo, honrar a otros pretendientes a nuestra lealtad.

Si no debe haber rivales, el pueblo israelita no debe hacer *escultura ni imagen alguna... No te inclinarás a ellas ni las servirás* (8–9). Vivimos en una época idólatra, aunque hoy día los ídolos suelen ser ideas, no estatuas. Los dioses de finales del siglo XX se parecen sorprendentemente a las deidades cananeas. Baal era el dios del yo, del poder, el sexo y los bienes materiales, y estas cuatro idolatrías modernas y tremendamente importantes se plasman con claridad dentro de los estrechos límites del Decálogo: el egoísmo, el despotismo, el hedonismo y el materialismo.

La idolatría al yo (el narcisismo) es una forma frecuente de la adoración contemporánea. Baal era el dios pragmático del interés por uno mismo; uno le adoraba por lo que pudiera recibir a cambio: buenas cosechas, familias numerosas, rebaños multiplicados y victorias en la batalla. El egoísmo no es un rasgo anticuado y peculiar de la religión cananea. Los Diez Mandamientos abordan el problema de los adoradores idólatras de todos los siglos, personas que se anteponen a sí mismas a Dios, a los demás, al amor y a la verdad. Adoramos en la capilla del «yo antes que Dios» siempre que nuestro avaricioso «Quiero» suena más que el «No lo harás» de Dios. El culto «a mí mismo antes que a otros» insiste en que los intereses personales tienen prioridad frente a la ayuda altruista; por ejemplo, cuando Israel ignoraba la prohibición de obligar a esclavos y a animales a trabajar el día de reposo. Por ejemplo, un caso del «yo antes que el amor» sería cuando queremos salirnos con la nuestra en lugar de honrar a nuestros padres, o el vínculo matrimonial; o el «yo antes que la verdad», cuando alguien está dispuesto a dar un falso testimonio en un tribunal con objeto de obtener un beneficio personal.

El poder convertido en ídolo (el hacernos valer) es otra forma de adoración contemporánea. Baal era el dios militar de la guerra y de la agresión. Los mandamientos sobre el mal uso del nombre divino no sólo se referían a la blasfemia, sino también a

cualquier intento de usar mal el nombre de Dios con miras a alcanzar unos fines egoístas (como el caso de las maldiciones); y, sin duda, la prohibición de asesinar coartaba la conversión del poder en un ídolo.

El ídolo del sexo (el hedonismo) es tremendamente relevante en nuestro mundo de finales del siglo XX. El baalismo era un culto a la fertilidad, famoso por sus ídolos pornográficos y su permisividad sexual; sus rituales incluían formas degradantes de prostitución, tanto masculina como femenina. A esta circunstancia se debe no sólo la prohibición contra el adulterio sino también la de la codicia: *la mujer de tu prójimo* es lo primero de la lista. En otras palabras, cuando dos israelitas se casen no deben recrear las historias de las actividades sexuales propias del baalismo. Su Dios es santo, justo, amante y digno de confianza. Ha firmado un pacto de amor con su pueblo, y si éste quiere adorarlo también debe vivir como Él. La sociedad moderna se ha obsesionado por el sexo, y ha usado mal este don divino, reservado exclusivamente para la relación matrimonial; lo ha pervertido y degradado con sus relaciones sexuales pre- y extramatrimoniales.

La idolatría de las cosas (la autocomplacencia material) se aborda con fuerza en las prohibiciones contra el hurto y la codicia. La religión cananea era descaradamente materialista. Baal era un dios de la agricultura, que recompensaría a sus seguidores con una cosecha sustanciosa aunque el precio fuera descaradamente alto, como el sacrificio de niños (18:10). El pueblo de Dios, oponiéndose deliberadamente a todo esto, no debía ser avaricioso ni materialista, sino generoso, como el Dios que lo creó y lo redimió.

El aspecto más grave de la idolatría contemporánea es que este mundo ya ha recibido una imagen perfecta de Dios en la Persona de su Hijo Jesucristo. Los primeros cristianos no tenían ninguna necesidad de ídolos tallados, porque habían visto a Dios en el rostro de Cristo. Para los verdaderos creyentes, sólo Él es «la imagen [literalmente *eíkon*] del Dios invisible». Crear un ídolo, físico, social o ideológico, supone deshonar, menospreciar o reemplazar a Jesús.

Por tanto, al principio el Decálogo insiste en el derecho exclusivo de Dios a nuestra fidelidad completa. Si el pueblo israelita quería participar en ese pacto-acuerdo con Él, debía comprender desde el principio que no puede haber ningún otro dios.

Los adoradores sinceros reverencian el nombre de Dios (11). La blasfemia se ha convertido en uno de los rasgos tristes y desesperantes de nuestra vida contemporánea. El nombre del Señor se deshonra constantemente, y muchos miles de niños en nuestra sociedad sólo oyen el nombre del Hijo de Dios contenido en una blasfemia. Un amigo mío que es profesor estaba en una ocasión hablando de Jesús a una clase de niños pequeños, y uno de sus alumnos le recriminó, educadamente, que estuviera diciendo palabrotas. No cabe duda de que los cristianos deben estar alerta frente al peligro de relajarse acerca de las leyes de la blasfemia, y estar listos para tomar iniciativas adecuadas cuando se sometan a debate parlamentario asuntos relacionados con ellas.

Sin embargo, la prohibición de usar mal el nombre de Dios en Israel no estaba relacionada sólo con la blasfemia. De hecho, los israelitas sentían una tan gran

reverencia innata hacia Dios, que evitaban incluso mencionar su nombre y, fuera cual fuese la provocación, ningún hebreo devoto soñaría en blasfemar; la cuestión era más profunda. Una vez estuvieran en «territorio de Baal», rodeados por la indiferencia moral, podrían caer fácilmente en el mal uso del nombre del Señor, incluyéndolo en una maldición cruel o incluso para respaldar una mentira flagrante ante un tribunal. En la sociedad antigua del Oriente Próximo, el insulto se consideraba un proyectil oral irrevocable, un arma destructiva poderosa, y el Señor no quería que sus hijos recurriesen a ese tipo de ofensa. El mundo cananeo se interesaba por el ocultismo y diversas formas de brujería, y al pueblo hebreo se le advierte de antemano que no usara mal el nombre santo de Dios, incluyéndolo en un conjuro o en ningún tipo de ceremonia ritual; sus hijos nunca deben caer en esas prácticas prohibidas, tan corruptas y abominables (18:9–13).

Los adoradores comprometidos recuerdan la bondad de Dios (12–15). Él les había dado un día especial en el que debían recordar su misericordia como creador y redentor (15). El Dios que nos creó sabe muy bien que el descanso y el ocio deben formar parte necesaria del ritmo de cada semana; honrarle en aquel día también querrá decir que nos abstenemos de trabajos seculares, buscando un tiempo para pensar en cosas espirituales, exaltándole mediante nuestra adoración, testimonio y servicio.

Quienes se toman en serio este mandamiento también admiten que el trabajo diario es un regalo que Dios nos hace (*seis días trabajarás*, 13), de modo que no daremos el empleo por hecho. La amplísima experiencia ha demostrado que el desempleo puede dar pie a una grave pérdida de la dignidad humana; socava nuestro respeto por nosotros mismos; fomenta la desidia; incluso puede alterar la personalidad, poniendo así en peligro la vida familiar. No obstante, los cristianos a quienes despiden del trabajo deben recordar que hay otras formas de «trabajo» que pueden honrar a Dios mucho más que el servicio remunerado. Nadie puede negar el valor incomparable del ama de casa, que sin embargo no trabaja con el incentivo de un sueldo semanal o mensual. La mayoría de nosotros estará en deuda permanente con nuestras madres, que trabajaban sin cobrar. Las personas «en paro» pueden hallar oportunidades únicas para prestar un servicio precioso en la comunidad local, mediante el trabajo voluntario y altruista o en la iglesia local; sirviendo fielmente a los ancianos, enfermos, solos, discapacitados, o trabajando con los niños o los jóvenes. Algunas iglesias han sido pioneras en la invención de proyectos imaginativos destinados a fomentar el empleo, aun a escala modesta, para las personas necesitadas de su comunidad local. Hay otros cristianos que han organizado centros de día, donde las personas en paro pueden reunirse para hacer amistad, hallar apoyo, recibir consejos y hacer actividades que valen la pena. Este trabajo beneficioso puede glorificar más a Dios que aquel que reporta un sueldo impresionante.

b. Administradores amorosos

La prohibición sobre el día de reposo (12–15) ilustra la imposibilidad de aislar radicalmente los mandamientos que definen la lealtad a Dios de aquellos que hablan de

la conducta social. El día de reposo era la oportunidad que tenía todo israelita de honrar a Dios, no sólo dedicando un tiempo a alabar, aprender y dar testimonio, sino también manifestando compasión práctica hacia otros, como los miembros de la familia, los criados de la casa, aun los animales, y al refugiado que acababa de llegar a la aldea o el pueblo. El mandamiento del día de reposo es un chocante recordatorio de que el pueblo de Dios no puede separar su adoración a Dios de su actitud frente a su prójimo. Aunque el primer mandamiento habla sobre todo de la relación entre el creyente y su creador, también está relacionado con cuestiones de interés social: revela al idólatra que podría desencaminar a su prójimo adoptando patrones de adoración cananeos, o usar mal el nombre divino incluyéndolo en una maldición, o hacer que su familia o sus empleados trabajaran el día de reposo. Sin embargo, de una forma más directa, los últimos mandamientos hablan de la vida de la comunidad, y son tremendamente importantes para nuestra propia época.

En Deuteronomio, el mandamiento sobre el día de reposo recuerda a Israel su redención (15), mientras que en Éxodo se encuentra firmemente establecido dentro del contexto de la creación. Después de su obra, Dios «descansó», y quienes descansan ese día siguen el ejemplo divino. Estas palabras sugieren que estamos tratando con una ordenanza sobre la creación. Sea cual fuere el contexto en que situemos este mandamiento, ambos contienen un mandato concreto sobre el descanso del trabajo cotidiano (14). Los jefes no deben comportarse como los capataces egipcios, negando el descanso, sino como Dios, que lo reclama.

Es posible que los creyentes cristianos no puedan obligar a sus contemporáneos secularizados a adoptar los principios bíblicos sobre este punto, pero está claro que deberían intentar convencerles de que aquello que es esencial para el pueblo de Dios también debe serlo para la sociedad. No se trata simplemente de que ese día ofrezca a los creyentes la oportunidad de adorar a Dios y dar testimonio; es un testimonio semanal de la necesidad inviolable del descanso físico y la restauración regular tras una semana de trabajo. Es vital hacer una pausa, porque si no la calidad del trabajo disminuirá. Todos necesitamos apartarnos de nuestro trabajo cotidiano, por digno, interesante o satisfactorio que sea, porque si no puede convertirse en un tipo de idolatría. Con su prohibición clara sobre hacer trabajar a la gente, el mandamiento sobre el día de reposo nos recuerda no sólo que debemos adorar a Dios, sino también que se nos prohíbe vivir de forma egoísta dentro de la comunidad.

El egocentrismo obsesivo es un rasgo característico y lamentable de la sociedad moderna. La gente actúa sobre todo para satisfacerse, no en interés de la sociedad. Geoffrey Lean, del *Observer*, describió la pasada década como «los años 80 egoístas... la década en la que se santificaron los intereses particulares». Fue la década en que «se nos dijo, con la autoridad más elevada, que “no existe la sociedad, sólo individuos”». Los mandamientos tienen que ver directamente con la vida social y la salud comunitaria, y abordan algunas de las cuestiones más esenciales del mundo contemporáneo. Los hombres y mujeres creados a imagen de Dios, un Ser que ama y vive, deben defender, igual que Él, el amor y la vida. Como el Dios al que adoran, deben comprometerse apasionadamente con el fomento del amor y la conservación de la vida.

El Dios de amor se interesa por el cultivo del amor. El quinto y el séptimo mandamiento nos llevan al corazón de toda relación humana, la unidad familiar. Sólo puede funcionar armónicamente si existe respeto por los padres (16) y el cónyuge (18). Debe «honrarse» a los padres, lo cual en hebreo suponía algo más que el reconocimiento respetuoso de la existencia de éstos; conllevaba una sumisión comprometida a su autoridad, y una satisfacción amante de sus necesidades. En un punto posterior del libro, se amplía este mandamiento, ilustrándolo con las ordenanzas sobre los hijos rebeldes y desobedientes (21:18–21). Allí el castigo es severo porque, a pesar de los ruegos paternos, el hijo desprecia deliberadamente la unidad familiar, y actúa de una forma totalmente indigna de alguien creado a la imagen de un Dios de amor, compasivo, atento y generoso. Si ese hijo rebelde hubiera honrado a sus padres, hubiera sido un hijo obediente, un ayudador compasivo y cariñoso.

En términos prácticos, honrar a los padres suponía proveer para sus necesidades cuando eran ancianos, garantizando que dispusieran de los recursos materiales adecuados cuando ya no fuesen capaces de mantenerse mediante el trabajo físico cotidiano. No cabe duda de que este mandamiento, aparte de ser una provisión social, también abordaba una prioridad espiritual. Honrar a los padres significaba seguir su fe. El pacto que Dios firmó con su pueblo en el Sinaí les hizo entrar en una comunidad creyente, en la que los valores espirituales de la familia jugaban un papel importante. La educación de los hijos se confiaba a unos padres creyentes, del mismo modo que el padre y la madre debían compatir la verdad fielmente con sus hijos, de modo que éstos la recibiesen gratuitamente de ellos.

Naturalmente, cultivar el amor era importante no sólo para con los padres ancianos, sino también entre los cónyuges. La prohibición contra el adulterio (18) se basa en la santidad distintiva del Dios de Israel, amante y confiable. Si quienes firmaron con Él el pacto deben ser como Él (algo que Dios les exige), han de ser fieles en sus relaciones. Un cónyuge comprometido mediante pacto a mantener una fidelidad exclusiva nunca debe violar ese acuerdo manteniendo relaciones sexuales con otra persona. Este mandamiento es claramente importante en nuestra época. Dentro de la sociedad contemporánea, se ha descrito al matrimonio como una institución moribunda. El índice de divorcio aumenta cada vez más con el paso del tiempo.

El Dios vivo también se interesa por la preservación de la vida: No matarás (17). Dios es el dador de la vida. El aliento fue su regalo inapreciable a la humanidad recién creada, y nadie tiene derecho a arrebatar a un ser humano ese don precioso. En el mundo actual existe un alarmante menosprecio de la vida humana. Los ciudadanos responsables están preocupados, como es lógico, al ver el aumento de la violencia; uno de los rasgos perturbadores de las páginas de nuestros periódicos son las noticias sobre actos crueles y violentos. El mundo bíblico estaba familiarizado con los asesinatos humanos; tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento empiezan su historia con relatos trágicos de asesinato por celos. Ni Caín ni Herodes podían tolerar la idea de que otro ser humano tuviera ascendencia sobre ellos.¹⁸ Sin embargo, la Biblia expone su pecado tal y como es, y ambos personajes caen bajo el juicio directo de un Dios justo.

Hay tres temas contemporáneos que tienen que ver con la conservación de la vida

que hacen de este mandamiento algo realmente importante: el aborto, la eutanasia y el suicidio.

La prohibición sobre el asesinato debe relacionarse con el destino del bebé nonato. Junto con la decreciente popularidad del matrimonio y el fenómeno, cada vez más aceptado, de la cohabitación, uno de los rasgos más tristes de la sociedad moderna es el embarazo no deseado. Un cálculo conservador de las últimas cifras sobre el aborto afirma que cada vez que nos late el corazón, un niño nonato muere en algún lugar del mundo. Los cristianos evangélicos fundamentan su rechazo al aborto indiscriminado en la convicción bíblica de que todo ser humano está hecho a imagen de Dios. Concebido por el Espíritu Santo, Jesús se hizo carne en el vientre de su madre virgen, y a partir del momento de esa concepción, compartió nuestra humanidad. Sin excepción, toda vida humana tiene, desde el momento de su concepción hasta el de su muerte, una dignidad distintiva que debe respetarse. A la luz del sexto mandamiento, los cristianos deberían hacer todo lo posible para proteger a los fetos, por medio de su influencia personal, la asistencia pastoral y una presión política adecuada relativa a la legislación.

La eutanasia es otro tema propio del urgente debate contemporáneo que, a la luz de este mandamiento, debe perturbar gravemente la conciencia del cristiano y, una vez más, inducir a los creyentes a insistir en la reverencia hacia la vida humana, sea cuales fueren las peticiones personales de la persona afectada. Este mandamiento prohíbe que ningún ser humano le arrebathe la vida a otro, independientemente de las circunstancias. Sin embargo, vivimos en una sociedad en la que los pensadores secularistas exigen que la libertad humana se extienda al control de la vida. El sector de los Young Humanists, de la British Humanist Association, urge a los estudiantes de su escuela a presionar a los maestros de enseñanza religiosa para que inviten al centro a oradores que defiendan las ideas humanistas sobre la eutanasia voluntaria. Una vez más, los creyentes deben estar vigilantes y exponer regularmente en las escuelas y otros lugares los ideales cristianos acerca de la santidad de la vida.

El suicidio supone matarse a uno mismo, y este mandamiento lo prohíbe firmemente. Dios es el único dador de la vida en la concepción, y sólo Él es libre para dispensar la muerte. Los primeros cristianos se regocijaban de que las llaves de la muerte estuvieran sólo en manos del Señor Jesús; su destino no dependía del voluble capricho de algún magistrado romano que podría ordenar su ejecución sumaria. Ellos creían de verdad que no pasarían a la eternidad hasta el momento que Dios dispusiera, y a lo largo de los siglos los cristianos se han regocijado en esta misma certidumbre. Por duras que sean las condiciones de vida, ningún cristiano comprometido y obediente puede plantearse seriamente el suicidio. Cuando las circunstancias de la vida son desesperantes y difíciles, nos presentan un nuevo reto para confiar en un Dios de amor para hallar paz y nuevas fuerzas; no nos ofrecen ocasión de desobedecer un mandamiento divino que, claramente, prohíbe acabar con nuestra vida.

Como Dios quiere que cultivemos nuestro altruismo social, nos responsabiliza de mantener elevados estándares de conducta comunitaria. Los últimos tres mandamientos nos recuerdan la responsabilidad que tenemos ante Él por nuestros actos (19), palabras (20) y pensamientos (21). No debemos robar, dar falso testimonio o

codiciar la propiedad ajena.

La responsabilidad por nuestros actos se centra en el mandamiento sobre el hurto (19). Ninguna sociedad puede organizar armoniosa y creativamente su vida sin un respeto mutuo por la ley de la propiedad. En los capítulos posteriores del libro, se aplica el mandamiento de no robar a casos específicos de apropiación de tierras, y a ofensas parecidas. Los hombres y mujeres deben vivir en paz, sabiendo que nadie les robará sus bienes; sin embargo, en nuestro mundo actual pocos lugares hay donde la gente pueda estar tranquila al respecto. Está muy extendido el hurto de todo tipo; el crimen va en aumento en muchas sociedades. El materialismo tiene un control firme de la mente popular, e incluso personas con principios morales normales practican hurtos de poca monta. Por ejemplo, en la Gran Bretaña moderna, cada semana se penaliza a un número increíble de personas porque viajan en el tren sin pagar el billete. El número de individuos que se salta pagar una licencia televisiva va en aumento cada año. Hoy día, en Inglaterra se persigue a tales personas según un promedio de 1000 diarias. En mayo de 1991, un portavoz de Correos dijo que en los doce meses anteriores se había descubierto a 373.000 personas que hacían esto, 50.000 más que el año anterior. Se calcula que en el Reino Unido hay 1'8 millones de familias que ven la televisión sin pagar la licencia. Con este mandamiento importante, un Dios generoso prohíbe a su pueblo que robe.

Un Dios de verdad prohíbe mentir a su pueblo (20). En sus mejores momentos, el pueblo hebreo aborreció todo tipo de engaño. Una «lengua mentirosa» y las palabras «el testigo falso que habla mentiras» se encuentran entre las siete cosas que el Señor considera «abhorrecibles» sobre el pecado humano. La responsabilidad por nuestras palabras se ilustra aquí en su relación con el sistema legal israelita, dado por Dios. Si se lleva a un transgresor delante de los jueces, la evidencia de testigos sinceros tiene una importancia crucial. Los dos últimos mandamientos imaginan el peligro de la manipulación dentro de un contexto legal israelita, en el que un juez codicioso podría aceptar un soborno pervirtiendo así la causa de la justicia.

Sin embargo, sería un error limitar este mandamiento rígidamente al contexto legal en el que se encuadra. Este mandamiento prohíbe toda forma de mentira, no sólo decir deliberadamente algo falso cuando se está bajo juramento en un tribunal. También transgredimos este mandamiento si contribuimos de alguna manera a perjudicar el buen nombre de alguien y, como dice Calvino, hay pocos que «no padezcan notoriamente esta enfermedad». Y es que aquí se condena por igual cualquier «voluntad de escuchar injurias, y la tendencia lamentable a emitir juicios que censuran». La persona injuriada puede ser culpable de alguna ofensa, pero, ¿estamos en posesión de todos los hechos? ¿Estamos seguros de que los detalles que nos han transmitido no han sido distorsionados, manipulados o pervertidos para convencernos de la sórdida opinión del murmurador? Si caemos en el cotilleo improductivo, o somos culpables de exageración o de extender rumores perjudiciales, deshonoramos el nombre de nuestro Dios, plenamente confiable. La Biblia deja tremendamente claro que los engañadores deliberados no tienen lugar en el cielo de Dios²⁵, y eso debería hacer callar la lengua del embustero.

El Decálogo concluye enfatizando nuestra responsabilidad por los pecados de pensamiento: *No codiciarás* (21). El mandamiento final manifiesta el deseo que siente la humanidad por tener cosas. Es el pecado de nuestra era, un mundo en el que los atrayentes anuncios televisivos muestran bienes caros que podrían adquirirse sin esfuerzo, y donde sistemas instantáneos de obtener crédito animan al comprador potencial diciéndole: «Si lo desea, no espere». Pero, como nos ha recordado Joy Davidman, nadie puede

esperar razonablemente la felicidad que proporciona un apetito insaciable... Por muchas ovejas gordas que tuviera aquel hombre rico, la que le llamaba la atención era la del pobre. Nadie que haya aprendido a identificar la felicidad con la riqueza sentirá jamás que tiene riquezas suficientes.

Los otros mandamientos prohíben actos concretos, pero éste ataca la incensante actividad mental de un espíritu envidioso. Nos recuerda que el pecado nace en el pensamiento caprichoso antes de traducirse en un acto de rapiña. La conducta que violase los otros mandamientos podía generalmente detectarse, condenarse y juzgarse, pero la última prohibición del Decálogo nos recuerda que el pecado, en sus peores manifestaciones, no siempre se ve. No obstante, este mandamiento presupone la omnisciencia de un Dios que conoce nuestros deseos, y puede leer las intenciones de nuestro corazón. A Dios el Señor no sólo le interesaban los detalles de los ceremoniales religiosos formales, ni corregir la conducta moral; quiere que nuestros corazones estén limpios delante de Él.

Una vez más, es posible que este mandamiento prepare al pueblo israelita para su encuentro futuro con la religión de Baal, porque los textos ugaríticos han demostrado que Baal era un dios codicioso. En otras palabras, Dios dice a su pueblo que no deben vivir como los adoradores de Baal, codiciando los bienes atesorados por otras personas. Deben ser como el Dios único de Israel: santos (sin otros dioses), fieles (sin ídolos); amables (sin usar su nombre en vano en una maldición); llenas de amor (no forzando a otros a trabajar el día de reposo); protectores (honrando a padre y madre); generosos (no hurtar, no codiciar); leales (no cometer adulterio) y veraces (no dar falso testimonio). Se ha dicho, y es verdad, que la «imitación de Dios» es uno de los modelos importantes para comprender la ética del Antiguo Testamento; el «atractivo de los Diez Mandamientos no sólo radica en hacer lo que dice Dios, sino en ser como Él es». Eichrodt mantiene que, en la enseñanza del Antiguo Testamento, «el propósito santificador de Dios se entiende como un moldear al hombre de acuerdo a su propia imagen».²⁸

Los Diez Mandamientos son tremendamente relevantes para nuestra época. Nos enseñan que la obediencia espiritual debe tener prioridad sobre el *yo*; que la compasión social debe trascender el deseo personal de tener *poder*; que los valores morales son más importantes que la *satisfacción sexual*; y que las realidades eternas son más satisfactorias que los *bienes materiales*. Es increíble el alcance global y la importancia que tienen, dado que indican la actitud correcta hacia nuestro hacedor (no

más dioses), hacia nosotros mismos (la importancia del descanso), hacia los hijos, los siervos, los animales (el mandamiento sobre el día de reposo), los padres (honrar a padre y madre), el cónyuge (no al adulterio), los vecinos y los extranjeros.

c. Hijos dependientes

El Decálogo es un poste indicador magnífico, que nos muestra claramente la forma en que hay que vivir, pero no nos ofrece las fuerzas para hacer el viaje. Evidencia el pecado, pero no nos da el poder de superarlo. Hace falta algo más. El mandamiento final, *no codiciarás*, nos recuerda que el pecado empieza en el corazón humano. Los mandamientos llevan al hijo de Dios dependiente a la presencia de un Padre amante, en busca de misericordia y de fuerzas.

Primero, necesitamos misericordia: leer este pacto-acuerdo supone darse cuenta de que no hemos logrado obedecer (27), guardar (29) y hacer *lo que Jehová vuestro Dios os ha mandado* (32) en su ley. Lutero, Calvino y los puritanos ingleses enseñaron a sus contemporáneos que la ley de Dios contenida en los mandamientos era como un espejo, que nos muestra cómo somos realmente en la presencia de un Dios santo. Los Diez Mandamientos son como «el brillante espejo de la ley, en el que vemos la maldad del pecado». Nuestra primera reacción ante el Decálogo es la penitencia. Los mandamientos demuestran qué lejos estamos del estándar divino para nuestras vidas, y la única forma posible de librarnos de nuestro pecado es confesándolo. Volviendo a una fe firmemente bíblica, los reformadores del siglo XVI pronto detectaron el importante lugar que ocupaban esos mandamientos en la liturgia. Tanto Lutero como Calvino redactaron versiones métricas de los mandamientos, insertando un *Kyrie eleison* como estribillo tras cada uno de ellos. El Decálogo nos muestra nuestra necesidad de misericordia, y quizá también debemos recordar esto cuando nos reunamos para adorar. En el breve periodo de la Reforma en Inglaterra, bajo el mandato de Eduardo VI, durante un tiempo se recitaron los mandamientos al comienzo del culto anglicano, como para subrayar que esto es lo primero que hacemos cuando venimos ante la presencia de Dios: confesar que somos pecadores.

En segundo lugar, los Diez Mandamientos nos recuerdan que necesitamos fuerzas. No podemos tener la capacidad de obedecer la Palabra de Dios según esta ley global a menos que Él nos la dé. La introducción del Decálogo nos recuerda que Dios no sólo ha hablado (revelación), sino que ha actuado (redención) para su pueblo. Si, con su mano poderosa, sacó a su pueblo *de Egipto, de casa de servidumbre* (6), seguro que puede ofrecernos esa fuerza moral que es un componente esencial de nuestra obediencia. Los israelitas amantes de la ley sabían que la energía moral no nacía automáticamente al memorizar las palabras del Decálogo, sino que su autor la había prometido generosamente. Como Moisés el dubitativo, también ellos podían demostrar que el *Yo soy* (6) eterno no sólo da órdenes, sino que capacita para cumplirlas a aquellos que, genuinamente, desean honrarle.

Deuteronomio 5:23–6:25

7. LA VERDAD QUE HAY QUE CONTAR

Una vez Moisés recibió los Diez Mandamientos, estaba obligado a servir al Señor como comunicador responsable, compartiendo de inmediato las verdades que se le habían revelado. Se le había mandado que escuchase atentamente la Palabra de Dios, y que luego la transmitiera fielmente al pueblo expectante (5:31). La verdad no sólo debe recibirse, sino también compartirse. En cierto sentido, la enseñanza de este pasaje es una aplicación más detallada de los dos primeros mandamientos. La preciosa verdad sobre su Dios único (5:6–7) y celoso (5:8) se transmite tanto visual como oralmente, cuando al pueblo de Dios se le instruye para que le honren (5:23–6:3), le amen (6:4–5), le confiesen (6:6–9), le recuerden (6:10–12) y le sirvan (6:13–25), como *único* Señor (6:6).

1. Honrad al Señor (5:23–6:3)

Una vez cruzaran el Jordán, los viajeros estarían inmersos en una cultura y un estilo de vida que fomentaban la creencia en una variedad de dioses paganos. Desde el principio debían entender que hay que honrar al Señor, como el único Dios verdadero que tenía derecho exclusivo a su adoración y fidelidad. A diferencia de sus vecinos paganos, la mejor manera de honrar a su Dios no sería mediante la multiplicación de sacrificios que le ofrecieran, sino mediante su reverencia y obediencia a Él. Estas verdades gemelas son las que se transmitieron, oral y visualmente, al pueblo que aguardaba.

Al Señor le honraría su reverencia. Él optó por transmitir la sensación de su presencia santa y recta mediante una manifestación física anonadante, que les convenciera sin género de duda de la cercanía, grandeza y gloria de Dios. Ellos necesitaban una señal externa y visible de que el propio Dios les hablaba, y que su única respuesta correcta era *temerle* o reverenciarle. Él se les había revelado en el *fuego*, la *nube* y la *oscuridad* (5:22); con una dramática prueba visual de su presencia inmediata (simbolizada frecuentemente por la nube); su voz auténtica (4:11–12); su carácter santo y sus propósitos insondables. La *oscuridad* nos recuerda que no lo sabemos todo sobre Dios, y que sus pensamientos son mucho más elevados que los nuestros. Además, Dios se reveló con una aplastante majestad en el Sinaí, no sólo para demostrar su santidad, sino para incitarles a ser santos: «Que su temor esté delante de vosotros, para que no pequéis».³ La sensación correcta de temor y reverencia evita que el mal arraigue

firmemente en nuestras vidas. Aquellos que aman a Dios no soportan siquiera pensar en entristecerle.

La espiritualidad de finales del siglo XX podría enriquecerse mucho gracias a una conciencia más sensible de la santidad y majestad divinas. Hemos de recordar que irreverencia es sinónimo de desobediencia. Si Dios ordena que le *temamos*, debemos hacerlo. Resulta difícil alcanzar el equilibrio sobre este punto, pero es evidente que el estudio de las Escrituras nos ayudará a conseguirlo. Debe haber cierto equilibrio entre ese tipo de temor cobarde que magnifica tanto la trascendencia de Dios que le convierte en un ser remoto, despegado y distante, y ese otro error opuesto, una indiferencia insultante o una familiaridad condescendiente. Un místico del siglo XV, Julian de Norwich, subrayó la importancia de mantener un equilibrio correcto en nuestra actitud frente a Dios: «Pues nuestro Señor cortés desea que nos sintamos tan a gusto a su lado como pueda pensar el corazón o desear el alma. Pero tengamos precaución, para que no demos tan por hecho esta familiaridad que abandonemos la cortesía». En este pasaje encontramos el equilibrio bíblico: a Dios hay que temerle tanto como amarle.

El Señor se sentiría honrado por la obediencia del pueblo. Esta es una verdad que Él les transmitió oralmente, cuando les dijo, con una claridad indiscutible, que no sólo debían escuchar, conservar y atesorar su Palabra, sino también obedecerla. El pueblo prometió a Moisés que *escucharían y obedecerían* (5:27), pero Dios conocía su volubilidad, su rebeldía y deslealtad: *¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos!* (5:29). Por tanto, a través de Moisés Dios les exhortó repetidamente a *que hicieran* lo que el Señor les había ordenado.

Deuteronomio nos enfrenta una y otra vez con su llamado a la obediencia: *para que temas a Jehová tu Dios, guardando todos sus estatutos y sus mandamientos... cuida de ponerlos por obra* (6:2–3). El mandamiento de «hacer» lo que Dios dice aparece unas cincuenta veces en este libro. Aquí, el Señor les prometió que su respuesta voluntaria a su Palabra garantizaría su provisión constante frente a las diversas necesidades del pueblo.

Otro tema clave en este libro, que suele exponerse junto al de la obediencia humana, es el de la generosidad divina, transmitida vívidamente en frases recurrentes como *que guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre* (5:29); *andad en todo el camino que Jehová vuestro Dios os ha mandado, para que viváis y os vaya bien* (5:33); *para que tus días sean prolongados... para que te vaya bien en la tierra que fluye leche y miel, y os multipliquéis* (6:2–3).

Estos versículos de Deuteronomio no deben sacarse de su contexto originario. Animan a los peregrinos israelitas a comprender que su *único* Dios (6:4) satisfaría sus necesidades físicas y materiales, no aquellos dioses agrícolas cananeos que se encontrarían cuando entrasen en el territorio. Él era el dador generoso, y de la misma manera retendría esos bienes si ellos no le honraban con su reverencia y su obediencia. Las promesas de este tipo no significan que si *tememos y obedecemos* a Dios

recibiremos siempre lo que deseemos, ni mucho menos. Ese tipo de teología de la prosperidad, del «pídelo y exígelo», descansa sobre un uso muy selectivo de citas bíblicas, y tiene poco fundamento en la Escritura como un todo. No puede haber nadie que tenga una mayor reverencia hacia Dios que Jesús, y sin embargo sus posesiones eran escasas. Ciertamente que tanto Pablo como Pedro tenían temor de Dios⁶, pero tampoco ellos estuvieron sobrados de posesiones materiales.

La reverencia y la obediencia no conducirán necesariamente a la prosperidad económica, pero siempre obrarán para beneficio espiritual nuestro. Puede que no tengamos más dinero por el hecho de honrar a Dios, pero seguro que seremos más ricos.

2. Amad al señor (6:4–5)

El Señor espera de su pueblo una respuesta amante, no sólo reverente y obediente. Estos versículos ocupan un lugar distinguido dentro del judaísmo. Conocidos como el *shema* (el término hebreo que se encuentra al principio de este pasaje, *oye*), siguen formando parte de las oraciones cotidianas del creyente judío: *Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas*. El pueblo debe amar al Señor por su naturaleza, sus obras y sus promesas.

a. Su naturaleza única debe motivar su amor

El Señor es *uno*. Es el único Dios al que deben amar; no hay otros. En épocas de sequía o hambruna, los israelitas podrían sentirse tentados a invocar a los dioses cananeos de la fertilidad (6:14), pero aquí el Señor les recuerda que Él es único, no tiene rival. Amar a otros dioses es perseguir el viento. No existen. Él es el *único* Dios.

b. Sus obras deberían inspirarles amor

Él les ha elegido deliberadamente como su pueblo. Aquí se dirige dos veces a ellos usando su nombre especial, *Israel* (3, 4), subrayando que son un pueblo comprometido con Él en la relación especial de un pacto de amor. La iniciativa de amar parte de Él, no de ellos (7:8).

c. Sus promesas deben motivarles a amarle

Ese amor no empezó con aquellos peregrinos en el desierto que estaban a punto de entrar en la tierra; hundía sus raíces en su historia. Él era el Dios *de sus padres*, fiel a su palabra, cumpliendo lo que les *prometió* (3). Si le aman, responden al amor inmutable de un Dios confiable, que había sido fiel a sus ancestros y no les iba a decepcionar.

Un Dios tan único, generoso y confiable merece una lealtad total, no parcial ni

dividida. Se ha comprometido a darles mucho cuando entren en Canaán (10–11), y no cabe duda de que es digno de su mejor y más alta devoción: *amad... con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y con toda vuestra mente y todas vuestras fuerzas*. Su amor por Él debe ser exclusivo; no pueden compartirlo con otros dioses.

3. Confesad al señor (6:6–9)

Además, este amor por Dios no debía ser una devoción secreta, una relación meramente privada que no tuviera nada que ver con otros. Desde buen principio debía involucrar un elemento de confesión pública, aparte de una fidelidad personal.

Primero, esta devoción amorosa al *único* Señor debía compartirse en el hogar. Estas verdades dadas por Dios no sólo debía enseñarlas Moisés, sino todos los padres israelitas (7), de modo que sus hijos y sus nietos aprendieran y guardasen *todos sus estatutos y sus mandamientos* (2). Los padres debían *grabar* estas palabras en las mentes de sus hijos, y convertirlas en un tema cotidiano de conversación en la vida familiar. En los hogares cristianos modernos existe el peligro de que uno o los dos padres están tan absorbidos por «la obra del Señor» (a menudo entre niños o jóvenes) que pueden olvidar gravemente el bienestar espiritual de sus propios hijos.

Alguien ha dicho sabiamente que «la familia que ora junta permanece unida». En generaciones anteriores, la adoración en familia era un aspecto importante de la devoción espiritual. Antes o justo después de una comida, los padres y los hijos se reunían para leer la Palabra de Dios, escuchar una breve aplicación de su mensaje, y orar pidiendo la guía del Señor y su ayuda en cuestiones de índole cotidiana y práctica. Esto les ofrecía una oportunidad regular para enseñar, compartir noticias, animarse mutuamente y estar unidos en su dependencia de Dios. Las presiones de la vida moderna dificultan en gran medida, o incluso imposibilitan, que muchas familias coman juntas en algún momento del día, pero, para obedecer a Dios y aplicar estos versículos a nuestra vida de cada día, todo padre cristiano debería buscar alguna oportunidad de reunir a la familia por un breve tiempo, escudriñando la Palabra y orando.

Además, este amor por Dios y su Palabra debe compartirse en la comunidad. Manifestar la verdad en los dinteles y las puertas dejaría muy claro a los vecinos que esta familia estaba comprometida con la Palabra inmutable y relevante de Dios. Esto dejaría muy claro a todos que creía la familia. Las instrucciones sobre llevar la Palabra en la mano y en la frente son, en contraste, más personales. Dan testimonio del punto de vista que tiene el individuo: la mano como símbolo de la acción y el compromiso personales; la frente como símbolo de la dirección personal y la intención deliberada.

Es posible que las palabras sobre frentes y dinteles hubiera que tomarlas metafóricamente, indicando que «las exigencias del pacto debían ser el rasgo central y absorbente» (Thompson) de toda su vida. Sin embargo, algunos judíos interpretaron este dicho literalmente, prescribiendo el uso de filacterias atadas en torno a la frente durante la oración matutina, y *mezuzahs*, pequeñas cajas que contienen un diminuto pergamino con textos del Éxodo y el Deuteronomio, que se fijaban a las puertas. Para

muchas familias devotas, la *mezuzah* (palabra que significa «dintel») debía servir como un recordatorio de la necesidad que tiene cada una de amar y obedecer a Dios; pero en el siglo I algunos usaban filacterias como una forma religiosa de darse bombo y platillo, «haciéndolo para ser vistos de los hombres», una práctica que criticó Jesús.

En nuestra sociedad, bastante diferente, sigue habiendo la necesidad de que los cristianos den a sus vecinos la oportunidad de aprender algo sobre nuestra fe personal. Viendo cómo en nuestras comunidades cada vez hay más gente que no va a la iglesia, muchos creyentes están dándoles a sus hogares un uso más imaginativo, ofreciendo una amistosa hospitalidad, un café alguna mañana, proporcionando ocasiones informales para que los vecinos conozcan a un orador cristiano; esto permite que quienes les rodean no ignoren el evangelio y, dentro de un contexto relajado, puedan compartir sus dudas y comentarios en un debate bíblico correcto, centrado en las grandes cuestiones de la vida.

4. Recordad al señor (6:10–12)

En este pasaje ya han aparecido algunas de las grandes palabras clave de este libro: *escuchar* y *oír* (5:27; 6:3–4), *temer* (5:29; 6:2), *guardar* (5:29), *enseñar* (5:31; 6:1), *hacer* (5:32), *amar* (6:5). Otro verbo importante en Deuteronomio es *recordar*. Al entrar en la nueva tierra, los israelitas podían olvidar pronto la generosidad que Dios les había mostrado constantemente en algunos de sus años más oscuros. Aquí se nos presenta el olvido indiferente como un peligro grave y, como buen maestro, Moisés retoma la cuestión más adelante: *luego que comas y te sacies, cuida de no olvidarte de Jehová* (11–12). La idea ya ha aparecido en diversos contextos de capítulos anteriores (4:9, 23; 5:15), y se nos presenta ahora como una advertencia renovada. A los israelitas se les dice que, en medio de la cultura tremendamente materialista de Canaán, correrán el riesgo de olvidar cuatro cosas esenciales: la promesa de gracia de Dios, su naturaleza incomparable, sus dones generosos y sus actos poderosos.

En los años venideros, el pueblo puede que olvide lo que Dios ha dicho. Dios no les había fallado olvidando la promesa que *juró a sus padres, a Abraham, Isaac y Jacob*, pero el Señor sabía que ellos no recordarían lo que les había enseñado.

Cuando el pueblo entrase en Canaán, también correrían el peligro de olvidar quién es Dios: el Dios fiel (*el Dios de tus padres*, que hizo y guardó esas promesas, 3, 10); el único Dios (*uno es*, 4), y el Dios celoso (15), al que no se puede adorar junto con otros.

Además, pronto olvidarán qué les dio Dios (10–11). En los días venideros disfrutarían de la seguridad de ciudades que no construyeron, de riquezas que no ganaron, del agua de cisternas que no edificaron, del fruto de viñas que no plantaron. Pero existía el peligro de que, cuando se hubieran hartado, olvidasen al dador de todas estas cosas buenas. A lo largo de la historia, la riqueza a menudo ha llevado a la indiferencia espiritual y al descuido moral. En muchos lugares del mundo occidental, la gente sólo dispone de bienes perecederos. Lo tienen todo, excepto las cosas que más importan.

En medio de su recién descubierta prosperidad, los israelitas también olvidarían lo que hizo Dios. Él les había recordado, sacándoles de la amarga experiencia de la esclavitud en Egipto (12, 20–23), una obra grande y poderosa de salvación inmerecida que nunca debería haberse borrado de su memoria colectiva. Fue por este motivo que el pueblo hebreo celebraba sus grandes fiestas, sobre todo el de la Pascua: para guardar estas cosas en un lugar privilegiado de sus mentes.

La actitud olvidadiza no es un pecado limitado a los israelitas cuando se asentaron en la próspera tierra de Canaán. Todo el pueblo de Dios ha corrido el peligro de olvidar lo que Él ha dicho, dado y hecho, y en ocasiones, también quién es: Padre, Guía, Protector, Consolador, Soberano. Una genial escritora de himnos del siglo XIX, Frances Ridley Havergal, escribía regularmente un «diario de bondades». Al final de cada día anotaba agradecida, con cuatro o cinco palabras, *una* cosa por la que estuviera tremendamente agradecida. Seguir una práctica como ésta nos podría salvar del pecado de la ingratitud persistente. Olvidar la bondad de Dios empobrece gravemente nuestra espiritualidad; reduce nuestro pensamiento al nivel del de un pagano impío.

5. Servid al señor (6:13–25)

Al pueblo se le presenta una exhortación positiva y otra negativa; *no deben* olvidar a Dios (12), y *deben* servirle (13). Aquí existe un contraste deliberado entre el *servicio* a Dios y la *esclavitud* egipcia (21). Craigie indica que en hebreo «ambos términos proceden de la misma raíz, y contrastan vívidamente al antiguo y al nuevo señor de Israel». En años anteriores, tuvieron a un rey cruel en faraón (que, dentro de la religión egipcia, era considerado un dios), pero Jehová había demostrado su poder invencible contra él (22), librándoles de sus manos. Ahora sirven a un Rey mejor. Los cristianos nos alegramos de habernos vistos libres de una tiranía peor de la que experimentaron los hebreos en Egipto. Mediante la obra salvadora de Cristo, Dios nos ha libertado de «la potestad de las tinieblas», transfiriéndonos milagrosamente «al reino de su amado Hijo». También nosotros respondemos a la misericordia de Dios ofreciendo nuestras vidas a su obra.¹² «Servir al Señor» es un tema central en la predicación de Moisés (10:12, 20; 11:13; 13:4; 28:47 y otros pasajes). En el pasaje que tenemos delante, a los israelitas se les recuerda que el servicio es un acto de obediencia (13), lealtad (14–19) y gratitud (20–25).

Deben servir a Dios porque Él lo dice: *A Jehová tu Dios temerás, y a él solo servirás, y por su nombre jurarás* (13). Seguramente esto de jurar por su nombre se refiere al compromiso por parte del pueblo con el Dios del pacto. Los tratados a los que nos hemos referido solían contener una estipulación de este tipo. El vasallo tenía que formular la promesa solemne de obedecer al rey, y a su vez éste se comprometía a cumplir con su parte del acuerdo.

Deben servir a Dios a pesar de cualquier otro ser al que mostrarle lealtad. Su tierra futura no sólo se caracterizaría por viñas prósperas (11), sino por los corruptos ídolos de la adoración cananea. Siempre estamos expuestos a la atracción de «dioses» rivales, *los*

dioses de los pueblos que están en vuestros contornos (14). En la sociedad de finales del siglo XX se ha infiltrado sutilmente la idolatría indigna: el materialismo (el dios de «lo que pueda conseguir»), el hedonismo (el dios de «lo que me gusta»), la aprobación social (el dios de «qué piensan de mí»), la ambición desmedida (el dios de «lo que debo conseguir») y muchos más ejemplos. La mayor ambición del creyente es servir a Dios y ponerle por encima de todo.¹⁴

La lealtad a Dios debe expresarse mediante la confianza. Una vez más, Moisés usa un incidente del pasado como advertencia para el futuro. Al pueblo se le recuerda qué sucedió en Masah («prueba»), cuando se decidieron a *probar al Señor* su Dios (16). En aquella ocasión, la comunidad en el desierto tenía sed y, en medio de aquellas circunstancias adversas, dudaban seriamente de la Palabra del Señor y de su presencia entre ellos. Menospreciaron su Palabra, donde Él prometía satisfacer todas sus necesidades; era el momento de confiar, no de quejarse. Dudaban gravemente de su presencia, diciendo: «¿El Señor está en medio de nosotros o no?». Su queja no era casual, descuidada o irreflexiva, propia de un momento en que bajaron la guardia, sino una rebelión feroz. Amenazaron con apedrear a Moisés, diciendo que Dios les había sacado de Egipto para matarles, rechazando de plano todas las cosas buenas que el Señor les había dicho acerca de su provisión y de su seguridad.

La confianza en momentos oscuros y difíciles no es una experiencia que sólo se exigiera a los peregrinos por el desierto, de camino a Canaán. También la esperarían de sus hijos y de sus descendientes, que se asentaran en la tierra. La tierra *fluía leche y miel* (3), pero la vida no siempre sería fácil y cómoda. Hemos de esperar que en nuestras vidas aparezca la adversidad, bajo una u otra forma. Cuando las cosas les van en contra, los hijos de Dios que le *sirven* a Él, y sólo a Él, confían en su Persona por completo, aun cuando no puedan comprender ni de lejos sus caminos.

Estos versículos (13, 16), fueron importantes para Jesús justo antes del inicio de su ministerio terrenal. Como el pueblo en Masah, Él estaba en el desierto y, como ellos, también sentía una necesidad física básica. Ellos tenían sed, y Él hambre. El enemigo vino a tentarle, igual que había hecho con ellos. Jesús rehusó poner a prueba a Dios cediendo a la sugerencia del diablo, y citó precisamente estas palabras. En su bautismo, Dios le había identificado públicamente como su Siervo e Hijo. Las palabras procedentes de los cielos, «en ti tengo complacencia»¹⁷, recordaban otras dirigidas al «Siervo sufriente» en la profecía de Isaías. Como Hijo de Dios, Cristo sabía que tenía un Padre amante. Éste no pretendía iniciar la misión de su Hijo dejándole morir en el desierto. Pero como estaba decidido a servir a Dios y a nadie más, Jesús rechazó con firmeza los ataques del diablo y usó estas palabras de Deuteronomio para apartarlo de él. Siempre es importante hacer *lo recto y lo bueno ante los ojos de Jehová* (18), no sólo lo que parece oportuno, razonable o conveniente a los ojos de los hombres. Jesús hubiera preferido morir de hambre antes que dudar de la Palabra de su Padre, pero sabía que no moriría hasta el momento elegido por Dios.

Por último, el pueblo debía servirle como una expresión de gratitud. Debía estar agradecido por su promesa confiable (*la buena tierra que Jehová juró a tus padres*, 18–19, 23) y su salvación (20–25). Cuando las generaciones futuras preguntaron cómo

nacieron estos *mandamientos, testimonios y estatutos*, cuál era su importancia y por qué había que estudiarlos, se les habló de la redención de Dios (21–23) y su revelación (24–25). Aquel Dios poderoso y fiel, que hizo y dijo cosas únicas, siempre es digno del servicio obediente, leal y agradecido del creyente. A lo largo de la historia cristiana, los creyentes han considerado su servicio al Señor un inmenso privilegio, en vez de una obligación bíblica. Un pastor del siglo XVII, John Tillinghast, lo expresó perfectamente cuando escribió: «Dios espera ese servicio sólo de ti; es una obra que el mundo no puede hacer... Cristo nunca se queda sin instrumentos cuando tiene algo que hacer; que emplee a alguno de vosotros es más una señal de su gracia que de su necesidad... ha llegado el momento... de levantarse y actuar».

Deuteronomio 7:1–26

8. EL PUEBLO DE DIOS EN UNA TIERRA NUEVA

Ahora hemos llegado a una de las secciones principales de Deuteronomio, que abarca los siguientes cinco capítulos del libro (caps. 7–11). El tema común que hallamos en este pasaje extendido es el del pueblo de Dios, sus características, privilegios, seguridad, disciplina y amor. Encontramos cierto número de ideas familiares que ya han aparecido en los primeros capítulos del libro, y no será necesario que concedamos una atención detallada a temas que ya hemos abordado antes. Sin embargo, cuando en capítulos sucesivos nos encontramos con temas idénticos, hemos de pensar que para Moisés la repetición frecuente era una parte extremadamente importante del proceso educativo. Al pueblo había que decirle más de una vez, por ejemplo, que debía escuchar, aprender, obedecer y guardar la ley; que no debía olvidar al Dios que le había dado aquel mensaje, y tantas otras cosas que le serían de beneficio; que no debía adorar a otros dioses ni inclinarse ante ídolos paganos. Estos temas aparecen frecuentemente en la predicación de Moisés, y ocupan un lugar igual de prominente en la enseñanza que los padres creyentes deben comunicar a sus hijos.

Para el pueblo hebreo, situado en el umbral de Canaán, la definición de los roles era especialmente importante. Tenía una suprema importancia que conocieran a Dios, pero también *quiénes eran* y qué quería Él de ellos. El plan de Dios era que vivieran en aquella tierra como su pueblo santo (1–6a), elegido (6b–16) y firme (17–26).

1. Un pueblo santo (7:1–6a)

Antes que nada, el pueblo de Dios debe entender que son posesión exclusiva suya, *santos para Jehová* (6). Como le pertenecen, no pueden entregarse a nadie más. Todo

aquello que se consideraba «santo» había sido «apartado» para un propósito definido. No había que usarlo para tareas menos dignas. Los sacerdotes eran santos porque eran «escogidos» como siervos de Dios; el día de reposo era santo porque era el día especial de Dios (5:12); y los sacrificios eran santos porque pertenecían exclusivamente a Dios. Sin embargo, los objetos, lugares e individuos religiosos no eran las únicas cosas «santas». El propio pueblo, todo hombre, mujer y niño de Israel, había sido «escogido» para el uso de Dios, y debía admitir el derecho exclusivo que Él tiene sobre sus vidas.

En este pasaje hay una serie de rasgos destacables que ilustran la naturaleza y centralidad de la santidad para el pueblo de Dios, tal y como la Biblia nos define. Esta enseñanza nos ofrece también el trasfondo esencial para la enseñanza neotestamentaria sobre la espiritualidad cristiana.

Primero, la santidad del pueblo de Dios se anuncia como un *hecho consumado*: *Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial* (6). No se les exhorta a ser santos; se les dice que *ya* lo son. Deben ser lo que son. Como R. E. Clements indica, la santidad en Deuteronomio es «un hecho establecido, no una ambición espiritual. Israel es santa en virtud de ese vínculo especialmente sólido que la une a Dios... es un vínculo que forjó Dios, y no los miembros de Israel... Se les ordenó guardar la ley porque era un pueblo santo, y no porque aspirase a serlo... La santidad de Israel es un acto de Dios, no de los hombres». De igual manera, la santificación cristiana no comienza con lo que hacemos, sino con lo que ha hecho Dios. Es importante destacar que uno de los apelativos neotestamentarios más importantes para los creyentes es «santos»;⁴ denota aquellos que están separados, totalmente dedicados a Cristo. Este término se emplea al principio de muchas cartas del Nuevo Testamento para describir a *todos* los miembros de una congregación local, no sólo a unos pocos que pudieran haber hecho más progreso espiritual que otros. Todos los miembros han sido «escogidos» como agentes especiales de Dios y como instrumentos en el mundo. Los creyentes no deben volverse santos, ya lo son. También ellos deben ser lo que son.

En segundo lugar, la santidad del pueblo de Dios se describe como *un logro divino*. El pueblo de Dios le pertenece en exclusiva, igual que es suya la tierra que les da. Además, que Él les posea como pueblo santo no depende principalmente de sus esfuerzos especiales, o de alguna obra excelente que pudieran haber hecho; la victoria es fruto del trabajo de Dios, no de manos humanas. Él se les adelantó, luchando las batallas por ellos. Este tema aparece repartido por toda la enseñanza de Deuteronomio: *Cuando Jehová tu Dios te haya introducido en la tierra en la cual entrarás para tomarla... y Jehová tu Dios las haya entregado delante de ti* (1–2). Aquellas siete naciones eran *mayores y más poderosas* que Israel (1), y sin los actos poderosos de Dios destinados a derrotar a sus enemigos, los hebreos hubieran sido aniquilados. En términos humanos, no tenían ninguna posibilidad militar. Eran claramente inferiores en número y habilidad y, sobre todo, sus oponentes ya tenían el dominio de la tierra. Conocían sus colinas y valles. Para el pueblo invasor era un territorio desconocido. Desde un punto de vista estrictamente humano, era una misión imposible. Sin embargo, Dios obró e hizo por ellos algo que nunca podrían haber conseguido solos.

Dentro de la enseñanza bíblica, el mensaje de santidad como obra de Dios es también un llamamiento a la acción decidida. Aquí, al pueblo de Dios se le ordena que afronte cualquier conflicto que Él, en su gracia, le haya preparado. A menudo en el Nuevo Testamento se define la espiritualidad cristiana como un combate; es una lucha en la que debemos participar y donde debemos vencer. Sin embargo, no la ganaremos sólo con nuestro propio esfuerzo moral o nuestro celo religioso. Todo cristiano debe darse cuenta de que el propio Dios es el conquistador. Lucha por nosotros, como lo hizo por el pueblo hebreo hace muchos siglos, y accedemos a la victoria que ha obtenido para nosotros. La santidad cristiana no empieza con lo que hacemos, sino con lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo. Cuando Pablo envió su carta a la iglesia de Corinto, sabía muy bien que algunos de sus miembros llevaban una vida muy por debajo de lo que el Señor quería, pero empieza recordándoles todo lo que Cristo es y quiere ser para ellos. Dios hizo de Cristo Jesús «nuestra justicia, santidad y redención».

En tercer lugar, Moisés recuerda a sus contemporáneos que la santidad del pueblo de Dios conlleva una *obligación específica*. Como pueblo santo de Dios, su relación con Él es un compromiso exclusivo. Una vez más percibimos el papel importante que juegan en esta enseñanza el lenguaje y las ideas de los tratados que usaban diversas naciones en Oriente Próximo. Al pueblo israelita se le dice que en ninguna circunstancia debe firmar un *tratado* o pacto (2) con ninguna de las siete naciones que ocupaban Canaán en aquel momento. Ya estaban atados por un pacto de amor con Jehová Dios, y no debían romper su parte del trato al entrar en alianza con alguien más. La referencia a las disposiciones matrimoniales (3) pudiera tener como contexto la práctica común en las alianzas internacionales cuya relación se fortalecía a través del matrimonio de miembros importantes de ambas partes. Esta enseñanza tiene un paralelismo en el Nuevo Testamento, donde a los cristianos se les exhorta específicamente a no casarse con incrédulos.

En cuarto lugar, la santidad del pueblo de Dios les confronta con *una seria advertencia*. No se trata simplemente de que casarse con una persona incrédula pueda sumirles en la infelicidad doméstica porque ambas partes tengan intereses religiosos dispares. Cuando tenían lugar esos tratados-matrimonios, las dos partes involucradas acordaban admitir y aceptar mutuamente a sus dioses. Sin embargo, para el pueblo hebreo, este arreglo violaría los términos del tratado y constituiría un acto flagrante de degradación religiosa y moral. *Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos* (4). Los tratados políticos a los que nos hemos referido siempre se ratificaban reconociendo a las deidades de las naciones que los firmaban. Sin embargo, el pueblo hebreo había respondido a la invitación de Dios de establecer un pacto exclusivo con Él, y debía respetar sus condiciones rechazando aliarse con otros dioses. Dios les dice que si establecen semejante alianza, Él les *destruirá* rápidamente. Se prohíbe la fidelidad a dos señores.

Para el pueblo hebreo, ser «santos» significaba que pertenecía totalmente a Dios. La tierra que los israelitas estaban a punto de poseer ya estaba ocupada por siete naciones (1), cada una de las cuales tenía sus propios dioses. La religión cananea no sólo era falsa, sino también inmoral. La prostitución ceremonial jugaba un papel importante

en algunos de sus rituales de la fertilidad. Estas prácticas eran una ofensa contra un Dios santo y puro. En tales circunstancias, el peligro de la corrupción, moral además de religiosa, era especialmente intenso, de modo que el Señor les exigió que destruyeran por completo sus estatuas idolátricas, sus pilares y sus imágenes. Aquí vemos que la vida del creyente puede arruinarse trágicamente debido a la influencia corruptora de otras personas. El apóstol Pablo recordaba a la iglesia de Corinto un dicho familiar de Menandro: «La mala compañía arruina la buena moral».

A todos nos influyen otras personas. John Donne tenía razón al recordarnos que ningún hombre es una isla, y que, sin mantener una actitud despegada y de superioridad, los cristianos hemos de recordar que las malas compañías pueden frustrar nuestro testimonio y perjudicar gravemente nuestra espiritualidad. En sus *Collected Memories*, el famoso músico acompañante Gerald Moore escribió algo sobre una conocida cantante de ópera cuya brillante carrera, en sus últimos momentos, fue bastante penosa debido a una relación personal nociva. Cuenta que aquella estupenda cantante «fue destruida por un hombre al que amaba, un hombre cuya alma carecía de un solo átomo de música, que disfrutaba diciéndole que ella no era nadie». Nosotros también tenemos un enemigo siniestro, a quien le gusta torturarnos y que pretende hundirnos. Jesús describió al diablo como un «homicida» y un embustero. Le gusta decirnos que no somos nada, y cuando nos mete en relaciones que nos obstaculizarán antes que edificarnos en nuestras vidas cristianas, ha alcanzado en parte su propósito.

2. Un pueblo elegido (7:6b–16)

La santidad y la elección son temas gemelos en la predicación de Moisés sobre la relación de Israel con Dios basada en el pacto, y en estos capítulos a menudo los vemos juntos. Aquí a la congregación israelita se le garantiza que Dios la ha elegido deliberadamente para *serle un pueblo especial* (6b), una decisión basada en una selección con propósito (de entre *todos los pueblos que están sobre la tierra*), no de una elección arbitraria. La santidad del pueblo se debe enteramente al favor divino, no a la superioridad moral de sus miembros. Al describir su elección, Moisés recuerda ahora al pueblo escogido por Dios su privilegio, su peligro, su responsabilidad y sus recursos.

a. Su privilegio

El pueblo al que Dios *atesora* es, literalmente, «valorado más» que otras naciones. El término hebreo (traducido aquí como *especial*) tiene un paralelo interesante en algunas palabras académicas que se encuentran en un tratado, que describe al rey como «la posesión atesorada» por su dios. Moisés sabía que el único Dios verdadero había firmado un pacto único con su Israel, el pueblo al que tanto valoraba. No es que Dios no sintiera compasión por las demás naciones, ni que no le importasen; en otros pasajes de este libro vemos numerosas manifestaciones de su soberanía universal y su amor ilimitado. Sin embargo, escogió deliberadamente a Israel para que fuese un instrumento especial de sus propósitos en el mundo.

Hay otros pasajes de las Escrituras que enfatizan que Dios escogió a su pueblo porque quería usarlo. Este aspecto de la doctrina de la elección veterotestamentaria no se desarrolla plenamente en Deuteronomio, pero debemos recordar que este libro, a pesar de su importancia, no contiene toda la revelación bíblica. Como el apóstol Pablo, necesitamos «todo el consejo de Dios», y no solamente fragmentos. Si estudiamos el Antiguo y el Nuevo Testamento, veremos otros aspectos del tema de la elección que nos proporcionarán perspectivas adicionales y complementarias de las que hallamos en estos versículos. Veremos que la elección no es un mero privilegio, sino un servicio.

Pedro expresó este aspecto importante del tema cuando aplicó los grandes nombres y títulos de Israel a la Iglesia, y dijo que la Iglesia es «linaje escogido... nación santa, pueblo adquirido por Dios», para que «anunciéis las virtudes» de aquel Señor que les llamó «de las tinieblas a su luz admirable». La elección bíblica tiene un propósito evangelístico.

El plan de Dios para Israel era que fuera de bendición para otros, «una luz para los gentiles», un «reino de sacerdotes» que le representasen ante las naciones,¹² un pueblo misionero, un testimonio moral, un modelo de lo que es vivir de forma teocéntrica, un reflejo de su propio carácter santo, justo y amante. Aquellos aspectos adicionales de la historia del «linaje escogido» se plasman en otros lugares del Antiguo Testamento, pero es importante mencionarlos ahora para ofrecer la perspectiva necesaria. El pueblo de Dios recibió paulatinamente la verdad de su naturaleza elegida; no se les reveló de golpe. En este momento particular de su historia, era más importante que el pueblo hebreo poseyera la tierra que no que convirtiera a las naciones.

En el pasaje que tenemos delante, el único privilegio del pueblo de Dios se basa en dos hechos clave, la fuente y garantía de su elección.

Primero, la fuente de su elección fue el amor de Dios. Cuando generaciones posteriores de inteligentes niños hebreos preguntasen a sus padres por qué su nación en concreto había sido elegida antes que cualquier otra, sus padres les dirían que *por cuanto Jehová os amó* (8). Él les amó (7) porque les consideraba su especial tesoro. El acuerdo entre Dios y su pueblo era *un pacto de amor* (9, 12). Recordaba a un matrimonio, y por eso es tan adecuada la imagen del «pacto». Cuando un esposo decide amar a su mujer, no quiere decir que deje de amar a más personas. Sin embargo, sí existe un sentido en el que se trata de un amor fiel y exclusivo, sujeto a un pacto. No amaré a nadie de la misma manera en que ama a su esposa, y ese amor concreto no podrá compartirlo con nadie más. Si lo hiciera violaría el acuerdo mutuo entre ellos. Por eso en estos versículos vemos una insistencia tan repetitiva en el hecho de que no deben existir otros dioses (4–5, 16, 25–26).

En segundo lugar, la garantía de su elección estaba en la Palabra de Dios. Él *quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres* (8). Él *es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto* (9); no es un Dios veleidoso, impredecible, como los dioses volubles de las naciones circundantes, petulante, caprichoso, siempre dispuesto a que le manejen o convenzan las ofrendas traducidas en el sacrificio de animales o de personas. El Dios del pueblo hebreo es el Dios inmutable, confiable, que honra sus promesas. Muchos años antes, había dado a Abraham una garantía que renovó a las generaciones posteriores:

un día poseerían la tierra a la que estaban a punto de entrar. No pensaba decirles algo hoy de lo que mañana fuera a retractarse. Sus promesas son totalmente fiables.

b. Su peligro

Sin embargo, existe un peligro inherente en cualquier preocupación por el tema de la elección. Se trata de que los elegidos empiezan a asumir que el favor especial que les concede Dios se debe a alguna cualidad atractiva o algún éxito propio, en lugar de a la generosidad divina, totalmente inmerecida. El orgullo humano enseguida arrebató la gloria para sí. A los israelitas se les dice claramente que su papel especial como pueblo escogido por Dios no se debe a nada que ellos hayan hecho. Parece como si Dios se anticipara a tres argumentos falsos que usan los hombres para explicar la elección y unicidad de su pueblo, y Moisés los refuta en estos capítulos. En generaciones posteriores, era posible que algunos israelitas imaginaran, absurdamente, que la elección que hizo Dios de ellos se debió a la fuerza de su número, su poderío físico o su superioridad moral. Nada podía estar más alejado de la verdad, y al pueblo se le advierte sobre estas ideas erróneas y el orgullo humano que las genera.

Lo que decidió su elección no fue su número: *No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha elegido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos* (7). Dios no escogió a Israel porque necesitara urgentemente una gran multitud para alcanzar sus propósitos. Al contrario: en el mundo antiguo había muchas naciones cuya potencia radicaba en su número. Comparada con ellas, la población de Israel era una nimiedad. Dios eligió deliberadamente a Israel porque les amó, no por su número.

Cuando el pueblo hebreo entrase en la tierra y venciera a sus enemigos, algunos podrían preguntarse si la elección de Dios se debió a la fortaleza física del pueblo: «Y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza» (8:17). A los israelitas se les recuerda que el Señor les había otorgado la fuerza que necesitaban para conseguir tales victorias. Si habían llegado a aquella posición tan favorecida no se debió a sus propios esfuerzos aislados. No poseían nada, excepto los recursos que Dios les había dado. Los cristianos también están en deuda con Dios por todo lo que han recibido y, según las palabras del himno de Henriette Auber, agradecen los dones del Espíritu:

Las virtudes que tenemos,
Y las victorias también,
con los santos pensamientos,
pertenecen sólo a Él.

Alguno incluso tendría la osadía de sugerir que los israelitas habían sido elegidos por su superioridad moral. Moisés dice a los tales: «No pienses en tu corazón... diciendo: Por mi justicia me ha traído Jehová a poseer esta tierra... No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos» (9:4–5).

El orgullo es un pecado sutil y peligroso. Ansía la gloria que sólo pertenece a Dios. El salmista rechazó acertadamente toda alabanza humana cuando exclamó: «No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria». Dios ha dicho claramente: «mi honra no la daré a otro».¹⁶ Cuando el apóstol Pablo aseguraba tanto a judíos como a gentiles cristianos en Corinto que eran un pueblo elegido, les dijo que, al escoger lo débil e insignificante, Dios había ignorado a los ciudadanos arrogantes y testarudos de Corinto, de modo que nadie pudiera jactarse en la presencia de Dios.

c. Su responsabilidad

Ya hemos visto que Dios eligió a su pueblo porque lo amó, y porque estaba decidido a cumplir su Palabra. El pueblo elegido debía responder a la iniciativa divina con unas cualidades semejantes. Los términos del acuerdo exigen un amor y una fidelidad mutuos. Él les ama, y ellos deben amarle; Él es fiel a su Palabra, y ellos deben serlo a la suya. Ellos tienen un *Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones* (9). Hizo promesas a sus antepasados, y juró que sería fiel a su Palabra (12). El pueblo nunca debe olvidar que está atado a su Dios amante y fiel mediante los términos de un pacto que Él hizo con su pueblo en el Sinaí; también ellos deben serle fieles y amarle.

Cuando estaban en las llanuras de Moab escuchando la incitante predicación de Moisés, todo parecía sencillo. ¿Cómo se les iba a ocurrir hacer otra cosa que no fuera amarle y obedecerle? Pero Moisés conocía los peligros futuros: un país salpicado de capillas en lo alto de las colinas, dedicadas a dioses falsos; unas prácticas religiosas espantosamente corruptas e inmorales; vecinos paganos con estándares éticos totalmente distintos. En los años venideros, en innumerables ocasiones, los israelitas se alejarían de la Palabra de Dios, permitiendo que unas voces nuevas y atrayentes les desviasen de sus elevados valores espirituales y morales. De una forma fácil e imperceptible, el mundo pagano en torno a ellos podía empezar a volverles tan materialistas e inmorales como cualquier otra nación del Oriente Próximo, y todo porque habrían perdido su amor por un Dios amante y fiel. Siglos más tarde, Juan advertía a sus amigos en las iglesias sobre un peligro idéntico, y les recordaba las pautas exclusivas del amor de Dios: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama el mundo, el amor del Padre no está en él».

El problema no está limitado a la historia de la Israel antigua, ni a la Iglesia del primer siglo. Los peligros están aún más presentes en la sociedad contemporánea. En la mayoría de países del mundo, los cristianos están en franca minoría. Retados constantemente por un entorno ajeno a ellos, a los creyentes no siempre les resulta fácil mantener un testimonio constante. Aun en países donde existen muchos cristianos nominales, los estándares cada vez son más bajos, año tras año. Por ejemplo, en la Gran Bretaña actual, sólo un 10% de la población asiste a la iglesia; a mediados del siglo XIX era el 40%.

Hay informes fiables sobre las tendencias sociales que nos hablan de poblaciones carcelarias sin precedentes; aumenta el número de hijos de madre soltera; hay más

aborts y más divorcios; las drogas cada vez son un problema mayor; se ha producido un aumento del alcoholismo, sobre todo entre adolescentes. El número de adolescentes embarazadas en Inglaterra es, en proporción, superior al de cualquier otro país europeo. No es de extrañar que, en este entorno, el número de nacimientos ilegítimos se haya triplicado desde 1961, y ahora, uno de cada cuatro bebés nace sin contar con el amor y la seguridad que proporcionan unos padres casados.

Aquellos que claman pidiendo unos estándares morales elevados son tachados de aguafiestas anticuados o beatos victorianos. La conducta convencional está obsoleta, y es irrelevante para las personas «liberadas». En este tipo de sociedad, sería muy extraño que la Iglesia cristiana no recibiera algún golpe. La ruptura matrimonial es hoy día uno de los problemas más frecuentes a los que se enfrentan los consejeros cristianos. Sin embargo, los cristianos, por su nombre y su naturaleza, son llamados a ser distintos. Son el pueblo santo de Dios, a quienes se ha confiado una misión para con sus contemporáneos. Esto exige un estilo de vida radicalmente distintivo y coherente, aparte de un testimonio comunicativo valiente.

El *Dios fiel* de Israel prometió guardar su pacto de amor con aquellos que *le amasen y guardaran sus mandamientos* (9). Quienes aman a Dios son fieles a su Palabra. El amor y la fidelidad son compañeros inseparables; se complementan mutuamente. El amor sin lealtad es una mera emoción religiosa. La fidelidad sin amor es un legalismo frío, antibíblico. Jesús, al igual que Moisés, vinculaba ambas cualidades: «Si me amáis, guardad mis mandamientos». Luego recordó a sus discípulos su propio ejemplo sobre este asunto. Cuando relacionó el amor con la obediencia, les exhortaba a hacer lo que siempre hacía Él mismo: «Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor».

d. Sus recursos

Estos versículos (12–16) describen la provisión generosa de Dios para su pueblo amante y obediente. El orden de los «acontecimientos» es importante: Dios toma la iniciativa en amar, elegir y salvar a su pueblo (6–8), todo ello sin mérito alguno por parte de éste. Se compromete con ellos y espera que ellos reaccionen amándole y guardando el pacto que ha establecido con ellos (9). Luego les promete que, si lo hacen, Él suplirá todas sus necesidades futuras.

Sin embargo, esto requería fe por parte de ellos. El periodo del de - sierto había sido difícil, pero, al cabo de 38 años habían acabado acostumbrándose. El entorno era familiar, las circunstancias predecibles, y su sustento estaba garantizado. Hubiera sido extraño que, a punto de iniciar esta nueva experiencia, no hubieran sentido temor (17, 21). Aquí, Dios prevé, en su amor, las preocupaciones del pueblo, y les habla directamente sobre el bienestar de sus familias, la provisión material, la estabilidad económica y la salud física (13–15). El Señor sabía todas estas cosas y, en su bondad misericordiosa, calma sus angustias prometiéndoles una provisión constante. Dios es así. Siempre se adelanta a su pueblo, calmando sus temores mediante sus promesas. Egipto era un país extranjero, y ellos recordaban cómo, de niños, se habían visto

atormentados por innumerables enfermedades (15). ¿Qué pasaría si en la nueva tierra sucedía lo mismo que en aquella de la que salieron? A punto de entrar en Canaán, al pueblo podían asaltarle incontables temores: «Quizá tengamos descendencia», o «quizá sintamos hambre», o «¿qué pasa si enfermamos?». Moisés responde a sus «¿y si...?» temerosos con un confiado «Él hará». Les asegura que, si aman a Dios y guardan su Palabra, *él guardará su pacto... les amará... bendecirá... y aumentará*, alimentándoles y protegiéndoles (12–15). Sin embargo, ellos deben guardar su parte del pacto: que no haya otros dioses.

Tristemente, la atracción de las deidades rivales resultó ser demasiado fuerte para muchos de ellos. Aquel *tropiezo* (16) iba a retenerles en su cruel trampa en unos momentos en que podrían haber disfrutado de su libertad prometida, y de las inmensas bendiciones materiales de Dios. Como amaron a otros dioses y desobedecieron al único Dios verdadero, cambiaron la esclavitud egipcia por la esclavitud cananea, filistea, asiria o babilonia... ¡y era algo tan innecesario! Habían escuchado la advertencia, pero no le hicieron caso. Por eso la exhortación a «recordar» aparece todo a lo largo de estos capítulos tan cruciales. Éste es un verbo que tiene que resonar en nuestros oídos sordos tanto como en los de ellos.

3. Un pueblo firme y estable (7:17–26)

Estos versículos nos presentan un relato combinado del temor humano y la confianza divina. Ya hemos visto que Dios previó los temores de su pueblo acerca de la entrada en la nueva tierra. Sabía qué sentían, esa sensación paralizante de incapacidad, ese saberse inferiores en número a las naciones con las que iban a enfrentarse (17). Él les aseguró su provisión abundante para el futuro, pero hacía falta algo más. Aquí, a ese pueblo que por naturaleza dudaba de todo, se le dice repetidas veces que *no deben temerles* (18), que no *teman* (19) ni *desmayen* delante de los enemigos (21). Se les exhorta, una vez más, a *recordar* (18) algunas verdades clave. El temor es el fruto del olvido. En concreto, hemos de recordar cómo actúa Dios, dónde está y qué dice.

a. Cómo actúa Dios

Primero deben recordar cómo Dios les libró en el pasado: *No tengas temor de ellas; acuérdate bien de lo que hizo Jehová tu Dios con Faraón y con todo Egipto* (18). Dado que se sentían angustiados, como es lógico, a causa de sus recursos limitados, Dios les invita a mirar atrás en la historia para recordar que Jehová es un Dios salvador. Sacarles de Egipto era una misión que no podía cumplir un ser humano, pero sus ojos vieron (19) lo que hizo Dios por ellos cuando eran totalmente incapaces de luchar solos, aquellas *grandes pruebas* y plagas que asolaron a sus enemigos; *las señales y milagros*, que demostraron el poder de Dios; la liberación en el Mar Rojo, cuando la *mano poderosa* y el *brazo extendido* de Dios les garantizaron una salvación única (19). Cuando los creyentes sientan temor al ver el camino que tienen por delante, deberían reflexionar sobre la maravilla de su redención. También nosotros éramos esclavos del pecado y de

nosotros mismos, pero hemos sido libertados milagrosamente, y Dios lo ha hecho todo. Nada se debió a nuestros irrisorios esfuerzos morales ni a nuestro intenso celo religioso. El Padre que envió a su Hijo para salvar a los pecadores indefensos no olvidará a sus hijos sometidos a constantes necesidades.

También deben creer que seguirá salvándoles. Su salvación única es mucho más que un dramático acontecimiento del pasado; es una experiencia presente y continuada. El Señor que les «sacó» (un verbo favorito en los primeros capítulos: 4:20, 37; 5:15; 6:12, 23:7; 7:8, 19; 8:14) sin duda les «hará entrar» (6:10, 23; 7:1; 8:7; 9:28). La experiencia espiritual genuina tiene en cuenta, por naturaleza, las bendiciones anteriores de Dios. Estamos agradecidos por lo que Dios ha hecho por nosotros, pero las victorias pasadas deberían inspirar la confianza presente. *Acordarse bien de lo que hizo Jehová tu Dios* (18) es un preludio convincente de lo que *hará* (19).

Los creyentes deben recordar siempre que su salvación es tridimensional. Somos salvos; estamos siendo salvados; seremos salvos. La epístola a los Hebreos declara la verdad de que Jesús es capaz de seguir salvando a quienes vienen a Dios por medio de Él, y el apóstol Pablo está agradecido por «quienes *se salvan*», la «palabra de la cruz es... poder de Dios». Los creyentes miran atrás, con gratitud, a la muerte de Cristo en el pasado, y confían en su eficacia; han sido salvados del juicio, la paga del pecado. Sin embargo, anhelan sinceramente ser salvos, en el presente, del poder del pecado, y esperan con expectación el futuro, cuando, con el triunfo final de Cristo, serán salvados de la presencia del pecado. Ser salvados del castigo del pecado, del juicio, de la muerte y del infierno es un milagro que no podemos minimizar. Sin embargo, sólo es una parte de la obra general de Dios en la vida de su pueblo. Hoy debemos ser salvos de aquellas cosas que perjudican nuestras vidas y nuestro testimonio: el egoísmo, la codicia, la impaciencia, los celos, el orgullo, el odio. El testimonio del creyente cristiano debe ser siempre no sólo que «Jesús salva», sino que «Jesús me salva ahora».

A aquellos israelitas dubitativos que tenían miedo al futuro se les dice que el Dios que envió *grandes pruebas* (19) a Egipto seguirá obrando maravillas para ellos. Su intervención a su favor no es un milagro aislado en el pasado remoto. Sigue decidido a obrar por ellos, haciendo cosas que por sí solos no podrían conseguir. Cuando sus padres actuaron sin Dios, el enemigo les persiguió «como hacen las avispas» (1:44), pero a los hijos se les dice que, para aquellos que obedecen a Dios, la situación se invertirá. Él enviará *avisvas* (20) por delante de ellos, para expulsar al enemigo. Esto se puede interpretar literalmente (las vastas hordas de insectos con aguijón dificultarían al enemigo concentrarse sólo en la guerra) o metafóricamente (como la referencia a las «avisvas» de antes), es decir, que Dios tiene sus propios medios para aguijonear a los adversarios del pueblo. Algunos estudiosos del Antiguo Testamento han sugerido que aquí la palabra se puede traducir por «pánico», «desánimo» o «depresión»; es una idea que encaja bien con otras referencias en Deuteronomio y en otros pasajes al «temor y espanto» que el Señor instila en los enemigos de Israel (2:25; 11:25). Por el medio que sea, Dios ha prometido conceder la victoria a un pueblo débil pero dependiente.

b. Dónde está Dios

Cuando se sientan amedrentados al pensar en los conflictos futuros, deben recordar que Dios no simplemente actúa por ellos a distancia; está *presente* entre ellos cuando se meten en esa circunstancia amenazadora. A diferencia de los dioses de naciones paganas, su Dios no está alejado de ellos (sentado en alguna morada celestial sin interesarse por lo que pasa en el mundo) ni es fácilmente localizable (limitado físicamente a alguna capilla local o una estatua inerte). Es demasiado majestuoso para que lo entienda plenamente el ser humano, es el *Dios grande y temible*, pero al tiempo es tan compasivo que no quiere dejar a su pueblo solo: *Jehová tu Dios está en medio de ti* (21). No serán meros testigos (19) de su poder; serán conscientes de su presencia. Las primeras promesas sobre lo que *hará* el Señor (12–15) prosiguen en estos versículos: *así hará Jehová tu Dios con todos los pueblos de cuya presencia tú temieres* (19); *enviará Jehová tu Dios avispa sobre ellos* (20); *Jehová tu Dios echará a estas naciones de delante de ti* (22); *Jehová tu Dios las entregará delante de ti* (23); *Él entregará sus reyes en tus manos* (24). Y Dios hará todo esto no sólo como su conquistador victorioso, sino como su compañero fiel: «Emmanuel», «Dios con nosotros».

c. Lo que Dios dijo

La Palabra de Dios para ellos en estos momentos tenía una tremenda importancia. Como portavoz de Dios, Moisés expone al pueblo dos grandes verdades: una promesa que les anima y una advertencia renovada.

Primero, la promesa animadora; el Señor dice que *echará a estas naciones de delante de ti poco a poco* (22). Las promesas reiteradas que hace Dios sobre la victoria futura pueden dar la impresión de que había planeado una liberación dramática que iba a cumplirse de la noche a la mañana. No cabe duda de que el Señor era capaz de hacer algo así, pero optó por otra cosa. Ésta es una distinción importante, que debemos recordar a menudo. A veces nos impacientamos y queremos que Dios actúe de una forma impactante y milagrosa, con una intervención repentina y sobrenatural. Él puede hacer tales cosas, pero sabe que como mejor se cumple la mayoría de sus propósitos es gradualmente. Nos gusta que todo cambie en un instante, y como es natural pedimos una respuesta rápida a nuestras oraciones. Sin embargo, Él sabe lo que es mejor para nosotros, y ve la imagen completa, no ese fragmento pequeñito que puede percibir nuestra visión limitada.

¡Qué estupendo éxito para Dios si hubiera derrotado a los cananeos en un solo día! ¡Qué testimonio irrefutable para las naciones vecinas! En su omnipotencia, Dios podría haberlo hecho, pero, en su sabiduría, el Padre sabía que esto no redundaría en beneficio de sus hijos. Conocía Canaán mejor que ellos, y era consciente de que su pueblo necesitaría algo de tiempo para asentarse en un entorno completamente distinto al que estaban acostumbrados. Tenían que criar a sus hijos, construir sus casas, alimentar a su ganado, trabajar los campos. Mientras se concentraban en estas tareas

esenciales, los animales salvajes podían invadir los territorios recién ocupados. Los cananeos tenían años de experiencia a la hora de contenerlos. Por tanto, era esencial que la conquista fuera gradual, no instantánea.

La promesa del *poco a poco* sigue siendo importante en las vidas de los creyentes. Cuando las experiencias de la vida nos quebrantan y magullan, cuando en ocasiones pensamos que no nos hemos empleado al máximo, soñamos en una salvación radicalmente inmediata que, de una vez y para siempre, nos libere sin esfuerzo. Ojalá pudiéramos perder, en un abrir y cerrar de ojos, ese lastre de nuestra «vieja naturaleza» y, en un solo instante de fe, vernos libres para siempre de toda tentación insidiosa y de los conflictos perpetuos de esta vida. Pero no es así como obra Dios. Él nos promete que seremos librados, pero sólo por medio de la dependencia constante de su Persona. La obra de renovación no se consigue en un momento. Una liberación «definitiva» podría hacernos independientes, orgullosos, inducirnos a no orar más. El proceso de ser transformados «en la misma imagen» del Señor sólo se alcanza cuando contemplamos «la gloria del Señor», y esta contemplación requiere toda una vida. Para aquellos que viven para Cristo, está claro que la transformación tiene lugar, pero *poco a poco*.

Puede que alguno plantee otra pregunta: si no se nos promete que seremos como Cristo de inmediato, ¿por qué no obtenemos resultados automáticos cuando trabajamos para Él? Podemos comprender que los cristianos que han trabajado mucho sin el ánimo que les proporcionaría ver algún fruto evidente deseen, de vez en cuando, palpar un éxito inmediato. Sin embargo, en la mayoría de los casos, la obra se hace *poco a poco*. El mejor maestro del mundo necesitó tres años para instruir a sus hombres y, durante aquel tiempo, hubo muchos desengaños, y uno de aquellos hombres fue un fracaso total. Un discípulo es un «aprendiz», y aprender requiere tiempo. Aun a pesar de su predicación incomparable, Jesús no siempre tuvo éxito, tal y como el mundo entiende este concepto. No todo el mundo respondió a su llamado impecable, e incluso algunos de aquellos que sí lo hicieron no estuvieron siempre a su lado. A menudo el Señor opta por meterse en las circunstancias de la vida de una forma dramática e inesperada, en un momento preciso del tiempo, como lo hizo cuando abordó a aquel adversario fanático, Saulo de Tarso, en el camino a Damasco. Sin embargo, por lo general, obra gradualmente, *poco a poco*. William Carey trabajó siete años en la India antes de ver a su primer convertido. En su campaña contra la esclavitud, Wilberforce leyó, estudió e investigó, una semana tras otra. Se enfrentó a incontables decepciones, pero siguió luchando, buscando apoyo, planificando, orando, preparando con diligencia cientos de sermones y hablando en reuniones siempre que tenía oportunidad; además, siguió haciéndolo año tras año. Fueron necesarios veinte años para garantizar la abolición del tráfico de esclavos y, una vez lo consiguió, empezó de inmediato a presionar reclamando la abolición de la esclavitud en todos los territorios británicos. Otros hombres hubieran renunciado, pero, *poco a poco*, la obra continuó hasta que, el mismo año que murió, su causa obtuvo la victoria.

En segundo lugar, la advertencia renovada: *Las esculturas de sus dioses quemarás en el fuego; no codiciarás plata ni oro de ellas... para que no tropieces en ello, pues es*

abominación a Jehová tu Dios (25–26). Una vez más, Moisés habla a la multitud que aguarda sobre el mismo peligro al acecho. Dios sabe que, como nosotros, tenían miedo a las cosas equivocadas: tenían miedo a meros hombres: *Estas naciones son mucho más numerosas que yo; ¿cómo las podré exterminar?* (17). Debían entrar en Canaán con dos temores distintos: el temor a amar a otros dioses y el temor a ofender al suyo. Dios *aborrece* las imágenes de talla, de modo que el pueblo no debe tener nada que ver con ellas. Son el pueblo del pacto, y esas obras inútiles y perjudiciales le apartarán del amor que realmente importa. Quienes se aferran a un ídolo pierden todo lo que tiene valor eterno.

Para algunos, los ornamentos de oro y plata que embellecían a los dioses cananeos podrían ser una trampa destructiva (25). No es que quisieran especialmente quedarse con el ídolo, pero está claro que no les apetecía perder el dinero. En aquel momento, el dinero importaba más que Dios. El materialismo sigue siendo una trampa. La gente quiere cosas; éste es un apetito enfermizo que nunca se puede satisfacer. Pablo lo sabía, y advirtió al joven Timoteo sobre el potencial destructivo del materialismo:

Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo... porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas.

Quienes sólo pretenden tener mucho dinero acaban teniendo sólo eso.

Deuteronomio 8:1–20

9. LA PALABRA DE DIOS PARA UN TIEMPO DE CAMBIOS

En los capítulos anteriores hemos visto que «recordar» es una idea clave en Deuteronomio. Como buen maestro, Moisés vuelve a menudo al tema para dejar clara la enseñanza. Para su congregación, los años en el desierto no habían sido fáciles, pero él sabía que una vez el pueblo entrase en la tierra estaría expuesto a una serie de riesgos totalmente distintos. La vida en Canaán les enfrentaría a la tentación de la desobediencia (11, 20), el materialismo (12–13), el olvido (14–16), el orgullo (17–18) y la idolatría (19–20). El futuro contenía promesas brillantes, pero no estaba exento de peligros.

En el desierto habían sido probados, pero durante aquellos días oscuros los mejores entre ellos se aferraron a la promesa de un futuro feliz, de una tierra que fluía con los dones de la generosidad inmutable de Dios. Sin embargo, la vida no es todo «leche y miel». Uno de los aspectos más impactantes de la Biblia es su realismo. La Biblia no

propaga la idea de que la vida es una cadena de bendiciones. A menudo en ella se producen cambios, y las nuevas experiencias no siempre son buenas. A lo largo de los años, aquellos peregrinos hebreos habían escuchado de labios de Moisés rutilantes descripciones sobre la tierra de abundancia que tenían delante, pero también les dejó claro que esa historia futura tenía otras facetas. Iban a entrar en una tierra con nuevas tentaciones, tan famosa por su religión corrupta e inmoral como por sus arroyos y abundantes cosechas. Una vez poseyeran ese territorio desconocido, los prósperos israelitas correrían el grave peligro de olvidar la corrección del Señor (1–6), su provisión (7–18) y sus mandamientos (19–20). Estos temas se entretajan en esos versículos en los que el siervo de Dios prepara a la congregación para la vida en un entorno nuevo.

A menudo la vida conlleva cambios importantes y nuevos reajustes. La sociedad contemporánea se mueve mucho; pocas cosas permanecen quietas mucho tiempo. Tras la escuela llega el trabajo o la educación superior, tras la cual viene un empleo a tiempo completo. Todas estas fases conllevan cambios e interrupciones en nuestra rutina. Para la mayoría de personas, un nuevo trabajo supone tener que acostumbrarse a un entorno vital totalmente nuevo, durante buena parte del día. Un nuevo puesto de trabajo a menudo conlleva mudarse a una zona desconocida del país; los amigos íntimos quedan lejos, la iglesia local ya no está a mano, y la asistencia a la familia ha debido adoptar un patrón diferente. Por supuesto, ninguna de estas relaciones queda cortada del todo, pero ya no están próximas y disponibles de aquella manera que nos gustaba tanto. Los despidos obligatorios han supuesto que muchos hombres y mujeres, de repente, se vean desarraigados del trabajo que mejor conocen. Muchos tienen que prepararse para desempeñar nuevos empleos, lo cual aparte de ser un cambio vocacional a menudo supone un traslado geográfico. Otros tienen que enfrentarse a periodos de desempleo, con todos los penosos reajustes que éstos traen consigo. Este capítulo tiene cosas importantes que decir a personas que pasan por una fase de cambios. En tales circunstancias, el olvido es un peligro grave. Cuando nos enfrentamos a experiencias nuevas, posiblemente desagradables, hemos de asegurarnos de no *olvidar al Señor* nuestro Dios (11, 14). En esos momentos, los creyentes debemos *recordar* (2, 18) la enseñanza paternal de Dios (1–6), su generosidad inmerecida (7–16) y sus exigencias soberanas (17–20). Este capítulo nos invita a evaluar su disciplina, reconocer su bondad y obedecer sus órdenes.

1. La enseñanza paternal de Dios (8:1–6)

La vida es un aprendizaje constante. Cuando miran al futuro incierto, a los israelitas se les invita a recordar el pasado. Si piensan en el modo en que Dios les ha ayudado a pasar experiencias difíciles en años pasados, es posible que no les atemorice el camino que tienen por delante. Un predicador puritano, Stephen Charnock, recordaba a sus amigos que padecían una feroz persecución a finales del siglo XVII que «si recordásemos sus bondades anteriores no seríamos tan propensos a dudar de... su cuidado futuro». Moisés dice al pueblo hebreo que aquellos *cuarenta años* en el

desierto habían sido difíciles, pero no un desperdicio. La desobediencia apartó a toda una generación de aquella tierra de la que podrían haber disfrutado, pero a pesar de ello Dios había estado a su lado. Cuando el mundo le entristece, Dios no lo abandona del todo. Si los rebeldes huyen de su presencia, Él les sigue con amor, como nos recordaba Bunyan, «con el perdón en su mano». El pueblo de Dios miraba hacia delante, hacia una tierra rica y próspera, pero no debía olvidar que Dios también fue bueno con ellos en el desierto estéril. Allí habían aprendido lecciones que la prosperidad nunca les enseñaría. Durante aquellos años de desierto, Él había sido como un padre compasivo que, de vez en cuando, tiene que disciplinar a sus hijos por su propio bien (5). Hay lecciones que sólo se aprenden en medio de los problemas.

Una de las cosas más importantes que hemos de aprender es de qué va la vida. Dios desea que su pueblo disfrute de ella. Ya hemos visto que la expresión *para que vivas* aparece por todo el libro, incluyendo este capítulo (1). Pero aquellos nómadas del desierto tenían que aprender que la «vida» consistía en más que comer y beber. Cuando sintieron hambre en el desierto, clamaron a Dios y Él les dio el *maná* (3) como un don, para satisfacer sus necesidades cotidianas. Sin él, hubieran muerto físicamente, pero si se les hubiera negado un alimento más importante, hubiesen muerto espiritualmente. El maná sustentaría sus cuerpos terrenales, pero nada más. Era un pueblo espiritual, con la capacidad de recibir el alimento más necesario de todos, la Palabra de Dios. Para «vivir» de verdad tendrían que responder a esa Palabra con obediencia. Dios les habló en el desierto, y esto fue lo que les mantuvo «vivos» de verdad. Por medio de su Palabra, les expuso unas realidades espirituales grandes e inmutables, esenciales tanto para esta vida como para la eternidad. Comer y beber no es otra cosa que existir; sólo cuando los hombres y las mujeres reciben y obedecen la verdad de Dios pueden «vivir» realmente como Dios lo quiso: unas vidas que les proporcionen una satisfacción perdurable y una seguridad eterna. Para que seamos conscientes de la prioridad de los valores espirituales sobre los materiales, a veces Dios «retiene» necesidades físicas para recordarnos que los primeros son más importantes que los segundos.

Este pasaje de Deuteronomio era muy conocido entre todos los judíos devotos, y el Señor Jesús debió conocerlo de memoria. La vida no fue fácil para Él. Justo después de su notable experiencia con el Espíritu Santo y antes del comienzo de su ministerio público, el Espíritu le condujo al desierto. Allí pasó por intensas pruebas. Al cabo de cuarenta días (sin duda un recordatorio de los *cuarenta años* en este pasaje), sin haber tomado alimento alguno, sintió mucha hambre. El diablo invitó a Jesús a que hiciera un milagro. ¿Por qué no convertir aquellas piedras de color tostado, tan propias del desierto de Judea, en panes recién hechos que satisficieran de inmediato su apetito? Si lo hacía, demostraría que era el Hijo de Dios, tal y como había declarado durante su bautismo la voz celestial. Satanás no sólo invitó a Jesús a transformar piedras en panes; la cuestión era mucho más profunda. El diablo le enfrentó a la tentación de poner en duda la Palabra de Dios: «Si eres el Hijo de Dios». Recordaba la primera tentación en el Edén: «¿Así que Dios os dijo...?».⁴ Jesús sabía que la voz del cielo en el momento de su bautismo era totalmente sincera y digna de confianza. Había conocido desde su

juventud aquella relación única con el Padre, y la voz del cielo la confirmó. Era el Hijo de Dios y, si lo era, entonces ciertamente podría confiar en su Padre. Con aquella sugerencia aparentemente inocente de que Jesús convirtiese las piedras en pan, el diablo le invitaba a dudar de la Palabra de Dios y de su naturaleza.

Jesús rehusó dudar de la Palabra de Dios. Dios había dicho, claramente y sin asomo de duda: «Tú eres mi Hijo, a quien amo». Jesús sabía que así era, y no quería hacer nada que pudiera sugerir que aquella afirmación necesitaba algún apoyo adicional o una evidencia visible. No había ninguna necesidad de demostrarla. Si Dios lo había dicho, eso bastaba.

Además, Jesús rehusó dudar de la naturaleza de Dios. Si Él se había referido a Jesús como «su Hijo amado», entonces sin duda Dios era su Padre amante. Teniendo el destino del ministerio y sacrificio que había preparado para su Hijo, Dios no le hubiera permitido morir en el desierto. Cuando tuvo hambre, Jesús confió en que su Padre le proveyese de alimento, pero, si no lo hacía, tampoco iba a aceptar las sugerencias del diablo.

Dios cuidó de su Hijo como había alimentado (3) y vestido (4) a su pueblo en el desierto, unos siglos antes. Sin embargo, a veces les hacía pasar por experiencias adversas, para que entendieran cuánto le necesitaban. Cuando Jesús tuvo hambre en el desierto de Judea, citó estas palabras familiares de Deuteronomio. Respondió a la sugerencia del diablo de que dudase de la Palabra de Dios citando esa misma Palabra que el enemigo rechazaba: *no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre* (3).

Dios sigue disciplinando a sus hijos. A veces nos hace pasar por experiencias difíciles, chocantes, incluso amargas, para demostrar que dependemos de Él. Esos momentos pueden ser útiles para fortalecer nuestra fe, decidir nuestras prioridades, enriquecer nuestro testimonio y aumentar nuestra utilidad para servir a otros. Cuando nos enfrentemos a circunstancias nuevas o adversas, debemos recordar que es posible que esos momentos no sean tan amenazantes o destructivos como a menudo nos parecen a primera vista. Bien puede ser que el Señor esté usando esos acontecimientos para «disciplinarnos», para demostrarnos hasta qué punto hemos estado dependiendo de nuestros propios recursos, o cómo nos hemos olvidado de orar, o cómo hemos permitido que nuestras vidas las marquen unos valores materialistas, o muchas otras cosas. Los momentos de prueba sirven para aprender. Escribiendo en 1943 desde su celda, Dietrich Bonhoeffer dijo: «Por mucho que deseo salir de aquí, no creo que haya desperdiciado ni un solo día... Algo bueno saldrá de esta experiencia... Saldremos de ella muy fortalecidos».

Aquí Moisés dice al pueblo que durante los periodos de prueba o de disciplina correctiva hemos de acordarnos de hacer tres cosas: *Guardarás, pues, los mandamientos de Jehová tu Dios, andando en sus caminos, y temiéndole* (6). Durante las experiencias oscuras e incomprensibles de la vida hemos de obedecer la palabra (*observar*), vivir (*caminar*) de un modo que complazca a Dios, y mostrar nuestra reverencia hacia Él. En tales circunstancias no nos quejaremos ni murmuraremos, sino que le temeremos, admitiendo su soberanía y que sólo Él es Dios, con todo el derecho a

controlar todos los aspectos de nuestra vida.

2. La generosidad inmerecida de Dios (8:7–16)

Aquí se nos expone el tema del «cambio» con unas atractivas palabras pictóricas que establecen unos contrastes deliberadamente atrevidos. El *desierto* estéril (2) del pasado se contrasta con la *buena tierra* (7) del futuro; los *cuarenta años* de nomadismo constante (2) con los años de asentamiento en la seguridad de Canaán; sus tiendas móviles con las *buenas casas* (12) de la tierra que les aguarda; la existencia temporal con la permanente. El *hambre* (3) del desierto da paso al *pan sin escasez* (9), pero, tristemente, los años en que fueron *afligidos* (3) llevan a otros años en que son orgullosos (17). Moisés se cuida de mencionar ahora dos peligros graves propios de los momentos de cambio: el olvido de las misericordias de Dios pasadas y la ignorancia de su amor constante.

El pueblo olvida las misericordias pasadas de Dios. En los cuarenta años que habían transcurrido Él había les redimido (*te sacó de tierra de Egipto*, 14), guiado (*te hizo caminar por un desierto grande y espantoso*, 15), protegido (*lleno de serpientes ardientes, y de escorpiones*, 15) y sustentado (*te sacó agua de la roca... te sustentó con maná*, 15–16). Aun los momentos de adversidad habían estado cuidadosamente diseñados, para *a la postre hacerte bien* (16). Aquellas décadas terribles en el desierto tuvieron el efecto beneficioso de humillarles (2–3), probarles (2, 16) y enseñarles (*para hacerte saber... reconoce*, 3, 5). Pero las experiencias constantemente reiteradas de las bendiciones pasadas de Dios se habían borrado de sus memorias. Cuando nos preocupamos por el presente, es fácil que olvidemos las misericordias del pasado.

El pueblo ignora los favores constantes de Dios. El Señor sabe que, una vez se asienten en una tierra fructífera, la prosperidad les arrebatará rápidamente la dependencia que tenían de Él. Durante aquellos largos años en el desierto, tenían que descansar en Dios. Las circunstancias se lo exigían; no había nadie más a quien pudieran recurrir. Se menciona sobre todo la recolección diaria del maná (3). Quizá más que cualquier otro suceso, éste llamaba la atención sobre la completa dependencia del pueblo. Aquella actividad matutina y regular de recoger el maná no daba la oportunidad a los israelitas de jactarse de nada. Él daba y ellos tomaban, simple y llanamente. Sin embargo, una vez se instalaran en Canaán, el contraste sería muy grande, y la tentación también. El desierto, aquella arenosa extensión barrida por el viento, sería cosa del pasado. Ahora podrían disfrutar de la *buena tierra* (10) que les rodeaba, con sus características tan atractivas (*arroyos, aguas, fuentes, manantiales, montes*), una rica producción agrícola (*trigo, cebada*), huertos abundantes (*viñas, higueras, granados, olivos*) y recursos útiles (*tierra cuyas piedras son hierro, y de cuyos montes sacarás cobre*).

El propósito de Dios era que ellos disfrutaran estas bendiciones reconociendo su bondad; ellos hicieron lo primero sin lo segundo. En lugar de recordar, olvidaron (11, 14). La prosperidad condujo a la más flagrante ingratitud. El Señor pretendía que

hicieran tres cosas: disfrutar de sus beneficios (*comas y te sacies*), presentarle su alabanza (*bendecirás a Jehová tu Dios*) y reconocer su generosidad (*que te habrá dado*, 10). Sin embargo, en lugar de esto, ellos le olvidaron (10, 14), desobedecieron sus mandamientos (11) y se volvieron arrogantes, autosuficientes y orgullosos (14), aun en la presencia de un Dios tan generoso. Una vez empezaron a no agradecer esta bondad, no les costó mucho desobedecer su palabra (11).

3. Las demandas soberanas de Dios (8:17–20)

Una vez la prosperidad abundante se convirtió en un rasgo establecido de la vida en la tierra, aparecieron otros dos peligros que perjudicarían gravemente sus vidas espirituales: el orgullo y la idolatría. Cuando se enriquecieron, se exaltaron a sí mismos (17–18) e insultaron a su Dios (19–20). Cometieron dos robos flagrantes: robaron a Dios la gloria debida a su nombre (*él te da el poder*, 18) y su derecho exclusivo a poseer sus vidas. Siguió a *otros dioses* y les adoraron (19).

Primero imaginaron, en su necedad, que toda aquella prosperidad se debía a sus propios esfuerzos: *Y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza*, 17). La glorificación de uno mismo es una transgresión siniestra. Nos hace creer que todo lo que tenemos es fruto de nuestro esfuerzo. Nos incita a olvidar que, sin el aliento que Dios da, la motivación que inspira, la inteligencia que proporciona, la fuerza que imparte, la perseverancia que fomenta, nada de eso sería posible. Él no dio a su pueblo estas hermosas cualidades para alimentar su orgullo, sino porque estaba decidido a honrar su palabra, *a fin de confirmar su pacto que juró a tus padres* (18). Podían fiarse de que Él cumpliría su palabra, pero ellos no guardaron la suya. En el pacto acordaron no adorar a otros dioses, pero, olvidando las palabras de Dios, incumplieron su promesa.

Una vez no se admite que Dios es el supremo dador, generoso, sólo hay que dar un paso más para buscar en otra parte el origen de los bienes y las bendiciones de la vida. El pueblo cananeo estaba profundamente convencido de que las ricas cosechas de su tierra eran un don especial de Baal, el dios de la agricultura por excelencia. Él daba las lluvias que regaban la tierra. La advertencia del Señor a su pueblo era necesaria. Durante los largos años venideros, *anduvieron en pos de dioses ajenos y les sirvieron y se inclinaron a ellos* (19). Aquí Dios les advierte de que, si empiezan a seguir a los ídolos, perecerán. El cumplimiento de esta amenaza se convirtió en una triste realidad en su historia posterior. Aquella tierra que se extendía ante ellos les sería arrebatada un día. Soportaron la amarga experiencia del exilio babilónico por *no atender a la voz de Jehová su Dios* (20).

Dios es soberano y, para nuestro beneficio y también para su gloria, no permitirá que otro ocupe su lugar. Es un Dios «celoso» (5:9), que no puede tener rivales. En la sociedad de finales del siglo XX, estos dos peligros (el orgullo y la idolatría) son especialmente prominentes. La humanidad se exalta y destrona a Dios. A veces, por su misericordia, el Señor puede hacer que un hombre o mujer orgulloso se *humille* (2, 3),

enseñándoles que la vida consiste en algo más que los bienes materiales, los logros intelectuales y la ambición vocacional. Lo más grande de esta vida no es confiar en *una tierra en la cual no comerás el pan con escasez* (9), sino admitir que *no sólo de pan vivirá el hombre*. El único alimento que permanece es la provisión eterna de la Palabra inmutable de Dios, lo que *sale de la boca de Dios* (3). Aquellos que obedecen (20) esa Palabra vivirán para siempre.

En este capítulo, el pueblo de Dios se enfrenta con el inevitable cambio de circunstancias de Canaán. En aquel momento deben recordar que Dios es un maestro al que deben escuchar (1–3), un padre a quien obedecer (5–6), un dador a quien dar las gracias (10), un libertador a quien recordar (14–16), y un soberano a quien honrar (19–20). Aquellos que reconozcan a ese Dios generoso y atento nunca darán por hecho sus bendiciones, y nunca buscarán en otro lugar (la idolatría) una respuesta a sus necesidades más profundas. Sin embargo, preocupados por su nueva situación, los israelitas olvidaron lo que había hecho Dios (2–4, 14–15), lo que les había dado (3, 7–10, 16, 18) y dicho (1, 3, 6, 11, 18–20). Su historia posterior es una saga de constantes olvidos y correcciones necesarias. Sin embargo, otro pasaje de este mismo libro (10:10) deja claro que aquellos sucesos tristes, de deslealtad espiritual, son también testimonio de la misericordia inmerecida del Señor. Él no nos trata conforme merecemos: «el Señor me escuchó también esta vez. No era su voluntad destruirnos».

Deuteronomio 9:1–29

10. CUANDO LOS REBELDES SON PERDONADOS

En el capítulo anterior, el principal pecado del pueblo israelita fue una grave pasividad: el olvido; aquí el problema es activo: la rebelión. En este momento, al pueblo se le recuerda el Dios invencible (1–5), los peregrinos rebeldes (6–24) y el intercesor dependiente (25–29).

1. El Dios invencible (9:1–5)

El Señor había previsto lo que diría el pueblo hebreo una vez tomara posesión de la tierra. Afirmarían que la dramática victoria y la prosperidad derivada de ella se debían totalmente a sus agotadores esfuerzos: «Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza» (8:17). A la luz de esta afirmación falsa del poder israelita, el Señor enfatiza deliberadamente la debilidad del pueblo. Quienes son fuertes son los cananeos, no los israelitas. Las palabras *mayores y más poderosas* (7:1) se usan para describir a las siete *naciones* de Canaán, sus grandes *ciudades* fortificadas y sus *pueblos*

individuales. Los invasores israelitas no habían sido elegidos por su fuerza superior, sino por su evidente flaqueza (7:7). A los hebreos, potencialmente orgullosos y arrogantes, se les dice lo pequeños e insignificantes que son. Los *hijos de Anac* eran hombres de muy elevada estatura. Físicamente podían mirar por encima de la cabeza a aquellos diminutos israelitas que habían osado penetrar en su país, de quien podían burlarse con impunidad. ¿Cómo podía conquistar aquella tierra una multitud de nómadas del desierto carentes de técnicas bélicas?

El secreto de la conquista eficaz no radicaba ciertamente en la jactancia autosuficiente de Israel. El milagro de la victoria sólo se obtendría si confesaban su debilidad, admitían la grandeza de Dios y expresaban su dependencia de Él. El verdadero poder del ejército invasor no estaría en su fuerza prodigiosa, sino en sus recursos divinos. El Señor les respaldaba, y aquel era el secreto. Para fortalecer sus espíritus cuando se embarcasen en aquella experiencia totalmente nueva, Moisés aseguró al pueblo que Dios estaba en medio de ellos cuando cruzaron el Jordán (1). A los soldados se les presentan cuatro imágenes de Dios antes de que prosigan su camino. Él no sólo está con ellos; ya ha ido por delante como su avanzadilla (*el que pasa delante de ti*, 3), el guerrero conquistador (*como fuego consumidor*), el Señor digno de confianza (*los destruirá... como Jehová te ha dicho... para confirmar la palabra que Jehová juró a tus padres*, 3, 5), y el juez justo (*por la impiedad de estas naciones Jehová las arroja de delante de ti*, 4). Su victoria se fundamenta en la intervención de Dios, no en sus propias fuerzas; las conquistas serán fruto del poder de Dios, no del suyo.

Sin embargo, el Señor sabe que una vez haya derrotado a sus enemigos, el pueblo israelita reclamará la gloria para sí. Algunos de ellos argumentarán que, si la victoria no se debió a su pericia bélica, entonces fue el resultado de su excelencia moral. Ciertamente, dirían, Dios era el vencedor, pero la conquista debía entenderse como un premio bien merecido, una admisión pública de la santidad del pueblo, su obediencia y sus buenas obras: *Por mi justicia me ha traído Jehová a poseer esta tierra* (4).

Están de acuerdo en que la conquista no es un logro humano, de modo que insisten en que debe tratarse de una recompensa divina. Éste es un tremendo error. Les resulta imposible admitir que se trata de un regalo totalmente inmerecido, motivado por la generosidad, sobre la base de la promesa fiable que hizo Dios a *Abraham, Isaac y Jacob* (5). Esta tendencia humana, universal, a ganarnos nuestra propia salvación, es la razón de que tantas personas no pongan su confianza en Cristo. Si pudieran ganarse un lugar en el cielo de Dios por medio de su propia *justicia* o *rectitud* (5), lo harían y preferirían ese camino. No pueden renunciar a su confianza en los esfuerzos humanos. El camino hacia el juicio eterno está sembrado de trágicos monumentos a la salvación que el ser humano desea obtener por sí mismo: «unas cuantas buenas obras más, unas cuantas oraciones, unas cuantas peregrinaciones, y todo saldrá bien». Aquellos que aceptan el *don* de Dios de una nueva vida en Cristo admiten que no pueden hacer absolutamente nada para obtener la salvación. Cristo lo ha hecho todo. Se ha dicho que la única contribución que podemos hacer a nuestra salvación es el pecado que la hizo necesaria. Augustus Toplady lo expresó a la perfección en su famoso himno:

Roca de la eternidad, fuiste abierta para mí;
Sé mi escondedero fiel, solo encuentro paz en ti;
Rico limpio manantial, en el cual lavado fui.

Dios tenía que *dar* la tierra de Canaán al pueblo hebreo porque se lo había *prometido* a los patriarcas, y porque *juzgaba* a las naciones malvadas que la habían ocupado antes. Por consiguiente, la ocupación israelita del territorio era una muestra de la generosidad misericordiosa de Dios, una expresión de su juicio justo y del cumplimiento de su promesa verdadera. No tenía nada que ver con el trabajo humano.

2. Los peregrinos rebeldes

Moisés dejó claro que la tierra no era una recompensa por la buena conducta, explicando que, lejos de ser justos, los israelitas habían sido reiteradamente rebeldes. Si piensan aunque sólo sea por un momento que merecen un don tan generoso, es hora de que se lo replanteen. Si realmente creen que Canaán es el premio especial de Dios a su conducta virtuosa, es que viven en un mundo de cuento de hadas, que halaga su orgullo. Para dejar bien clara la idea, se incita al pueblo a verse como es de verdad, no como imaginan que es. Moisés ilustra el hecho de la injusticia israelita de dos maneras: primero ofrece una descripción general y luego cita algunos ejemplos históricos.

Primero, sabiendo el error del autoengaño de que eran objeto, Moisés describe al pueblo tal y como Dios lo ve. Demuestra que Dios concede aquella tierra no a una nación justa, sino a un pueblo arrogante (4), obstinado (6, 13, 27), rebelde (7, 23–24), provocador (8, 18), corrupto (12), idólatra (12, 16), pecador (16), malvado (18), incrédulo (23), desobediente (23) y perverso (27); son once características que no definen ni por asomo a una comunidad «justa».

Por si tales generalizaciones no resultasen aceptables, Moisés pasa a citar algunos ejemplos concretos de la conducta impía de la nación. Recuerda lugares reales, localizables perfectamente en la ruta de los peregrinos, como el escenario de la reiterada desobediencia israelita. No fueron momentos aislados en que se dio un comportamiento decepcionante dentro de una relación que, por lo demás, fuera armoniosa. El desafío arrogante caracterizó el principio de su viaje y se prolongó a lo largo de las décadas: *Desde el día que saliste de la tierra de Egipto, hasta que entrasteis en este lugar, habéis sido rebeldes a Jehová* (7). Se les recuerda cinco actos rebeldes específicos.

En Horeb (8), cuando Moisés estaba en la cima del monte y Dios confirmaba el pacto con su pueblo, éste fabricó el becerro de oro. Fue un acto de desobediencia flagrante, la creación de un ídolo (que Dios les había prohibido estrictamente) justo en el momento en que el Señor declaraba su amor por el pueblo. Qué duda cabe que ésa fue una de las ocasiones en que el pueblo tuvo que amarle con mayor lealtad y adoración. Fue como una esposa joven a quien le gusta flirtear, que siempre está prestando atención a otros hombres, aun pocos días después de su boda. Al bajar de la montaña,

Moisés vio que habían transgredido el mandamiento sobre la idolatría. Además, su propio hermano, Aarón, fue el cabecilla de la rebelión, diciendo que la imagen que acababa de fabricar era la del dios que les había sacado de la esclavitud de Egipto. Cuando Moisés vio el ídolo, arrojó al suelo las tablas (17) en las que estaba escrita la ley, no movido por la ira, sino por la pena. El pueblo había roto el acuerdo, y el siervo de Dios rompió las tablas. Fue un acto simbólico parecido a los de los profetas israelitas posteriores. Fue una señal pública y visible de la lamentable infidelidad del pueblo.

Sin embargo, la desobediencia en *Horeb* sólo fue el principio de los problemas. En *Tabera* (22), los rebeldes se quejaron de sus dificultades. En *Masah* (22) le pusieron pegas a Moisés hasta el punto de que éste temió por su vida. Desearon no haber salido nunca de Egipto, y dudaron de la presencia de Dios entre ellos. *Kibrot-hataava* (22) fue el lugar donde se acordaron con nostalgia de la rica variedad de los alimentos egipcios. Contrastaron su abundante cantidad de pescados y hortalizas con su monótona dieta a base de maná. Deseando comer carne, volvieron a murmurar. En *Masah*, Moisés se preocupó porque el pueblo le matase;⁶ en *Kibrot-hataava*, deseó morir.

Cuando estaban a un tiro de piedra de la Tierra Prometida, *Cades-Barnea* (23–24) se convirtió en otro escenario de su rebelión, incredulidad y desobediencia. Allí los rebeldes pagaron el precio más alto por la insurrección constante. Se les mantuvo alejados de la tierra, en el desierto, hasta que, treinta y ocho años después, todos los rebeldes habían muerto. La revuelta de *Cades* fue la peor de todas. Dios les había asegurado repetidas veces que la tierra era de ellos, y les había ordenado poseerla. No obstante, ellos rechazaron esa promesa (*no le creísteis*) y los mandamientos (*ni obedecisteis a su voz*, 23). Esto no era un proceder digno para un pueblo que afirmaba destacar entre otros por su moral.

Este realismo claro es uno de los rasgos más atractivos de la enseñanza bíblica. Las Escrituras no pierden el tiempo halagando a un puñado de favoritos. El pecado es siempre pecado, da igual quién lo cometa. Aunque los israelitas eran su «pueblo escogido», el Señor no pasaba por alto sus iniquidades. Su elección fue un ejemplo de Su gracia, no una recompensa por sus obras. Los cristianos también son conscientes de lo que le deben a Dios. Le han aceptado sobre el fundamento de su inmensa generosidad, no por seguir una serie de prácticas religiosas o gracias a sus éxitos morales. La salvación es un regalo totalmente inmerecido, no una recompensa espiritual.

3. El intercesor dependiente (9:25–29)

Este triste catálogo de las rebeliones israelitas se contrapesa mediante un relato conmovedor del papel de Moisés como intercesor a favor de la comunidad. La narrativa deja la rebelión de *Cades* y se concentra en la idolatría de *Horeb*. Dios amenazó con *destruir* al pueblo, y *borrar su nombre debajo del cielo* (14). Dijo que empezaría de cero, convirtiendo a Moisés en el padre de una nueva raza, *fuerte y mucho más numerosa que ellos* (14). Cuando Moisés oyó esto, comenzó a rogar a Dios que no destruyera al

pueblo desobediente. La historia del intercesor de Israel nos ofrece verdades importantes sobre nuestro ministerio de oración por otros. La intercesión de Moisés fue sumisa, persistente, sacrificada, específica, compasiva, exhaustiva y eficaz.

a. Sumisa

La sujeción completa de Moisés a Dios se expresó tanto en su actitud como en su forma de hablar. Antes de empezar a hablar, *se postró delante de Jehová* (18, ver también 25). Fue la actitud de un siervo entregado, un adorador y un súbdito fiel. El pueblo había sido arrogante y *duro de cerviz* (6, 13), feroz y absurdamente rebelde, pero Moisés manifestó clara y públicamente que tenía una forma de pensar totalmente distinta.

También lo hizo mediante las palabras que usó cuando empezó a orar. *Señor Jehová* (26) es un título reservado en Deuteronomio a la introducción de una oración (3:24); antes lo había usado Abraham, y más adelante lo usaría Josué¹⁰, en momentos de necesidad especial. Afirmaba, ya de entrada, el señorío completo del Señor y su dominio absoluto. Los rebeldes habían adorado al becerro de oro. Moisés no tenía otro Dios que Jehová. Estaba decidido a someterse el mismo, junto con aquella trágica circunstancia de la rebelión israelita, al único Gobernante del mundo. El destino del pueblo estaba bajo el control de un Señor poderoso, no en manos de un ídolo de fabricación humana. La intercesión genuina empieza confesando el derecho que tiene Dios para actuar como desee en las vidas de aquellos por quienes oramos. No intenta dar órdenes a Dios, ni decirle qué es lo mejor en una situación concreta. Hay oraciones que pueden evidenciar una gran fe pero también una falta de reverencia; el genuino intercesor no obtiene la una a expensas de la otra. Por grande que sea nuestra necesidad, cuando nos acerquemos a Dios nunca debemos olvidar quién es.

b. Persistente

Moisés conocía mejor que nadie la gravedad y urgencia de la situación. Los rebeldes estaban bajo la sentencia de la ira divina, y él debía entregarse a una oración intensa y constante. Era cuestión de vida o muerte. Él le dedicó tiempo; nada era más importante que su súplica por el pueblo. Pasó *cuarenta días y cuarenta noches* (18, 25) en la presencia de Dios, rogándole que se retractase de su intención de exterminar a los rebeldes desobedientes e infieles. La enseñanza del Nuevo Testamento sobre la oración también insiste en que debemos «orar sin cesar», «con toda perseverancia».¹² Hemos de perseverar en la oración, aunque existen muchas circunstancias en las que «desmayamos»¹⁴ demasiado pronto. La oración persistente es una confesión de absoluta necesidad y de total dependencia; no dejamos de rogar porque no hay nadie más a quien podamos acudir.

c. Sacrificada

Moisés no quiso comer hasta haber hecho todo lo posible por el pueblo necesitado: *No comí pan ni bebí agua, a causa de todo vuestro pecado que habíais cometido* (18). Abstenerse de comer y beber durante este largo tiempo fue una señal de penitencia. El pueblo había pecado sin tomárselo muy en serio, pero Moisés no podía tomarse el pecado a la ligera. Se lamentaba profundamente por ellos, y le angustiaba tanto la naturaleza de su pecado como a ellos les preocupaban sus consecuencias. Su negativa a comer fue *a causa de todo vuestro pecado*, que ellos cometieron (18), no sólo porque estaban a punto de perder la vida. La ausencia de Moisés del comedor durante casi seis semanas fue un testimonio de su dolor genuino por el pecado de sus insensatos contemporáneos. En la época del Antiguo Testamento, el ayuno era una expresión externa de la angustia interna. En la forma de abordar la oración propia del Nuevo Testamento también se le da un lugar al ayuno.¹⁷ Está claro que el Señor Jesús esperaba que sus seguidores usasen el ayuno como ayuda a la oración y esto, además, debería inducirnos a reflexionar profundamente en su significado.

En nuestro mundo, extremadamente ocupado, el ayuno ocasional puede darnos un tiempo adicional de oración. Podríamos aprovechar esa media hora para orar. Dentro de la sociedad contemporánea, el alimento se ha convertido en una obsesión tan ridícula que muchas personas, en vez de comer para vivir, viven para comer. El ayuno puede entenderse como un testimonio silencioso de nuestra convicción de que «no sólo de pan vivirá el hombre» (8:3), aunque es evidente que no debemos jactarnos de ello. Jesús rechazó esa clase de bombo y platillo religioso tan condenable. Además, en una época de hambruna mundial, el ayuno regular u ocasional puede ser una obligación cristiana contemporánea. El dinero que hubiéramos gastado en una comida podría ofrendarse a un misionero u obrero cristiano por quien estemos orando, o para aliviar la situación de aquellas personas cuyo clamor nacido de la necesidad perturba nuestra conciencia, como debería hacerlo. Los refugiados que mueren de hambre necesitan algo más que nuestras oraciones gratuitas. El ayuno puede ser una de las maneras en la que el Señor responda a nuestras oraciones por los hambrientos.

d. Específica

Aunque se contentaba con aceptar la voluntad del Señor, Moisés se acercó a Él con una petición osada y específica. Era osada porque Dios había dicho: *Déjame que los destruya* (14). Sin embargo, Moisés no quería dejar estar el tema. Se jugaba demasiado. La reverencia y la osadía se armonizaron de una forma muy hermosa en la vida de este hombre de Dios. Fue una petición concreta porque sabía exactamente qué estaba pidiendo. No fue una oración difusa, incierta, que flotase en un vacío pietista. Él habló con Dios en unos términos claros: *no destruyas a tu pueblo y a tu heredad* (26).

Dada la misericordia de Dios, las oraciones que generalizan («Señor, bendice a los misioneros») bien pueden obtener respuesta, pero no caen dentro de la categoría de intercesión inteligente. En el mundo de hoy, la oración mal informada es innecesaria e inútil. La mayoría de sociedades cristianas ofrece a sus afiliados una información regular

y útil para orar. Todo cristiano que desee interceder por las misiones modernas dispondrá de muchos medios, como las cartas de oración actualizadas provenientes de obreros en el extranjero, aparte de libros excelentes como el de Patrick Johnstone, *Operation World*. Moisés pidió algo concreto, y a Dios le plació concedérselo.

e. Compasiva

Como es lógico, a Moisés le preocupaba el pueblo como un todo, pero en especial le angustiaba su hermano pecador, Aarón. *Contra Aarón también se enojó Jehová en gran manera para destruirlo; y también oré por Aarón en aquel entonces* (20). Durante aquellas seis semanas de oración intensa, no sólo pensó en la situación de los miles de personas del pueblo. Le dolía que un miembro de su familia hubiera permitido la idolatría. Parece ser que no fue Aarón quien inició la apostasía, pero sin duda la incitó. Moisés debió sentirse aplastado por el dolor al pensar que su propio hermano podía ser tan voluble (cuando se le dejó a cargo del campamento), desleal (por ceder a la petición del pueblo), desobediente («le dio forma con buril»), cobarde («tú conoces al pueblo, que es inclinado al mal»)²⁴, y deshonesto («eché [el oro] en el fuego, y salió este becerro»): ¡qué explicación más absurda! Sin embargo, a pesar de todo Moisés oró por él. Este relato es un recordatorio de que no sólo debemos interceder por las personas que nos caen bien, sino también por aquellos que nos decepcionan o nos complican la vida. Jesús dijo que incluso debemos interceder por nuestros enemigos.²⁶

f. Exhaustiva

Es importante que nos demos cuenta de cómo el intercesor ordenó los hechos y expuso su petición al Señor soberano. Es evidente que Moisés no tenía la opción de apelar a Dios basándose en los méritos de Israel. Eran un puñado de idólatras rebeldes. Él fundamentó su petición sobre cinco aspectos de la naturaleza única de Dios. Apeló a su elección de Israel (*tu pueblo, tu heredad*, 26, 29); su salvación (*que has redimido*, 26); su promesa inalterable (*acuérdate de tus siervos Abraham, Isaac y Jacob... [y] la tierra que les había prometido*, 27–28); su reputación personal (*no sea que digan los de la tierra de donde nos sacaste: Por cuanto no pudo Jehová...*, 28), y su poder sin rival (*con tu gran poder y con tu brazo extendido*, 29).

Israel no tenía derecho a jactarse, pero tampoco podían hacerlo los egipcios y, lo que es peor, obtener una impresión distorsionada del trato entre Dios y su pueblo. Si no entraban en Canaán, sería un juicio de Dios contra ellos. Sin embargo, los egipcios no lo entenderían así. Para ellos sería una confesión de la debilidad de Dios. Por consiguiente, Moisés rogó diciendo que estaba en juego la gloria de Dios; aquello era mucho más importante que la reputación de Israel. Si la multitud moría en el desierto, esto incidiría gravemente (28) en el poder de Dios (*no pudo Jehová*), su palabra (*que les había prometido*) y su naturaleza (*porque los aborrecía*). Moisés temía de verdad que las naciones paganas malentendieran el hecho de que el pueblo de Dios recibiera el juicio que merecía.

g. Eficaz

El tiempo que Moisés paso en la presencia de Dios valió la pena. Hizo más al orar por ellos que al razonar con ellos. Al final de aquellas seis semanas de intercesión persistente, el Señor renovó el pacto con su pueblo desobediente. A Moisés se le ordenó que tomase otras dos tablas de piedra y las llevase a la cima del monte. El pecado se había perdonado, la relación estaba restaurada, la oración recibió respuesta. Gracias a un Dios misericordioso, el pueblo pudo olvidar el pasado y empezar de nuevo. ¡Qué bueno fue que, entre una multitud de rebeldes orgullosos, hubiera un hombre como Moisés que oró por ellos! Dios sigue buscando personas entregadas que ejerzan ese tipo de ministerio intercesor, aun en una era rebelde como la nuestra.

Deuteronomio 10:1–11:32

11. LO MÁS IMPORTANTE ES EL AMOR

Moisés siguió hablando al pueblo de los tristes acontecimientos de Horeb. Al hacer una imagen de oro, sus padres ofendieron al Dios que les amaba. Los pecados de la infidelidad y la ingratitud perjudicaron gravemente la relación del pacto. Sin embargo a Moisés, su intercesor sacrificado, le interesaba tanto la honra de Dios como la salvación del pueblo. Había «permanecido en la brecha» entre un Dios furioso y un pueblo pecador. Dios perdonó la iniquidad del pueblo y restauró la relación; la comunidad renovada podía seguir su viaje, enfrentándose al futuro con gratitud y confianza.

Moisés no contó esta historia a los hijos de los ofensores sólo para abrir antiguas heridas. Usaba su historia como una advertencia. Nuestros peores pecados no son un desastre completo si aprendemos algo de ellos. Si se perdonan del todo, los errores del ayer fomentarán una mayor dependencia, servirán para mantenernos alerta y ser bastante menos presuntuosos. En los años venideros, aquella triste apostasía en Horeb se recordaría en el Antiguo y el Nuevo Testamento, no sólo para condenar a los idólatras, sino para advertir a las generaciones posteriores sobre peligros similares. No fue la última vez que el pueblo israelita adoró a un becerro de oro.

Sin embargo, Dios es generoso en su amor y misericordia. Aunque Moisés emplea este incidente para alertar al pueblo que espera frente a unos peligros parecidos en Canaán, no les deja que tengan una sola duda sobre el amor confiable y perdonador de Dios. En la enseñanza de los dos capítulos siguientes, el «amor» es el tema central. Este pasaje extendido lleva hasta su conclusión el repaso histórico de Moisés. El pueblo no debe quedarse sólo con un retrato deprimente del pecado humano, sino con una

exposición que les anime sobre el amor de Dios. A medida que este mensaje se aproxima a su final, Moisés se refiere al amor de Dios por su pueblo (10:15), y al amor de ellos hacia Él (10:12; 11:1, 13, 22). También describe el amor de Dios hacia el extranjero (10:18), y la consiguiente responsabilidad de los israelitas de amar a su vez (10:19–20). Por tanto, al pueblo a punto de entrar en Canaán se le recuerda la generosidad, la iniciativa, la prioridad, la obligación y los votos del amor.

1. La generosidad del amor (10:1–11)

Mientras recuerda el episodio de Horeb, Moisés habla a la congregación de la generosidad divina hacia el pueblo de Israel, la familia de Aarón y la tribu de Leví.

a. El pueblo de Israel (10:1–5)

Moisés se asegura de que el pueblo recuerde cómo Dios dijo a su siervo que tallase otras dos tablas *como las primeras*, una observación que se formula cuatro veces en cuatro versículos (1–4). Aunque las primeras tablas están rotas, el Señor invitó a Moisés a dejar nueva constancia del acuerdo, y las tablas recién labradas debían colocarse dentro del arca de la alianza. Aunque el pueblo había pecado, incumpliendo los *mandamientos* (4), Dios les ofrecía un nuevo comienzo. No merecían ser perdonados, pero la naturaleza del amor consiste en perdonar, y hacerlo plena, absoluta e inmediatamente. Esas palabras repetidas, *como las primeras* (1), son un notable recordatorio del perdón generoso de Dios.

b. La familia de Aarón (10:6–7)

Aarón había pecado. De eso no cabía ninguna duda. Los dos primeros *mandamientos* dejaban claro que los israelitas no debían tener otros dioses ni labrar ninguna imagen (5:8). El pueblo había dicho: «Haznos dioses», y como respuesta a sus demandas, Aarón, con sus propias manos, había tallado el becerro de oro. La prohibición contra la idolatría decía claramente que aquellos que rechazasen el amor de Dios adorando a imágenes se enfrentarían a la ira de un «Dios celoso» que castigaría «la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación» (5:7–10). Sin embargo, por la misericordia de Dios, se permitió a Aarón retomar sus responsabilidades de liderazgo, y tras su muerte, su hijo Eleazar *tuvo el sacerdocio* (6). Los pecados de aquel padre en concreto no los pagaron sus hijos. Dios perdonó generosamente la gran transgresión de Aarón.

c. La tribu de Leví (10:8–9)

Las nuevas tablas sobre las que estaban escritos los mandamientos se conservaron en un arca, a la que se fijaron unas pértigas de modo que se la pudiera trasladar (8) durante el viaje; los encargados de hacerlo serían unos sacerdotes de la tribu de Leví. El

arca estaba repujada en oro y su tapa se conocía como «el propiciatorio». Cuando el pueblo pecaba, la sangre del sacrificio se vertía sobre el propiciatorio «en expiación»⁵ por los pecados del pueblo. Además, el arca debía ser un recordatorio visible para el pueblo de la presencia de Dios en medio de ellos. Fue allí, en el arca del tabernáculo, donde Dios «se reunía» con Moisés. Las imágenes o representaciones de Dios estaban estrictamente prohibidas, pero el Señor sabía que a su pueblo le ayudaría tener unos símbolos o señales externas de su presencia o poder. El Señor también sabía que su pueblo podría perder fácilmente sus valores espirituales y morales, de modo que separó a una tribu en concreto (Leví) para convertirla en sus ministros, y para recordar al pueblo las cosas sagradas. Cuando los levitas llevaban el arca durante el largo peregrinaje por el desierto, daban testimonio de la presencia de Dios, de su Palabra (las dos tablas de la ley) y de su misericordia.

La tribu de Leví era, por sí misma, un símbolo de la importancia que tienen las realidades espirituales, y de la generosidad divina para satisfacer abundantemente sus necesidades materiales básicas. Ellos debían servir al Señor (*estar delante*, la postura de un siervo) y *bendecir* al pueblo (8), haciéndoles saber las cosas que eran más importantes. Los levitas no iban a recibir una parte del territorio como las otras tribus. Éstas debían sustentarlos. Si se entregaban de corazón a su ministerio de enseñanza, pastoreo e intercesión entre los israelitas, los recursos divinos siempre satisfacerían sus necesidades cotidianas. El sacerdote entregado era el «mensajero» de Dios entre su pueblo. El propio Señor quiso ser su *herencia* especial (9). Él sería tan generoso con ellos como con todas las otras tribus. No padecerían ningún tipo de privación, porque habían antepuesto la obra de Dios a todo lo demás.

En una breve descripción (10–11) de su ministerio intercesor en el monte, Moisés recordó al pueblo cinco aspectos importantes de la generosidad de Dios. Él responde a las oraciones (*Jehová también me escuchó esta vez*), perdona los pecados (*no quiso Jehová destruirte*), ofrece una guía (*levántate... para que marches delante del pueblo*), garantiza su ayuda (*para que entren y posean la tierra*) y cumple las promesas (*que juré a sus padres que les había de dar*).

2. La iniciativa del amor

Mientras concluye su repaso histórico sobre el modo en que Dios se ha relacionado con su pueblo, el predicador regresa a algunos temas familiares. Recordamos que los tratados del Oriente Próximo solían comenzar con un relato de la relación anterior entre las dos partes que establecían el acuerdo. Esta introducción histórica al tratado solía ir seguida de algunos principios generales, una descripción de cualidades y actitudes que debían gobernar la relación en los años venideros. A menudo en esta sección de los documentos se le daba mucha importancia al lenguaje sobre el «amor». Ciertamente, tiene una relevancia suprema en el pacto que Dios estableció con su pueblo.

Él es el creador, sustentador y gobernante de todo el universo (14), pero a pesar de

ello el Señor soberano eligió a una nación pequeña, Israel, para que fuera el instrumento de sus propósitos especiales en el mundo. Se le dice al pueblo que, aunque había muchas otras naciones a las que podía haber usado, *solamente de tus padres se agradó Jehová para amarlos, y escogió su descendencia después de ellos, a vosotros, de entre todos los pueblos, como en este día* (15). La relación del pacto se basaba en este compromiso de amarles, no en la decisión de ellos de seguirle. La iniciativa partía, y sigue partiendo, de Dios. El apóstol Juan compartía la misma verdad con los primeros cristianos del siglo I: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados».

Dios no se limita a amar por medio de palabras. Su amor es práctico, no teórico. Se expresa en sus relaciones cotidianas con su pueblo. Estos dos capítulos exponen la puesta en práctica visible del amor de Dios en la experiencia humana. El amor divino se manifestó no sólo en la elección de Israel (15), sino en su protección constante a lo largo de los años. El *Dios grande, poderoso y temible* (17) nunca ha dejado de acudir en su ayuda (21; 11:2–4). No sólo ha amado a la gran comunidad, sino también a la familia que ha perdido a un miembro. Su amor se ha manifestado constantemente en su cuidado providencial de las viudas, los huérfanos y los extranjeros. Se interesa especialmente por aquellos a los que resulta fácil olvidar, las minorías despreciadas (18, 22). Expresa su amor paternal no sólo dando cosas a sus hijos (11:8–15), sino también corrigiéndoles (11:2, 5–7) y enseñándoles (11:1, 8, 13, 16–21).

3. La prioridad del amor

El amor de Dios por su pueblo es el fundamento del pacto. Sin embargo, aunque la iniciativa parte de Dios, en el acuerdo hay dos partes. Israel debe responder al amor de Dios amándolo a su vez. Además, igual que el Señor demuestra su amor con sus actos, ellos deben hacer lo mismo. No deben amar sólo de palabra. Los requisitos del pacto son innegablemente explícitos: *Ahora, pues, Israel, ¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma; que guardes los mandamientos de Jehová y sus estatutos?* (10:12–13).

El Señor espera que ellos expresen su amor por Él y el compromiso con su pacto de diversas maneras. El pueblo sabrá que ama a Dios mediante su adoración reverencial (*que temas*), su vida santa (*andes en todos sus caminos*), su obediencia voluntariosa (*que guardes sus mandamientos*), su servicio activo (*sirvas*) y su devoción completa (*con todo tu corazón y con toda tu alma*).

Estas obligaciones del pacto no son normas tiránicas, reglamentos opresivos, destinados a complacer a Dios y a agobiar a los humanos. Todos han sido planificados para la *prosperidad* de su pueblo (10:13). Dios no es un aguafiestas. Quiere que vivan mucho tiempo (11:9), que coman y queden satisfechos (11:15), que sean felices y se sientan seguros en la tierra que ha preparado para ellos (4:40; 5:33; 6:2, 18, 24; 12:28;

13:17–18). Este pasaje presta una atención especial a la generosidad de Dios hacia su pueblo. La narración del éxodo y su secuela, recordadas en 11:3–7, contrastan deliberadamente lo que Dios hizo por su pueblo y lo que éste hizo a su vez. Él les liberó, pero ellos se rebelaron contra Dios. En esa historia, Datán y Abiram describieron Egipto, no Canaán, como «una tierra que fluye leche y miel». Olvidando la agonía de la esclavitud en Egipto, se obsesionaron con la seguridad del pasado y la incertidumbre del futuro. ¿De verdad aquellos rebeldes imaginaron que Dios les conduciría deliberadamente a una catástrofe? Así, Moisés también subraya el contraste entre Egipto y Canaán. La tierra que está ante ellos no será como Egipto, totalmente dependiente del regadío artificial, *donde sembrabas tu semilla, y regabas con tu pie* (11:10). Durante los años de esclavitud, muchos miles de ellos trabajaron en los campos egipcios, donde los canales de irrigación estaban siempre en uso. Una vez un canal disponía del agua suficiente, era normal arrastrar la tierra con el pie para formar un pequeño dique. Los esclavos hebreos tuvieron que hacer a menudo este trabajo tan servil, porque de no hacerlo hubieran muerto de inanición. Sin embargo, Moisés aseguró al pueblo que Dios tenía mejores cosas reservadas para ellos. Se les dice que *la tierra a la cual pasáis es muchísimo mejor que la tierra de donde habéis salido. Bebe las aguas de la lluvia del cielo* (11:11), y durante todo el año Dios no deja de observarla (12). Pero aunque Dios tiene buenas cosas reservadas para los suyos, ellos nunca serán felices si anteponen a todo la búsqueda de tales cosas. Antes, en este mismo libro, se dice que el contentamiento duradero no se encuentra en la prosperidad material: «No sólo de pan vivirá el hombre» (8:3).

Aquí, Moisés también deja claro que el contentamiento no debe buscarse simplemente en el ceremonial religioso. Al Señor le interesan especialmente las cosas que cultivan la vida *interior* del creyente individual, y la comunidad del pacto a la que éste pertenece. La primera obligación del pacto, expresada con claridad en este pasaje (10:12), no es que obedezcan las normas, sino que *teman* al Señor. La referencia de Moisés al amor del Señor, que eligió a sus *padres* (10:15) recuerda de forma natural la historia de cómo se dio a los patriarcas el signo externo de pacto, la circuncisión. No obstante, aquí, cuando el pueblo está a punto de entrar en la tierra prometida a los patriarcas, Moisés le dice que es mucho más importante *circuncidar* sus corazones (10:16; 30:6) que sus cuerpos. En la enseñanza de este libro, las actitudes y motivaciones tienen un valor espiritual superior a la observancia correcta del ceremonial. R. E. Clements ha señalado que «la personalización y espiritualización de la adoración es un rasgo muy prominente» en Deuteronomio. *Amar* a Dios (11:22) es infinitamente preferible a realizar rituales. *Andar en todos sus caminos* (22) es mejor que ofrecer todos nuestros sacrificios. El amor hacia el Señor debe ser genuino y sincero: *con todo tu corazón y con toda tu mente*, una frase recurrente en la enseñanza de Moisés (4:29; 6:5; 10:12; 11:13; 13:3; 26:16; 30:2, 6, 10).

Un pasaje posterior deja claro que, aun cuando los israelitas vengán a ofrecer sus sacrificios, las actitudes internas son más importantes que el ritual externo. En el mundo antiguo, hubo otras naciones que ofrecían sacrificios para alimentar a los dioses, pero este libro enfatiza que los sacerdotes y el pueblo son quienes se comen los

sacrificios, no el Señor: «Y comerás delante de Jehová tu Dios... el diezmo de tu grano... para que aprendas a temer a Jehová tu Dios todos los días» (14:23). Así, aunque los sacrificios son ofrendas correctas a Dios, una muestra del amor de su pueblo, se ofrecen «para satisfacer las necesidades religiosas de los adoradores, y no las necesidades físicas de Dios». La reverencia es más importante que el ritual.

4. La obligación del amor

Si bien el Señor eligió a Israel y *se agradó para amarlos* (10:15), no eran el único pueblo al que amaba. Su amor era extensivo a las familias de Israel que habían perdido a un miembro, pero su amor práctico se evidenciaba para beneficiar al extranjero que vivía dentro de sus fronteras. Los indefensos (*el huérfano y la viuda*) y el que no tiene hogar (*el extranjero*, 18) tenían garantizada su ayuda especial. Además, como Dios les amaba, el pueblo de su pacto debía amarles también (19). Cuidar de las personas pobres o indefensas formaba parte del pacto, y tales obligaciones ocupan un lugar destacado en este libro (24:14, 17; 26:11–13; 27:19). Deben amar *al extranjero* no sólo porque Dios lo manda, sino porque hubo un momento en que los hebreos eran también «residentes extranjeros»: *porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto* (19).

En la aldea global en la que vivimos ahora, existen incontables *extranjeros*, personas sin techo, y otras que lo tienen pero que están lejos de su hogar; por ejemplo, miles de estudiantes de otros países. Aparte de esto, y lo que es más grave, están los refugiados hambrientos de este mundo, que son millones. Aquellos que dicen que aman a Dios no deben permitir que este amor se quede al nivel de las emociones. El Nuevo Testamento, además del Antiguo, nos recuerda que debemos expresar nuestra gratitud hacia Dios mediante el amor hacia el prójimo. Además, el amor no será sólo palabras; será un sacrificio agotador. Será un amor que cueste algo, como el amor de Dios, por el que hubo que pagar un precio. Supondrá dar de comer a alguien que esté lejos de su casa, ofrendar regularmente para los pobres del mundo, ayudar a alguien que tenga algún problema, ofrecer amistad a quien no tenga a nadie. Juan tenía en mente todo esto cuando exhortó a sus lectores a no amar «de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad». El amor que es meramente emocional u oral no es el tipo de amor que Dios ejemplificó al dar a su Hijo.

5. Los votos del amor

Moisés concluye este sermón diciendo que, si el pueblo ama de verdad al Señor, su devoción sincera se caracterizará por la obediencia, el testimonio y el compromiso.

a. La obediencia (11:13–17)

Si obedeciereis cuidadosamente a mis mandamientos que yo os prescribo hoy, amando a Jehová vuestro Dios... yo daré (13–15). Moisés sabe que el peligro de la desobediencia en el tema de la idolatría no es un fracaso que pertenece al pasado. El

pecado de Horeb puede repetirse: *Guardaos, pues, que vuestro corazón no se infatúe* (16). *Servir a dioses ajenos* (16) supone violar los términos del pacto, e incumplir el tratado es un acto de flagrante deslealtad. En tales circunstancias, la *buena tierra* (17) pronto se convertirá en una tierra estéril, porque sólo así el pueblo recuperará su primer amor.

b. El testimonio

Por consiguiente, hay que aprender la Palabra de Dios (18), compartirla (19–21) y ponerla por obra (22–25). No debe dejarse la verdad como una afirmación externa, escrita en tablas de piedra y depositada en el arca; debe memorizarse, guardarse cuidadosamente en los *corazones* y atesorarla en la *mente*. Jesús es nuestro ejemplo supremo en esta disciplina; como memorizó algunas de las grandes palabras de este libro, pudo citarlas en un momento de dura prueba, cuando no tenía a mano, ningún rollo de la ley.

El mensaje debe compartirse dentro de la familia, usando las numerosas oportunidades que ofrece la vida para darlo a conocer: en las conversaciones íntimas del hogar (*cuando te sientes en tu casa*), durante los viajes lejos de él (*cuando andes por el camino*), al final del día (*cuando te acuestes*) y también al principio (*cuando te levantes*). Dentro de casa, fuera de ella, por la mañana y por la tarde, estas grandes verdades deben transmitirse fielmente a la siguiente generación. En nuestra sociedad contemporánea, todos tenemos una responsabilidad especial de compartir con los niños la Palabra de Dios. A diferencia de las generaciones anteriores, la mayoría de ellos ya no asiste a la escuela dominical o a los estudios bíblicos. En Inglaterra, sólo un 14% de los niños menores de catorce años asiste a una iglesia cristiana los domingos. Dentro de este contexto, el ministerio de los maestros de educación religiosa en las escuelas tiene una importancia estratégica, pero, inevitablemente, sus posibilidades están limitadas. Los niños que viven a nuestro alrededor escucharán bien poco de la Palabra de Dios a menos que hallemos alguna oportunidad de compartirla con ellos por medio del trabajo entre los niños en nuestras iglesias y organizaciones para jóvenes. Hay personas que han reunido pequeños grupos de niños en sus hogares, una vez a la semana, para darles enseñanzas básicas sobre la Biblia y realizar actividades, y gracias a unas iniciativas tan modestas muchos jóvenes han sido ganados para Cristo.

El mensaje debe figurar en *los postes* de las casas y las *puertas* de la ciudad (6:9); como hemos visto (pág. 98), esto puede ser una imagen metafórica antes que una manifestación visual. Sea cual fuere el sentido, una cosa está clara: al pueblo hebreo se le dijo que no guardase en secreto su amor por Dios. Sus vecinos, amigos, visitantes y extranjeros debían poder saber lo mucho que Dios significaba para ellos.

Sin embargo, hay momentos en los que es más fácil manifestar la Palabra que obedecerla. Aquellos que aman a Dios deben *guardar cuidadosamente todos estos mandamientos... amar a Jehová vuestro Dios... siguiéndole a él*; literalmente, «aferrándose estrechamente» a Él (10:20; 11:22). En los días que tenían por delante, quienes practicasen las religiones idolátricas de Canaán intentarían constantemente

atraérselos, pero ellos debían permanecer siempre cerca de Dios. La imagen de «seguir» de cerca es vívida, e indica (como comenta Craigie) «una relación muy estrecha e íntima». En el Antiguo Testamento, se usa este mismo verbo para describir el amor de un hombre que está «unido» a su esposa, y Job lo emplea para describir el modo en que los huesos y la piel «cuelgan» del cuerpo de un hombre demacrado. Quienes «se cuelgan» de Dios sólo le desean a Él.

c. Compromiso (11:26–32)

Se le dice al pueblo que no puede ser neutral. Si no le aman, le odian. Están destinados a la bendición o a la maldición. Las expresiones establecen una dicotomía clara. Una vez tomen posesión de la tierra, habría quienes no querrían olvidarse del Señor por completo, pero que intentarían combinar la adoración a Dios con las prácticas idolátricas de sus vecinos. Este sincretismo no estaría permitido. O están completamente de parte de Dios o están en su contra. Así, la congregación se enfrenta a dos alternativas claras. Es un recurso que se emplea más de una vez en este libro. O bien *obedecen los mandamientos* o bien *se apartan del camino*. Si no le *siguen*, ciertamente *seguirán a otros dioses*. Deben decidir su destino: ¿quieren una *bendición* o prefieren una *maldición*?

Para exponer la verdad en términos gráficos y subrayar la necesidad de una decisión radical, Moisés habla de dos montes que ellos encontrarían a ambos lados del camino cuando entrasen en la tierra: Gerizim y Ebal. Uno tipificaba la bendición, y el otro la maldición. Como dice Thompson, los montes eran «dos testigos silenciosos» de la exigencia del Señor: «que Israel eligiese a quién quería ser fiel». La imagen de los dos montes aparece más tarde en el libro (27:1–26), donde, una vez más, a Israel se le recuerda la necesidad de comprometerse con Dios. Quienes aman a Dios se entregan a Él sin reservas. Junto a Frances Ridley Havergal, expresan su compromiso en unos términos radicales: «Siempre, sólo, todo para Ti». Su sometimiento a Su voluntad es permanente, exclusivo y completo.

C. La aplicación del pacto (12:1–26:19)

Deuteronomio 12:1–14:29

12. HONRAR A DIOS

Recordamos que, en los tratados de la antigüedad, que pudieron ser el modelo para la estructura de Deuteronomio, tras los principios generales del pacto figuraban reglamentos específicos. Ahora hemos llegado a esa parte del libro donde detectamos una transición clara de este tipo. La enseñanza pasa de una exposición general de la ley a una interpretación aplicada de sus demandas concretas. Sin embargo, no nos encontramos con un código legal frío, formal, detallado, ni con un conjunto de reglas y estatutos. Lo que tenemos es una «ley predicada» (von Rad). Es un sermón predicado por Moisés, una aplicación de la ley o del pacto dado cuarenta años antes, y relacionado ahora más estrechamente con su nueva vida en un entorno completamente distinto. El cambio de contexto requiere una nueva interpretación del pacto para unas personas que están a punto de asentarse en comunidades agrícolas o urbanas, y que son llamadas a vivir de una manera que complazca a Dios.

Cuando Moisés predicó sobre estos *estatutos y decretos*, empezó recordándoles, una vez más, que la tierra era un regalo de Dios en cumplimiento de una promesa firme a un pueblo privilegiado. Era *la tierra que Jehová el Dios de tus padres te ha dado para que tomes posesión de ella* (1). El regalo precede a la demanda. Además, la predicación no sólo debe escucharse, sino también obedecerse. Deben *cuidar de poner por obra* lo que el Señor les ha exigido (1; 10:13; cfr. también 11:32; 12:32; 13:18). En otras palabras, la obediencia debía ser la respuesta obligatoria a la generosidad del Señor, una forma de reconocer la bondad divina, y no un medio para ganarse su favor. Aquí Moisés dice al pueblo que podrá expresar su obediencia a Dios mediante la adoración colectiva (12:1–13:18), su conducta diaria (14:1–21) y su ofrenda generosa (14:22–29).

1. Honrar a Dios mediante nuestra adoración (12:1–13:18)

Hemos sido creados para Dios, y a menos que ese vacío en forma de Dios que todos llevamos dentro lo llene Él, todo lo demás estará siempre desenfocado. Agustín expresó elocuentemente esta verdad básica al principio de sus famosas *Confesiones*: «Nos hiciste para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que en ti reposa». Quienes honran a Dios reciben tanto la motivación como la capacidad de vivir como Él demanda y exige.

El resumen preciso del pacto que hallamos en los Diez Mandamientos empieza con la adoración, la genuina y la falsa. Sus primeras instrucciones definen nuestra relación con Dios, y sólo entonces abordan nuestra responsabilidad hacia otros. Los cuatro primeros mandamientos establecen el hecho de que Dios debe ser lo primero. Jesús tuvo exactamente las mismas prioridades; durante las tentaciones en el desierto, insistió repetidamente en poner primero a Dios. No permitió que ni su propia hambre (convertir las piedras en pan) ni su inmensa capacidad de influir en las personas para bien (gobernar los reinos) fuera más importante que su sumisión a Dios. En su predicación, dijo a sus seguidores que en la vida cotidiana debían «buscar primeramente» el reino de Dios, y que todas las demás cosas ocuparían entonces el lugar que les corresponde. Si eso está mal, poco estará bien. Por consiguiente, nada

tiene más importancia que reconocer su derecho sobre nuestras vidas, y eso es precisamente lo que hacemos cuando adoramos. Aquí Moisés expone seis aspectos de la adoración colectiva. Dice al pueblo que, si de verdad pone a Dios primero, su adoración será aceptable, unificadora, sacrificada, alegre, compasiva y coherente.

a. La adoración aceptable

Los cananeos tenían una forma esencialmente pragmática de abordar la adoración. Querían obtener cosechas abundantes, de modo que en las capillas situadas en la cima de las colinas realizaban prácticas que según creían fomentaban la fertilidad y el crecimiento. Sus patrones de adoración se convirtieron en poco más que orgías con un trasfondo religioso, pero esta forma de entender la adoración es totalmente ofensiva para un Dios puro y santo. Él dice a su pueblo que no debe permitir que su adoración se contamine con las tradiciones cananeas. Dios estipuló las normas que debe seguir su pueblo para acercarse a Él. La adoración del pueblo no sólo honrará la Palabra de Dios; también reflejará la naturaleza divina. Él es santo, de modo que la adoración de ellos nunca puede ser impura. Él es coherente, de modo que la adoración nunca puede ser contradictoria, de manera que adoren de una forma y se comporten de otra. Él es amante, así que la adoración del pueblo nunca perjudicará a otros. Él es justo, y por tanto su adoración jamás debe ignorar los valores morales. Por tanto, justo al principio de esta detallada interpretación del pacto, Dios insiste en que no existe una verdadera religión sin una buena moral. Por lo que a Él respecta, los estándares dobles son totalmente inaceptables. Como ha observado R. E. Clements: «En última instancia, lo que estaba en juego era la unión entre la moral y la religión, y lo que hallamos en Deuteronomio es el rechazo a aceptar que Dios pudiera exigir a los hombres, en nombre de la religión, lo que la conciencia de la sociedad condenaba por inmoral».

Una vez se asentasen en Canaán, sería peligroso que no tomaran en serio estos principios espirituales esenciales. El mandamiento es directo y explícito: *No haréis así a Jehová vuestro Dios* (4). Así que, al entrar en la tierra, deben *destruir enteramente todos los lugares donde las naciones que vosotros heredaréis sirvieron a sus dioses... Derribaréis sus altares, y quebraréis sus estatuas, y sus imágenes de Asera consumiréis con fuego; y destruiréis las esculturas de sus dioses, y raeréis su nombre de aquel lugar* (2–3). La prohibición es absoluta y enfática; lo que dice literalmente es: «Destruyendo, destruiréis».

En los días venideros, puede que los israelitas no fueran tentados a abandonar la adoración del único Dios verdadero, pero sí lo serían ciertamente a adorarle según el estilo cananeo. Aquí, el predicador deja claro que la adoración cananea era totalmente inaceptable para Dios. Tenía bastantes defectos graves: a nivel religioso, era falsa; moralmente corrupta; físicamente brutal y socialmente destructiva.

Era falsa desde un punto de vista religioso porque los dioses de Canaán eran entes vacíos, sin sustancia, la proyección enferma de unas mentes sucias. Dios había prohibido que se fabricasen ídolos porque Él es el único Dios verdadero. No hay otros. Las estatuas e imágenes sugieren la existencia de otros dioses, representados por sus

ídolos. El mandamiento estaba claro: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (5:7).

La adoración de los cananeos era moralmente corrupta. Sus prácticas religiosas eran degradantes y perjudiciales para la vida y la experiencia humana. Se creía que estas deidades agrícolas exigían ciertos actos cultuales para fomentar la fertilidad y garantizar que la semilla sembrada en sus campos crecería y se multiplicaría. Su adoración incluía la prostitución sagrada, tanto de mujeres como de hombres. Las prácticas sexuales de este tipo solían tener lugar en las capillas y templos de la mayoría de religiones antiguas de Oriente Próximo, aparte de Israel. Moisés dice a su congregación que *Jehová aborrece* (12:31) este tipo de adoración. Es «abominación» (18:9), y las personas que promueven y participan en estos actos degradantes no hacen otra cosa que prostituirse en las capillas (23:17–18).

Además, en ocasiones, su adoración era físicamente brutal y cruel, porque conllevaba ofrecer sacrificios humanos. *Pues aun a sus hijos y a sus hijas quemaban en el fuego a sus dioses* (12:31). La enseñanza de Deute - ronomio hace un hincapié especial en el bienestar de los niños. Se les debe enseñar, alimentar y proteger (4:9; 6:7; 10:18; 11:19, 21; 21:15–17; 22:8; 24:19–21). La idea de que pudieran ser asesinados en nombre de la religión era extremadamente horrible (18:10), y ofendía gravemente a un Dios que había enseñado a su pueblo el valor único de la vida humana.

La adoración cananea era destructiva para la sociedad. Sus actos religiosos eran pornográficos y enfermizos, gravemente perjudiciales para los niños, forjando en ellos la imagen de unas deidades a quienes no les interesaba la conducta moral. Intentaba dignificar, mediante el uso de etiquetas religiosas, actos depravados de bestialismo y corrupción. Tenía un bajo concepto de la vida humana. Sugería que cualquier cosa era permisible (la promiscuidad, el asesinato o lo que fuese) para garantizar una buena cosecha. Pasaba por alto los valores más elevados tanto en la familia como en la comunidad global: el amor, la lealtad, la pureza, la paz y la seguridad, y fomentaba la idea de que tales cosas eran inferiores a la prosperidad material, la satisfacción física y el placer humano. Una sociedad donde priman tales conceptos es autodestructiva.

Aunque las prácticas religiosas cananeas pertenecen al mundo antiguo, aun las personas del siglo XX pueden sentirse tentadas a insistir en su propia manera de adorar a Dios, en lugar de aceptar las normas bíblicas. En el mundo contemporáneo existe una inacabable variedad de formas de adoración individuales. Por ejemplo, tenemos la pauta tan conocida de «yo adoro a Dios al aire libre». Los adoradores de la naturaleza de este tipo convierten en un ídolo su disfrute del mundo creado, pero no están dispuestos a escuchar atentamente al Creador. Éste es uno de los rasgos del paganismo egocéntrico, no la creencia cristiana genuina.

Luego está quien propugna el sistema: «Yo no voy a la iglesia porque soy tan bueno como los que van». Nadie pretende negar la calidad moral de los millones de personas que no asisten a una iglesia, pero la adoración cristiana es una expresión de obediencia sumisa, no la afirmación de una moral superior. Los cristianos acuden a adorar colectivamente porque desean seguir el ejemplo del pueblo de Dios en la época del Antiguo Testamento y, aún más importante, del Hijo de Dios. Jesús adoraba con el pueblo de Dios. Su sinagoga local no estaba hasta los topes de ciudadanos nazarenos

justos. Pero Jesús iba a adorar allí «como era su costumbre» porque Dios lo exigía, no porque sus correligionarios fueran perfectos. Después de Pentecostés, Pedro y Juan fueron al templo a orar porque era «la hora novena, la de la oración»,⁷ no porque todos los que oraban con ellos fueran ejemplo de excelencia moral. Entre aquella multitud del templo había muchos que, unas semanas antes, habían pedido la ejecución de Jesús. No obstante, los apóstoles fueron a orar con el pueblo de Dios porque su Palabra lo exigía. No nos toca a nosotros decidir cómo debemos adorar a Dios. Hemos de responder a lo que describe en su Palabra.

Hay quien respalda la técnica del «prefiero hacerlo a mi manera». Aunque durante siglos la sociedad occidental ha admitido su dependencia intelectual del cristianismo bíblico, muchas personas en la sociedad contemporánea ofrecen su lealtad religiosa de maneras que no se someten al escrutinio de la Palabra de Dios. En nuestra cultura actual, junto al fenómeno de la marginalización de las iglesias cristianas, cada año son más las nuevas religiones, y en muchos países se proclaman extensamente las antiguas religiones orientales. Hace poco se hacía publicidad de un curso extracurricular de cierta universidad, sobre «Nuevas Religiones», donde se afirmaba que hoy día en Gran Bretaña existen unas 500 religiones nuevas, muchas de las cuales rechazan explícitamente todo concepto de autoridad. Algunas se rebelan directamente contra el uso de la razón. Lo que más se enfatiza es la deificación del ser humano, y la transformación última de la humanidad por medio de cierta forma de evolución espiritual prometida; ésta se alcanza a través de las técnicas de meditación, el uso del yoga, la hipnosis, la salmodia de mantras... cosas destinadas a introducirnos en algún otro nivel de consciencia. Según esta enseñanza, el mal queda reducido a una mera ignorancia, y la fe sustituye por el «conocimiento» de un conjunto de conceptos difusos o vagas proposiciones. La enseñanza sincretista de la Nueva Era sigue esta pauta de credo, con su arrogante idolatría del yo, su rechazo total de la deidad y expiación de Cristo, y su declarada indiferencia a la autoridad bíblica.

En un plano distinto, desde la Edad Media no ha habido una época en la que las personas se hayan interesado tanto por esas ideas religiosas perjudiciales asociadas con el ocultismo, la magia negra, la brujería y el espiritismo como en la nuestra. Estas prácticas son una ofensa contra Dios, como deja claro la enseñanza ulterior de este libro que estamos estudiando (18:10–14). Dios sólo acepta la adoración *bíblica*: una adoración definida y descrita en su Palabra, que refleja el carácter del Dios a quien hay que adorar. Fomenta la pureza, obedece la verdad, busca la justicia y proclama el amor.

b. La adoración unificadora

A los israelitas se les prohíbe que adoren en las capillas en la cima de las colinas y los bosques donde estaban las capillas cananeas. Deben buscar *el lugar que Jehová vuestro Dios escogiere de entre todas vuestras tribus, para poner allí su nombre para su habitación, ése buscaréis, y allá iréis* (5). La unidad armoniosa del pueblo de Dios era esencial para su vitalidad espiritual, así como para la seguridad nacional. Durante su largo recorrido por el desierto, se habían visto obligados a mantenerse unidos. La

comida cotidiana se daba a toda la comunidad, que acampaba en torno al tabernáculo portátil. La columna de nube de día y de fuego de noche no garantizaban la guía y la protección para los hebreos que querían hacer su propia voluntad. Dios impartía bendiciones colectivas, no derechos individuales. Una vez se asentaron en la tierra, el peligro de desintegración se volvió muy real. Más tarde, en el periodo de los jueces, se usa una frase significativa para definir la falta de cohesión nacional: «cada uno hacía lo que bien le parecía». Estas mismas palabras se usan en este pasaje sobre la adoración (8).

Para preservar su fe única, era importante que la adoración israelita girase en torno a un santuario aprobado, de modo que se entendiera como algo puro, regularizado, uniforme y aceptable para Dios. Si usaban los antiguos lugares cananeos, en aquellas capillas en lo alto de las colinas podía pasar de todo, de modo que era esencial que las destruyeran por completo. Este mandato sobre un lugar de reunión genuino es importante para la vida religiosa moderna, donde, en una sociedad pluralista, a veces se espera que los cristianos participen en cultos de adoración junto a miembros de otras religiones. En estos actos de adoración pública la lectura de un pasaje del Nuevo Testamento puede preceder tranquilamente a una selección del Corán cantada por un líder musulmán. Un participante Sikh podrá dirigir oraciones a su señor, mientras un budista exalta a Krishna, ofreciendo a sus adoradores la promesa del nirvana. Este tipo de enfoque sobre la adoración, tan sincretista, es exactamente el polo opuesto a la enseñanza de Deuteronomio.

Ningún cristiano sensato negará la importancia crucial del diálogo con los seguidores de otras religiones, ni el valor que tiene participar en proyectos comunitarios junto a personas de otros credos. Es importante que los creyentes trabajemos armoniosamente con todo tipo de personas, sin tener en cuenta su trasfondo étnico, su religión o sus convicciones políticas. Tenemos la obligación de proteger su libertad religiosa tanto como la nuestra. Debemos estar deseosos de aprender de otros todo lo que podamos, de modo que no malentendamos sus puntos de vista, y para poder dirigirles más eficazmente al único Cristo. Con nuestras propias creencias atesoradas, firmemente arraigadas en la Escritura, seremos los primeros en admitir que Dios usa a personas de otras religiones para cumplir sus propósitos soberanos. No obstante, no es correcto que los cristianos participen en un culto de adoración que dé la impresión de que las diversas religiones mundiales son igual de válidas para acercarse al Dios único, y que optar por cualquiera de ellas sería igual de aceptable al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Dentro del contexto del pluralismo religioso del siglo I, los primeros predicadores cristianos insistían correctamente en la unicidad de la salvación sólo por Cristo, algo que hizo el propio Jesús.¹¹

Los creyentes del mundo moderno también disponen de un «santuario» central. No está en Roma, Ginebra, Canterbury ni en ningún otro lugar que pueda situarse en un mapa o describirse mediante asociaciones históricas. Vivan en el punto del mundo en que vivan, los cristianos tienen un lugar de reunión trinitario. Se reúnen para adorar delante del trono de Dios, a los pies de Cristo y en presencia del Espíritu. Moisés dijo

que los israelitas debían adorar donde *Dios pusiera su nombre* (5), una expresión que seguramente indica «una exigencia de soberanía». Dios quiere que le adoren donde Él opte por «afirmar su soberanía» (Thompson). El *lugar* que ha elegido el Señor nuestro Dios es su trono y su nuevo templo en la presencia de Cristo.

Jesús describió su cuerpo en términos de un nuevo lugar de reunión entre Dios y los hombres: «Destruid este templo y en tres días lo reedificaré»... Pero el templo del que hablaba era su propio cuerpo. Éste es el nuevo templo donde se reúnen los creyentes. Él es el único camino por el que podemos acercarnos a Dios.¹³ Jesús dijo en cierta ocasión a una mujer con quien hablaba de religión que vendría un día en que la verdadera adoración no tendría lugar en su capilla samaritana del monte Gerizim ni en el reverenciado templo de Jerusalén. Le dijo que aquel día, el «lugar» de adoración aceptable uniría a los creyentes, no los dividiría en judíos y samaritanos. A quienes se reúnen para adorar, tener comunión, enseñar y corregir «en su nombre» se les garantiza su presencia viva: «allí estoy en medio de ellos».¹⁵ En una era ecuménica, los cristianos de todas las denominaciones se alegran de que su verdadera unidad no se consiga mezclando sus estructuras eclesiásticas, o hallando algún punto que vincule sus diferencias doctrinales, sino adorando y confesando a su Señor único. Pablo hizo ese descubrimiento en las iglesias del siglo I, todas eran muy distintas entre sí, y afirmó su realidad en el contexto de una división potencialmente grave. La unidad de las iglesias y de los cristianos está *en Cristo*, y en ninguna otra parte. Quienes reconocen que Él es único, admiten su centralidad, se glorían en su obra redentora y anticipan su regreso cierto, *son uno*; se trata de un hecho presente, no de un sueño futuro.

c. La adoración sacrificada

Los israelitas debían llevar sus distintos sacrificios al *lugar* indicado, donde Dios *pondría su nombre*. La primera ofrenda que se menciona es el holocausto (6); aquel era el sacrificio que se entregaba a Dios íntegramente. Se exigía al sacerdote que «lo ofreciera todo»; no se guardaba nada para el oficiante ni para el adorador. Esto tipifica la dedicación completa del creyente a Dios.

Las otras ofrendas eran sacrificios «compartidos»; una parte se presentaba a Dios, y la otra se ofrecía a los sacerdotes o el pueblo: *Y comeréis allí delante de Jehová vuestro Dios* (7). Éstas tipifican la comunión privilegiada entre el creyente y Dios.

La nuestra es una cultura muy diferente, pero nuestra adoración también debe ser un sacrificio. No se nos pide que presentemos sacrificios de animales. Se nos exige algo más costoso. Hemos de ofrecernos a nosotros mismos, los cuerpos que Dios nos ha confiado, de modo que podamos usarlos en el servicio a Cristo. Son sacrificios «vivos», no la ofrenda de animales muertos. Esta entrega total es «aceptable» a los ojos de Dios. Es un «culto racional». También hemos de presentar el sacrificio de nuestra alabanza y las ofrendas de las «buenas» obras, nuestro servicio a los demás.

Estos sacrificios cristianos, agradables para Dios, deben hacerse en el poder del Espíritu para gloria de Cristo. Sin embargo, lo que los inspira y motiva es la ofrenda esencial, completa, suficiente e irrepetible de Sí mismo, que Cristo presentó «una vez y

para siempre» cuando en la cruz hizo «un solo sacrificio por los pecados».²⁰ Una característica distintiva de la adoración cristiana genuina es la de concentrarse en aquel sacrificio único de Cristo en el Calvario.

d. Una adoración alegre

La adoración nunca pretendió ser una experiencia triste, tediosa, monótona y aburrida. Las ocasiones en que el pueblo hebreo se reunía para presentar sus ofrendas a Dios eran momentos de gran alegría. Con corazones agradecidos, se ponían delante de Dios embargados por una sensación de deuda que no podía satisfacerse. El Señor había sido bueno con ellos: *Y comeréis allí delante de Jehová vuestro Dios, y os alegraréis, vosotros y vuestras familias, en toda obra de vuestras manos* (7, 12). La adoración supone reconocer el valor de Dios. En el siglo primero, el atleta ganador en los juegos corría una vuelta de honor durante la que todos los espectadores clamaban alegres *¡Axios, axios!* («¡Digno, digno!»). El corredor había demostrado ser digno de su admiración y aplauso jubiloso. Ésta es la misma palabra que se usa para describir la adoración de los coros celestiales cuando exaltan a Dios el Creador y a Cristo el Redentor:

«Señor, digno eres de recibir
la gloria y la honra y el poder...
El Cordero que fue inmolado es digno».

Dentro del panorama de la Iglesia contemporánea, es importante que los cristianos admitan que la adoración la diseñó Dios como una experiencia radiante y feliz, no divisiva. Tristemente, en algunas iglesias los distintos modos de adorar y los estilos musicales han provocado una grave falta de armonía. Cuando la adoración gozosa a Dios se convierte en fuente de dolorosos cismas, la tragedia está servida.

En este debate, que puede ser un ejercicio no sólo necesario sino también saludable de la madurez cristiana, los tradicionalistas a quienes les gustan los modelos antiguos deben admitir el enorme enriquecimiento de cientos de congregaciones que tienen una forma de enfocar la alabanza igualmente reflexiva pero menos predecible. Deben recordar que aun en el templo de Jerusalén debió haber ocasiones en las que se presentaba al pueblo un nuevo salmo. Cada siglo ha producido escritores y compositores con talento, y la música o los versos de siglos anteriores no tienen nada esencialmente sacrosanto. En la mayoría de casos, el mérito más destacable del material nuevo es su contenido bíblico; muchas de las mejores canciones no consisten más que en añadir música a palabras inspiradoras de las Escrituras.

De forma parecida, a quienes no les gustan los himnos antiguos deben apreciar ese sentido de útil progresión espiritual, y la exposición detallada de un gran tema, que puede darse dentro de un himno y que es imposible plasmar en una canción breve. Los himnos más antiguos también sirven para recordarnos la dimensión histórica de nuestra fe. Quienes adoraron siglos antes que nosotros no son figuras anticuadas de un pasado

irrelevante; son nuestros hermanos y hermanas en Cristo, compañeros *vivos* en aquel cielo hacia el que viajamos. Su experiencia de Dios en Cristo es algo que debe apreciarse y disfrutarse, no relegarse al olvido con impaciencia. Las dos partes de este debate tienen mucho que aprender una de otra, y la buena adoración en el panorama contemporáneo debería ser capaz de combinar materiales antiguos y modernos, para el enriquecimiento de todos.

Sea cual fuere su estilo de adoración, siempre que los cristianos se reúnen para adorar y alabar, se regocijan en la dignidad única de Dios y la incomparable belleza de Cristo. Su adoración es una expresión de su deuda infinita con el Dios que los amó, el Cristo que murió por ellos y el Espíritu que ha dotado de efectividad a estas grandes verdades en su experiencia personal. ¡No es de extrañar que estén alegres! Pueden expresar su adoración no sólo con los himnos o canciones que cantan, las oraciones que pronuncian, su atención a la exposición de la Palabra de Dios, la ofrenda de sus recursos materiales para la obra del Señor; también pueden hacerlo con su entrega personal y su amor hacia otros. La adoración no es una actividad restringida a un rato del domingo por la mañana o por la tarde. Es la ocupación adoradora de toda una vida. Cuando los israelitas se reunían para adorar, exaltaban el nombre de su Dios, aquel que había hecho tanto por ellos. Las palabras de Moisés en este libro expresan perfectamente la gratitud del pueblo:

«Bienaventurado tú, oh Israel.
¿Quién como tú, pueblo salvo por Jehová?» (33:29)

e. La adoración compasiva

Además, la adoración cristiana genuina no es un ejercicio que nos induzca a separarnos del mundo que nos rodea. Nunca debe convertirse en un mecanismo de escape espiritual, tan centrado en la adoración a Dios que pase por alto a las personas a quien Él ama. Si el Dios al que adoramos es un Dios de compasión ilimitada, nuestra adoración a Él sólo será aceptable si refleja de una forma práctica su naturaleza amante. Los creyentes no pueden amar a Dios sin amar también a otros. Las provisiones del pacto sobre la adoración insistían que, en tales ocasiones, hay que mostrar amor a la familia, los empleados y los siervos del Señor.

A Dios le interesa nuestra vida familiar, de modo que tales actos de adoración no sólo iban destinados a unificar la nación, sino también a cohesionar las familias. La ley obligaba a toda familia que hubiera padecido alguna dificultad en su relación a reunirse en la adoración, y de esta forma todo se hacía para sanar las divisiones y derribar las barreras. La desintegración familiar es uno de los aspectos más graves de la vida social contemporánea. Jonathan Sacks dedicó una de sus conferencias Reith de 1990 al tema de «La familia frágil», señalando que la familia no es sólo una de nuestras instituciones sociales; es *la única* de la que dependen todas las demás. El Chief Rabbi nos recuerda que la Biblia hebrea es, «antes que nada un libro sobre la familia... Los héroes y heroínas del Génesis no son más que personas que viven sus vidas en la presencia de

Dios y dentro del contexto de sus familias». La familia es «ese espacio cerrado en el que elaboramos, en relación a unas fuentes estables de afecto, un sentido muy diferenciado de quiénes somos».

Sacks emplea una ilustración sacada de la China comunista para demostrar cómo los regímenes totalitarios han minimizado la prioridad de los valores familiares. En 1976, la prensa china informó acerca de una operación de rescate a consecuencia de un terremoto; se trataba de un hombre que había salvado la vida de un oficial comunista local, aunque eso le obligó a ignorar el grito de su propio hijo que le pedía ayuda. Salvó al oficial porque consideró que tenía más valor social, y cuando regresó a los escombros, su propio hijo estaba muerto. Los periódicos describían el episodio como un ejemplo de conducta muy loable. Sin embargo, la pérdida de la prioridad de la familia es una faceta trágica de la vida social contemporánea. En el mismo siglo en que Freud y otros enfatizaron por primera vez la influencia psicológica determinante de la primera infancia, hemos sido testigos de la desintegración de la familia británica. Las estadísticas sobre el matrimonio en la Comunidad Europea demuestran que el Reino Unido ocupa el segundo lugar en número de divorcios de la Europa occidental. Esta cifra se ha duplicado en los últimos veinte años. Siguiendo la tendencia actual, se espera que un 37% de los matrimonios acaben en divorcio, lo cual quiere decir que unos tres millones de personas padecerán una ruptura matrimonial en esta década. Las investigaciones recientes demuestran que un gran porcentaje de personas lamentan su divorcio. Un estudio reciente hablaba de que un 51% de los hombres divorciados que no se han vuelto a casar desearían haberse quedado con su primera esposa. Estas cifras presentan un enorme desafío para la Iglesia cristiana. Muchas de estas rupturas en las relaciones personales podrían evitarse si las personas afectadas recibieran ayuda en una comunidad amistosa, compasiva y sanadora, que dispusiera de los sanos recursos de una asistencia pastoral bien formada.

Todo esto demuestra sin lugar a duda la inmensa importancia que tiene la dimensión espiritual del matrimonio y la vida familiar, un aspecto de la conducta social que destacaba en la provisión que hizo Dios para su pueblo. Si éste le ponía a Él primero mediante la adoración, no sólo se acercarían más a Él, sino también los unos a los otros. Además, dentro de este contexto, a la familia se le recordarían frecuentemente los valores morales y espirituales, así como la deuda que tenían con Dios en la vida y el trabajo cotidianos. Los pasajes como el que estamos estudiando, sobre la adoración israelita, subrayan la importancia de las prioridades espirituales como componente esencial de una vida matrimonial feliz y eficaz.

No obstante, algunas familias, al atesorar estos valores, pueden cerrarse en banda de un modo un tanto egoísta. En la vida israelita, la familia adoradora no podía olvidar a sus empleados. Cuando se reunían para adorar, los *siervos* y *siervas* de las familias hebreas debían ser tan bienvenidos como los *hijos* e *hijas* (12). Esto nos dice algo sobre la santificación del trabajo, y subraya, una vez más, el rechazo por parte de los hebreos a trazar distinciones radicales entre lo sagrado y lo secular. Para ellos, todo lo «secular» no era más que un área de la vida que, desafortunadamente, aún no se había sacralizado. Si esa transformación no podía darse de forma natural, entonces es que

aquella faceta vital no era simplemente «secular», sino pecaminosa. Su Dios mostraba un interés apasionado por todas las facetas de la vida, no sólo la «religiosa».

Aparte de esto, la inclusión de los siervos en la adoración familiar decía algo crucial sobre el valor de cada individuo. Todos fuimos creados por Dios y para Dios, y por este motivo no podemos despreciar o ignorar a nadie. A las personas no se las podía excluir por motivos económicos o sociales; los recursos limitados o el status inferior dentro de la comunidad carecían de toda importancia. La adoración iba destinada no sólo a honrar a Dios, sino también a acercar entre sí a los miembros del pueblo, de tal modo que no existieran diferencias entre ellos. Todo patrón de vida y de trabajo que fomente las divisiones clasistas no es una actividad adecuada para los adoradores cristianos. La Iglesia primitiva recibió una enseñanza clara y directa sobre el escándalo de la superioridad.

Además, estos tiempos de adoración eran ocasiones para que los líderes de Israel recibieran un respaldo amante y práctico. Los levitas que servían como sacerdotes en las comunidades locales debían ser bien recibidos a los sacrificios, de modo que compartiesen las comidas con los otros adoradores. Como hemos visto, carecían de *parte y heredad* (12) tribales, de modo que, al no tener campos propios, dependían totalmente para su sustento de los dones voluntarios del pueblo de Dios. También a ellos había que alimentarlos: *Ten cuidado de no desamparar al levita en todos tus días sobre la tierra* (19). La adoración cristiana también es un momento en que ofrendamos nuestro dinero a aquellos involucrados en el servicio del Señor, en nuestro país o fuera de él. Ofrendar a esta obra es un tema que aparece en otros contextos más avanzados del libro. Era demasiado importante como para que Moisés lo tratase en una o dos frases.

f. La adoración coherente

Este notable pasaje también deja claro que la adoración tal y como la define la Biblia no queda restringida a lugares y ceremonias específicas; abarca toda la vida. La conducta incoherente niega la actividad más ardiente y correcta de la adoración pública. A Dios no sólo le interesa lo que decimos los domingos, sino cómo vivimos el resto de la semana. Como parte de su mensaje, la referencia de Moisés a los sacrificios le lleva de forma natural al tema importante de matar animales para el sustento cotidiano. Dios dice a su pueblo que, cuando entren en la tierra, *conforme a lo que deseaste podrás comer* (20). Tales son los dones de Dios para su pueblo (15), y no los de ellos para Él. Por tanto, matar animales para su consumo diario no formaría parte del ritual cultural para el que los participantes tuvieran que estar ceremonialmente limpios. Esta actividad podían realizarla y consumir la carne tanto *inmundos* como *limpios* (15, 22) por un igual. Además, los animales como la *gacela* o el *ciervo*, que no eran ofrenda permisible para los sacrificios, podían usarse para alimento del pueblo hebreo.

Sólo había una norma que regulase estas leyes alimentarias: cuando se matara al animal, debía desangrarse por completo antes de consumirlo (16, 23). El mandamiento reiterado de *sobre la tierra la derramaréis como agua* (16, 24) pretendía enfatizar que la

vida pertenecía esencialmente a Dios. Para la Biblia, «la vida de la carne en la sangre está». Del mismo modo que Dios lo había dado era necesario devolvérselo, y esta idea se reflejaba simbólicamente en el acto ritual de verter la sangre en la tierra. Era una forma especialmente vívida de dársela a Él, como David vertió el agua de Belén en tierra porque sus amigos habían arriesgado su vida por traérsela.²⁸ Era demasiado preciosa como para beberla; debía dársela a Dios. Así que, aunque se matara a los animales para consumir su carne, en el proceso había un factor de sacrificio y acción de gracias, una admisión de que Dios era el creador y dador de todas las cosas buenas. Quizá también conservaba la idea de que la adoración nunca debe confinarse a lugares concretos. Esto trazaría una distinción falsa entre lo sagrado y lo secular. Toda la vida debe ser adoración. Nuestros hogares, así como nuestras iglesias, deben ser lugares donde se honre, ame y sirva a Dios.

Antes de concluir su exposición sobre la adoración, Moisés vuelve al tema de la adoración falsa (12:29–13:18). La idolatría no desaparecerá cuando el pueblo cananeo abandone el territorio. La tentación de hacer imágenes y adorar a los dioses falsos volverá siempre de una forma u otra. Sin embargo, si el pueblo ignoraba la Palabra de Dios sobre este asunto, al final indicaría prácticamente el final de su relación con Jehová. Estos asuntos tienen una importancia vital, y hay que advertir a la congregación sobre las tentaciones insidiosas que podría encontrarse. Bien pudiera ser que en la comunidad surgieran algunas personas peligrosas que tuvieran la intención de apartarles del mandamiento explícito de Dios sobre este asunto. Se enfrentarán a diversas trampas: *guárdate que no... preguntes acerca de sus dioses, diciendo: De la manera que servían aquellas naciones a sus dioses, yo también les serviré* (12:30).

Moisés advierte (13:1–18) que las tentaciones pueden proceder de tres lugares; la idolatría puede presentarse como una opción atractiva en un contexto religioso (1–5), doméstico (6–11) o comunitario (12–18). Es posible que las generaciones posteriores tengan que bregar con tentaciones públicas, secretas o convincentes.

La tentación pública (1–5) que puede parecer genuina puede provenir del oráculo de *un profeta* local o un *soñador* [intérprete] *de sueños*, que invite al pueblo a *ir en pos de dioses ajenos*. Este tipo de influencia es especialmente peligrosa, sobre todo si ese profeta ya ha dado al pueblo una *señal* o *prodigio* anterior (1–2), presumiblemente para demostrar la autenticidad de su mensaje. La aparición de manifestaciones sobrenaturales no autentifica de inmediato el mensaje del profeta. El pasaje subraya que la teología siempre debe tener prioridad sobre «las señales y prodigios». Al invitar a las personas a adorar a los ídolos, este profeta taumaturgo aparta al pueblo de su Dios del éxodo.

Es dentro de este contexto cuando se dice al pueblo de Dios que no debe *añadir* ni *quitar* de la Palabra de Dios (12:32) tal y como ésta aparecía en los mandamientos del pacto. Ni siquiera un milagro o una señal que se *cumple* debe motivar un cambio de forma de pensar sobre este tema esencial. Después de todo, el Egipto idólatra tuvo sus magos en determinadas ocasiones, que hacían «señales» tan eficaces como las que hacía Moisés. Es posible que dentro de los círculos de la magia negra, o en el espiritismo, tengan lugar ciertas «señales» o milagros pero Dios prohíbe por completo

este tipo de actividades. Las «señales» no santifican estas prácticas. Las «maravillas» sólo aumentan el peligro. Dios no ha cambiado de opinión sobre lo que dijo.

Dios ha dicho claramente que no debe haber otros dioses, de manera que si el profeta les invita a desobedecer al mensaje revelado de Dios sobre este punto, es un idólatra, un maestro de *rebelión* (5). Si ellos rehúsan hacer lo que manda el profeta, habrán superado una prueba crucial, demostrando su fidelidad completa al Señor. El profeta ofensor, que ha usado unos medios religiosos para alcanzar un fin inmoral, debe ser ejecutado. La sentencia es deliberadamente severa y no hace concesiones. Si aquel hombre prosigue con su actividad malvada y siniestra, puede desviar a miles de personas inocentes, que creen sinceramente que el Señor le ha transmitido «otra palabra». Su presencia en la comunidad local es un mal pernicioso que debe eliminarse de en medio de ellos. Él profesa hablar por Dios, pero es un agente del mal. Debe *ser muerto*, para que otros vivan. Mediante sus pretendidas revelaciones no conduce a nadie a la presencia de Dios; les incita deliberadamente a *apartarse del camino* en que Dios les mandó que anduviesen.

La invitación «secreta» (6–11) tiene lugar dentro de la intimidad segura de la vida familiar, o de alguna relación estrecha con un amigo querido. Entonces, ¿qué pasa cuando los seres que tenemos más cercanos nos invitan a *ir y servir a dioses ajenos* (6)? Por cercano que esté este amigo o familiar, es una influencia destructiva que ha intentado *apartarte de Jehová tu Dios* (10). Si tiene lugar semejante ofensa, la ejecución del ofensor servirá como elemento disuasorio dentro de la sociedad: *Para que todo Israel oiga, y tema, y no vuelva a hacer en medio de ti cosa semejante a esta* (11).

La tentación «convinciente» (12–18) es bastante distinta. No es un mensaje seductor, atrayente, susurrado con calma por algún amigo de confianza. Lo que se tiene en mente aquí es la actividad más estridente, incluso amenazante, de *hombres impíos* (13), que al final conducen a la idolatría a toda una ciudad.

Es importante entender cómo estos principios básicos de justicia se esbozan en estas tres narrativas. En el primer caso, el pasaje describe la gravedad de la ofensa. Deja bien claro que se trata de un crimen contra Dios. Las prácticas idólatras son *rebelión contra Jehová* (5). En segundo lugar, la idolatría es un pecado contra el pueblo. Le hace *apartarse del camino* de los mandamientos de Dios (5). Además, es una muestra de flagrante ingratitud porque le aparta del Señor que le ha redimido (5, 10). Ellos han sido librados de una forma de *esclavitud*, y no deben sustituirla por una tiranía aún mayor. Aparte de esto, se trata de un crimen cometido en oposición directa a la ley de Dios. Por eso tales advertencias se expresan con tanta fuerza, y también por eso el castigo es tan severo. Dios espera que la idolatría no tenga lugar dentro de Israel, pero si lo tiene, los ofensores no podrán decir que no eran conscientes de su gravedad.

Sin embargo, a pesar de que todo el mundo sabe que la ofensa es destructiva desde el punto de vista religioso, moral y social, el crimen debe probarse antes de emitir sentencia alguna: *tú inquirirás, y buscarás y preguntarás con diligencia*, para averiguar si es *cosa cierta, que tal abominación se hizo en medio de ti* (14). El Señor es un Dios de verdad, y los acusados de prácticas idólatras deben tener la oportunidad de defenderse; es posible que les hayan malentendido, o que alguien haya mentido

deliberadamente para perjudicarles. No obstante, si se demuestra la culpabilidad de los tales, entonces ellos y quienes les hayan seguido serán castigados con la muerte, y todos y cada uno de sus arreos deben quemarse junto con la ciudad que ha olvidado a Dios: *llegará a ser un montón de ruinas para siempre* (16). Si tuviera lugar una apostasía tan trágica, las generaciones posteriores deben saber lo grave que es, de modo que obedezcan *a la voz de Jehová tu Dios, guardando todos sus mandamientos... para hacer lo recto ante los ojos de Jehová tu Dios* (18).

2. Honrar a Dios con nuestra conducta (14:1–21)

Hijos sois de Jehová vuestro Dios... (1–2). Por tanto, Israel deberá abstenerse de varias cosas. El Señor espera que su pueblo sea distinto de sus vecinos, pero antes de explicar la diferencia única, se define su relación especial con Dios. Ellos son el pueblo de su pacto: muy amados (*hijos*); apartados para su servicio (*pueblo santo a Jehová*); elegidos (*Jehová te ha escogido*); y con un valor único (*para que le seas un pueblo único de entre todos los pueblos que están sobre la tierra*). En consecuencia, sus vidas deben llevar la marca de la propiedad especial de Dios. Aquí, como en el resto de la Escritura, a los hijos de Dios se les exhorta a ser lo que son. No deben permitir que el mundo que los rodea dé forma a sus estándares y sus valores. Si realmente son hijos e hijas de Dios, su conducta cotidiana se verá afectada de diversas maneras. Aquí aparecen dos temas concretos: qué deben hacer con sus cuerpos, y qué ponen en sus mesas. Algo básico para ambas prohibiciones (una breve, la otra extensa) es la santidad del cuerpo. Refleja la actitud distintiva de la Biblia frente al cuerpo humano. Para los griegos, el «alma» era el aspecto más importante de la personalidad humana; el cuerpo era una cárcel en la que el alma estaba cautiva. Sin embargo, el pueblo hebreo no debía menospreciar el cuerpo. Dios lo creó y vio que, como el resto de su creación, no era malo sino «muy bueno». El cuerpo sigue siendo «bueno», la esfera de la actividad humana dentro de la cual podemos glorificar a Dios.

a. Qué hacer con vuestros cuerpos (14:1–2)

El primer efecto de ser santo es una prohibición relativa al cuerpo que, claramente, refleja las costumbres paganas del pueblo cananeo y de las naciones circundantes. Prohíbe mutilarse en los periodos de duelo: *No os sajaréis, ni os raparéis a causa de muerto* (1). Un mandamiento de este tipo encaja muy bien tras las serias advertencias del capítulo anterior sobre la idolatría, e incluso puede anticipar el peligro del culto a los antepasados. Aun si no levantan imágenes prohibidas, pueden sentirse tentados a adoptar algunas de las costumbres paganas y las tradiciones impías de sus vecinos. Una de ellas era cortarse el cuerpo con piedras afiladas o cuchillos, o raparse el cabello como señal de duelo o en momentos de gran angustia.³¹ Un texto ugarítico describe vívidamente un ritual de duelo cananeo:

Corta sus mejillas y barbilla, lacera sus antebrazos.

Hace surcos en su pecho cual en un jardín;
Lacera su espalda como un valle.

Las costumbres paganas de este tipo aún se practican en ciertas zonas de Nueva Guinea, donde la persona que ha perdido a un ser querido, como señal de duelo, puede amputarse la falange de un dedo. En el mundo antiguo, estas formas de automutilación formaban parte clara de la religión pagana, y se pensaba que tenían un efecto mágico. Dios prohíbe directamente esta forma de responder al duelo.

Esta enseñanza es notablemente importante a finales del siglo XX. Es poco probable que participemos en ritos funerarios del tipo descrito aquí, pero existe más de una manera de mutilar el cuerpo. ¿Por qué prohíbe Dios estas prácticas, antiguas o modernas? Porque le deshonran, nos perjudican y dan una impresión equivocada a nuestro prójimo.

En primer lugar, estas prácticas ofenden al propio Dios. Él nos dio el cuerpo, y este regalo incalculable no debe mutilarse ni dañarse. El apóstol Pablo describía el cuerpo del cristiano en términos trinitarios. Había que glorificar a Dios en él; puede servir como los miembros de Cristo, y es el templo del Espíritu de Dios. Tristemente, es posible profanar este templo. Dios nos dio nuestro cuerpo, y no podemos usar mal sus dones.

En segundo lugar, tales prácticas pueden perjudicarnos irreparablemente. Desde el punto de vista físico, no está bien usar incorrectamente el regalo de Dios y ser indiferentes al hecho de que Él lo creó. Somos sus mayordomos. El cuerpo humano es propiedad suya, y espera que lo «administremos» correctamente y con respeto. Por este motivo, cualquier actividad que pueda perjudicar al cuerpo debe ser ofensiva para Dios.

Nuestras tentaciones de mutilarnos son totalmente distintas a las de los cananeos, pero no son menos reales. El consumo de drogas es una de las tragedias más graves de nuestros tiempos. Una reciente esquela en *The Times* concluía el relato de la vida de una famosa estrella del pop con estas palabras: «Después prosiguió con su carrera, pero de una forma cada vez más irregular, hasta que su adicción a las drogas acabó con él». Se sabe que fumar es perjudicial, y es una de las principales causas del cáncer de pulmón. El alcoholismo va en aumento. En el Reino Unido, más de siete millones de personas beben más de la cantidad semanal de alcohol tolerable, y en torno al medio millón de éstas consumen una cantidad peligrosa. El problema es especialmente grave entre los adolescentes. Hemos de recordar que nadie empieza a beber con la ambición específica de convertirse en un alcohólico. En semejante sociedad, muchos cristianos se abstienen deliberadamente de tomar bebidas alcohólicas, para no hacer tropezar a otros.³⁶ Los hábitos alimenticios inadecuados, excesivos o insensatos pueden perjudicar también a nuestro cuerpo; éstas son técnicas de automutilación modernas, que a menudo conducen a enfermedades innecesarias. Las relaciones sexuales extramatrimoniales pueden ser perjudiciales no sólo física, sino también moral, psicológica y emocionalmente. En unos tiempos como los que corren, con la extensión del sida y la gravedad creciente de las enfermedades de transmisión sexual, este mal uso del cuerpo puede ser totalmente autodestructivo.

En tercer lugar, las prácticas que usan mal el cuerpo inducen a error a nuestros coetáneos. El Señor espera de nosotros que seamos diferentes... y el mundo incrédulo también. Los creyentes no deben conformarse «a los patrones de este mundo», sino «transformarse» mediante la renovación interior de sus mentes. Quienes pertenecen a Cristo tienen una escala de valores distinta. Ya no vivimos para nosotros, sino para el Cristo que murió por nosotros. Si maltratamos nuestros cuerpos, estaremos viviendo exactamente igual que los incrédulos.

Recordamos que estas costumbres paganas de la automutilación se realizaban *a causa de muerto* (1). Así es como se comportaban los paganos cuando la muerte les arrebatava a un ser querido. El modo en que reaccionen los cristianos ante la muerte puede ser un testimonio muy persuasivo de su confianza en Cristo. Si «nos entristecemos como los que no tienen esperanza», actuamos como si más allá de la tumba no hubiera nada, y como si Cristo no hubiese resucitado de entre los muertos.³⁹ Los incrédulos nos observan de cerca cuando estamos pasando por problemas. «Leen» nuestra fe con mucha mayor intensidad cuando pasamos un mal momento. Si reaccionamos exactamente igual que los no creyentes, les resultará difícil creer que nuestra fe merece la pena.

b. Qué ponemos en nuestra mesa (14:3–21)

Esta sección nos introduce a las leyes alimentarias que gobernaban la vida diaria de los israelitas: *Nada comeréis... eso podréis comer* (3–4). Puede que nos choquen o intriguen las restricciones dietéticas de este tipo, aunque dan testimonio de que los principios espirituales eran tan importantes en los hogares privados como durante las reuniones de adoración públicas. Ellos no creían en la religión compartimentada, en la que algunas cosas eran sagradas y el resto seculares. La obediencia a Dios era tan necesaria para la vida familiar como para la congregación que se reunía para adorar en el tabernáculo o el templo. A Dios le interesaba la vida global, no sólo la religión.

La enseñanza del Nuevo Testamento deja claro que ya no tienen que inhibirnos las restricciones alimentarias de este tipo. No podemos estar del todo seguros de por qué para los israelitas algunos animales, pescados y aves eran *impuros* (11) y otros *puros* (7), pero debía haber sólidos motivos que respaldasen las prohibiciones. La elección de determinados alimentos no pudo ser arbitraria. Toda la creación era «buena», pero los reglamentos precisos pudieron estar determinados por consideraciones sanitarias o religiosas.

Es posible que el factor crucial fuera la salud física de los israelitas. La explicación de que el animal *puro* es aquel *que rumia* (6) sugiere la posibilidad de que existieran motivos higiénicos tras las diversas prohibiciones. Por ejemplo, los cerdos y las aves de presa serían alimentos fácilmente infectados. El cerdo que no se ha cocinado lo suficiente sigue siendo un peligro para la salud. Los experimentos médicos han demostrado que los alimentos prohibidos contenidos en esta lista presentan un nivel de sustancias tóxicas muy superior al que es aconsejable para el consumo humano. El mandamiento de que los israelitas no comieran nada que encontrasen ya muerto (21)

probablemente se derivó de una norma anterior, la de no comer sangre (12:23). Por este motivo, estos alimentos podían entregarlos a quienes no estuvieran sujetos por las normas del pacto: *al extranjero que está en tus poblaciones la darás*. La prohibición de comer animales que no hubieran sido sacrificados puede respaldar aún más la idea de que en este caso a Dios le preocupaba especialmente la salud de su pueblo. Moisés fue uno de los primeros agentes de salud pública del mundo. A Dios le preocupan temas como la higiene social. Los alimentos contaminados son un peligro especial para el bienestar de cualquier sociedad, y el Señor quería proteger a su pueblo de todo perjuicio físico.

Otros sugieren que estas normas iban destinadas a protegerles de peligros espirituales. Estas reglas pueden deberse a factores religiosos. Se sabe que muchos de los animales, peces y aves prohibidas estaban asociados con las religiones paganas y sus rituales y sacrificios. El cerdo jugaba un papel preponderante en algunas religiones cananeas y sirias. Los hititas solían sacrificar a un lechón para proteger de una maldición a los adoradores. En Egipto veneraban a ciertos peces. En diversas partes del Oriente Próximo antiguo consideraban a la serpiente una diosa de la fertilidad. La prohibición de *no cocer el cabrito en la leche de su madre* (21) refleja, probablemente, los ritos cananeos de la fertilidad. Ellos debían evitar estas prácticas duras y corruptas. El texto señala la práctica hebrea de separar la carne de los alimentos lácteos, un hecho que sigue formando parte de la dieta del judaísmo contemporáneo. Los cristianos no consideran necesario tener estas restricciones, pero la mayoría de creyentes respaldaría el principio subyacente en ellas; cada vez que una familia israelita se sentaba a comer, los propios alimentos les recordarían las realidades espirituales y la necesidad de obedecer.

Lo más importante de todo es que estas normas pueden ser, simple y llanamente, otro medio para el Señor de inculcar a su pueblo el deber de tener un estilo de vida distinto al de sus vecinos paganos. Estas reglas eran un vehículo para un testimonio recurrente; dejaban clara regularmente la prioridad de que la voluntad de Dios debe ser siempre lo primero. Si el Señor les exigía algo, entonces, tanto si lo entendían plenamente como si no, debían hacerlo sin reservas.

3. Honrar a Dios por medio de nuestra ofrenda (14:22–29)

Las obligaciones del pacto relativas a la adoración afectaban a la relación entre el creyente y *Dios*. Las prohibiciones alimentarias estaban relacionadas con el buen cuidado de *sí mismos*, tanto física como espiritualmente. Estos versículos nos recuerdan que nuestras vidas espirituales tienen una dimensión más: nuestra responsabilidad hacia *otros*. A los israelitas se les exigía que apartasen el *diezmo* (22) de su producción, como ofrenda para el Señor. Los alimentos de mayor calidad debían llevarse al santuario indicado, *el lugar que él escogiere* (23), para que todos los miembros de la familia los comiesen y disfrutasen (26).

Cuando llegara el momento de la comida de celebración, debían tomarla

agradecidos. Era demasiado fácil dar por hecho las bendiciones de la vida. Se les dijo que aquel era un recordatorio de la manera en que Dios les había bendecido (24). Ésta era la oportunidad de reconocer ante otros que Él les había ayudado en su trabajo cotidiano (29). Él les había dado el territorio en el que crecían los alimentos, la fuerza para arar el suelo, el sol y las lluvias. Sin su ayuda, no habría habido cosecha. De modo que había que tomar los alimentos no sólo en compañía de los demás, sino *delante de Jehová* (23), como un reconocimiento público de su bondad y generosidad. Si estaban demasiado lejos del santuario como para llevar hasta él los alimentos, debían canjearlos por dinero (25) y adquirir luego la comida necesaria para comer juntos, como familia, en el santuario. Debían poner en su mesa todo lo que desearan (26), para recordar la satisfacción de sus necesidades familiares por parte de Dios. Era un momento para que las familias se *alegraran* (26) al disfrutar de las abundantes bendiciones del Señor.

Además, cuando llegara esta celebración, las familias debían compartir generosamente sus alimentos. La sección anterior del capítulo enfatiza que, dado que el Señor es santo, su pueblo también debe serlo (2). El Señor es generoso, y su pueblo ha de serlo (27, 29). Estas reuniones eran oportunidades para compartir con otros los dones de Dios. Los levitas, los sacerdotes locales, debían ser invitados, porque, como hemos visto, no se les había concedido una tierra que labrar. Como debían tomarse los alimentos en un santuario central, los sacerdotes que ministrasen en un lugar tan importante para la adoración recibirían sin duda alimentos suficientes. Sin embargo, los sacerdotes locales no compartirían esos beneficios a menos que se hiciera provisión especial para ellos. El Señor, por su gran amor y ayuda generosa, pensó en este detalle y dio instrucciones explícitas al pueblo para que cuidasen de los sacerdotes de la comunidad local: *Y no desampararás al levita que habitare en tus poblaciones; porque no tiene parte ni heredad contigo* (27).

Cada tres años debía celebrarse esta comida localmente. Se dijo al pueblo hebreo que trajera los frutos de su cosecha y *lo guardara en sus ciudades* (28). En tales ocasiones, no sólo había que compartir la comida con los sacerdotes locales, sino también con *el extranjero, el huérfano y la viuda que hubiere en tus poblaciones*. Además, éstos debían *comer y ser saciados* (29). A Dios le preocupaba mucho el bienestar de todo su pueblo, ricos y pobres, y el pueblo debía compartir esa actitud altruista. Ya hemos visto que en este libro el cuidado de Dios de los pobres juega un papel importante. Olvidarles no sólo es desconsiderado y manifiesta una falta de amor; es un pecado (24:15).

Estas obligaciones legales se basaban en unos cimientos doctrinales firmes. Recordaban a cada miembro de la comunidad local el cuidado providencial y la fidelidad del Señor. Fueran cuales fuesen las circunstancias, todos serían conscientes de su dependencia constante de Dios: el trabajador sano, por lo que daba al Señor; el necesitado (*extranjero, huérfano, viuda*) por lo que otros le daban.

Deuteronomio 15:1–16:17

13. LAS FIESTAS DE ALABANZA

1. Cada siete años (15:1–18)

Este pasaje subraya aún más dos principios importantes que ya han aparecido en el libro: el interés de Dios por el individuo y su compasión por los necesitados.

Podríamos pensar que, dada la insistencia sobre el bienestar de *toda* la comunidad, fácilmente se podría haber pasado por alto al israelita individual. Aunque el Señor estaba creando un «pueblo» (14:2), esto no quería decir que se menospreciara o no se tuviera en cuenta a los individuos. A los ojos de Dios todos los hombres, mujeres o niños, ricos o pobres, tenían un valor infinito (porque todos le pertenecen), y hay que tener un cuidado especial en satisfacer sus necesidades distintivas.

Además, aunque este libro tiene mucho que decir sobre el bienestar prometido al pueblo de Dios, también anticipa las necesidades de los destituidos y los oprimidos. La Escritura es notable por su realismo; ciertamente no garantiza el éxito material de quienes ponen a Dios antes que nada. Algunas de las personas más santas de la historia cristiana se han enfrentado a épocas de problemas económicos y serias privaciones.

Quienes honran a Dios aceptan fácilmente sus prioridades, poniéndolas por delante de las propias. Si Él cuida de los necesitados, ellos también lo harán. La «comida de celebración» del capítulo anterior ilustra esta provisión especial para los extranjeros, los huérfanos y las viudas; pero Dios también se interesa por las personas marginadas que podía haber en toda comunidad israelita. Aquí se mencionan de una forma especial tres clases: los deudores, los pobres y los siervos. Estas personas debían beneficiarse de aquel año de liberación que se celebraba *cada siete años* (1). Esto garantizaba su ayuda y su respaldo prácticos.

a. El deudor (15:1–6)

En el mundo antiguo, la deuda raras veces se debía a los gastos irresponsables. Un año, una mala cosecha podía causar problemas a cientos de familias. La muerte repentina podía arrebatarse a un hogar, hasta el momento acomodado, la figura del padre, un gran trabajador. Al cabo de un tiempo, a la madre podría resultarle muy difícil mantener a sus hijos pequeños. En tales circunstancias, sería demasiado fácil incurrir en deudas. Una vez crecieran lo bastante, a los niños se les podía vender como esclavos para pagar las deudas. Tras haber perdido a su marido, la viuda se quedaba entonces

sin sus hijos.

Esta situación no es fruto de la imaginación. Esta combinación de deuda, pobreza y esclavitud potencial se detalla con exactitud en una narración del Antiguo Testamento, que describe cómo el profeta Eliseo fue el instrumento de Dios para ayudar de forma práctica a una familia concreta en un momento de grave crisis financiera. Fue precisamente para superar esta situación por lo que Dios dio estas instrucciones a su pueblo, una serie de normas y estatutos compasivos que una vez Thomas Cameron definió como «las leyes del amor del Antiguo Testamento».⁴

Al final de cada séptimo año, *perdonará a su deudor todo aquel que hizo empréstito de su mano, con el cual obligó a su prójimo* (2). La ley insistía en que cada siete años la tierra debía quedar en barbecho, como testimonio de que el Señor era el verdadero dueño de aquella propiedad.⁶ Tenía derecho a ordenar un descanso sabático. Era posible que ese año los deudores no pudieran ganar lo suficiente como para devolver sus deudas, de modo que en aquel momento éstas tenían que «dejarse ir» (el significado literal del verbo hebreo que significa *cancelar*, o «liberar»).

Algunos sugieren que, aquel año, la cancelación de las deudas era total. Sea cual fuere la cantidad, la deuda se borraba por completo de los libros del acreedor, y a los deudores se les «dejaba ir» libres de toda responsabilidad futura. Otros creen que los deudores sólo quedaban exentos de la responsabilidad de pagar ese año, dándoles así más tiempo para devolver el dinero sin tener al acreedor pisándole los talones constantemente o amenazándole con convertir a sus hijos en esclavos. Se apuntan cuatro motivos por los cuales los acreedores deben ser generosos con sus compatriotas israelitas: deben recordar la bondad de Dios, obedecer su Palabra, confiar en su promesa y amar a su pueblo.

Deben recordar la bondad de Dios

A los ojos de Dios, todos los acreedores son deudores. Sin sus dones generosos, también ellos estarían sumidos en la más despreciable de las miserias. Si tienen bienes materiales es porque el Señor les ha bendecido en la tierra que les ha dado (4). Si Él les ha tratado con generosidad, ellos no deben maltratar a otros.

Deben obedecer la Palabra de Dios

Esto no era una exhortación, sino una orden. A los acreedores se les dice que deben *escuchar fielmente* la voz de Dios, y *guardar y cumplir los mandamientos* (5). El Señor había cumplido su parte del pacto, dándoles lo que había prometido (*como te ha dicho*, 6); ellos deben cumplir la suya haciendo lo que Él diga. Su obediencia podría eliminar toda pobreza dentro de la comunidad. Esto es para que *no haya en medio de ti mendigo... si escuchares fielmente la voz de Jehová tu Dios* (4–5).

Deben confiar en la promesa de Dios

La obediencia al mandamiento exigía un acto de fe por parte del acreedor. Si, durante aquel año, no persistía en su insistencia para recaudar la deuda, ¿cómo podía estar seguro de que no tendría necesidad? La promesa está clara: *Ya que Jehová tu Dios te habrá bendecido, como te ha dicho* (6).

Deben amar al pueblo de Dios

El tema de la relación es tremendamente importante. El acreedor no debe considerar a su hermano israelita como un deudor que le agota, que le irrita y le sale caro. Aunque el deudor deba un dinero, no se le puede convertir en enemigo. El desafortunado deudor es *prójimo* y, lo que es más, *hermano* (2, 3), y está unido al acreedor por los vínculos del amor y la lealtad. Acreedor y deudor, por un igual, son miembros de la familia de Dios, y ambos tienen a un Padre que les cuida.

Hemos de preguntarnos si este pasaje tiene algo que decirnos sobre la deuda, teniendo en cuenta nuestro contexto socioeconómico tan diferente. Hoy día se dice que la deuda personal, en el Reino Unido, ronda las 2300 libras por hogar (excluyendo la hipoteca), de modo que dentro de nuestra sociedad contemporánea se trata de un problema candente. Aunque no podemos transferir mecánicamente las normas y estipulaciones de estos versículos de un entorno agrícola israelita a una sociedad tecnificada de finales del siglo XX, el pasaje contiene presuposiciones y prioridades que son tan importantes ahora como cuando se dictaron.

Primero, hemos de hacer todo lo posible para vivir como administradores responsables de los recursos que Dios nos ha dado, y para vivir dentro de nuestras posibilidades económicas. Aunque las palabras *tú no tomarás prestado* (6) son, en este pasaje, una manera vívida de describir la prosperidad prometida a Israel, también reflejan el ideal de Dios: que, en nuestros asuntos financieros, no dependamos de otros. Por supuesto, todos admitimos que en la sociedad moderna todos aquellos que quieren comprarse un piso se ven obligados a pedir un préstamo, una hipoteca, pero, dada esa necesidad, los individuos y las familias deben garantizar que este patrón no se convierta en una costumbre, incurriendo así en una deuda cada vez mayor.

En segundo lugar, los cristianos deben ayudar a otros a gestionar sus asuntos financieros. Quienes trabajan entre los jóvenes deberían incluir alguna enseñanza sobre los temas de este tipo, de modo que el contenido ético del mensaje cristiano no se centre sólo en cuestiones negativas, sino que tenga una salida práctica. Mucha de la enseñanza ética entre cristianos no incluye suficiente ayuda como para abordar algunos de los problemas sociales más graves de nuestros tiempos: la vida familiar, las relaciones rotas, el estrés, el alcoholismo, el sexo y el uso del dinero. En relación a este último tema, se calcula que menos del 15% de la población británica contemporánea sabe presupuestar, de modo que en nuestras iglesias, igual que fuera de ellas, existe una gran mayoría que no sabe cómo hacerlo. Hay buenos cursos disponibles para los cristianos sobre la administración del dinero, y la propia Escritura nos ofrece pautas claras sobre el uso correcto de nuestros recursos. Esta enseñanza puede retar, informar

y animar a muchos creyentes que luchan con problemas de deudas importantes, aparte de ayudar a otros (en especial, los jóvenes) a evitar esos riesgos en un mundo en que muchos se sienten tentados a comprar impulsivamente. Hay algunas iglesias que han creado centros de asesoramiento en sus propios locales, donde las personas que tienen graves problemas financieros pueden obtener la guía necesaria.

En tercer lugar, a la luz de este pasaje, es evidente que no es bíblico, correcto ni compasivo hacer nada que induzca a una persona a incurrir en deudas. Esto puede significar que, dentro de las relaciones familiares, no pretendemos tener un estilo de vida que supere nuestros ingresos predecibles. También puede tener repercusiones en el trabajo. Los cristianos deben hacer todo lo posible para garantizar que su empleo no incite a nadie a comprar a crédito, una situación que luego puede volverse una carga insostenible, convirtiéndonos así en agentes de la infelicidad familiar mucho después de que se hayan firmado los documentos necesarios.

b. Los pobres (15:7–11)

La pobreza no es necesaria en la economía de Dios (4), pero el Señor sabe que no todo el mundo obedecerá su Palabra sobre este punto: *Porque no faltarán menesterosos en medio de la tierra* (11). El pecado humano es tal que siempre habrá personas codiciosas y egoístas. Por consiguiente, hay que proveer algunas normas para tratar a los necesitados: *Cuando haya en medio de ti menesteroso de alguno de tus hermanos...* (7). El Señor sabe que las personas amables y generosas nunca serán mayoría, de modo que este pasaje tiende a dirigirse al avaro innato, no tanto al benefactor potencial. A las personas codiciosas de la comunidad hebrea se les dice que eviten cuatro peligros: un corazón duro, una mano cerrada (7), un pensamiento malo (9) y un espíritu mezquino (10).

A los israelitas que hayan sido bendecidos por Dios se les dice que, si son conscientes de la pobreza de uno de sus *hermanos*, no deben *endurecer su corazón* (7). Ignorar las necesidades del *hermano pobre* (7) es una ofensa grave contra Dios (9). Si Dios siempre cuida de los pobres, los ricos no deben evitarlos.

Los ricos tampoco deben eludir la ayuda a sus hermanos. Se les dice que no deben *tener el puño cerrado*, sino *la mano abierta* (7–8, 11), ayudando con alegría, aunque sea mediante un préstamo, a un miembro necesitado de la misma familia espiritual.

Todo aquel que sea realmente mezquino dudará en prestar nada si se acerca el «año de la liberación», ¡porque es posible que no recupere su dinero! Por tanto, se le advierte contra este *pensamiento perverso*, y se le urge a tener un corazón generoso, tanto si le devuelven rápidamente el dinero como si no. No hacerlo es un *pecado* (9) contra el Señor. Sin embargo, aun cuando acceda al préstamo, también es importante el espíritu con el que éste se dé.

Si la persona acomodada decide ayudar a los pobres, no basta con darles el dinero que necesitan. El modo en que se preste esa ayuda es tan importante como la ayuda misma. A Dios le interesa lo que hay en nuestros corazones, no sólo en nuestras manos. El benefactor no debe adoptar un espíritu remiso frente al *hermano pobre* al que

pretende ayudar. A Dios le interesa tanto la motivación como la obediencia. No quiere que nadie ayude a otros con un espíritu que no desea hacerlo: *Sin falta le darás, y no serás de mezquino corazón cuando le des* (10). El apóstol Pablo recordaba a los corintios que «Dios ama al dador alegre».

Este tipo de enseñanza no queda restringido a la conducta de los israelitas antes de la conquista. Los profetas del siglo VIII retomaron estos temas con un interés social muy intenso, y hoy día siguen siendo muy importantes. La falta de hogar es uno de los problemas más agudos de nuestra generación, y los cristianos comprometidos no pueden pasar por alto el mandamiento del Señor en estos versículos. En el Reino Unido, el número de gente sin hogar se ha duplicado en los últimos once años, y el problema es diez veces peor de lo que lo fue hace treinta años; hay más de 1000 familias que acuden cada día a las autoridades locales en busca de ayuda. Los despidos obligatorios y el paro extendido dan como fruto el reciclaje diario de las viviendas. De las 9'1 millones de solicitudes de préstamo, más de medio millón llevaban dos meses de atraso en el pago, y la mayoría de éstas correspondían a gente que compraba su primera vivienda. Los creyentes que se toman en serio la Palabra de Dios en estos versículos deben manifestar su interés de forma práctica, fomentando las actitudes responsables frente a la administración del dinero, aparte de mediante una participación activa en las iniciativas locales y los proyectos comunitarios para la gente sin hogar. Los cristianos deben usar su influencia para aliviar este alarmante problema social de finales del siglo XX, y ofrecer la ayuda eclesial o personal, en todo lo que sea posible, a las personas necesitadas.

c. El siervo (15:12–18)

Es importante que nos demos cuenta de que, cuando leemos las normas relativas a los «siervos» en la sociedad israelita no debemos pensar en ellos como víctimas de una implacable opresión, como quienes sufrieron crueles indignidades en siglos posteriores. Su situación se parecía más a «vivir empleado» dentro de una familia extendida. Hemos de recordar que las instrucciones de Dios para beneficio de los extranjeros comprados como «esclavos» era que se circuncidaran, es decir, que se convirtieran en hermanos y coherederos de todas las promesas y salvaguardas del pacto. Tal y como dejan claro estos versículos, muchos que empezaron su servicio doméstico obligados estaban demasiado a gusto con sus amados señores como para abandonar su hogar cuando llegaba a su fin el término estipulado del contrato de servicios.

Los hebreos cuyas circunstancias financieras les obligaban a entrar en este tipo de servicio doméstico, sólo podían desempeñarlo seis años. El séptimo año debía ser el de su liberación. Además, cuando el siervo dejaba el servicio de su señor, debía despedírsele con un generoso regalo. Si se despedía al siervo sin darle una ayuda para solventar su futuro inmediato, no pasaría mucho tiempo antes de que contrajese nuevas deudas y se viera obligado a convertirse de nuevo en siervo. Por consiguiente, el siervo liberado debía abandonar la casa de su señor habiéndosele tratado *liberalmente* (14), dándole una buena cantidad de alimentos y bebida. Se debía permitir al siervo

abandonar la casa de su amo con estilo, con presentes dignos que adornasen su partida. Si, al final del periodo de seis años, el siervo no quiere abandonar el servicio a su señor, debe someterse a una sencilla ceremonia en la cual se le taladra la oreja como símbolo de sumisión voluntaria. Estas sencillas leyes relativas al trato de los siervos estaban gobernadas por tres principios espirituales.

Primero deben recordar lo que han recibido: *Le abastecerás liberalmente... de aquello en que Jehová te hubiere bendecido* (14). La generosidad del Señor con ellos sin duda les motivará a ser buenos con otros. Si no fuera por la generosidad del Señor, también ellos serían pobres.

En segundo lugar, deben recordar lo que han padecido: *Y te acordarás de que fuiste siervo en la tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te rescató* (15). Moisés dijo al pueblo que sus corazones debían servir a los demás porque, sólo una generación antes, toda la nación había experimentado la crueldad, pobreza y humillación de la esclavitud en Egipto.

En tercer lugar, deben recordar lo que han escuchado. Dios les hablaba sobre este asunto, dándoles instrucciones claras sobre el modo en que había que tratar a los siervos en el momento de su liberación: *por tanto yo te mando esto hoy* (15).

La ley incluso anticipa la queja de un empleador avaro que se lamenta por tener que dejar que su siervo sea libre cuando sólo ha trabajado seis años para él. A este hombre mezquino se le dice que no tiene ningún motivo para quejarse. Después de todo, el sueldo del siervo residente sólo ha sido la mitad de lo que tendría que haber abonado a un *jornalero* (18), de modo que nadie le ha engañado.

2. Año tras año (15:19–23)

El *primogénito* de toda familia israelita debía estar consagrado al Señor. Al animal no había que hacerlo trabajar ni esquilarlo. Debe llevarse al santuario previsto de manera que, *en el lugar que Dios eligiera*, pudiera ofrecerse al Señor como sacrificio, y su carne repartirse luego entre los miembros de la familia en una comida de celebración. Si el *primogénito* tuviera alguna tara, no debía ofrecerse como sacrificio pero sí podía consumirse localmente, como cualquier otra carne, aunque había que desangrar por completo al animal. No era correcto ofrecer al Señor algo de segunda clase, aunque en un periodo posterior de la vida de Israel, algunos sacerdotes descuidados se atrevieron a hacerlo.

Estas leyes eran un nuevo recordatorio de la verdad de que el Señor merece lo mejor, y también de la importancia de la vida y la adoración familiar. La comida del sacrificio debía tomarse *en presencia del Señor*, y debía participar toda la familia (*tú y tu familia*), en gratitud por las numerosas bendiciones de Dios.

3. Tres veces al año (16:1–17)

La idea de la «celebración» jugaba un papel destacado en la vida de adoración del

pueblo hebreo. El pueblo debía mucho más al Señor de lo que podía imaginar. Él sabía que sería perjudicial para ellos olvidar sus actos poderosos. Sin embargo, las presiones de la vida eran tales que, con demasiada facilidad, el pueblo podía olvidar lo que había hecho por ellos. Sin pretenderlo, podían preocuparse gradualmente por las cosas materiales, y empezar a adoptar un estilo de vida ingrato, egoísta y carente de amor. Esto sigue pasando hoy día. Cuando la gente tiene abundancia, a menudo Dios les importa poco. Sólo cuando se abate sobre ellos un desastre imprevisto empiezan a pensar en serio sobre las cosas que el dinero no puede comprar. A lo largo de Deuteronomio escuchamos el llamado a que el pueblo «recuerde» lo que ha hecho el Señor por ellos y lo que les ha dicho. No sólo era necesario recordar a la nación su deuda para con Dios, sino también las responsabilidades de unos para con los otros. Sin embargo, sin esas ocasiones específicas del calendario anual, tales cosas se olvidarían pronto. Por tanto, el Señor ordenó a su pueblo que celebrase tres grandes fiestas cada año, destinadas especialmente a hacerles recordar siempre los grandes hechos de la creación: las fiestas de la Pascua, las semanas y los tabernáculos.

a. Recordad la liberación salvadora de Dios (16:1–8)

La *Pascua*, la fiesta «de los panes sin levadura», duraba toda una semana. El pueblo debía celebrar esta fiesta primaveral (*Abib* significa «el mes de las espigas verdes») cada año, para recordar la liberación del pueblo de Israel de Egipto. Es posible que tomar el *pan sin levadura* (3) se instituyera como recordatorio bien de su necesidad de liberación o del carácter urgente que tuvo su huida de la cautividad. Es posible que sólo recuerde sus alimentos durante la esclavitud egipcia (*pan de aflicción*), o quizá se trataba del pan que comieron aquella noche concreta en que fueron liberados. Su partida de Egipto *aprisa* significaba que no pudieron esperar a que la levadura leudase el pan. La orden (4) de quitar la *levadura* y la carne de aquel festival puede que se originase como una prevención de seguridad, dado que ambos alimentos tendían a pudrirse fácilmente debido al intenso calor del día; una vez se estropearan, simbolizarían la impureza, y por tanto serían impropios de un festival sacro. Todos los elementos del festival estaban pensados para recordar los grandes acontecimientos del éxodo: el mes (de su redención, 1), la ofrenda del cordero pascual (2), los alimentos que se tomaban (pan sin levadura, 3) y el momento del sacrificio (*por la tarde a la puesta del sol*, 6).

Jesús guardó la Pascua antes de ser crucificado, y desde aquel momento los cristianos han convertido la «cena del Señor» en su gran celebración pascual. Recordamos una liberación más grande que la del éxodo de Egipto. Cuando Cristo se hizo nuestra Pascua, fue sacrificado por nuestra salvación eterna.¹²

b. Recordad la abundante generosidad de Dios (16:9–12)

La *fiesta de las semanas* (10) más tarde se llamó Pentecostés, porque tenía lugar cincuenta días después del día de reposo que iniciaba la Pascua. Era el periodo comprendido entre el principio de la cosecha de la cebada (*desde que comenzare a*

meterse la hoz en las mieses, 9), y el final de la cosecha del trigo. Esta fiesta también recordaba la liberación de Egipto (*acuérdate de que fuiste siervo*), pero su énfasis sobre los frutos de la tierra llama la atención sobre la evidente bondad de Dios para con su pueblo redimido. Él no sólo los sacó de Egipto; ha cuidado de ellos desde entonces. El pueblo debía presentar una *ofrenda voluntaria* y, cuando pensara en su cuantía, se le dijo que diera *según Jehová tu Dios te hubiere bendecido* (10).

Una característica importante de esta fiesta y de la siguiente es que no sólo se ofrece una norma especial para beneficiar a la familia, sino también a las personas marginadas dentro de la comunidad local. El sacrificio era un momento en que la familia *se alegraría delante de Jehová* (11), pero no debía restringir el gozo para sí. Debían compartir los alimentos con los siervos de la casa, el sacerdote local, *los levitas de tus poblaciones*, así como aquellos a quienes podía pasarse fácilmente por alto en un momento de regocijo general: *el extranjero, el huérfano y la viuda* (11). La fiesta de las semanas recordaba a los israelitas que, como los dones de Dios se reciben en abundancia, deben compartirse con generosidad. Si alguna vez el pueblo hebreo se sentía tentado a ser indiferente ante las necesidades de otros, estas fiestas les recordaban aquella época en que estuvieron en aprietos: *acuérdate de que fuiste siervo en Egipto* (12). Quienes habían padecido tamañas privaciones en el pasado, no querrían que otros pasasen por ellas, sobre todo si éstas eran fruto de la negligencia del pueblo redimido por Dios.

Los levitas eran los siervos y ministros de Dios en la comunidad local, y debían vivir de las ofrendas del pueblo de Dios. Los cristianos también tienen la responsabilidad de extender la obra del Señor mediante sus ofrendas en metálico en las iglesias, el primer día de la semana. Estos sacrificios semanales agradan a Dios y animan a sus siervos. Son una ofrenda parecida a la que se presentaba cada día del Señor durante las fiestas de las semanas. Hemos de ofrendar en proporción a la generosidad del Señor hacia nosotros.¹⁴ Dios nos ha entregado su don más grande en la persona de su Hijo. No debemos quitar nada del altar de Dios. C. T. Studd lo expresó perfectamente cuando dijo: «Si Jesucristo es Dios y murió por mí, entonces no hay ningún sacrificio tan grande como para que yo no lo haga por Él».

c. Recordad la fidelidad constante de Dios (16:13–15)

La tercera fiesta (*los tabernáculos*), que tenía lugar cada año en otoño, era parecida a la ocasión de «acción de gracias por la cosecha». Era un momento para que todos se regocijasen, un factor que se menciona especialmente al principio y al final de este breve relato: *y te alegrarás en tus fiestas* (13–14). Una vez más (como con la Pascua), las festividades debían durar toda una semana, y las personas necesitadas (14) de la localidad debían compartir las comidas especiales para señalar la ocasión. Ningún israelita era llamado a *alegrarse* si había otros que pasaban hambre. Esta fiesta era un recordatorio especial de la bondad constante del Señor para con el pueblo de su pacto. Otros pasajes sobre esta fiesta en el Antiguo Testamento la asocian especialmente con los años que los israelitas pasaron como refugiados, como peregrinos sin hogar,

errantes por el desierto. El pueblo recordaba las experiencias de aquellos cuarenta años, y su total dependencia de Dios, construyendo tiendas en las que vivía toda una semana.

Si Dios no hubiera seguido siendo fiel con su pueblo, durante aquel largo peregrinaje, hubieran muerto en el desierto. A muchos cristianos les gusta dar gracias a Dios cada vez que se sientan a la mesa. Esta oración de acción de gracias nunca debe convertirse en una formalidad religiosa. En tales momentos hemos de pensar no sólo en lo que recibimos constantemente, sino en los alimentos de los que carecen siempre otras personas. La fiesta de los tabernáculos era un momento para compartir con los necesitados. Hemos de orar con inteligencia y ofrecer nuestra ayuda material regular a quienes pasan hambre y privaciones por todo el mundo.

Estas tres grandes fiestas eran momentos para recordar los actos de Dios (1), disfrutar de su descanso (8), obedecer su Palabra (*aparecerá todo varón tuyo delante de Jehová tu Dios*, 16), recordar su bondad (*conforme a la bendición que Jehová tu Dios te hubiere dado*, 17) y compartir sus dones (*ninguno se presentará delante de Jehová con las manos vacías*, 16).

Deuteronomio 16:18–18:22

14. EL LIDERAZGO RESPONSABLE

Moisés admitía la importancia crucial y la influencia duradera del liderazgo ejemplar. El fracaso de Aarón para disciplinar a la multitud al pie del monte Horeb dio como resultado el episodio del becerro de oro. Un hombre con convicciones más fuertes y menos cobardía hubiera podido salvar a Israel de un desastre que el pueblo jamás olvidaría. El periodo posterior, en el desierto, fue testigo también de cierto número de graves crisis relativas al liderazgo del pueblo de Dios, y la enseñanza de Moisés en Deuteronomio no intenta disimularlas (11:6). Los buenos líderes pueden elevar la vida espiritual y moral de una comunidad y hacer que alcancen altos grados de compromiso, obediencia y amor, mientras que un liderazgo pobre o indiferente puede encauzar a un pueblo por el camino de la corrupción, la inmoralidad y la apostasía (una espiral descendente).

Casi dos capítulos enteros del libro se dedican a cuatro importantes roles del liderazgo dentro de la vida del pueblo israelita: los jueces (16:18–17:3), los reyes (17:14–20), los sacerdotes (18:1–14) y los profetas (18:15–22). Los cuatro líderes recibieron funciones distintivas dentro de la comunidad del pacto. Lo ideal era que los jueces funcionaran como administradores del pacto, los reyes como sus guardianes, los sacerdotes como su ejemplo y los profetas como sus intérpretes. Estos capítulos

señalan las cualidades que se esperan de los líderes dentro de la vida del pueblo de Dios, y por tanto en nuestro mundo actual tienen una importancia permanente.

1. Los jueces (16:18–17:3)

Nos parece extraño que la enseñanza de este libro pase de repente de hablar de las fiestas religiosas anuales a tocar el tema del sistema legal de la comunidad, pero desde el punto de vista bíblico no existe la menor incongruencia en esta transición. El Señor al que ellos adoraban estaba tan interesado por las decisiones tomadas en los tribunales como por las ofrendas depositadas en el santuario.

La enseñanza sobre las tres fiestas había enfatizado la alegría de la comunidad, pero aun en la mejor de las sociedades las cosas pueden torcerse. Deuteronomio empezó recordando a la congregación la responsabilidad que antes tuvieron los jueces israelitas (1:16–18). Los Diez Mandamientos anticipan las ofensas sociales (el asesinato, el hurto, el adulterio) y la consiguiente necesidad de procesos legales que sean justos y rectos: «No hablarás falso testimonio contra tu prójimo». Dentro de la sociedad israelita los llamados a administrar la ley tenían una función tanto espiritual como moral. Un sistema legal corrupto resultaría aborrecible para un Dios que ama la verdad y la justicia. De modo que, cuando el pueblo (18) nombre a un juez, deberá tener en cuenta cuatro características. Debe ser accesible, imparcial, recto y comprometido.

a. La accesibilidad del juez ante el pueblo

Las fiestas debían celebrarse en un santuario central, pero los *jueces* y *oficiales* tendrían una sede local, *en todas tus ciudades* (18), donde el pueblo pudiera acceder a ellos en momentos de presiones inesperadas o necesidades urgentes. Su labor debía estar distribuida por las distintas *tribus*, de modo que cada comunidad dispusiera de la ayuda legal pertinente.

Quienes se consagran a la obra del Señor deben empezar a descubrir ocasiones para servir en su vecindario inmediato. Con demasiada frecuencia el trabajo cristiano local (y en ocasiones poco espectacular) se resiente del atractivo más poderoso que revisten los proyectos en otros lugares. Robert Robinson, un pastor y escritor de himnos del siglo XVIII, sentía una deuda espiritual con el ministerio evangelístico itinerante de George Whitefield y, cuando Robinson accedió al ministerio en Cambridge, aprovechó todas las oportunidades para evangelizar las ciudades vecinas. Sin embargo, también se dio cuenta de que si quería que su obra tuviera un efecto duradero, su pastoreo local debía ser una prioridad en su vida: «Un hombre puede cultivar el campo de su vecino, pero debe aprender a cultivar el suyo propio». Algunos creyentes dedican un tiempo valioso a descubrir qué pueden hacer en otros lugares, cuando en su misma puerta existe una necesidad acuciante. Un hombre cristiano puede dedicarse a un trabajo que fomente el bienestar familiar, y al mismo tiempo ignorar a su propia familia. Una mujer que tenga el don podrá dedicar su tiempo a educar a niños, mientras sus propios hijos no tienen quién les ayude. La exigencia de que los jueces de Israel se comprometan con el

ministerio en el ámbito local es un desafío de tremenda importancia para todos nosotros.

b. La imparcialidad del juez a la hora de hacer justicia

Determinadas a no *pervertir la justicia*, las personas a quienes se ha confiado estas responsabilidades deben seguir *sólo la justicia* (18–20). Un pasaje anterior de este libro había descrito el carácter de Dios usando unas imágenes claramente asociadas al mundo del derecho; el Señor «no hace acepción de personas ni toma cohecho» (10:17–18). Dios era el ejemplo perfecto de un juez justo, de modo que al hacer justicia no debe haber favoritismos. En periodos posteriores de la historia hebrea, hubo quienes se aprovecharon de su estatus legal para obtener favores para sus amigos o eludir su condena, pervirtiendo así el sistema legal nacional. Los profetas del siglo VIII solían hablar en contra de estas prácticas corruptas. Estas prácticas eran tremendamente ofensivas para un Dios que no hace acepción de personas.

c. El carácter recto del juez

El juez no debe sentirse tentado a aceptar soborno. Este tipo de corrupción *pervierte las palabras de los justos* (19). *El soborno ciega los ojos de los sabios*; no puede existir una verdadera justicia si se permite que el dinero se interponga entre el juez y lo que es «justo». La codicia da a luz muchísimos pecados, y el soborno sólo es uno de ellos. Una vez más, el predicador de Deuteronomio lanza otra severa advertencia contra los peligros del materialismo.

d. El compromiso del juez con su vocación

La justicia, la justicia seguirás (20). El juez debe ser firme y exhaustivo, prestando mucha atención a los detalles, y no realizar su trabajo con prisas ni descuidadamente. No será tarea fácil, y exigirá todo su esfuerzo.

Como si quisiera subrayar algunos de los problemas espirituales a los que se enfrentarán los líderes de Israel, el texto nos expone de repente los peligros de la adoración corrupta en cualquier localidad (16:21–17:7). Los líderes legislarán sobre las ofensas espirituales, así como sobre la mala conducta moral, y los jueces y sacerdotes israelitas de cualquier localidad tendrán que luchar contra el sincretismo descarado, la desobediencia empecinada o la idolatría secreta.

Se advierte al pueblo que no pongan al lado del altar del Señor *ningún árbol para Asera* (21), propio de la religión cananea, con sus depravadas connotaciones sexuales. Dios *aborrece* la religión sincretista de este tipo: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (5:7). La advertencia era claramente necesaria, porque en la historia posterior, el baalismo puso siempre en peligro la fe pura de Israel.

Además, su adoración no sólo estaba amenazada por los factores extranjeros, sino por la desobediencia y la falta de sinceridad. Siempre es posible hacer lo correcto de la

forma equivocada. El pueblo puede rechazar el baalismo y adorar al único Dios verdadero, pero ofreciéndole en sacrificio un animal con una *falta o alguna cosa mala* (17:1), en lugar de ofrecerle lo mejor. Eso también sería *abominación* para Él. Incluso en un periodo tan tardío como el post-exílico, este tipo de hipocresía jactanciosa perjudicó la adoración del pueblo de Dios. El profeta Malaquías (1:8) reprende a sus contemporáneos por cometer este tipo de ofensa.

La idolatría sería una amenaza recurrente para la pureza de la vida espiritual israelita. En momentos de apostasía religiosa, éxito económico y preocupaciones materialistas, el pueblo podía ignorar las prohibiciones claras del pacto, y levantar en secreto, en sus hogares, capillas idolátricas para garantizar las cosechas abundantes solicitadas a deidades paganas. La fe del pueblo de Dios se corrompería rápidamente si pasaba por alto esta conducta, y los líderes de Israel debían vigilar muy de cerca la comunidad local, para asegurarse de que semejante proceder corruptor no quedase encubierto (17:2–7).

Enfrentándose a problemas graves de este tipo, junto a muchos otros, el juez local debía saber cuándo un caso en concreto escapaba a su competencia y precisaba la perspectiva e imparcialidad que sólo puede proporcionar una evaluación objetiva. Es buena cosa que los siervos de Dios se den cuenta de que necesitan colaboradores porque no pueden hacerlo todo solos. Aquí se establece una legislación precisa (17:8–13) relativa a los *negocios... difíciles en el juicio* (17:8). En tales circunstancias, había que llevar el caso al santuario central, donde lo oyeran los sacerdotes que ofician allí en aquel momento, y los oficiales legales adecuados (17:9). Entonces habría que obedecer su sentencia: *no te apartarás ni a diestra ni a siniestra de la sentencia que te declaren* (17:11). Quienes desprecien el juicio del tribunal superior se verán expuestos a la pena de muerte (17:12–13).

2. Los reyes (17:14–20)

Llegaría un momento en que el pueblo hebreo querría tener un rey como los de las naciones que lo rodeaban. El Señor era el verdadero rey de Israel (33:5), pero permitió que les gobernase un rey que sería el representante de Dios en el trono de Israel. Sin embargo, era importante que quien gobernase fuera el hombre adecuado, porque ya había bastantes déspotas que dominaban las naciones vecinas, y no hacía falta que el pueblo de Dios aportase otro. Sería terrible que esos dictadores fueran los modelos de liderazgo nacional para el pueblo israelita.

El rey de Israel siempre debía pertenecer al pueblo. Un *extranjero* (15) nunca debería usurpar su autoridad sobre el pueblo hebreo al reclamar la corona. Sin duda, esta norma va destinada a proteger la vida espiritual del pueblo israelita, porque la introducción de un monarca *extranjero* conduciría inevitablemente a la adopción de una adoración pagana. En estos versículos podemos discernir siete rasgos importantes relativos al liderazgo.

a. El rey no debe ser pretencioso

Debe ser *el que Jehová tu Dios escogiere* (15). Parece que el pueblo era responsable de elegir a sus propios jueces, pero los otros tres tipos de líderes en la sociedad (reyes, sacerdotes y profetas) debía escogerlos sólo Dios. Los demagogos autoproclamados actuarían en contra del propósito divino, y por tanto no debían esperar la bendición de Dios durante su reinado.

b. El rey no debe tener miedo

El monarca de Israel no debe *aumentar para sí caballos* (16). Egipto era famoso por sus caballos, y el Señor no quería que su pueblo regresara a aquel país. Aunque los egipcios disponían de una potencia militar superior, habían sufrido una humillante derrota en el éxodo; caballos y jinetes habían ido a parar al fondo del mar. En este periodo de la historia, las batallas de Israel tenían que librarse a pie. Combinar la infantería con caballería exigía una técnica bélica mucho más sofisticada, y que además resultaba más cara. Al pueblo hebreo se le dijo que cuando estuviese en el campo de batalla debía confiar en la presencia de Dios, no en los caballos de Egipto.⁹

Algunos estudiosos creen que esta prohibición puede referirse también a la práctica de intercambiar mercenarios israelitas por caballos. Sabemos que, en un periodo posterior, la comunidad de Elefantina, en el Alto Egipto, tenía destacamentos de mercenarios israelitas. Sin embargo, esta forma de canje con personas se parecía a devolver al pueblo de Israel a la antigua esclavitud; era algo impensable. Este acto no sólo manifestaba una falta de confianza en Dios por parte de los israelitas; demostraba falta de compasión por sus semejantes. Sugería que la fuerza militar era más importante que el bienestar del pueblo. A Israel no debía gobernarlo un rey exento de valores humanitarios y sociales.

c. El rey no debe ser desleal

La prohibición de que el rey *no tomará para sí muchas mujeres* (17) no va destinada básicamente a resolver una cuestión moral aunque, por supuesto, ésa sea una parte de su efecto. El texto se refiere a la práctica común de contraer matrimonio para fortalecer alianzas políticas. Esto conllevaría también introducir en la corte real imágenes paganas, y aceptar a otros dioses como parte de la vida religiosa del palacio. La advertencia de que *su corazón se desvíe* anticipa lo que sucedió durante el reinado de Salomón. Esta conducta era un acto de flagrante infidelidad a Jehová Dios, y una transgresión del pacto que, explícitamente, prohibía forjar tales alianzas: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (5:7).

d. El rey no debe ser materialista

Estos tratados políticos podían diseñarse también para aumentar la riqueza del rey, otro de los problemas en tiempos de Salomón. El rey que decide *amontonar plata y oro en abundancia* (17) descansa antes en las cosas que en Dios. Estas prohibiciones condenan los diversos sustitutos de Dios que pudiera tener Israel: los caballos egipcios, las esposas extranjeras, las alianzas políticas, la riqueza material. Tales cosas pueden usurpar el lugar de Dios. Pero Él no debe tener rivales.

Hoy día, el amor al dinero puede seguir siendo desastroso para el liderazgo cristiano. Según parece fue un problema para la Iglesia primitiva, y no ha desaparecido del panorama contemporáneo. Algunos progresos y el crecimiento ambicioso de la Iglesia parecen deber más a unos patrones de autobombo mundano que a la humildad cristiana. Siempre debemos purificar los motivos de toda forma de expansionismo, sobre todo cuando se espera que el público cristiano aporte grandes cantidades de dinero. Todos debemos preguntarnos si, en medio de un mundo que tiene tanta necesidad, deberíamos centrar nuestros recursos en otra parte: los millones de hambrientos, los refugiados sin hogar de países del Tercer Mundo, la expansión de la misión mundial, las vastas necesidades físicas y materiales de las naciones en vías de desarrollo, el trabajo de las iglesias cristianas más pequeñas y otras causas igual de dignas.

e. El rey no debe ser ignorante

Debe escribir para sí en un libro una copia de esta ley... lo tendrá consigo, y leerá en él todos los días de su vida (18–19). Parece ser que esto es una orden de que el rey, en persona, copie el pacto a mano, para grabarlo mejor en su memoria, aunque quizá signifique, simplemente, que se debe asegurar de que los escribas le hagan una copia para estudiarla él. Es importante que el rey tenga muy accesible la ley, y necesita conocerla a fondo. Algunos estudiosos del Antiguo Testamento creen que esta instrucción significa que se exige al rey no sólo copiar todo el pacto, sino la parte concreta (*esta ley*) relacionada con la monarquía, de modo que no olvide sus responsabilidades morales y espirituales.

f. El rey no debe ser desobediente

La posesión de un rollo de la ley, o una parte selecta del mismo, no garantiza la santidad del monarca. No sólo debe conocer el pacto, sino también obedecerlo. Debe *temer a Jehová su Dios para guardar todas las palabras de esta ley y estos estatutos* (19). La prueba bíblica del liderazgo eficaz no es hacer lo que le gusta a la gente, o lo que quiere el líder, sino lo que exige la Palabra. El líder fiable no *se apartará de la ley ni a diestra ni a siniestra* (20).

g. El rey no debe ser orgulloso

Debe recordar que, aunque los miembros del pueblo son sus súbditos, también son sus *hermanos*. Este término aparece dos veces en el pasaje (15, 20). El amor debe ser el factor que motive su liderazgo. No debe *eleva su corazón sobre sus hermanos*, considerándose mejor que ellos, porque pertenecen a la misma familia de hermanos y hermanas.

En nuestra propia época resulta demasiado fácil que el mundo influya en los cristianos, aunque éstos no se aperciban, a través de unos modelos de liderazgo autosuficientes. Jesús advirtió a sus discípulos de ese grave peligro, y sus palabras siguen siendo válidas: «Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros». Los mejores líderes de Dios son los esclavos. Esto es precisamente lo que dijo Jesús: «El que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos»,¹⁴ y Jesús es el modelo perfecto para semejante servicio humilde y esa esclavitud voluntaria. De la misma manera, en Israel no había sitio para un tirano. Ya habían padecido bastante a manos de los gobernantes enemigos, como para tener uno metido en su propia casa real.

3. Los sacerdotes (18:1–14)

Los sacerdotes no eran sólo hombres que realizaban los diversos rituales en la adoración de la nación. Eran los pastores de Israel, y se llama la atención del pueblo sobre cuatro temas relativos a estos importantes consejeros espirituales.

a. La dependencia del sacerdote de la provisión divina (18:1–2)

Una vez más se recuerda al pueblo que los levitas no recibirían la parte habitual de territorio que tenían las otras tribus para ganarse la vida. Debían entregarse completamente a la obra del Señor en la asistencia pastoral, la enseñanza, el liderazgo en la alabanza, la disciplina y otras responsabilidades espirituales. Aquí se repite el dicho anterior (10:9), *Jehová es su heredad* (2); estos líderes espirituales debían depender de Dios para que Él satisficiera sus necesidades. Su misión primordial era concentrarse en las necesidades espirituales de otras personas. Si las tenían como prioridad, no carecerían de las cosas materiales de esta vida.

b. El pueblo de Dios que proveía para los sacerdotes (18:3–4)

El Señor planeaba satisfacer las necesidades materiales de los sacerdotes por medio de la ofrenda de su pueblo. Además, se les dijo que a los sacerdotes había que darles lo mejor, no los restos que nadie quería: *las primicias de tu grano... y las primicias de la lana de tus ovejas le darás*. A la hora de respaldar la obra de Dios no debemos ser mezquinos. No obstante, esto implica mucho más que estar dispuestos a ofrendar dinero.

A la congregación ya se le había dicho que no debían «olvidar a los levitas» (12:18–19). No era un peligro imaginario. Aún podemos olvidar a los siervos de Dios. En la mayoría de iglesias, cuando alguien se siente llamado a un servicio cristiano a tiempo completo, todos solemos sentir una emoción inicial y una sensación de privilegio, pero es demasiado fácil olvidar a los siervos de Dios una vez se han concentrado en su obra, ya sea en nuestro país o en el extranjero. Necesitan nuestro respaldo firme y constante, lo cual significa hacer algo más sacrificado que enviarles algún que otro cheque ocasional. Por ejemplo, podemos olvidarnos gravemente de los misioneros. Una vez están fuera del país, sólo hay un número limitado de personas que les escriben periódicamente, enviándoles revistas y periódicos interesantes, respondiendo seriamente a sus peticiones de oración, dando pasos prácticos para contribuir a los trámites de visado, etc. Cuando vuelven a casa, no siempre se encuentran con una nutrida delegación de miembros de su iglesia que les escuche hablar de los resultados de su trabajo. Los siervos de Dios han atravesado el mundo para compartir las buenas noticias, y hay personas que no cruzarán ni la calle para oír hablar de ello. Es perfectamente comprensible que los misioneros se desanimen de vez en cuando.

c. La responsabilidad del sacerdote en la obra de Dios (18:5)

Los levitas han sido *escogidos* por Dios para que *estén y administren en el nombre de Jehová*. La palabra *estar* es muy gráfica. Es el término que se usa para describir a un siervo fiel y entregado que está en la presencia de su rey o señor, esperando sus órdenes y listo para cumplir sus encargos de inmediato. Esta palabra se usa en la Biblia para describir a los profetas, sacerdotes¹⁷ y ángeles: aquellos que sirven al Señor atenta, sumisa y obedientemente.

Según el nuevo pacto, todo creyente es un sacerdote. Todos pertenecemos a un «real sacerdocio». Por medio de la obra redentora de Cristo, hemos sido hechos «sacerdotes para Dios su Padre».²⁰ Esto significa que pasamos tiempo en la presencia de Dios no sólo para interceder a favor de otros (como hacían los levitas), sino también para recibir de nuestro rey las órdenes que quiera darnos. La oración genuina consiste en algo más que en pedir sin cesar; deja sitio para escuchar atentamente. «Estar» delante del Señor significa discernir la voluntad del Señor pasando tiempo en su presencia, y entonces (como los siervos) disponernos a hacer todo lo que nos mande.

d. La protección del sacerdote como siervo de Dios (18:6–8)

Antes vimos que la Biblia destaca por su realismo. No nos incita a sumirnos en sueños imaginativos ni imágenes idealizadas. Trata la vida como lo que es, además de cómo podría ser. El Señor sabía que algunos de los levitas que ejercían como sacerdotes locales no recibirían la atención necesaria cuando acudiesen al santuario central. Por lo general, sí se les daría lo suficiente para cubrir sus necesidades en su localidad, donde la gente los conocía, amaba y respetaba. Sin embargo, en el contexto más amplio e impersonal del centro de adoración *podrían* ser considerados forasteros, incluso

intrusos, personas sin mucha importancia, y que no siempre eran bienvenidas. La ley estipulaba el cuidado y mantenimiento de los levitas, dondequiera que estuviesen. Después de todo, si se esperaba que otras personas asistiesen al santuario central para las grandes fiestas, los levitas debían hacer lo mismo con sus esposas e hijos. En tales ocasiones, los sacerdotes del santuario central, más notables y puede que incluso arrogantes, no podían ignorarlos. El sacerdote local debía ser libre para asistir a la adoración en el santuario principal siempre que lo deseara, y se le debía permitir que sirviera al Señor allí junto a los demás sacerdotes. Había que darles las mismas oportunidades para servir, y garantizarle la misma provisión material.

Un pasaje como éste es una advertencia clara contra el orgullo y la presuntuosidad en la obra del Señor. La Biblia ofrece más de un ejemplo de este tipo de arrogancia que resulta especialmente ofensiva. A Diótrefes se le censura severamente en una de las cartas de Juan porque amaba «tener el primer lugar». Jesús dijo que sólo quienes son «mansos» experimentarán la verdadera felicidad.²³ Después de todo, seguirán el ejemplo del propio Cristo, que era «manso y humilde de corazón». Jesús no quería conseguir lugares prominentes en las estructuras religiosas o sociales de su tiempo. Se arrodilló como siervo a los pies de quienes quería ayudar.²⁵ El orgullo es una característica lamentable e incoherente en la vida de todo aquel que pretende servir a Cristo. Es especialmente reprobable en los líderes.

El ocultismo

En los tiempos del Antiguo Testamento, se esperaba del sacerdote que «se muestre paciente con los ignorantes y extraviados». Una de las expresiones más peligrosas de la volubilidad e ignorancia del pueblo era buscar la ayuda de Dios por medios incorrectos. La mayoría de los vecinos de Israel concedía a la magia y la hechicería, la brujería y la adivinación, un lugar destacado en su vida religiosa. Es pertinente que, en un debate sobre el sacerdocio y la verdadera espiritualidad, se mencionen los rituales inaceptables y las ceremonias religiosas prohibidas. Si las personas del mundo antiguo querían saber si los dioses favorecían o no determinado curso de acción, lo normal es que consultasen con una bruja o un mago. Este tipo de prohibición es claramente relevante para la sociedad de finales del siglo XX, donde la gente cada vez se inmiscuye más en la brujería, la magia negra y el satanismo. Totalmente insatisfechos con los estilos de vida materialistas y con el humanismo secular, algunos de nuestros contemporáneos empiezan a explorar los caminos nuevos y peligrosos del descubrimiento «espiritual». Este pasaje (9–14) ofrece una enseñanza importante sobre estas prácticas ocultas prohibidas.

Primero, tales prácticas son *ofensivas para Dios*. Aquí al pueblo de Dios se le dice que las actividades de la persona que *practique adivinación, agorero, sortilego, hechicero, encantador, adivino, mago, quien consulte a los muertos... es abominación para Jehová* (10–12). Estos rituales malignos eran la causa del juicio de Dios contra Canaán. No es correcto que un creyente caiga en prácticas que Dios desprecia.

En segundo lugar, el ocultismo *es perjudicial para nosotros*. La magia negra de

aquellos tiempos incluía el sacrificio humano. A los israelitas se les dijo que *quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego* (10) no podía contarse entre el pueblo de Dios. No cabe ninguna duda de que las formas de la brujería moderna son perjudiciales para nuestro cuerpo; en la Gran Bretaña contemporánea hay evidencias innegables de abusos físicos rituales. Además, esta actividad siniestra y satánica provoca la condenación eterna. El trabajo del *médium* se encuadra en esta lista de ocupaciones prohibidas, así como el del *espiritista*, que afirmaba entrar en contacto con los muertos. El duelo es un momento de intensa angustia personal y, durante ese tiempo oscuro y doloroso, el o la doliente puede querer asegurarse, de alguna manera, del destino de su ser querido y difunto. El espiritismo de nuestra época es un peligro tan grande ahora como lo fue en el mundo antiguo, y puede tener efectos devastadores en las vidas de personas totalmente inocentes. La Biblia deja muy claro que nunca debemos intentar entrar en contacto con las personas que han muerto.

En tercer lugar, las prácticas ocultistas *están prohibidas por la Escritura*. No podemos esperar beneficiarnos de algo si el Señor nos ha prohibido su uso. Canaán estaba plagada de estos practicantes malvados, pero la advertencia sobre sus actividades destructivas es muy clara: *No aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas naciones. No sea hallado en ti... quien practique adivinación, ni agorero... a ti no te ha permitido esto Jehová tu Dios* (9–10, 14).

Resulta significativo que esta advertencia sobre la *adivinación*, es decir, el intento de descubrir los pensamientos divinos, esté situada entre pasajes que hablan de la forma adecuada y aceptable de que disponían los israelitas para conocer la voluntad de Dios: por medio del ministerio de los sacerdotes y los profetas. El sacerdote entraba en la presencia de Dios en favor de todo el pueblo. Ellos debían consultarle qué le agradaba a Dios: «La ley de verdad estuvo en su boca... de su boca el pueblo buscará la ley; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos». El profeta salía de la cámara de audiencia del Señor, y llegaba a la presencia de la congregación que le aguardaba. Él era el escogido para hablar «en nombre de Jehová» (18:22). Si el pueblo quería saber qué pensaba Dios sobre un tema en concreto, debía escuchar atentamente las palabras de su profeta, no los desvaríos perjudiciales e inútiles de un mago degradado.

El interés cananeo por estas prácticas malignas significaba que eran culpables delante del Señor, y su culpa no admitida había provocado su juicio: la expulsión del territorio. La brujería fue uno de los motivos concretos por los que habían sido expulsados (12). Los israelitas debían ser inocentes de esta conducta, o también ellos incurrirían en la ira divina. El privilegio de ser el pueblo escogido por Dios no les daba derecho a tener un estándar moral diferente. Si recurrían a la brujería, también ellos serían expulsados de Canaán.

4. Los profetas (18:15–22)

Dios dará a su pueblo un profeta elegido; *a él oiréis* (15), no a los agoreros. Moisés había servido al pueblo como profeta de Dios y, cuando su vida llegara a su fin, el Señor

seguiría dándoles líderes proféticos de gran distinción, con un ministerio rico y persuasivo. Sin embargo, a lo largo de la historia de Israel, a menudo la nación se vio plagada de falsos profetas; no eran personas que hablaban en nombre de dioses falsos, sino que decían cosas falsas sobre el Dios verdadero. Un pasaje anterior de Deuteronomio ya había alertado al pueblo sobre este peligro (13:1–5). Jeremías estaba especialmente preocupado por aquellos hombres y su peligroso mensaje de «tengamos paz a cualquier precio». Ellos transmitían al pueblo el mensaje que éste quería oír, en vez de la verdad que necesitaba. Aquí Moisés comparte con el pueblo tres de las características de un verdadero profeta.

a. Un auténtico profeta obedece el llamado de Dios

Como los sacerdotes, los profetas no eran portavoces elegidos por los hombres. Jehová Dios *levantaría* (15, 18) a estas personas con un don, y les prepararía para su trabajo estratégico. Su lugar en el ministerio de la palabra se debería totalmente a una iniciativa divina. Aquellos que en nuestro propio mundo participan del ministerio de la predicación deben hacerlo movidos por una poderosa compulsión espiritual. Nadie debe elegir el camino que lleva a la ordenación o embarcarse en una carrera como el ministerio cristiano, por ejemplo, sin gozar de la firme convicción de que eso es lo que desea el Señor. En cierto sentido, no deben decidir ser ministros; deben sentir que esa decisión ya la ha tomado, antes que ellos y ellas, el propio Dios.

b. Un profeta auténtico respeta la Palabra de Dios

El Señor dice: *y pondré mis palabras en su boca* (18). Las palabras anticipan el llamado de Jeremías al ministerio profético cuando el Señor le dijo a aquel hombre tan joven y, al principio, remiso: «He aquí he puesto mis palabras en tu boca». Para el predicador contemporáneo, nada tiene mayor importancia que el costoso estudio de esa palabra, en el Antiguo y el Nuevo Testamento. La misión del predicador no es la de exponer a la congregación sus propias ideas, sino la Palabra de Dios, dotada de autoridad. A principios del siglo V, Agustín de Hipona dio testimonio de la centralidad de la Palabra cuando dijo: «Nunca me siento más feliz, al hablar, que cuando la Escritura respalda ampliamente mis palabras».

c. Un profeta verdadero imparte el mensaje de Dios

Moisés dice que, tras recibir la Palabra de Dios, el genuino profeta no la considerará su posesión exclusiva. Se le ha dado la verdad para compartirla con el pueblo: *él les hablará todo lo que yo le mandare* (18). En Israel no podía existir una clase favorecida de personas selectas que recibiera mensajes esotéricos y exclusivos que no debían comunicarse a otras personas. La Palabra de Dios era para todo el mundo, no para unos pocos favorecidos.

La enseñanza sobre el rol de profeta en la comunidad israelita concluye con una

advertencia sobre dos tipos de personas: el oyente desobediente (19) y el orador presuntuoso (20–22).

El oyente desobediente (19), que se limita a escuchar la palabra pero no la pone en práctica, será responsable ante el Señor por su resistencia empecinada a la verdad. La misión del profeta consiste en transmitir fielmente el mensaje. Es poco probable que todos respondan, y al profeta no se le pedirán cuentas porque el pueblo se niegue a hacer lo que Dios dice. Para usar las vívidas palabras de Ezequiel, el profeta es como un vigía destinado a otear desde los muros de una ciudad para avisar a sus habitantes de un peligro inminente. Si el vigía, preocupado por cosas de menor importancia, el descuido o la pereza, no alerta al pueblo y ellos mueren, entonces Dios considerará «responsable al vigía» de la sangre del pueblo. Él se enfrentará al juicio eterno por no haber salvado al pueblo transmitiéndoles la advertencia. Sin embargo, si el pueblo escucha su llamado urgente y no le hace caso, entonces él no será responsable de que algunos de ellos pierdan su vida en una catástrofe ulterior. Es posible que el apóstol Pablo tuviera en mente este pasaje del «vigía» cuando dijo a los ancianos efesios en la costa de Mileto que era «inocente de la sangre» de todos ellos.³² Él había predicado el evangelio con fidelidad y amor en el Éfeso pagano. Lo que hiciera el pueblo era responsabilidad de sus miembros. Quienes escuchan las buenas noticias deben entender que la Palabra de Dios transmite una advertencia explícita, además de un llamado serio. La obediencia garantiza la vida; la desobediencia acarrea la muerte.

El orador presuntuoso (20–22) es aquel que se atreve a *hablar* en *nombre* del Señor (fingiendo que es un mensaje auténtico) cuando Él no le ha dado ningún mensaje. Él será igual de condenable. El oyente que desobedece rechaza lo que Dios ha dicho. El orador presuntuoso habla de cosas que Dios no ha dicho. Tal persona ha hablado *con presunción* (22), una expresión que significa «rebullir, burbujear o hervir». Describe a alguien que transmite un mensaje que supuestamente proviene de Dios cuando, en realidad, no es más que una experiencia emocional o carnal que carece de toda autoridad divina. Hay diversas maneras por las que podemos distinguir la profecía auténtica de la falsa. Para Jeremías era un problema grave, e identificó tres formas de hacerlo. El verdadero profeta *estaba* en la presencia de Dios (como siervo), *escuchaba* el mensaje divino y era *enviado* por Dios. Aquí hallamos un cuarto baremo, cuando Moisés habla al pueblo: la prueba de la autenticidad es el cumplimiento. La validez de un mensaje profético no es un tema confinado al periodo del Antiguo Testamento. Se convirtió en una cuestión importante en los primeros tiempos de la Iglesia, y sigue siendo relevante en nuestros días.

Un cristiano profundamente sincero puede creer convencido que él o ella ha recibido un mensaje destinado a otros creyentes que Dios le ha transmitido con unas palabras concretas, es decir, una «profecía». Aun admitiendo que Dios puede hablar y habla de esta manera, es importante subrayar que todas estas profecías deben someterse a dos pruebas inspiradas en el Espíritu:³⁵ la Palabra de Dios y su pueblo. Primero las palabras deben probarse a la luz de la revelación perfecta de Dios en las Escrituras; éste es el único estándar por el que juzgar todas las demás «verdades». El Espíritu Santo ya ha hablado en la Biblia. Estas profecías debe tenerlas en oración la

iglesia local, para discernir mediante el Espíritu que provienen ciertamente de Dios.³⁷ No todo lo que pretende proceder de Él viene realmente de su Persona. La infalibilidad es un rasgo propio sólo del Señor. Nosotros no somos más que humanos, y podemos equivocarnos fácilmente.

Hay otra cuestión más grave, y es que en nuestro mundo contemporáneo cada año ven la luz miríadas de nuevas sectas religiosas. Todas ellas pretenden tener algún mensaje nuevo de Dios. El movimiento de la Nueva Era, la meditación trascendental, la iglesia de la Cienciología, Eckanckar, la Divine Light Mission (Elan Vital), el movimiento Hare Krishna; todas estas creencias, con su rechazo de la autoridad bíblica y su espiritualidad humanista, son sólo unas pocas de los cientos de sectas nuevas que han surgido hace relativamente poco. Estos movimientos pueden confundir gravemente a personas inocentes, porque algunos de ellos incluyen como parte de su enseñanza ciertos elementos «cristianos». Los cristianos deben ser conscientes de que hay profetas verdaderos y otros falsos. La revelación única de Dios en la Escritura, la vida ejemplar de Jesús y el ministerio docente del Espíritu Santo son los únicos baremos que el Señor nos ha dado para ayudarnos a distinguir entre realidad y falsedad, verdad y error. La Biblia, la Palabra de Dios, ¿respalda esta nueva verdad? Esa nueva información, ¿fomenta que nos parezcamos a Cristo? El Espíritu de Dios que vive en nosotros, ¿la confirma? En unos tiempos en que hay tantas voces en conflicto, esta prueba incisiva y trinitaria puede ayudarnos a librarnos de unas enseñanzas falsas y espiritualmente dañinas.

Antes de que abandonemos este pasaje tan importante, hemos de recordar que estas palabras concretas (18) las atesoraron los pueblos judío y cristiano como una de las muchas predicciones relativas a un líder inimitable o un Mesías prometido. En otras palabras, *el profeta... como tú* no era una mera referencia a cualquier profeta, sino a uno en particular. Algunos judíos sostenían que estas palabras tenían una importancia especial, dado que ellos esperaban la llegada *del* profeta de los últimos tiempos. Por ejemplo, la comunidad de Qumran, conservadora de los ya famosos manuscritos del Mar Muerto, recordó este dicho y anticipó la venida de un profeta incomparable. Los samaritanos concedían mucha importancia a estos versículos en su enseñanza. Su versión del Pentateuco coloca estos versículos sobre *el profeta* justo después del relato de cómo Moisés recibió la ley.

Los creyentes cristianos sostienen que estas palabras hallaron su cumplimiento perfecto en la venida de Cristo. Él era *el profeta*, y quienes despreciasen su Palabra darían cuentas a Dios por su desobediencia (19). En su predicación, tanto Pedro como Esteban se refirieron a este pasaje, y vieron a Jesús como su cumplimiento único. Él fue el mayor de los profetas, porque la revelación de todo el Antiguo Testamento llegó a su cumplimiento perfecto en su nacimiento, vida, ministerio, muerte y resurrección. Tal y como lo dice la carta a los Hebreos: «Dios... habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo».⁴⁰ Las palabras de Moisés nos llegan desde la noche de los siglos: *A él oiréis... Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta* (15, 19). Dios repitió este llamado durante el ministerio

terrenal de Cristo, cuando dijo: «Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd». Quienes escuchan y obedecen reciben nueva vida. Los oidores que prestan atención y responden al mensaje, vivirán para siempre.⁴²

Deuteronomio 19:1–21

15. CUANDO LAS COSAS VAN MAL

El realismo de Dios aparece reflejado en Deuteronomio de una forma tan vívida que no encontramos parangón en el resto de la Biblia. Él provee para la vida tal y como es, no como algunos querrían que fuera. El pueblo está a punto de entrar en una «tierra que fluye leche y miel», pero el Señor sabe que, por hermosa que ésta sea, estará habitada por pecadores. Habrá momentos en que su tierra se empapará de sangre. El libro ya ha debatido asuntos judiciales (16:18–17:13), y este pasaje ofrece instrucción sobre la forma correcta de tratar con tres tipos de ofensores: el homicida, el ladrón y el testigo falso. Dentro del lenguaje propio de los tratados, aquí vemos un ejemplo de la transición entre reglas generales y otras específicas. El Decálogo dice que el pueblo del pacto no debe matar, robar o dar testimonio falso contra su prójimo. Esos tres mandamientos generales se aplican ahora a las tres ofensas específicas.

1. El homicida (19:1–13)

¿Qué pasa si alguien mata a su *prójimo sin intención y sin haber tenido enemistad con él anteriormente* (4)? Moisés pone un ejemplo: mientras dos hombres talan árboles se produce un accidente. La cabeza del hacha sale despedida del mango, vuela por el aire y hiere mortalmente al otro operario. El leñador no tenía intención de matar a aquel hombre que trabajaba junto a él, pero en una parte del mundo donde la gente se tomaba la justicia por su mano, ahora la vida de aquel hombre corría serio peligro. Las leyes no escritas del parentesco y los lazos de sangre eran tan fuertes que algún miembro de la familia del muerto se sentiría obligado de inmediato a vengar la sangre (6) de la víctima. ¿Qué puede hacerse para garantizar que el caso se estudie correctamente, se proteja al homicida y se haga justicia a la familia del difunto en concreto y a la comunidad en general? Después de todo, es posible que el ofensor no hubiera sido muy cuidadoso con su hacha. Si no se había molestado en comprobar que la cabeza del hacha estaba bien sujeta al astil, habría que poner de manifiesto su descuido, y los jueces deberían castigarlo. Sin embargo, *el vengador de la sangre* podría estar tan *enfurecido* que matase al homicida aun antes de que el caso se sometiera a un tribunal y se juzgase legalmente.

Antes de que el pueblo hebreo cruzase el Jordán, se definieron tres «ciudades de refugio» (como se llaman en otros pasajes) para que a ellas acudieran aquellos israelitas que estuviesen en las mismas circunstancias peligrosas que acabamos de describir. Eran lugares adonde una persona podía huir cuando su vida corría peligro debido a la posibilidad de una venganza inminente. Una vez toda la congregación hubiera entrado en la tierra prometida, debían establecerse otras tres ciudades al otro lado del Jordán y, si aumentara el territorio (8–9), habría que construir otras tres; de este modo, habría nueve lugares en distintos puntos de la geografía israelita en los que un ofensor pudiera hallar refugio y seguridad frente a su furioso perseguidor. El lugar de refugio debía ser razonablemente accesible, porque, si el ofensor tuviera que recorrer una gran distancia, es probable que su viaje le agotase, y el vengador le diese alcance y lo matara. Dios ama tanto a su pueblo que prevé la catástrofe que podría suceder en cualquier comunidad, ofreciendo las soluciones adecuadas para estas situaciones de emergencia.

La ley decía claramente: «No matarás» (5:17), pero, ¿qué pasaba con una persona que matase accidentalmente a su prójimo? Se le debía proteger para que la situación no empeorase. Si se vertía también la sangre del ofensor, por evidente que fuera su inocencia, entonces en cuestión de pocas horas morirían dos personas inocentes, y la venganza provocaría inevitablemente más problemas entre dos familias que, antes, habían estado en paz.

Sin embargo, el realismo divino no sólo se extiende a la persona inocente, sino también a la culpable. Contempla una situación totalmente distinta donde, mediante un acto premeditado al detalle, un hombre mata a otro. La tragedia se condensa en una sola frase (11), de modo que el pecado humano se plasme como es. La narrativa describe tres estadios definidos de transgresión, cada uno de los cuales es progresivamente peor que los anteriores: *aborrecer... acechar... herir de muerte* (11). La concisión con la que se expresa el proceso aumenta el grado de horror; una vez se permite al pecado seguir su camino maligno, todo se sucede con una velocidad devastadora.

El hombre odia. La historia empieza con un pensamiento, no con una acción. Dime lo que piensas y te diré quién eres. La maldad nace, antes que nada, en el corazón, y la primera ofensa es la desobediencia. No empieza con un pecado contra el hombre, sino contra Dios. El hombre *aborrece a su prójimo*; ésa es la primera ofensa. Dios le ha dicho claramente que «ame» a su prójimo, y ese mandamiento concreto de Levítico figura dentro del contexto de un perjuicio potencial para las relaciones humanas. El mandamiento no es un llamado al emocionalismo pietista. Es mucho más realista, dado que clarifica los graves peligros que reviste *no amar*: «No aborrecerás a tu hermano en tu corazón... No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová».

El hombre espera; no quiere hacer lo que le manda el Señor. Alimenta su encono y se niega a razonar con su hermano; espera el momento de vengarse. Ésta es la segunda ofensa. El pensamiento impío ha dado pie a una mala acción. Sin embargo, incluso en este estadio hay tiempo para echarse atrás. Si esa persona hubiera respetado la Palabra de Dios, el Señor le hubiera seguido incluso hasta ese punto, cuando está oculto en las

sombras puñal en mano. Pero el vengativo deja que el pecado se salga con la suya.

El hombre golpea. Allí estaba el pecado, agazapado junto a él en las tinieblas, esperando saltar no sólo sobre la víctima, sino también sobre el asesino; no sólo sobre la familia de la víctima, sino sobre la del atacante; no sólo sobre las dos familias, sino sobre toda la comunidad, dado que la gente oirá la noticia, empezará a hablar y tomará partido por uno de los bandos. ¡Qué odio y amargura se liberan cuando el hombre aguarda para matar, con el corazón lleno de rabia hirviente! Si hubiera vencido a la tentación,⁴ se podía haber evitado la devastación. Por supuesto, esto es lo terrible del pecado: su terrible capacidad para reproducirse, no sólo en nuestras vidas sino también en las de otros. La Biblia admite el poder destructivo del pecado, y por eso insiste en que el mal y los impenitentes deben enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Hay que solventar el pecado. Debe detenerse su cruel proceso en uno u otro punto; el pueblo debe darse cuenta de que no se pueden pasar por alto las ofensas contra la vida humana.

Los cristianos discrepan respecto al tema de la pena de muerte (12–13). Algunos sostienen que esta ley de Moisés sigue vigente, y que este principio de la justicia retributiva nunca se ha abrogado. Otros, también sometidos a la verdad bíblica, sostienen que aunque esta ley era realmente Palabra de Dios, no fue su última palabra. Arguyen que el principio de la compasión divina siempre debe ser determinante; ahora que Cristo ha venido, hemos de ver las cosas como las veía Él. «Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo». Estas personas nos preguntarán si queremos apedrear hasta la muerte a los idólatras, aparte de ejecutar a los asesinos; sus oponentes defenderán que existe una distinción entre ambos crímenes. En un caso habría que conservar la ley del Antiguo Testamento, mientras que en el otro no.

Sea cual sea nuestro punto de vista, hay una cosa clara. El pecado hay que abordarlo, de una forma u otra, de tal modo que la sociedad admita el valor único que tiene la vida humana. Dios es el único que dio la vida, y el único con derecho a tomarla. A finales del siglo XX, las columnas de nuestros periódicos no suelen verse exentas de noticias sobre violencia y agresiones. Si la prensa se limitara a exponer estos episodios como meros datos, y sólo aparecieran en los boletines de noticias, quizá seríamos más sensibles al horror que encierran. Sin embargo, hay veces en que la violencia se dramatiza, incluso se idealiza, en las películas, la televisión y las novelas. Cinco minutos en un videoclub convencerán a la mayoría de observadores no tendenciosos que a muchas personas de nuestra sociedad les gusta la violencia, e incluso pagan para verla. Nuestros hijos crecen en un mundo en el que la agresión física es la manera normal de resolver los problemas de la vida. Los atracos callejeros y los secuestros de aviones son formas violentas de salirse con la suya. Los revolucionarios crueles y endurecidos, que conceden un valor muy bajo a la vida humana, reciben toda la cobertura publicitaria que necesitan, y todo bajo el disfraz de la libertad individual y la tolerancia básica. Se otorga a las ambiciones políticas un valor superior a la vida humana. Estas formas de agresión se condenan en la enseñanza de Moisés dirigida al pueblo. Dios es el Dios vivo, el dador de la vida. La vida humana es irremplazable y debe constituir el valor

prioritario.

2. El ladrón (19:14)

El octavo mandamiento (contra el robo) se interpreta aquí en referencia a los derechos de propiedad territorial. Es lo bastante importante como para que se repita más tarde en este libro (27:17). Una vez se hayan distribuido las diversas zonas del país a las distintas tribus, cada clan dispondrá entonces de sus campos particulares bien delimitados. Los *límites*, los hitos de piedra, indican dónde acaba el terreno de una persona y comienza el de otra. En un mundo ideal, así se quedarían las cosas, y una generación tras otra se mantendría dentro de los límites correctos. Pero los hombres y las mujeres son pecadores, y seguro que la codicia dicta otro curso de acción. La persona rica que desea más tierra puede sentirse tentada a desplazar el hito de su vecino, de modo que ampliará sus posesiones a costa de las de otra persona.

El respeto saludable por la ley de la propiedad es un ingrediente esencial en la vida de toda sociedad pacífica. Dios dice a su pueblo: «No hurtarás» (5:19). Además, le advierte sobre el peligro de siquiera *pensar* en apropiarse de las posesiones ajenas: «no codiciarás... de tu prójimo» (5:21). De hecho, toda la tierra es propiedad de Dios. Él ha dado una parte a nuestro prójimo. Por consiguiente, no tenemos derecho a arrebatarse el don de Dios. Dios es un Dios generoso. Hay que respetar la propiedad ajena.

3. El falso testigo (19:15–21)

En uno u otro momento, los jueces de Israel se enfrentarían a casos de asesinato y hurto, y deberían solucionarlos. En tales ocasiones, como es lógico, los testigos tenían suma importancia, y aquí la ley deja claro que un reo no puede ser condenado (15) basándose en el testimonio de un solo testigo. Además, el *testigo falso* o malicioso (16), que *acusa falsamente a su hermano* (18), debía recibir el mismo castigo que esperaba infligir a la persona a quien acusaba. Sin embargo, esta sentencia sólo podría imponerse después de que los jueces y sacerdotes hubieran *inquirido bien* los detalles del caso recurriendo a ambas partes en litigio. Estos asuntos legales tenían una inmensa importancia dentro de la vida de la comunidad. Toda sociedad está enferma si las personas que la componen mienten deliberadamente para perjuicio de otros. El Señor es un Dios de verdad; no nos engaña en nada de lo que dice. Por tanto, la palabra de quienes pertenecen a la comunidad del pacto debe ser también confiable y fidedigna.

Es poco probable que un cristiano recurra a la mentira deliberada en un tribunal para perjudicar a su prójimo. Sin embargo, hay otras formas de falso testimonio, aparte de las que involucran el procedimiento legal. Todo aquel que haga una afirmación falsa o no verificada sobre otro, con la intención de perjudicar su reputación, da falso testimonio. La murmuración destructiva y maliciosa puede infligir un tremendo daño a otras personas, y la carta práctica que escribió Santiago advierte a los lectores cristianos sobre los peligros de una lengua descontrolada. Yago, en la obra *Otelo*, de Shakespeare,

describe «el buen nombre de hombre o de dama» como «la joya inmediata de su alma».

Quien me roba la bolsa, basura me hurta; nada es, nada;
Fue mía, ahora suya, y ha sido de otros mil esclava;
Mas quien me arrebató mi buen nombre
Me roba lo que a él no le enriquece
Y a mí me sume en la miseria.

La frase familiar de *ojo por ojo, diente por diente* (21), con la que concluye este capítulo, suena tremendamente dura, pero hemos de destacar tres cosas al respecto.

Primero, si examinamos otros pasajes donde aparece esta frase veremos claramente que estas palabras no iban destinadas a que se las tomase al pie de la letra. Su propósito era fomentar la compensación exacta y justa en casos de perjuicio físico. Éxodo 21:23–27 nos ofrece un ejemplo. Un amo golpea con tanta saña a su esclavo que le deja ciego. Si este principio de la *lex talionis* (como se le llama) se aplicase literalmente, al esclavo se le concedería la oportunidad de dañar la vista de su amo. Sin embargo, el contexto demuestra que la frase no se refiere ni remotamente a la venganza física: «Si alguno hiriere el ojo de su siervo, o el ojo de su sierva, y lo dañare, le dará libertad por razón de su ojo. Y si hiciere saltar un diente de su siervo, o un diente de su sierva, por su diente lo dejará ir libre».

En segundo lugar, aun en los casos en que se demostrase sin género de dudas que medió un *testimonio falso* y *malicioso*, este dicho no era una invitación abierta a recurrir al castigo vengativo. En realidad, debía ser exactamente al revés. En un momento en que las represalias podían ser duras y extremas, este dicho imponía unas estrictas limitaciones sobre el tipo de castigo físico que había que imponer. Thompson deja claro que el principio subyacente en la frase «no era una licencia para vengarse, sino una garantía de la justicia». De hecho, en lugar de «inducir a la venganza, la limita, constituyendo una guía para un juez que debe fijar el castigo adecuado para el crimen». En la Inglaterra del siglo XVIII, había doscientas transgresiones castigadas con la muerte; eso se debió a que se había olvidado o ignorado esta *lex talionis*.

En tercer lugar, recordamos que Jesús citó este dicho en el Sermón del Monte, no, como suele suponerse, para abolir una parte del procedimiento legal del Antiguo Testamento, sino para limitar su aplicación a los tribunales. A lo largo de los siglos, su contexto legal originario se fue pasando por alto, y llegó a aplicarse al nivel de las relaciones personales. Tal y como dice John Wenham, este dicho «se interpretó al estilo de Shylock*, como si diera a todo hombre el derecho de exigir su trozo de carne cuando le ofendiesen. Se usaba como un instrumento de venganza personal». En el famoso Sermón, Jesús dice que al ciudadano del reino «se le prohíbe buscar venganza por ofensas personales y se le dice que haga bien a sus enemigos. Nuestro Señor no está dando instrucciones a los jueces civiles, diciéndoles que dejen de castigar a los malhechores».

Deuteronomio 20:1–20

16. LOS SOLDADOS DIFERENTES

La situación geográfica de Israel exponía a sus habitantes a constantes peligros. Por un lado la tierra estaba limitada por el mar Mediterráneo, y por el otro por un desierto montañoso. Quienes viajaban desde Egipto, en el sur, hasta Asiria y Babilonia, en el norte, por lo general se veían obligados a pasar por Canaán. La conquista israelita de la tierra se consideraba un juicio sobre sus habitantes debido a su maldad persistente y, como hemos visto, los israelitas no debían hacer concesiones a su idolatría ni a sus adoradores (16–18). Las normas contenidas en este capítulo miran más allá de la conquista inicial, al futuro cuando, por su propia seguridad, deberían ir a la guerra contra sus opresores.

Si bien los conflictos de este tipo serían variados y también (en un mundo pecaminoso) inevitables, en las batallas de los israelitas era probable que se diese un factor común: sus enemigos les superarían en número. Aquí está el consejo y la ayuda que necesitan para aquellas múltiples ocasiones en que los enemigos sean *un pueblo más grande que tú* (1). Es probable que sus adversarios dispongan de *caballos y carros*, mientras que, hasta la época de Salomón, Israel dependía sólo de su infantería. Si bien carecían de fuerza numérica, recursos necesarios y destreza militar, aún podían manifestar las cualidades que le importan más a Dios. Siempre serán un ejército reducido pero, cuando las tropas israelitas deban enfrentarse a grandes ejércitos, deberán hacerlo siendo una minoría confiada, comprometida y compasiva.

1. La minoría confiada (20:1–4)

Su mayor enemigo es interno, no externo. Es probable que el miedo haga más estragos en sus filas que cualquier matanza feroz que planifiquen sus enemigos. Ya de buen principio se dice a los soldados: *No desmaye vuestro corazón, no temáis* (3), y se les da tres motivos por los que su miedo es innecesario e impropio. Estas tres verdades son un mejor equipo para el combate que la mejor armadura de sus enemigos; a cada soldado que salga a luchar se le recuerda un hecho, un testimonio y una promesa.

a. Un hecho presente

No deben *temer* porque el Señor les garantiza con plena seguridad su presencia

junto a ellos en el campo de batalla. Debían dejar a sus familias en casa, pero al Señor no lo dejarían atrás. Él planea estar cerca de ellos en los momentos más peligrosos, una garantía que se repite para darle un énfasis especial: *tu Dios está contigo... Jehová vuestro Dios va con vosotros* (1, 4). Los cristianos se alegran porque, en los conflictos inevitables de la vida, esta promesa también va para ellos, la nueva Israel de Dios. A lo largo de la historia, tanto los individuos vulnerables como las comunidades amenazadas han demostrado la realidad de la presencia del Señor.²

b. Un testimonio del pasado

Antes de que avancen, deben mirar atrás. Deben recordar lo bueno que Dios ha sido con ellos en el pasado. Aquel que está con ellos en el campo de batalla les ha acompañado en otras circunstancias peligrosas. Él es el Señor que *te sacó de tierra de Egipto* (1). En aquellos tiempos, el pueblo carecía de toda esperanza humana de liberación. Los soldados egipcios tenían las mejores armas, el mejor equipo y la estrategia correcta, y persiguieron a los esclavos hebreos hasta un punto en que no había escapatoria. Los hebreos estaban encajonados, atrapados sin esperanza frente a una masa de agua que no podían cruzar. Pero dado que Dios estaba con ellos cruzaron el lecho del mar que, sólo unas horas más tarde, se convirtió en la tumba de la sofisticada caballería egipcia y de sus carros. El Señor se limitó a hacer soplar un viento: «Al soplo de tu aliento se amontonaron las aguas».⁴ Si Dios pudo vencer a sus enemigos anteriores, podría hacer lo mismo con los futuros.

c. Una promesa para el futuro

A los soldados israelitas se les dice especialmente que, al acercarse al campo de batalla, deben escuchar las palabras de su líder espiritual: *se pondrá en pie el sacerdote y hablará al pueblo* (2). Alguno podía sentirse tentado a decir que no era momento para sermones, pero a las tropas se les dice que deben prestar la máxima atención a las palabras que les sustentarían durante las próximas horas. El sacerdote tenía una promesa: Dios estaría con ellos. Dado este hecho, la conquista era indudable: *Jehová vuestro Dios va con vosotros, para pelear por vosotros contra vuestros enemigos, para salvarlos* (4).

2. Una minoría comprometida (20:5–9)

Cuando el sacerdote dejase de hablar, el comandante debía tomar la palabra. Su principal misión era decidir quién no iba a luchar! Los enemigos de Israel siempre tendrían ejércitos más numerosos, pero para los soldados hebreos la calidad es mucho más importante que la cantidad. Con Dios, lo que somos siempre es más importante que lo que tenemos. No tenía sentido conducir al campo de batalla a un gran ejército cuando la mayoría de ellos ponían el corazón en otro lugar. Había que reducir drásticamente el número; en la batalla sólo se quedan los mejores, de modo que la

nación pusiera su esperanza en el Dios invencible, no en su ejército superior. Primero era importante decidir quién no debía luchar (5–7), y luego descartar a otros que no querían estar (8–9).

a. Quienes no debían estar en las filas

Los oficiales al mando de la campaña debían empezar enviando a casa a todos aquellos hombres que acababan de construirse una casa pero que no habían tenido ocasión de vivir en ella y dedicarla al Señor (5). No era el momento de que los tales estuvieran alejados de sus familias. Debían asentar a su mujer e hijos en el nuevo hogar. Si la casa quedaba vacía y el varón moría en la batalla, algún otro podía apropiarse de sus bienes y dejar a su familia en la miseria. Ya hemos visto en otros pasajes de este libro que el Señor se preocupa mucho por la preservación de la vida humana.

Un hombre que fuera propietario de una viña recién plantada debía quedar exento de la lucha (6). Durante los tres primeros años en las viñas no habría fruto, y el cuarto había que ofrecer las uvas al Señor. Así que, hasta el quinto año, el propietario no habría empezado a *disfrutar* de ella. Si perdía la vida en el conflicto, otra persona podría quedarse fácilmente con su propiedad, justo en el momento en que él y su familia estaban a punto de beneficiarse de ella. Entonces, ¿qué pasaría con su esposa e hijos, que dependían del fruto para vivir?

Tampoco debía salir con las tropas todo aquel que se hubiera *desposado* con una mujer (lo cual significa haberse comprometido firmemente y estar a punto de casarse) (7), y un pasaje posterior deja claro que esta exención debía prolongarse durante el primer año del matrimonio. Al Señor le preocupa forjar relaciones positivas y seguras. Quiere que el marido «alegre a la mujer que tomó» (24:5).

b. Quienes no querían estar en las filas

Una vez los oficiales distinguieran los tres tipos de personas que hemos mencionado, debían hablar más con el pueblo para descubrir quiénes entre los restantes eran *medrosos y pusilánimes* (8). Aquellos que eran, literalmente, «flojos de corazón», debían quedarse en casa. Por naturaleza, los israelitas no eran un pueblo belicoso; estas instrucciones no iban destinadas a un ejército permanente. La mayoría de los soldados eran enrolados vacilantes, no voluntarios ansiosos, y todos disponían de pocos medios para enfrentarse duramente con unos soldados bien entrenados. En tales circunstancias, era natural tener miedo. Sin embargo, el miedo del soldado potencial tenía tres dimensiones, y cualquiera de ellas podía hacer que el hombre temeroso fuera más un estorbo que una ayuda. En primer lugar, el miedo debilita: un soldado paralizado de terror apenas podría defenderse en la batalla. Además, el miedo es contagioso. Un soldado con miedo podía minar fácilmente la moral de las tropas, *apocando el corazón de sus hermanos*. Además, el miedo es sintomático: se debe a la falta de fe en Dios. El poder del miedo queda anulado cuando un hombre confía en Dios.

Las instrucciones de enviar a casa a los temerosos anticipan el incidente de Gedeón, casi dos siglos después, cuando se usa la misma palabra para describir a los que tenían miedo. En aquel caso, a Gedeón se le dijo que redujese el número de sus soldados «no sea que se alabe Israel contra mí, diciendo: Mi mano me ha salvado».⁶ Es posible que aquí, en Deute - ronomio, se esté pensando en un peligro similar. Quienes saben que sólo Dios es su conquistador no querrán arrogarse la gloria para sí mismos.

3. Una minoría compasiva

La ley dejaba claro que un ejército invasor de este tipo tiene una responsabilidad ante las generaciones presentes y futuras.

En lo tocante a la generación presente, lo primero que debían hacer las tropas al llegar a una ciudad enemiga era *intimarles la paz* (10). Los israelitas sólo podían *sitiar* la ciudad (12) cuando sus habitantes rechazaran esa oferta. Los términos de la paz y la protección de algunas vidas sólo se aplican a las ciudades *que estén muy lejos de ti* (15), ciudades que hayan amenazado la seguridad nacional por medio de incursiones frecuentes y matanzas reiteradas. Éstas son guerras de defensa necesaria, no de expansión ambiciosa. Las *ciudades de estas naciones* en Canaán deben exterminarse, debido al grave peligro de contaminación religiosa. El acomodo a la religión cananea, moralmente corrupta e idólatra, pondría en peligro la naturaleza única de Israel como pueblo santo de Dios. Les arruinaría, exaltando a los ídolos y ofendiendo a Dios. La tierra se les quitaba a los cananeos debido a *todas sus abominaciones que ellos han hecho para sus dioses* (18). Si Israel aprende a hacer tales cosas *pecarán contra el Señor*, su Dios único y celoso.

Sin embargo, no existe ningún motivo para que las generaciones futuras sufran porque sus padres llevaran una vida inmoral y corrupta, de modo que se ordena a Israel que *no destruya los árboles con el hacha* (19). Aquí se expresa una objeción cuádruple a esta práctica. A Dios le interesan los árboles, la tierra, el pueblo y el futuro.

Primero, como Señor de la creación, se preocupa por los árboles: *el árbol del campo no es hombre para venir contra ti en el sitio* (19, la misma palabra que en 12). Sea cual fuere la iniquidad de la ciudad, sus árboles son inocentes; ¿por qué deberían padecer por una guerra humana? Él hizo los árboles, y quiere protegerlos. En segundo lugar, como Señor del universo, se preocupa por la tierra. Es posible que no fuera territorio israelita, pero necesitaba árboles, igual que los necesitan nuestras tierras, y talarlos supondría arrebatar al entorno sus recursos necesarios. En tercer lugar, como Señor de las naciones, a Dios le preocupa su pueblo. Tanto el ejército sitiador como los ciudadanos que queden tras el asalto necesitan los árboles, para *comer* (19) su fruto. Por último, como Señor de la historia, le interesa el futuro. Los hijos y nietos de quienes viven en la ciudad necesitarán los frutos provenientes de esos árboles. Sería una crueldad inconcebible hacer que sufrieran los hijos inocentes al privarles de una provisión adecuada para su felicidad y seguridad futuras.

Un pasaje de este tipo tiene una notable relevancia contemporánea. En nuestro

mundo, muy distinto, cada país necesita desesperadamente sus árboles, y el reciente debate ecológico nos ha recordado la contribución única que éstos hacen a nuestra vida. Su presencia hermosa el paisaje; sus hojas garantizan un suministro constante de oxígeno al aire que respiramos; nos ofrecen una amplia variedad de frutos; dan cobijo a aves y a animales, y sus raíces contribuyen a asegurar la estabilidad de la tierra. Su autosiembra es la provisión reflexiva de Dios para garantizar su continuidad.

Durante el Gran Salto Adelante planificado por el presidente Mao, puesto en práctica en 1959, se taló un gran número de árboles para despejar el terreno para la agricultura, y proporcionar madera para que las fundiciones aumentasen la producción nacional de hierro. Durante la segunda mitad de este siglo, la erosión de la tierra china ha aumentado en un dramático 32%. Buena parte de su superficie está yendo a parar a los grandes sistemas fluviales del país, en forma de sedimentos. El lecho del Río Amarillo está subiendo a un ritmo de unos 9 cm anuales, y ya está casi tres metros por encima de la meseta china. «Sin embargo, esta catástrofe inminente en la nación más populosa del mundo casi no se ha tenido en cuenta en el mundo occidental». Desde el principio de la historia documentada, se ha perdido más de la mitad de la capa superior de la tierra de nuestro planeta. En 1979 se predijo que hacia el final del siglo habrá desaparecido el 30% del resto de nuestros depósitos de tierra. Cuando Dios dijo a los israelitas que no talasen los árboles frutales, Él, como Creador, sabía cuál era su importancia estratégica en el panorama ecológico.

A menudo se nos recuerdan los graves peligros de la deforestación extendida que tiene lugar en diversos puntos de nuestra aldea global. El anhelo de disponer de tierras y madera en las colinas al pie del Himalaya significa que, cuando se derrite la nieve y llega el monzón, nada puede retener el avance de las aguas, la tierra de la superficie desaparece, y en Bangladesh se producen inundaciones. Sin saberlo, los pobres nepalíes han infligido una tremenda devastación a los refugiados de Bangladesh. Cuando un país actúa de forma irresponsable, otros países sufren. La amplia tala de árboles que se llevó a cabo en el norte de África hace siglos ha contribuido a la extensión de un vasto desierto, y está relacionada con la actual y trágica hambruna que padece ese continente. En los primeros siglos cristianos, el norte de África era el granero de Roma, pero durante los últimos cincuenta años el Sahara se ha tragado más de 400.000 kilómetros cuadrados de tierra cultivable. La extensa destrucción de los árboles en Sudamérica acabará perjudicando las vidas de los habitantes de países del mundo muy distantes. El «efecto invernadero» debe ser un tema de preocupación para todos los que honran la Palabra de Dios. Dios pensaba «en verde» mucho antes que nosotros, y este pasaje es tan sólo un ejemplo.

Aun cuando hayamos tenido en cuenta estos factores humanitarios y ecológicos, puede que nos sintamos a disgusto con la idea de un Israel guerrero. Sin embargo, hemos de recordar el contexto de la época. Vivían en una zona del mundo y en un momento histórico en que los grandes poderes mundiales amenazaban a las pequeñas naciones. Literalmente tenían que luchar por la supervivencia, porque si no serían totalmente exterminados dada su condición de pequeño país. Estas leyes les dicen que, a pesar de que puedan tener que recurrir a una guerra defensiva, no deben

comportarse como sus vecinos. Lo que hemos de tener en cuenta aquí es su punto de vista sobre la guerra, tan radicalmente distinto. ¡No podemos imaginarnos a una hueste de soldados egipcios a los que se diera la oportunidad de volverse a sus casas si hacer el servicio militar no les venía bien en aquel momento o si tenían miedo de la batalla! La importancia de este pasaje radica en el completo contraste entre estas leyes y la práctica militar de los vecinos de Israel.

La crueldad, rapiña y devastación de los ejércitos invasores de Egipto, Asiria y Babilonia eran famosas. Durante su largo periodo de esclavitud forzosa, el pueblo hebreo debió oír hablar de la implacable conducta de los soldados egipcios con las ciudades extranjeras. Ha quedado un relato sobre una de sus campañas en Asia, en el que el conquistador dice claramente: «Destruí las mismas fuentes de la vida, dado que segué sus mieses, talé todos sus bosques y sus árboles agradables... Todo lo destruí». Este informe dice con orgullo que aquel territorio asolado se convirtió en una zona «donde ya no hay árboles». Un mural en un templo egipcio presenta un ataque de este tipo, y en él se ven a algunos soldados que escalan las murallas de la ciudad con escaleras, mientras otros talan árboles. Comentando los rasgos distintivos de esta escena concreta, un erudito dice que «la destrucción de los huertos en torno a las ciudades asirias formaba parte del ataque contra las fortificaciones».⁹ En un periodo posterior, la temible crueldad de las tropas asirias era conocida por todo el Oriente Próximo, y no quedaba restringida a la devastación de los recursos naturales. Tanto hombres como mujeres estaban sometidos a castigos bárbaros y sádicos. A Israel se le dice claramente que sus soldados no pueden comportarse así. El pueblo de Dios debe ser distinto a los pueblos que lo rodean.

Deuteronomio 21:1–23

17. LAS FAMILIAS NECESITADAS

Deuteronomio ya nos ha hablado antes del profundo interés que siente Dios por el bienestar de la familia. Este nuevo capítulo aborda una serie de tristes circunstancias que podrían darse dentro de la vida de la comunidad israelita. El Señor sabía que, en un mundo pecaminoso, era probable que tuviese lugar este tipo de tragedias. Todas ellas tendrían graves ramificaciones dentro de las familias hebreas. El Señor quería que su pueblo fuera consciente de la forma correcta de reaccionar frente a algunas de estas desoladoras situaciones si llegaban a darse dentro de sus ciudades. Se nos retrata a cinco tipos de personas con problemas. En este pasaje se describen diversos tipos de angustia personal, junto con algunas instrucciones básicas relativas a la ayuda que ellos o la comunidad debe recibir en tiempos de adversidad. El sufrimiento tiene que ver con

un hombre asesinado (1–9), una mujer cautiva (10–14), un hijo privado de su herencia (15–17), un hijo depravado (18–21) y un criminal ejecutado (22–23).

1. Un hombre asesinado (21:1–9)

La primera tragedia tiene que ver con cualquier localidad donde se encuentre *tendido en el campo* el cuerpo de un hombre o una mujer (1). La situación describe las consecuencias de un acto terrible que ya se esbozaba en el libro relativo al hombre furioso que «acosa» a su prójimo y le mata (19:11–13). Aquella ley anterior suponía que se hubiera identificado al asesino, que se le hubiese hallado culpable y se le hubiera castigado. Los versículos que tenemos delante ahora nos hablan de una situación local donde aún no se ha descubierto al ofensor. La preocupación se extiende a toda la comunidad, no sólo porque anda suelto un criminal violento, sino porque la tierra se ha mancillado gravemente debido al derramamiento de sangre humana. En la narrativa aparecen varias características que son tremendamente relevantes en nuestro mundo. Si bien la forma externa en que se plasman las ideas (el sacrificio y las purificaciones rituales) es propia de una forma de pensar totalmente distinta de la nuestra, los principios subyacentes en ella siguen teniendo un valor inestimable. El procedimiento inusual que debe adoptarse subraya cinco temas importantes: la responsabilidad, la solidaridad, la sustitución, la confesión y el perdón.

Primero, una de las ciudades cercanas tiene que aceptar la *responsabilidad* plena por la limpieza ceremonial del pueblo. Los ancianos de las comunidades adyacentes deben medir la distancia precisa desde sus propias ciudades hasta el punto en que se ha descubierto el cadáver. La *más cercana* (3) será responsable de la purificación ritual de la comunidad y de su tierra. Los líderes de la ciudad no cometieron el asesinato, pero todos los habitantes sintieron el dolor y la culpa derivados de él. La familia de la víctima, que sufre, formaba parte de la comunidad local; unos hijos inocentes se han quedado sin padre, y una viuda queda sin recursos. El pecado que nació en el corazón de un hombre se extendía como una repulsiva enfermedad por todo el cuerpo. Todo el mundo sentía el dolor. Es una respuesta emocional que no queda limitada al mundo antiguo, aunque es posible que ellos la sintieran con mucha más intensidad que nosotros.

Dentro del mundo moderno, un grupo de vándalos dentro del mundo del fútbol, pero que no sienten amor alguno por el deporte, deciden adoptar una conducta destructiva. Viajan a otro país, sembrando el caos y la destrucción dondequiera que vayan. Muere gente, otros resultan heridos. El número de criminales involucrado es diminuto cuando lo comparamos con el número de socios del club, pero la sensación de responsabilidad es tan intensa que el club siente vergüenza y, hasta cierto punto, todo el país se siente culpable. ¿Así es como se comporta la gente cuando son huéspedes en otro país? Esa sensación de responsabilidad es aguda, ineludible y dolorosa.

Aunque una ciudad israelita se haga responsable de la expiación de ese asesinato cruel, el crimen ha afectado a toda la comunidad hebrea. Aquí también se enfatiza la

solidaridad. Cuando los ancianos buscan la limpieza del Señor piden que purifique *a tu pueblo Israel*, para no considerarlo culpable *de sangre inocente* (8). En algún punto de una ciudad israelita hay una persona que es directamente responsable del crimen atroz, pero aún no se la ha descubierto. El pecador sigue suelto, y puede que ataque de nuevo. Sin embargo, lo que predomina no es el miedo sino la culpa. La necesidad primordial es que se perdone a la comunidad, no que se la proteja. Aunque en el sentido más estricto hay un individuo desconocido que es el malhechor, la culpa no puede quedar confinada a una sola persona. La solidaridad nacional es tan grande que toda la comunidad acepta cierta responsabilidad por lo sucedido.

Los criminales son responsables de sus crímenes, pero no son los *únicos*. El asesino creció en una familia y en una comunidad más amplia, que aceptó parte de la responsabilidad por su bienestar y su educación. La vida de esa familia, ¿era feliz y armoniosa? ¿Sus padres le amaban profundamente? ¿Le hicieron sentirse seguro, apreciado y deseado? Su padre y su madre, ¿estaban siempre en paz uno con otro y con sus vecinos? Antes de que el niño supiera leer, el ejemplo de sus padres era elocuente. ¿Le enseñaron la Palabra de Dios: «No matarás», «No aborrezcas a tu hermano» o «no guardes rencor... sino ama a tu prójimo como a ti mismo»? ¿Quizá el asesino conoció el odio gracias a una mirada en los ojos de su padre? ¿Creció en una comunidad local cuyos miembros perjudicaban las relaciones personales discutiendo por tonterías? El motor de su ira, ¿fue la codicia? Y si fue así, ¿quién en Israel no llegó a decirle que las cosas son mucho menos valiosas que las personas? El odio no suele guardar silencio; ¿no hubo nadie en aquella comunidad con el valor suficiente como para hablarle de su amargura? Seguro que alguien le oyó decir cosas crueles sobre su enemigo; aquel era el momento de haberle hablado con amor sobre las graves heridas que él mismo se estaba infligiendo en el alma. Si se hubieran curado aquellos desgarrones tan dolorosos, no hubiera aparecido un cadáver en un campo solitario. Viviera donde viviese, en la comunidad había sacerdotes cuya misión era *decidir toda disputa* (5). ¿No había ningún sacerdote santo en Israel que ofreciese consejo espiritual, y ayudase a aquel hombre a entender que iba directo hacia una catástrofe?

Cuando las cosas van mal, la gente siempre señala con el dedo de la acusación amarga. Se ha cometido un crimen público, y estos pecados de comisión deben castigarse. Pero, ¿qué pasa con los pecados de omisión que pudieron inducir al crimen? Puede que no se hicieran muchas cosas por el ofensor, o que se hicieran a medias. Si se le hubiera ayudado con amor, aquel hombre solitario, oculto en la comunidad, atormentado por la culpa, podría haber sentido paz. Cuando alguien peca, todos tenemos cierta responsabilidad. John Donne nos recordaba que: «ningún hombre es una isla, cerrado en sí mismo; todo hombre es una fracción de continente, una parte del todo». Expresó esta idea conmovedoramente al escribir:

La muerte de todo hombre me disminuye, porque formo parte de la Humanidad; por tanto, nunca envíes a saber por quién doblan las campanas: doblan por ti.

La *sustitución* es el siguiente tema que aparece en el pasaje. No se ha descubierto al asesino, pero hay que expiar el crimen. La culpa pende sobre la comunidad como una nube oscura. Hay que soportar el castigo. Hay que ofrecer un sacrificio, de modo que se presenta una becerra, *que no haya trabajado, que no haya llevado yugo* (3). La ceremonia de purificación debe tener lugar en una zona *que nunca haya sido arada ni sembrada*, en un valle donde fluya un río. El animal es joven, el suelo virgen, el agua fresca se mueve sin trabas; todo transmite una imagen de «novedad». Debe haber una expiación, y la becerra debe ser la sustituta. El pueblo anhela alejar de él el pecado, e intentar un nuevo comienzo. En el siglo primero se ofreció un sacrificio único por lo que era, en el momento de la muerte, un pecado no admitido ni confesado. Jesús, el Hijo de Dios, recibió la condenación que merecíamos y obtuvo nuestro perdón eterno. Cristo murió, «el justo por los injustos», para llevarnos a Dios.

Sin embargo, aparte de una sustitución debe haber *confesión*. Los ancianos de la ciudad actúan claramente como representantes del pueblo cuando *se lavan las manos* en el lugar del sacrificio. En un sentido legal, dan testimonio público de que no son personalmente responsables del crimen ni, que ellos sepan, lo es nadie de su ciudad. No obstante, también hacen una confesión espiritual. Como lamento por el pecado, el ritual es una ayuda visual y un testimonio público. El lavado necesario (6), la súplica de perdón (8), la purga de la culpa (9) y el hacer *lo que es recto ante los ojos de Jehová* (9) forman parte de la naturaleza y el vocabulario de la expiación.

Una vez se confiesa el pecado, la *limpieza* es inmediata y completa. La palabra que aquí se traduce por *redimir* (8) se deriva de un término hebreo que significa «cubrir», e «implicaba borrar o cancelar el pecado» (Thompson). De esta forma, ellos *purgan* o quitan la culpa (9) que está en medio de ellos. El pecado es como una epidemia mortal que pasa rápidamente de una a otra persona. La importancia de eliminar el mal es una característica importante de este libro (13:5; 17:7; 19:13). En sus mejores momentos, los israelitas sabían que los hijos de Dios debían formar un pueblo limpio. Además, tanto la verdad bíblica como la experiencia personal les habían enseñado que, si se confesaban con sinceridad, sus pecados podían ser perdonados. Nosotros también sabemos esto, porque «si confesamos nuestros pecados», Dios «es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad». La culpa sin alivio es el resultado de un pecado inconfesado. Es perjudicial para nosotros, estropea nuestras relaciones y entristece a Dios. Actúa persistentemente, como si nadie hubiera hecho nada para perdonarnos.

2. Una mujer cautiva (21:10–14)

La mujer que había sido hecha prisionera durante la guerra seguía siendo un ser humano, y no se la debía degradar, cosa que hubiera sucedido sin duda de haber caído en manos de conquistadores paganos. Si su captor hebreo desea desposarla, las leyes del pacto insisten en que debe respetarla como persona. Se le debe dar un refugio adecuado (*en tu casa*), una ropa decente (*se quitará el vestido de su cautiverio*), una

completa seguridad (*en tu casa*) y la oportunidad de hacer duelo sin que nadie la presione (*y llorará a su padre y a su madre un mes entero*). Sentimos simpatía por la mujer que ha sido hecha prisionera, pero debemos recordar el contexto histórico, social y cultural en el mundo de Oriente Próximo, y darnos cuenta de que, si la hubiesen capturado unos invasores paganos, la historia hubiera sido muy distinta. La norma de *rapar su cabeza y cortar sus uñas* (12) puede referirse a unos actos propios del duelo (pero véase 14:9) o, más probablemente, puede indicar un cambio en su creencia religiosa. La mujer comienza su nueva relación erradicando los símbolos externos de su antiguo paganismo.

La ley ofrece una protección adicional para esa mujer en caso de que su marido hebreo no estuviera satisfecho del matrimonio (14). En tales circunstancias, había que dejar libre a la mujer para que comenzase una nueva vida lejos de la esclavitud. Nunca se la podía convertir de esposa en esclava, ni su marido podía venderla a nadie con ese propósito. La prohibición de *no venderla ni tratarla como esclava* (14) puede traducirse por «tratarla como a una mercancía»; el verbo sólo se usa otra vez en todo el Antiguo Testamento (24:7). El Señor no permite que se trate a una persona como a un objeto. La mujer repudiada ya tiene bastantes penas en su vida; se prohíbe al esposo descontento añadir más. El Dios de Israel se preocupa por los esclavos, los extranjeros y quienes han perdido el apoyo de sus maridos, tanto si son israelitas como si no. En su misericordia, el Señor no sólo provee para su bienestar, sino también para protegerlos de personas que, de otro modo, les tratarían de cualquier manera o incluso con crueldad.

Aunque vivimos en un mundo totalmente distinto, un pasaje de este tipo no carece de importancia para la sociedad de finales del siglo XX, que en ocasiones está muy interesada en el sexo. Esta ley humanitaria deja muy claro que no era lícito tener relaciones sexuales prematrimoniales: *llorará a su padre y a su madre un mes entero; y después podrás llegarte a ella, y tú serás su marido, y ella será tu mujer* (13). Si a la mujer la hubiesen capturado unos conquistadores paganos, es probable que, de ser atractiva, la hubieran humillado, degradado públicamente y violado, pero según la ley hebrea, su captor no podía actuar de esta forma tan inmoral y despiadada.

Incluso si deseaba casarse con ella, el soldado no debía *llegarse a ella* hasta que concluyese el periodo de duelo. El captor hebreo no tenía ningún «derecho» sobre este asunto. El bienestar físico, moral y emocional de la mujer gentil tenía mucha más importancia que los deseos sexuales de su señor. El «amor» de éste, en tales circunstancias, podría ser impulsivo y falso. La esclava no debe sufrir porque el hombre sea caprichoso y no muy fiable. Ningún hombre ama tanto a una mujer como afirma hacerlo si insiste en mantener relaciones sexuales prematrimoniales con ella. Por lo general, los hombres siguen esperando que su futura esposa llegue al matrimonio siendo virgen. ¿Cómo podrá alcanzarse este ideal tan básico si otros hombres no respetan la castidad humana, la ley divina relativa a la santidad de las relaciones sexuales, y la naturaleza única del vínculo matrimonial? Dios es santo, y la gente debe vivir responsablemente. Dios es amor, y nosotros debemos actuar con compasión.

3. El hijo privado de su herencia (21:15–17)

Seguimos con la historia de la infelicidad posible dentro de la familia. Movidio por su amor y su deseo de hacer justicia, Dios imagina una situación en la que el primogénito está a punto de ser privado de su herencia, que le corresponde por derecho. El padre ha dejado de amar a la madre del muchacho. No se trata de que haya perdido el interés por ella, sino que la «aborrece» (15). Su preferencia natural será la de favorecer al hijo de su segundo matrimonio, el hijo de la mujer a la que ama ahora. Pero la ley hebrea era muy clara en este aspecto: el primogénito debía recibir la mayor parte de la herencia, y a este hijo no se le puede despojar de lo que es suyo por derecho legal sólo por el hecho de que su padre ya no quiera a su madre. La interpretación de las leyes de Dios no puede estar en manos de los caprichos humanos y de la inestabilidad emocional. Hay que hacer lo que Dios diga, sean cuales fueren los sentimientos del hombre y de su nueva esposa. ¿Por qué debería padecer el primogénito tan sólo porque su madre ya no goce del favor paterno? Dios es justo, y su pueblo debe vivir con justicia.

4. Un hijo depravado (21:18–22)

Hemos de entender la obediencia de los hijos hacia sus padres dentro del contexto de las relaciones familiares ordenadas por Dios, creativas y que ofrecen un respaldo adecuado. El pacto entre Dios y su pueblo destacaba el privilegio, la responsabilidad, la santidad y la seguridad de la vida familiar israelita. Todo iría razonablemente bien mientras los hijos respetasen los estándares básicos y la disciplina de sus padres, pero, ¿qué pasaría cuando un hijo *contumaz y rebelde* rehusara escuchar los consejos paternales acerca de su estilo de vida, que iba de mal en peor? Si el joven se niega a *obedecer* a su padre o madre, por mucho que se lo rueguen y, si a pesar de sus intentos de *disciplinarle*, persiste en su conducta de ser un *glotón y un borracho* (20), hay que exponer el asunto a los ancianos de la ciudad. Hay diversos motivos por los que no puede pasarse por alto esta actitud. Aunque la pena de muerte es un castigo severo, hay cuatro factores claros a tener en cuenta.

Primero, el procedimiento subraya que *hay que obedecer a Dios*. Mediante sus insultos reiterados y su conducta corrupta, el ofensor transgredía la ley de Dios. El pacto decía claramente que había que honrar a los padres (5:16). La desobediencia empecinada y persistente es un acto de desafío orgulloso contra el Dios que creó esa ley especialmente para el beneficio de sus hijos. Era para su «bien» (10:3) y para el nuestro; rechazarla supone insultar al Dios que nos pide obediencia, y esta rebelión flagrante tiene repercusiones, muchas de ellas sobre nosotros mismos.

Luego, *hay que pararle los pies al rebelde*. Ha ignorado las súplicas sinceras de sus padres. El camino de la rogativa familiar no puede dar más de sí. El hijo insiste en seguir por su camino, con su rebelión, su gula y sus borracheras. Esta ley enfrenta al joven con

las trágicas consecuencias de su rebelión persistente. La vida, además de un privilegio, es una responsabilidad. Nadie debe ser libre para dañarse a sí mismo, entristecer a sus padres, corromper a otros y perjudicar a la sociedad sin que nadie lo frene. Si el glotón borracho y rebelde no cambia su vida destructiva, debe enfrentarse a las consecuencias.

Además, *hay que apoyar a los padres*. Los ancianos de la ciudad tienen una responsabilidad clara hacia los compungidos padres. Naturalmente, el amor humano por sí sólo garantizaría que ningún padre o madre soñara jamás en llevar este asunto ante los ancianos hasta que hubieran hecho todo lo posible por resolver el problema dentro de la intimidad del círculo familiar. Es probable que se sintieran angustiados al ver que sus esfuerzos reiterados para mejorar la situación en casa no sirvieron de nada. Sin embargo, no deben ser ellos quienes castiguen a su hijo, como por ejemplo podían hacer los padres en la sociedad romana. La situación exige un juicio más elevado y objetivo del que ellos podrían aportar. Al estipular una serie de severas advertencias, la ley intentaba proteger a los padres de los ataques físicos o verbales de sus hijos rebeldes (27:16). Los ancianos deben asegurarse de que los padres reciban toda la ayuda necesaria en los momentos difíciles. La dura advertencia contenida en esta ley iba seguramente destinada a respaldar a los padres, que así podrían advertir a sus hijos rebeldes sobre el posible resultado de la conducta que éstos se negaban a cambiar.

Por último, *hay que proteger a la comunidad*. Si se permitía que un miembro tan indigno de una familia siguiera con su estilo de vida corrupto sin hacer nada al respecto, no pasaría mucho tiempo antes de que a él se unieran otros. El pecado sabe cómo reproducirse dentro de una comunidad, y hay que hacer todo lo necesario para detener su influencia social, que degrada rápidamente. Esta ley pretendía ser un severo elemento disuasorio. No disponemos de evidencias veterotestamentarias de que ningún hijo israelita fuera lapidado por esta ofensa. Estos versículos nos ofrecen una clara advertencia sobre qué podría suceder en ese caso, no una descripción de lo que pasó.

Aquí hay otros dos puntos que tienen importancia para nuestros días. El primero tiene que ver con el ejemplo perjudicial del rebelde. Era culpable de *gula* y de *embriaguez*. La gula y el alcoholismo son dos de los pecados más frecuentes en la sociedad occidental. Ambos son una ofensa contra Dios. En un mundo que pasa hambre, comer con exceso es tan grave como beber por impulso. Se calcula, y son datos fiables, que en el mundo de hoy día hay casi un billón de personas a las que podríamos definir con precisión como «los pobres absolutos»; son adultos y niños cuya existencia cotidiana se caracteriza por la malnutrición, el analfabetismo y la enfermedad. Cuando hay millones de personas que mueren porque carecen de alimentos suficientes, a Dios debe dolerle que millones de personas coman más de lo que es bueno para su salud, y gasten enormes cantidades de dinero en bebidas alcohólicas, sin preocuparse en lo más mínimo por el problema devastador del hambre en el mundo.

El mayor error del hijo rebelde fue ignorar el consejo, el llamado y el ejemplo de sus padres. Alexander Solzhenitsyn afirma que uno de los síntomas claros de la decadencia de una sociedad es cuando ésta pierde el sano respeto por las generaciones anteriores.

Esto es una seria advertencia a los hombres y mujeres de finales del siglo XX. Algunos de los esquemas aplicables hoy día en el mundo empresarial se basan en la convicción de que, una vez las personas han superado la madurez, ya no pueden ocupar cargos de liderazgo creativo y enérgico. Sin embargo, la historia del progreso humano no respalda este paradigma. Cuando John Wesley tenía 83 años seguía activo y predicando el evangelio dos veces al día. Monet, tras su 85 aniversario, seguía pintando obras maestras. Miguel Ángel tenía 69 años cuando pintó su famoso «Juicio Final», y Tiziano no pintó su «Batalla de Lepanto» hasta después de cumplir los 89. Si Winston Churchill hubiera muerto antes de cumplir los 60, algunos habrían definido su vida como un fracaso. Sin embargo, una reciente encuesta Gallup sobre la edad de los trabajadores reveló que 8 de cada 10 entrevistados consideraba que las personas más idóneas para cualquier empleo, excepto el de limpieza y director de empresa, eran las que tenían menos de 35 años. Es posible que éste sea un principio que acepte frecuentemente el mundo incrédulo, pero será una tragedia que esta forma de pensar influencie, y mucho menos determine, el nombramiento de los líderes cristianos. Dios no puede confinarse a unas normas tan inflexibles. Algunos de sus mejores líderes durante el periodo bíblico, y desde entonces, han sido o bien excepcionalmente jóvenes o claramente ancianos. Él emplea a personas en las que puede confiar, no a quienes son pertinentes desde un mero punto de vista humano. Cuando tratamos con temas espirituales, la opinión mundana sólo tiene una importancia marginal.

5. Un criminal ejecutado (21:22–23)

Cuando debiera tener lugar una ejecución dentro de la comunidad israelita, el pueblo no tendría la libertad de infligir una angustia adicional a la familia de la víctima. El cuerpo del ejecutado no debía permanecer *en el madero* tras la puesta del sol; debía enterrarse al morir el día. El pueblo sabía que *maldito por Dios es el colgado*, y que la tierra se contaminaría si se exponía un cadáver a la vista de todos al cabo de unas horas. Si bien lo que se tiene en mente en este caso es la santidad de la tierra, en esta ley vemos implícito también un profundo interés humanitario. En un entorno natural, donde un cuerpo expuesto durante la noche sufriría el ataque de los animales salvajes y carroñeros, esta prohibición es muy sensible a la tensión emocional que sentiría la esposa y la familia del ejecutado. ¿Por qué debían sufrir aún más a consecuencia de sus crímenes?

En muchos de los contextos del Nuevo Testamento, los primeros escritores cristianos reflexionan a menudo sobre el hecho de que, en aquel Viernes Santo, Jesús padeció como víctima inocente por unos delitos que no había cometido. El apóstol Pablo reflexionó sobre estos versículos concretos de Deuteronomio cuando escribía sobre la muerte de Cristo. El Hijo de Dios colgó de una cruz como si fuera un criminal.⁹ Padeció una muerte que no mereció, soportando el castigo por nuestros pecados. Pablo dice que fue «hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)». Mediante esa muerte, única, definitiva, expiatoria, obtuvo

nuestro perdón completo y nuestra redención eterna.

Deuteronomio 22:1–23:16

18. EL AMOR AL PRÓJIMO

Los cuatro capítulos siguientes de Deuteronomio (22–25) nos ofrecen una interpretación más detallada de la ley en cuestiones relativas a la vida y a la conducta cotidianas. Abarcan una amplia variedad de temas diferentes (y, en una primera lectura, aparentemente inconexos): los objetos perdidos, el vestido inaceptable, el saqueo de nidos, el urbanismo, las prohibiciones agrícolas, las dificultades matrimoniales, las ofensas sexuales, la salud pública y muchos otros. Si bien los temas son diversos, el hilo conductor está claro: la comunidad del pacto debe estar formada por buenos vecinos. Dios es generoso y amante; nadie que crea en Él puede vivir egoísta y descuidadamente dentro de la sociedad. Todo creyente tiene una responsabilidad para con su prójimo. La persona que viva en la granja israelita adyacente o en la pequeña casa al otro lado de la calle es algo más que un compatriota: es un *hermano* (22:1–4; 23:19–20) que pertenece a la familia de Dios. Incluso el edomita es un *hermano* (23:7), y por tanto hay que tratarlo con compasión. El amor no traza fronteras.

1. Los objetos perdidos (22:1–4)

En la ley de Israel no figuraba la frase «el que lo encuentra se lo queda». Quedarse algo que claramente pertenecía a otra persona era una forma de hurto, y no podía tolerarse dentro de la comunidad. El octavo mandamiento (5:19) era tan aplicable a las cosas encontradas como a los bienes que podían robarse. El buey suelto, la oveja o el asno, deben devolverse al *hermano* a quien pertenecen. Si vivía demasiado lejos, o si se desconocía el propietario, había que cuidar del animal hasta que alguien lo reclamara: *no le negarás tu ayuda* (1, 3, 4). Si un israelita se encontraba con un animal en apuros debía siempre acudir en su ayuda, fuera quien fuese su propietario. Los miembros de la comunidad del pacto deben ayudarse y ser siempre amables con los animales. Cuando se expresa en Éxodo la ley sobre los bienes perdidos, afirma que hay que cuidar incluso de los animales de un enemigo. ¿Por qué debería sufrir el animal por el mero hecho de que dos personas no se lleven bien? Entonces se aplica el mismo principio a los objetos perdidos, como las prendas de vestir, los bienes o lo que sea. Es posible que el hermano necesite urgentemente esos objetos, que nadie más puede reclamar.

Al israelita se le dice que no debe *ignorar* el tema o «negar su ayuda», expresión

que podría traducirse por «no debes esconderte» (1, 4). Quien descubra la oveja de un vecino caída en un pozo, no debe mirar para otro lado porque tiene un día ajetreado y muchas cosas que hacer. Está claro que rescatar al animal le costará tiempo y esfuerzo, y no obtendrá ningún beneficio, pero debe hacerlo porque Dios lo dice, el animal lo necesita y el *hermano* lo merece.

En el mundo contemporáneo existe el grave peligro de que los cristianos «nieguen su ayuda» debido a una actitud apática frente a los males morales y sociales de nuestros tiempos. Los creyentes no deben ser indiferentes a los graves problemas que vemos hoy en nuestra sociedad: el alcoholismo, la drogadicción, al aborto, la carencia de hogar, la pornografía, las aberraciones sexuales, la pederastia, etc. Será muy trágico que los creyentes «se escondan» en lugar de informarse, orar pidiendo una mejora de la legislación, acercarse a las autoridades pertinentes, escribir cartas bien argumentadas, y dar los pasos necesarios para producir un cambio. El mundo contemporáneo necesita urgentemente cristianos alerta que sean «sal» y «luz» en un entorno social que aparte de intercesión y ejemplo precisa obras prácticas. Hay un dicho atribuido a Edmund Burke que es muy relevante en la sociedad de finales del siglo XX: «Lo único necesario para que triunfe el mal es que los hombres buenos no hagan nada».

2. El vestido inaceptable (22:5)

El lenguaje extremadamente fuerte que hallamos en este pasaje relativo a la indumentaria inadecuada para hombres y mujeres (*abominación es a Jehová tu Dios*) nos sueña extraño, pero hay dos motivos posibles para esta prohibición tan inflexible.

Primero, es probable que estuviera en juego una cuestión moral. La promiscuidad sexual era frecuente en Canaán, y el travestismo formaba parte del contexto corrupto e inmoral de la tierra que estaba a punto de heredar Israel. Esta prohibición es una advertencia al pueblo hebreo, para que no se identifique con las prácticas sexuales y homosexuales degradantes de los cananeos. La ley no se aplica solamente al vestido, sino a todos los objetos típicos que normalmente lleva el sexo opuesto. Enfatiza que la distinción de género forma parte del orden de la creación, y que no puede eliminarse.

En segundo lugar, también es probable que esta norma tuviera motivos religiosos. Algunas religiones paganas de Oriente Próximo exigían que los hombres y las mujeres intercambiasen sus ropas como parte de sus rituales de fertilidad. Una pareja que deseara tener un hijo tendría que participar en ceremonias mágicas que incluían este tipo de conducta, y aquí se advierte a Israel que no se involucre ni de lejos en esta práctica degradante. El testimonio bíblico nos dice que una pareja que quisiera tener descendencias debía orar intensamente y confiar en el poder de Dios, no en costumbres mágicas paganas.⁴

3. La protección de las aves (22:6)

Todo aquel que hallase el nido de un ave no podía matar a la madre. En casos de hambre extrema, era posible consumir los huevos o incluso los pollos, pero no a la madre. Había que dejarla vivir para que volviese a poner huevos. Estos temas de conservación tienen una gran importancia en Deuteronomio, y reflejan el interés del Señor por la continuidad de la vida. Tal y como observa Craigie, «la matanza a gran escala de cualquier especie puede llevar a una grave disminución de sus números, y a la extinción». Los hombres y las mujeres deben ser administradores responsables en este mundo que Dios ha hecho para que lo disfrutemos. «De Jehová es la tierra y su plenitud». No tenemos derecho a saquear la propiedad de Dios.

4. La protección de otros (22:8)

Pero las reglas sobre la conservación de los animales van seguidas de instrucciones específicas relativas a la preservación de la vida humana. En el mundo oriental, la terraza plana de una casa se consideraba una habitación adicional. Se accedía a ella mediante una escalera exterior, y las familias israelitas usaban esta zona como dormitorio, taller, salón o zona de juegos y, a menudo, como una combinación de estas cuatro cosas. Sin embargo, si no tenía parapeto, la estancia extra podía convertirse en un grave peligro. Era fácil que una persona, sobre todo un niño, se cayera por el borde, y un accidente podía ser mortal. Si bien durante la conquista el pueblo hebreo tomó posesión de los hogares cananeos, seguro que en el futuro habría momentos en los que sería necesario construir nuevas casas. Esta ley insistía, con razón, en la construcción de un murete en el perímetro de la azotea, para evitar graves accidentes y, por tanto, el sufrimiento de la familia.

Las normas arquitectónicas y los permisos urbanísticos empiezan en Dios. A Él le interesan las condiciones en las que viven las personas, así como cualquier otra faceta de la vida humana. Usando este pasaje, Juan Calvino insistió en que se aplicasen estas mismas disposiciones sobre los parapetos a las casas de la Ginebra del siglo XVI, y se dedicó incansablemente a asuntos de salud pública e higiene social, para detener la expansión de las enfermedades urbanas. Defendió la introducción de normas relativas a la correcta ventilación de los hogares, y del buen alcantarillado, de modo que la gente pudiera vivir en unas condiciones razonablemente felices. De igual manera, durante la Revolución Industrial del siglo XIX, en Gran Bretaña, Lord Shaftesbury y sus colegas trabajaron incansablemente durante muchos años para asegurarse de que hombres, mujeres y niños estuvieran bien protegidos de la maquinaria peligrosa en las fábricas, tuvieran un horario razonable, dispusieran de momentos para descansar; también abordaron las demás cuestiones laborales. Su campaña sobre las condiciones laborales fue una expresión práctica de un interés cristiano genuino.

Los creyentes del mundo moderno no pueden mostrarse indiferentes a unos temas contemporáneos tan urgentes como la carencia de hogar, las viviendas inadecuadas y el bienestar de la familia. Frente a la desigualdad injusta, los cristianos no tienen la opción de «escondarse» o apartarse (22:1, 4) de los tremendos problemas de vivienda en las

zonas pobres y marginales del mundo. Muchos de nuestros vecinos tienen que vivir y criar a sus hijos en unas circunstancias terribles, y no podemos ser indiferentes a esta degradación. Hay libros como el Informe del Arzobispo de Canterbury, *Faith in the City*, o *Signs in the City*, de Colin Marchant, que nos recuerdan los trágicos problemas sociales de las zonas urbanas de Gran Bretaña. Podemos decir lo mismo de otros países del mundo. A un Dios que insiste en las medidas de seguridad correctas en los hogares israelitas no le importan menos las viviendas infrahumanas en el mundo del siglo XX. Será una tragedia si, conscientes del interés de Dios, los cristianos «se apartan» de su responsabilidad al ver tales males, o (tomando prestada una imagen de la enseñanza de Cristo), «pasan de largo» cuando otros están sumidos en una gran necesidad.

5. Mezclando cosas incorrectas (22:9–12)

Aquí vemos cuatro leyes distintas, dos de las cuales están relacionadas con el trabajo (9–10) y otras dos con las prendas de vestir (11–12). Al pueblo hebreo no se le permitía sembrar distintos tipos de semillas entre las hileras de vides en sus viñas (9), o uncir al yugo a animales distintos (10). No se les permitía llevar prendas confeccionadas con tejidos diferentes, *ropa de lana y lino juntamente* (11), pero debían añadir *flecós* (12) en las esquinas de sus mantos. Puede que nos sorprenda este tipo de legislación meticulosa, y que nos resulte muy difícil entender esa escrupulosidad. Una cosa está clara: en el momento en que se promulgó esa ley, todos los objetos tenían una importancia particular, y haremos bien si miramos más allá de los detalles concretos para ver los principios subyacentes que, posiblemente, dieron origen a estas normas.

Es posible que estas reglas particulares, y algunas otras del pacto, no sean más que una forma eficaz de decir a los israelitas que fueran *diferentes*. En muchos casos, es probable que estas leyes estuvieran gobernadas por la religión. Es posible que se relacionen con costumbres mágicas y prácticas ceremoniales paganas, que ahora nos cuesta descubrir o recuperar. Los egipcios mezclaban hortalizas y vides en sus viñas. Quizá de esta forma práctica y visible, Dios urgía a Israel a diferenciarse de sus vecinos paganos. En el texto original, la palabra traducida por *tejido* o «mezclado» (11) no es hebrea; parece que es un préstamo de un término egipcio. Sabemos que algunos tejedores egipcios tuvieron ciertas asociaciones con la magia, de modo que puede que éste sea el motivo de la prohibición de no mezclar diferentes tejidos.

Estas obligaciones del pacto, inusuales, también les recuerdan que deben ser *obedientes*. Es posible que no siempre entiendan por qué se les pide que se abstengan de determinadas cosas, pero deben confiar en el Dios que hizo las reglas. Está claro que el Señor no habría prohibido a su pueblo que hiciera determinadas cosas si éstas no fueran perjudiciales para ellos. «No quitará el bien a los que andan en integridad». Si el Señor había prohibido ciertas costumbres y prácticas, seguro que no eran «buenas» para ellos. No debían quejarse y discutir por qué se les negaban tales cosas; debían hacer exactamente lo que el Señor les pedía, y contentarse con la obediencia. Había una prenda de vestir que debía dar testimonio de su lealtad a Dios. En lugar de ser

como sus vecinos paganos, los israelitas debían dar un testimonio claro llevando *flecos en las cuatro puntas* de su manto (12). El *tallith*, o chal de oración, sigue usándose en el judaísmo ortodoxo. Los flecos eran un recordatorio visible de su obligación de obedecer la Palabra de Dios:

Y os servirá de franja, para que cuando lo veáis os acordéis de todos los mandamientos de Jehová, para ponerlos por obra; y no miréis en pos de vuestro corazón y de vuestros ojos. Para que os acordéis... y seáis santos a vuestro Dios.

Para la mayoría de hebreos, el manto con los cuatro flecos tenía un doble propósito; era una prenda exterior durante el día y una manta pesada por las noches. En otras palabras, que en todo momento los flecos estaban en las cuatro puntas para recordarles, día y noche, la prioridad de la obediencia.

Además, puede que una de estas normas se diera para recordarles que debían ser *compasivos*. A los granjeros se les dice que *no aren con buey y con asno juntamente* (10). Dios no quiere que se unza al yugo a un animal fuerte y a otro más débil. Las naciones vecinas combinaban regularmente a los dos animales para arar, de modo que es posible que esta prohibición sea simplemente otro llamado a adoptar prácticas distintas a las de sus vecinos paganos. Además, el buey y el asno representaban lo que era «puro» e «impuro» en sus leyes alimentarias (14:3–8); es posible que éste fuera otro motivo por el que mantener separados a los dos animales. Tres de las reglas de este pasaje (sobre los animales, la semilla y la ropa) aparecen combinadas en un versículo de otro pasaje, y dentro de ese contexto la prohibición tiene que ver con la hibridación. Por supuesto, puede que hubiera más de una razón para esta norma, pero, a la luz del énfasis sobre el bienestar de los animales que hallamos en el pacto (22:1–4, 6), es bastante posible que tras esta obligación particular se encuentre el deseo de proteger a los animales de todo tipo de sufrimiento o crueldad mientras trabajaban. Hoy día, en Gran Bretaña, la gente anda preocupada por la crueldad creciente con que se trata a los animales. Dios les creó, y se preocupa por ellos aun si algunos humanos no lo hacen.

6. La santidad del sexo (22:13–20)

Ahora la ley aborda un grupo de seis normativas que tienen que ver con la moralidad personal y comunitaria. Enfatizan que el propósito de Dios es que las relaciones sexuales físicas queden limitadas exclusivamente al matrimonio. El pasaje indica la importancia de que el pueblo hebreo conservara unos estándares altos de moral dentro de la comunidad.

La primera ley (13–21) imagina la queja de un marido israelita que afirma que su esposa le engañó en lo tocante a su virginidad cuando se casó con ella. Si él le *atribuye faltas que den que hablar* (14) se trata de un caso tremendamente grave, y hay que solventar la acusación de tal modo que el marido sea culpable de difamar el buen nombre de su esposa, o ésta sea castigada por haber mantenido relaciones sexuales

prematrimoniales.

La segunda ley (22) es una condena directa del adulterio, es decir, las relaciones sexuales con una persona que está casada con otra. Es un pecado que transgrede tres mandamientos: los que prohíben la codicia («la mujer de tu prójimo»), el hurto y el adulterio. La tercera ley (23–24) es igual de condenatoria. Aquí, los miembros de la pareja son *una muchacha virgen desposada con alguno*, que no resistió las propuestas sexuales del hombre en cuestión. Aunque ella estaba *en la ciudad*, la mujer comprometida a casarse con otro *no dio voces* pidiendo ayuda. La cuarta ley tiene que ver con la violación de una mujer desposada *en el campo* (25–27). En este caso, la mujer *dio voces pero no hubo quien la librare*. Como en los casos anteriores, el castigo debe ser la muerte, pero, naturalmente, sólo se condena al violador. La quinta ley (28–29) habla de otro caso de sexo prematrimonial. Aquí, un hombre seduce a una joven *que no estaba desposada*. Se ordenó al ofensor que hiciera una reparación económica a la familia, se casase con la joven y *no la pudiera despedir en todos sus días*. La última ley (30) de este grupo concierne a un hombre que tiene relaciones sexuales con su madrastra. *Profanar* o «descubrir» significa «invadir los derechos maritales de su padre» (Thompson). El incesto se prohibía explícitamente. Esta conducta estaba bajo la maldición divina (27:20).

Estas leyes estaban específicamente diseñadas para conservar la santidad del matrimonio y preservar el bienestar general de la vida familiar hebrea. En nuestros tiempos, si bien no deseamos adoptar los castigos prescritos, hemos de descubrir la transgresión. Vivimos en un periodo de decadencia moral muy extendida, y la permisividad sexual se aplaude abiertamente en la prensa, el teatro, las películas, vídeos y novelas. Una reciente edición de una revista internacional de noticias llevaba un comentario de un legislador belga, Jean-Pierre Detremmerie, sobre la reacción europea a las alegaciones de infidelidad matrimonial por parte de los políticos norteamericanos: «En Europa, los asuntos extramatrimoniales se consideran una señal de buena salud, una hazaña». Es sorprendente que, en el mundo actual, todos puedan equiparar la permisividad sexual con la conducta saludable, cuando la sociedad contemporánea se enfrenta al grave aumento, a escala mundial, de una enfermedad de transmisión sexual. La crisis del sida proporciona a hombres y mujeres de todos los continentes un elemento disuasorio innegable dentro del mundo de la salud, que debe colocarse junto a la convincente enseñanza ética de la Biblia y su exigencia inequívoca de moralidad personal.

Comentando sobre este pasaje, J. A. Thompson nos recuerda dos cosas importantes: las advertencias de la historia y la enseñanza de Jesús. «Las grandes naciones de los siglos pasados perdieron su naturaleza nacional, en una medida considerable, debido a su ilimitada permisividad en el terreno de la sexualidad. Sea como fuere, para el cristiano todo aquello inferior al estándar que fijó Jesús no puede considerarse una norma».

En el primer siglo, teniendo en mente estos versículos concretos, los fariseos llevaron a una mujer adúltera a Jesús. Si la expusieron públicamente no fue movidos por su preocupación por la moral pública, sino porque querían tener algo «para poder

acusarle». Jesús rehusó apedrear a la mujer, pero sin respaldar su ofensa: «Vete, y no peques más». Otra mujer, cuya moral no era precisamente encomiable, experimentó el poder transformador de Cristo. Liberada de su culpa, confesó públicamente que Cristo no sólo había manifestado su pecado, sino también limpiado su vida. Gracias a su testimonio, hubo otras personas que descubrieron que Él era realmente «el Salvador del mundo».¹⁷

En el mundo de hoy, quienes han ignorado la ley divina relativa a la pureza sexual deben temer más la aparición de una enfermedad incurable que el golpe de las piedras. Vivimos en un mundo diferente, pero el pecado no es menos grave en sus ramificaciones y efectos. La Palabra de Dios deja claro que todos los que sean culpables pueden ser perdonados de inmediato, pero la penitencia debe ser genuina y conlleva el rechazo del pecado. Todos los pecados son una ofensa contra Dios. A diferencia de nosotros, Él no los clasifica por orden de prioridad. La sexualidad es un regalo de Dios. Dentro de la relación matrimonial, debe valorarse y atesorarse como la expresión física más profunda del amor humano. Sin embargo, la tragedia radica en que todos los dones de Dios se pueden usar mal y pervertir con fines malignos en vez de positivos. Tenemos que ver el pecado sexual (como cualquier otro) tal y como es: un poder destructivo que entristece a Dios, ignora las advertencias, nos arruina y perjudica a otros. Nadie en su sano juicio puede permitirse tomarse a broma una fuerza tan siniestra y destructiva.

7. Los adoradores limpios (23:1–8)

En este punto aparece una serie de reglas que gobiernan la composición de la comunidad del pacto durante la adoración. Había determinadas personas a las que no se permitía *entrar en la congregación de Jehová* (1, 2, 3). La prohibición a un hombre que ha sido mutilado físicamente (1) es probablemente una referencia más a las corrompidas ceremonias de la religión cananea, que practicaba la castración; como también lo es la del hijo de un *matrimonio ilícito* (2), que probablemente describe al hijo o hija de una prostituta del templo cananeo (17–18). Al nacer, aquel niño habría sido dedicado a un dios pagano, y sería un acto de desobediencia y un perjuicio intentar mezclar el paganismo con la adoración del único Dios verdadero. Estas dos clases de personas eran una triste evidencia de las prácticas, perjudiciales física y moralmente, de las religiones paganas, y no era correcto que compartiesen la adoración de un pueblo santo. Estas restricciones iban destinadas a conservar el testimonio distintivo de Israel sobre la santidad de Dios, y a guardar a la comunidad de adoradores hebreos de las influencias paganas extranjeras.

Los amonitas y moabitas tampoco podrían entrar en la congregación (3); los primeros por lo que no hicieron, los últimos por lo que sí. El pecado de los amonitas fue de omisión: no mostraron compasión por los israelitas durante su viaje por el desierto (4). La ofensa de los moabitas fue una comisión: hicieron arduos (pero infructuosos) esfuerzos para destruir a Israel por medio de los oráculos proféticos de Balaam (4–5). Haremos bien en recordar que podemos ofender a Dios tanto por lo que hacemos como

por lo que dejamos de hacer. Imaginamos que los pecados de comisión (actos flagrantes de transgresión y desobediencia) son los más graves. Sin embargo, la Biblia no respalda este punto de vista. Los tres errores plasmados en las parábolas de Mateo 25 son pecados de grave omisión: no se llenaron las lámparas, no se usaron los talentos, no se ayudó a los necesitados. La prohibición de *no procurar un tratado de paz con ellos* (6) hace referencia a las alianzas extranjeras. Era el tipo de lenguaje usado en sus tratados políticos.

Aunque los moabitas intentaron usar a Balaam con unos propósitos siniestros, Dios había torcido sus planes. *Jehová tu Dios te convirtió la maldición en bendición, porque Jehová tu Dios te amaba* (5). Hay momentos en los que a los cristianos los acosan y oprimen personas que intentan perjudicarles de una u otra manera. En su soberanía, el Señor sigue siendo capaz de convertir las maldiciones en bendiciones, y sigue haciendo tales cosas porque nos ama. A finales del siglo XIX, la obra de Tom Barnardo entre los niños sin hogar del East End londinense estuvo a punto de acabar en desastre debido a una campaña de desprestigio. Se publicó un folleto de 62 páginas que lanzaba graves acusaciones contra Barnardo, y las repercusiones negativas (que se prolongaron durante tres años) le causaron una intensa angustia personal. Sin embargo, quedó totalmente exonerado, y el seguimiento del tema en la prensa llamó la atención pública de todo el país sobre las necesidades de los huérfanos londinenses. Empezaron a llegar donativos que respaldaban su trabajo. A pesar de ello, si no hubiera sido por esa publicidad, su ministerio crucial entre los niños abandonados apenas se hubiera conocido fuera de Londres. Como Dios amó a Barnardo y la obra que estaba haciendo, *volvió la maldición en bendición*. Dios sigue haciendo lo mismo hoy.

Por el contrario, a los edomitas y egipcios no había que rechazarlos. Al edomita había que considerarlo un *hermano*, y no había que olvidar el papel que jugaron los egipcios en la historia de Israel (7). Este versículo tiende a respaldar la idea de que, aunque los últimos años de Israel en la esclavitud egipcia fueron tremendamente dolorosos y desagradables, es posible que los primeros fueran extremadamente buenos (26:5). Durante los años de grave hambruna, cuando todos los israelitas eran *residentes temporales*, en Egipto hubo comida, y es posible que muchos de sus habitantes fueran generosos, y protegieran y ayudaran a los hebreos. No había que olvidar la amabilidad de aquellos tiempos. Por consiguiente, los hijos de *la tercera generación* de edomitas y egipcios podrían ser admitidos en *la congregación de Jehová* (8). En aquella época, los israelitas verían si aquellas personas sentían o no un deseo auténtico de pertenecer al pueblo santo de Dios.

8. La higiene personal (23:9–11)

Ahora vienen dos reglas que están vinculadas concretamente a las expediciones militares israelitas. En tales ocasiones, los soldados tendrían que montar el campamento, y era importante que éste estuviera libre *de toda cosa mala* (9). Esta norma general sobre la limpieza va seguida de dos mandamientos específicos, uno

relativo a la higiene personal y el otro a la salud pública. Probablemente el primero tiene que ver con una polución nocturna, aunque Craigie piensa que quizá refleje el acto de un soldado que orina bien involuntariamente, mientras duerme, o deliberadamente, porque está demasiado agotado como para salir del campamento. Este hombre *impuro* no era un ofensor contra la moral; se consideraba que su acto era antihigiénico, y por tanto indigno de la presencia de Dios. Por tanto, se le mandaba que se lavase a fondo antes de regresar al campamento con la puesta del sol.

9. La salud pública (23:12–14)

Todo campamento debería disponer de instalaciones para asearse. A Dios no sólo le importa la limpieza (y «santidad») del soldado individual, sino también impedir que, bajo aquel intenso calor, una enfermedad se extendiese entre la comunidad. Este cuidado personal y bienestar público queda respaldado por profundos motivos teológicos. Se dan unas normas para recordar al pueblo la santidad de Dios, aparte de su propia salud. El campamento es un lugar donde *anda Jehová tu Dios* (14); su presencia entre ellos *santifica* el lugar. El pueblo hebreo no quiere que Dios vea nada indecente mientras se mueve entre sus tiendas. Esta afirmación (14) sobre el Dios santo de Israel nos ofrece un testimonio triple de su omnipresencia (*en medio de tu campamento*), su omnipotencia (*para librarte*) y su omnisciencia (*para que él no vea en ti cosa inmundada, y se vuelva de en pos de ti*). Para el pueblo hebreo, su conducta cotidiana quedaba determinada por la naturaleza de Dios. Como Él es santo, ellos debían ser como Él: «Seréis, pues, santos, porque yo soy santo».

10. La ayuda a los indefensos (23:15–16)

El mandamiento basado en la santidad de Dios va seguido de otro inspirado en su misericordia. El esclavo fugitivo debía estar protegido y seguro. Seguramente aquí se piensa en un refugiado extranjero. No se le debe intimidar, explotar ni extraditar, ni volver a venderlo como esclavo. No se debe permitir a nadie aprovecharse económicamente de la triste desgracia de esta persona. Sus días de servicio obligatorio habían concluido; ahora podía disfrutar de su libertad viviendo en cualquier ciudad hebrea *donde a bien tuviere*. Tiene completa libertad para vivir donde quiera. Los israelitas fueron una vez esclavos, y seguro que querrían portarse bien con otros.

Esta regla compasiva supone un marcado contraste con las que hallamos en los tratados políticos y códigos legales paganos de la época. Algunos tratados ordenaban claramente la extradición de los refugiados. Aquí está claro que Israel no debe aceptar estos preceptos. Como nación, su único compromiso era con el Señor. Él amaba al «residente temporal», y las personas siempre deben ser más importantes que la política. En el Código de Hammurabi, un documento babilónico, se estipula que se podía ejecutar a cualquiera que cobijase a un esclavo fugitivo. Dentro de las fronteras de Israel, esta compasión no era un crimen, sino una obligación. El propósito de Dios

era crear una comunidad donde no fuera difícil mostrar amor.

Deuteronomio 23:17–25

19. MÁS SOBRE EL PRÓJIMO

El pasaje que tenemos delante abarca una amplísima variedad de temas diversos, como la adoración, la economía, los votos religiosos, el divorcio, el servicio militar, la esclavitud, las enfermedades y otros temas generales de interés social. No resulta fácil entender por qué aparecen en este orden concreto, pero la estructura literaria de las leyes no es ni mucho menos tan importante como su enseñanza doctrinal y ética. Aunque tratan de la vida dentro de un contexto totalmente diferente al nuestro, estas normas frecuentemente tienen una sorprendente importancia para los individuos y las comunidades de finales del siglo XX.

1. La adoración pura (23:17)

El mayor temor de aquellos que valoraban en grado sumo la relación única entre Israel y Dios era que las prácticas religiosas cananeas, que en su mayoría eran tremendamente inmorales, corrompiesen la vida espiritual distintiva de la nación. La prostitución cultural jugaba un papel importante en sus rituales de la fertilidad, y era totalmente aborrecible para el Señor. A ningún israelita se le permitía participar en actos de inmoralidad ritual. La religión nunca puede separarse de la moralidad; la creencia genuina debe ir de la mano de una conducta coherente.

2. El dinero limpio (23:18)

El Señor *aborrece* las aberraciones sexuales, y no quiere que su pueblo ofrenda unos ingresos inmorales. No debe llevarse *a la casa de Jehová tu Dios* un dinero obtenido gracias la prostitución, de hombres o de mujeres. Las palabras que se usan aquí no son las mismas del versículo anterior, que describían a las prostitutas de los templos. La manera en que ganamos nuestro dinero es importante. Los creyentes deben asegurarse de no obtener sus ingresos mediante un empleo que les degrade, perjudique a otros o deshonor a Dios. Durante el periodo de la Iglesia primitiva, había determinados trabajos que se consideraban impropios de cristianos y, a finales del siglo II, un escritor norteafricano, Tertuliano, se tomó la molestia de mencionar algunos de ellos. En nuestros tiempos es importante garantizar que no ganamos dinero mediante la explotación moral o emocional de otras personas. Por ejemplo, determinados

comerciales agresivos incitan a las personas irreflexivas a comprar cosas que no pueden permitirse, recurriendo a los pagos a plazos. En determinadas circunstancias, un grado elevado de paro podría conducir a ciertas personas desesperadas pero con elevados principios a realizar trabajos inadecuados que no les beneficiasen. Los creyentes deben someter su empleo cotidiano al escrutinio divino, asegurándose así de que su trabajo diario no desagrade al Señor.

3. La ayuda generosa (23:19–20)

Para muchos israelitas la vida era precaria. Durante los momentos duros y difíciles era posible que cualquier miembro de la comunidad del pacto se empobreciese económicamente. Las catástrofes naturales (tormentas, terremotos), la sequía, la hambruna, las enfermedades, una alteración dramática del entorno familiar, y otros problemas graves podían suponer el fin súbito de los ingresos acostumbrados. Pero la pobreza intensa se podía aliviar, y los hijos de una persona seguir comiendo cada día si un *hermano* acudía en su ayuda. Un préstamo ayudaría a la familia hasta que vinieran tiempos mejores, cuando sus miembros pudieran devolver el importe. Pero ningún israelita debía beneficiarse económicamente de la desgracia de otro. No debía cobrarse interés excepto en los casos en que se prestase dinero a un *extranjero*. Pedir interés no haría más que aumentar los problemas para la persona empobrecida. Si Dios había bendecido a un hebreo dándole una posición financiera holgada, para ayudar a sus hermanos, debe hacerlo como expresión de su gratitud a Dios, y no como una forma de aumentar sus riquezas.

4. Las palabras fiables (23:21–23)

Aquí se formulan dos afirmaciones relativas a un *voto al Señor*. Primero, no es un pecado abstenerse de hacer votos y, segundo, si alguien hace un voto debe cumplirlo dentro de un plazo razonable. Esta regla subraya la importancia, dentro de la enseñanza bíblica, de la palabra hablada. Una vez más, la conducta del pueblo venía determinada por lo que sabían de la naturaleza de Dios. La Palabra de Dios era totalmente confiable. Si Dios decía algo, se hacía. Si hacía una promesa, seguro que la cumplía.³ La palabra de ellos también debe ser sincera y confiable. El Señor no espera de nosotros, en ningún sentido, que le hagamos votos, pero si los hacemos tenemos la obligación espiritual de hacer lo que hemos prometido. Si no cumplimos nuestra palabra, lo que empezó como una resolución correcta puede acabar siendo una ofensa grave: *sería pecado en ti* (21). Hemos de entender este dicho a la luz de su entorno, el del pacto. En todo tratado, las dos partes debían estar seguras de que ambas cumplirían su parte, y que respetarían las promesas esbozadas en el pacto.

En cierta ocasión Jesús se refirió a este pasaje de Deuteronomio cuando habló a sus discípulos de la importancia de tener una palabra fiable: «Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os

digo... Sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no». Por consiguiente, aunque esta obligación del pacto está relacionada sobre todo con los votos hechos al Señor, también es un recordatorio del incalculable potencial (para bien o para mal) de nuestras conversaciones cotidianas. No debemos hablar descuidada, alocada o desabridamente. Las palabras del creyente deben ser veraces, sabias, útiles, confiables y amantes.

5. Compartir agradecidos (23:24–25)

Aunque el pacto enfatizaba especialmente la ley de la propiedad, en su enseñanza también se proveía para las personas que tenían pocos bienes o carecían de ellos, como el viajero hambriento o el vecino empobrecido. Dentro de la comunidad del pacto nadie debe pasar hambre. De modo que, si algún hombre o mujer pobre tenía que hacer un viaje, podía tomar de las uvas de una viña o el trigo de un campo, siempre con la condición de no llevarse consigo una parte del producto. En otras palabras, la ley cubría la satisfacción de una necesidad inmediata. En medio del agobiante calor, una persona sin hogar podía comer algunas uvas mientras estuviera en la viña, y frotar entre las manos las espigas de trigo, como hacía Jesús, de manera que, al menos, pudiera tomar un poco de alimento. Una ley de este tipo proporcionaba una ayuda inmediata al hambriento o al refugiado, sin incitarle a convertirse en un ladrón ocioso; llevarse uvas o grano supondría un robo, y una violación del octavo mandamiento (5:19). Dios había sido bueno y generoso con el propietario de la viña y los trigales. Éste podía permitirse compartir con otros su riqueza.

Mediante esta simple estipulación de la ley, el Señor garantizaba que los pobres de Israel no muriesen de hambre. Las viñas y campos de sus vecinos siempre estaban abiertos para ellos. El clamor del hambriento nunca debería oírse dentro de las fronteras de Israel. En nuestro mundo contemporáneo, millones de personas mueren de hambre. Todo creyente tiene la obligación moral, y también espiritual, de hacer algo práctico cada semana para ayudar a quienes tienen hambre. Ignorar su clamor supone prestar oídos sordos al llamado del Señor.

Deuteronomio 24:1–25:4

20. LOS DERECHOS BÁSICOS

La siguiente sección de las leyes aborda diversas cuestiones que podrían surgir en cualquier momento dentro de la comunidad israelita. El tema unificador es la protección del Señor de su pueblo. A Dios le importa el bienestar de una mujer dentro de un matrimonio roto, la seguridad y estabilidad necesarias para unos recién casados y

la vergüenza que da contraer deudas. Existen prohibiciones relativas a la esclavitud obligatoria, normas que gobiernan la salud de la comunidad, el salario de los siervos contratados, además del cuidado de los hambrientos y pobres. Estas leyes subrayan el interés del Señor por todo aspecto de la vida humana, y enfatizan que, para el pueblo de Dios, no debe haber zonas «tabú». Todo lo que hagamos debe glorificarle.

1. La protección de las mujeres (24:1–4)

Las mujeres no contaban mucho dentro de las estructuras sociales del mundo antiguo, y la ley que controlaba las estipulaciones sobre el divorcio supone un marcado contraste con las disposiciones de las naciones vecinas. En la mayoría de las naciones adyacentes, un hombre podía divorciarse de su mujer casi con cualquier pretexto. Si un marido se cansaba de su esposa, no le era difícil echarla de casa, y ella poca compensación recibiría. Entre el pueblo cananeo la santidad del matrimonio no tenía mucho valor; los divorcios eran frecuentes, y la gente solía volverse a casar. Esta ley concreta estipula que un hombre que se divorciase de su mujer no podría volver a casarse con ella si ésta se había vuelto a casar tras ser expulsada de su casa. Esta enseñanza controlaba el divorcio, protegía a las mujeres y salvaguardaba el matrimonio.

Primero, esta ley controlaba el divorcio. En el Antiguo Testamento no hay leyes que regulen el divorcio. El divorcio era una práctica frecuente por todo el Oriente Próximo, y en Deuteronomio casi se da por hecho. Una vez, cuando Jesús comentó sobre este pasaje, dijo que Dios sólo lo permitió debido a la «dureza del corazón» humano. Sin embargo aquí, en esta ley, las convenciones sobre el divorcio de aquella época están estrictamente reguladas y controladas. A la mujer no se la podía echar de casa simplemente porque el marido ya no sintiera interés por ella, o porque ahora dedicase sus atenciones a otra. El marido no podía divorciarse de su mujer a menos que *hallare en ella alguna cosa indecente* (1). Este mismo término (que literalmente significa «la desnudez de una cosa») se encuentra en el capítulo anterior, el que describía la impureza en el campamento (23:14), y no resulta sencillo saber con exactitud qué quería decir dentro del contexto del matrimonio. Podría significar que ella era impura en algún sentido, o culpable de alguna conducta impropia (pero no de adulterio, que se castigaba con la muerte), o simplemente que era estéril. No obstante, a la mujer no se la podía echar de casa debido al voluble capricho de un esposo irreflexivo y sin corazón.

En segundo lugar, la ley que estipulaba el proceso del divorcio protegía a las mujeres. Por todo el mundo antiguo, las mujeres padecían graves desventajas en los casos de ruptura matrimonial. Parece que en Israel, como en otros lugares, sólo era el marido quien podía iniciar los trámites para divorciarse. Es posible que se comportase despreciablemente y, debido a su mala conducta, destruyera por completo su matrimonio, pero su esposa no podía hacer nada al respecto. La mujer carecía de todo derecho. Sin embargo, si a un hombre se le había metido en la cabeza acabar con su matrimonio, al menos esta ley imponía estrictos límites sobre lo que podía hacer. El marido descontento debía obtener una *carta de divorcio*, que debía emitirse

adecuadamente y que la ley debía autentificar. Estas disposiciones harían vacilar a un hombre antes de precipitarse a actuar. Sea cual fuere el problema que hubiera perjudicado el vínculo matrimonial, el hombre no podía echar porque sí a su esposa de casa. Cuando ella se fuera, debía llevar «en su mano» (1) este certificado, para demostrar que era libre para volverse a casar y que no había sido expulsada de su hogar por motivos ajenos a los que permitía la ley del divorcio. Sin esta protección legal, cualquier mujer sin hogar podía ser víctima de una campaña de desprestigio, sobre todo por parte de un marido malicioso y sus amigos, que incluso podían acusarla de adulterio, poniendo así en peligro su vida.

En tercer lugar, la ley protegía el matrimonio. Thompson dice que «hay cierto valor en la propuesta de que estas leyes iban destinadas a preservar las segundas nupcias». En otras palabras, no son sólo una cortapisa para el marido descontento, sino también para la mujer veleidosa. Es posible que ella se cansara de su segundo marido y le presionara para que le permitiera regresar con el primero que tuvo. Esta ley deja claro que, aun si el segundo marido estuviera dispuesto a darle la libertad emitiendo carta de divorcio, o incluso si el segundo marido fallecía, ella no podía casarse de nuevo con su primer esposo. El ideal para el matrimonio es que durase toda la vida, y si los cónyuges pensaban por un momento que eran libres para casarse y divorciarse como quisieran, debían saber que esta conducta sería *abominación delante de Jehová* (4).

Ya hemos comentado que una vez Jesús citó esta ley mientras conversaba con algunos entendidos que querían «probarle» sobre el tema del divorcio. Él les dijo que el propósito de Dios era que nadie pudiera separar a los dos miembros de un matrimonio. Ellos se habían convertido en uno, y su unión sería de por vida. Además, en otra ocasión, Jesús limitó más esta ley diciendo que el divorcio sólo era permisible «por causa de fornicación».⁴ En el siglo I había algunas enseñanzas judías que eran bastante relajadas y crueles: un marido podía divorciarse de su mujer si ya no le gustaba su aspecto, o porque se le hubiera quemado la comida. También eran tremendamente injustas: una mujer podía ser culpable de cometer adulterio contra su marido, pero él no. Como en otros pasajes del Sermón del Monte, Jesús elevó esta interpretación farisaica de la ley de Moisés a un plano superior. Un hombre no podía repudiar a su mujer por motivos triviales o caprichosos. En su enseñanza, Jesús subrayó la santidad, las obligaciones morales y la permanencia del matrimonio.

2. La protección de los recién casados (24:5)

La siguiente ley también habla de la naturaleza única, el privilegio y las responsabilidades del matrimonio. Estos versículos dejan claro que el matrimonio es la relación que Dios ha diseñado para hombres y mujeres, pero este regalo escogido puede usarse muy mal. Preocupado por la conservación del matrimonio y el establecimiento de una vida familiar feliz, Jehová Dios mandó que el recién casado *no saliera a la guerra, ni se le ocupara en ninguna otra cosa* que pudiera amenazar la estabilidad de su vida matrimonial. Se le debía excusar de estas responsabilidades

durante todo un año, de modo que diera lo mejor de sí mismo a la nueva relación y *alegrase a la mujer que tomó* (5). Además, esta ley pretendía proteger a la joven esposa de los peligros de enviudar demasiado pronto. Si el marido tenía que irse a combatir a las pocas semanas de su boda, era bastante posible que perdiera la vida en el campo de batalla, dejándola a ella (y posiblemente a algún hijo nonato) sumida en la pobreza.

3. La protección de los deudores (24:6, 10–13, 17)

En este pasaje hallamos un grupo de leyes que tienen que ver con el bienestar de los deudores. Todo aquel sumido en graves dificultades financieras podía disfrutar de un alivio inmediato si obtenía un préstamo libre de interés (23:19–20), y en tales casos era normal dar una *prenda* al prestamista, como un mueble, una prenda de ropa, una joya u otros efectos personales que el prestatario podría «redimir» si no se le devolvía el dinero prestado. Se introducen dos leyes que gobiernan el uso de las prendas dentro de la comunidad del pacto. Una controla el tipo de artículo que puede ofrecerse, y la otra tiene que ver con su recogida.

La primera tiene que ver con algunos objetos que no podían usarse como prenda. En primer lugar, no podía sacarse de un hogar israelita la muela del molino. Nadie podía aceptarla como garantía de pago (6). Es posible que algún prestamista sin escrúpulos pretendiera llevarse una de las piedras con las que se molía el trigo, pero sin ambas serían imposible realizar la molienda. Aquellas dos piedras eran un elemento indispensable en el hogar para moler el grano cada día, y sin ellas la familia estaría en graves apuros; una mujer endeudada no podía elaborar el alimento más básico para sus hijos, ya de por sí desamparados.

Además, había dos prendas de vestir incluidas en la lista de «avales prohibidos». Si se ofrecía como prenda el *manto* (12–13) de un hombre pobre, el acreedor no podía retenerlo hasta la caída de la noche. Un hombre tenía que ser realmente pobre como para pensar siquiera en ofrecer su manto como aval. En tales circunstancias, el deudor no tendría nada más que ofrecer como prenda. Sin embargo, la ley le protegía, porque aquel manto también le servía de colcha en su cama. Aunque durante el día hacía mucho calor, en muchas partes de Israel por las noches podía hacer un frío intenso. El deudor ya tenía bastantes problemas como para encima pasarse la noche temblando y sin dormir, debido al descenso súbito de la temperatura. A pesar de sus problemas económicos, el Señor quería que el deudor durmiese bien por las noches, pudiendo trabajar al día siguiente para contribuir al pago de su deuda. El hecho de que el manto tuviera que devolverse por la noche desanimaría al acreedor a la hora de tomarlo como prenda. Las obras de amor, como garantizar que el pobre durmiera bien por la noche, eran «buenas» a los ojos de Dios, e inducirían al agradecido deudor a buscar la bendición de Dios sobre quien le había ayudado. Sus oraciones podían obtener tesoros para el acreedor que el dinero nunca podría comprar.

Aparte de esto, el Señor ordenó que *la ropa de la viuda* (17) no podía aceptarse como aval. El manto del hombre se lo podía quedar el acreedor durante el día, pero el

de la viuda no, ni de día ni de noche. Ella tenía una necesidad especial, y la persona que intentara aliviar su angustia dejándole dinero debía tener compasión de ella, igual que el Señor tenía compasión del prestador. Todos debían recordar que, en determinado momento, Israel fue tan pobre e indefenso como aquella pobre viuda: *te acordarás que fuiste siervo en Egipto, y que de allí te rescató Jehová tu Dios; por tanto, yo te mando que hagas esto* (18).

La segunda ley relativa a los avales tiene que ver con el momento en que éstos se recogían en casa del deudor (10–11). Al Señor también le importaban los sentimientos de éste, no sólo su pobreza. Ya era bastante difícil para él bregar con sus problemas económicos; no había ningún motivo para que se le expusiera a una tensión emocional adicional. El acreedor que le prestase dinero *no debía entrar en su casa para tomarle prenda* (10). Debía *quedarse fuera* del hogar del pobre, de modo que éste pudiera sacarle el aval. El hecho de que alguien entrase en la humilde casa para llevarse los pocos bienes que le quedaban supondría una degradación, y Dios protegía de esta angustia al deudor, promulgando una ley que prohibiera un acto tan irreflexivo. Gracias a estas leyes vemos que al Señor le preocupaba la privación financiera de aquel hombre (el préstamo era sin interés, 23:19), su vergüenza frente a los demás (24:11) y su confort físico (24:13).

4. La protección de los vulnerables (24:7)

La siguiente ley habla del rapto. El hurto estaba claramente prohibido en los Diez Mandamientos (5:19; 19:14; 23:24–25; 25:13–16; 27:17), sobre todo si el hurto conllevaba arrebatar su libertad a hombres y mujeres. Si pillaban a un israelita *hurtando a uno de sus hermanos los hijos de Israel* para usarlo como esclavo o venderlo, al ladrón había que castigarlo con la pena de muerte. Las personas así, dispuestas a degradar a otro ser humano para que le sirviera o para obtener un beneficio económico, eran indignas de ocupar un lugar dentro de la comunidad del pacto. La *maldad* que cometían mediante esa avaricia y crueldad debía purgarse de la comunidad. Semejante falta de respeto por la dignidad de la vida humana era un acto de rebelión contra Dios, el Creador (que hizo iguales a sus ojos a todos los hombres y mujeres), el Amante (que valora tanto a uno como a otro) y el Redentor (18) de su pueblo. Quienes no valoran a sus hermanos como seres humanos son un *mal* y una amenaza en cualquier sociedad.

En nuestro mundo, el secuestro ha adoptado algunas formas muy sofisticadas: el secuestro de aviones, la toma de rehenes, el confinamiento constante de prisioneros «políticos» y la incidencia de ejecuciones «políticas» en lugares como Irlanda del norte, algunas zonas de Oriente Medio y otras partes del mundo. Todas estas actividades están prohibidas por el Dios que valora a todos los seres humanos que ha creado y a los que ama, siendo personas por las que Cristo murió.

Sin embargo, misericordiosamente para la mayoría de nosotros, estos actos de agresión y degradación humana están alejados de nuestra vida cotidiana; les prestamos atención sólo cuando aparecen en los diarios o la televisión, y no tenemos una

experiencia directa de ellos. No obstante, este versículo sigue teniendo algo importante que decirnos. Aquí el criminal es culpable de maltratar a otro ser humano y *esclavizarle*. A la luz de esta enseñanza, también entristecemos a Dios si despreciamos a otras personas, las manipulamos para nuestros propósitos, o bien las tratamos como si fueran de nuestra propiedad.

5. La protección de la comunidad (24:8–9)

La Biblia describe toda forma de enfermedad de la piel, infecciosa o contagiosa, como lepra. Los sacerdotes cumplían la función de agentes sanitarios locales dentro de las comunidades israelitas. Era muy importante respetar escrupulosamente las estipulaciones relativas al aislamiento de las víctimas y su readmisión a la comunidad local. Aquí al pueblo se le hace una seria advertencia. Si alguien se volvía descuidado o apático sobre las normas sanitarias básicas contenidas en la ley, las enfermedades de este tipo podían extenderse rápidamente por los pueblos y ciudades de Israel. Por tanto, se les dice que *observen diligentemente y hagan todo lo que les enseñaren los sacerdotes levitas*. El Señor les ha *mandado*, dándoles una enseñanza básica sobre la asistencia a la comunidad. Deben escuchar esa enseñanza y obedecerla.

El pueblo del pacto recibe una vívida ilustración para recordarles la necesidad de ser obedientes en este aspecto. Se menciona el nombre de *Miriam*, y se pide al pueblo que recuerde lo que le hizo Dios *en el camino, después de que salieron de Egipto* (9). Fue afectada de lepra porque no quiso aceptar la autoridad única de la Palabra de Dios. Pensó que era más sabia que su hermano Moisés, el siervo de Dios, y cuestionó descaradamente su autoridad. Este pasaje advertía a los israelitas que todos aquellos que ignorasen la Palabra contenida en la ley, cuyos mediadores eran los siervos de Dios (los sacerdotes levitas), podrían padecer un destino parecido.

6. La protección de los trabajadores (24:14–15)

Una vez el pueblo entrase en la tierra y se asentara en su nueva vida, siempre existía el peligro probable de que algún terrateniente opresor explotase a un empleado necesitado, ya fuera un *hermano israelita* o un refugiado, un *extranjero que habita dentro de tus ciudades*. Cuando el pecado y la codicia se atrincheran en la vida humana, sus víctimas están dispuestas a tratar duramente a sus semejantes, para obtener un beneficio económico, material o social. Esta ley insistía en que, el día que lo ganase, cada trabajador debía percibir un dinero para poder comprar los alimentos necesarios con los que dar de comer a su familia hambrienta. A Dios le importa el tema del salario. Ni se le pasaría por la cabeza dejar tales asuntos a la buena voluntad del granjero individual. Sabe que está tratando con pecadores. Por tanto, al encargado no se le aconseja sino que se le ordena que el salario del *pobre que sustenta su vida* se le debe pagar correctamente (*no oprimirás*) y a su debido tiempo (*no se pondrá el sol sin dárselo*).

Si se pasa por alto esta cuestión, el trabajador sumido en la miseria podría *clamar a Dios* sobre su patrón. Esta transgresión de la ley sería un *pecado* grave por el que el granjero negligente, codicioso o preocupado sería responsable ante Dios. El patrón ignora su deber; la familia del pobre pasa hambre; el trabajador clama a Dios, en su necesidad, y el Señor no pasará el pecado por alto. Aquí vemos un contraste deliberado entre este pasaje y el anterior (24:13), donde, en lugar de clamar contra su hermano, el pobre bendice al acreedor por su generosidad, por ser una persona reflexiva y bondadosa. Mientras que la indiferencia del patrón se convierte en un «pecado», el acto del acreedor es *justicia* (reconocido como algo recto) *delante de Jehová tu Dios*.

Vivimos en una sociedad muy distinta, y el pago del sueldo al final de cada día no suele ser necesario. Sin embargo, aquí hay un mensaje para los hombres y mujeres de nuestro mundo contemporáneo. Recuerda a todos los patrones la importancia de pagar un sueldo justo a cambio de un trabajo honrado, y recuerda a todos los trabajadores la importancia de administrar nuestro dinero para no incurrir en deudas. Hay muchas vidas, hogares y familias que se hunden debido a una mala administración financiera. Ningún cristiano puede permitirse ser descuidado sobre unos asuntos tan básicos como éstos. Están en juego su integridad personal y su testimonio como cristiano. Aún más importante es saber que, si contraemos deudas, estamos ofendiendo a Dios. Como el patrón hebreo, es importante que también nosotros hagamos lo que es «recto» delante del Señor, de manera que otras personas no puedan ver un *pecado* en nosotros al menos en lo tocante a nuestros asuntos financieros.

7. La protección del inocente (24:16)

Por todo el Oriente Próximo, el castigo de un crimen podía ser totalmente injusto y cruelmente vengativo. Por ejemplo, si una persona había sido asesinada en una comunidad, una vez se hubiera identificado al criminal, toda su familia sería objeto de una sangrienta venganza. La esposa del criminal, sus hijos e hijas, sus familiares más cercanos e incluso sus siervos podían ser asesinados como parte de esta venganza. Por tanto, a los israelitas se les dice que bajo ninguna circunstancia deben permitir la existencia de estas venganzas personales o represalias masivas dentro de las fronteras de Israel: *Los padres no morirán por los hijos, ni los hijos por los padres; cada uno morirá por su pecado*. No había ningún motivo para que unos hijos inocentes padecieran porque sus padres habían incumplido la ley, ni para que se ejecutase a un padre o una madre por los crímenes cometidos por un hijo violento y agresivo. Dios insiste en que *cada uno morirá por su pecado*. Hemos de entender una ley de este tipo dentro del contexto de otros procesos judiciales para tratar a los criminales, propios de los países vecinos de Israel. Por ejemplo, en Babilonia si el trabajo de un constructor descuidado acarreaba la muerte del hijo del propietario de la casa, se ejecutaba al hijo del constructor. Estas represalias vengativas se prohibieron directamente a Israel.

8. La protección de los débiles (24:17–22)

Aquí se introducen otras leyes que iban destinadas específicamente a ayudar a aquellos habitantes de las ciudades y aldeas israelitas que, si no hubieran dispuesto de esta legislación, podrían correr el peligro de que nadie pensara en ellos. El *huérfano*, la *viuda* y el *extranjero* eran los miembros desprotegidos de toda comunidad local, pero eran objetos del amor y cuidado especial de Dios. Él era el padre del huérfano, el marido de la viuda y el amigo del que no tenía hogar. Si el Señor se interesaba por estas personas, nadie en Israel debía permitir que se les olvidara. Aquí se abordan tres derechos humanos básicos: su derecho a la justicia (17), al vestido (17) y a la comida (19–21).

Primero vemos que, de vez en cuando, tales personas tendrían motivos para buscar ayuda legal. Siempre existía el peligro de que estos miembros desposeídos de la comunidad sufrieran a manos de un juez corrupto. Por ejemplo, tras la muerte de un esposo, era posible que un pariente cercano ofreciese un atractivo soborno a un juez para obtener beneficios materiales, pero siempre a costa de la viuda. Esta conducta era una ofensa contra Dios, quien había dicho que toda forma de soborno estaba estrictamente prohibida (16:19). Si en la comunidad había un juez desobediente y deshonesto, los niños corrían un peligro especial. Alguien debía ayudarles. Los *huérfanos* no podían defenderse solos, de manera que a los jueces de Israel se les dice firmemente que jamás, bajo ninguna circunstancia, deben *torcer el derecho del extranjero ni del huérfano*. Incluso aunque esas personas dispongan de dinero, la vida sigue siendo dura para ellas, de modo que a Dios le importa especialmente que se les dispense un trato justo (10:18).

Dentro de la sociedad contemporánea, hay muchos niños que están trágicamente expuestos al peligro, y cada vez son más los que carecen de un respaldo emocional, son espiritualmente ignorantes y moralmente vulnerables. A la luz de enseñanzas como las que encontramos aquí y en otros pasajes de Deuteronomio, el pueblo de Dios tiene la responsabilidad de responder al desafío que supone este grave problema. Siendo testigos del trágico aumento de la ruptura matrimonial, sabemos que el vacío emocional al que se enfrentan los niños es inevitable. En esos años en los que se está formando su personalidad, muchos de ellos carecen del respaldo que comporta tener dos padres; cada vez son más los que pertenecen a familias de un solo progenitor. La iglesia cristiana tiene la oportunidad de proporcionar a muchos cientos de niños el amor, la seguridad y la ayuda práctica que han perdido debido a una ruptura matrimonial, y no cabe duda de que todas las iniciativas destinadas a ayudarles honrarán el propósito de la Palabra de Dios en estos versículos.

Ya hemos observado que en Gran Bretaña hay un gran porcentaje de niños que padecen ignorancia espiritual, que están totalmente desconectados de toda congregación de creyentes cristianos. Hay que aplaudir a los creyentes que han respondido al desafío de disipar esa ignorancia tan extendida sobre la verdad bíblica, que afecta a miles de niños en el mundo moderno, y esperamos que vaya aumentando el número de cristianos que descubran formas imaginativas y creativas para aplicarlas en su propio vecindario, con el objeto de exponer de una forma atrayente a esta

generación de niños las historias de la Biblia y las exigencias de Cristo.

Hay muchos miles de personas, cristianas o no, a quienes les preocupa la vulnerabilidad moral de los niños en la sociedad moderna. Desprovistos de una asistencia paternal adecuada, de buenos ejemplos morales; expuestos a la pornografía; víctimas de abusos físicos, emocionales y sexuales, cada vez hay más niños ingleses que han perdido su inocencia ya de muy pequeños. El propósito de Dios era que los años de la primera infancia estuvieran repletos de buenos recuerdos, pero muchos niños jamás han conocido el amor, la paz y la protección de un hogar seguro. Quienes corrompen deliberadamente a los niños en esta vida pueden esperar recibir, con toda seguridad, el castigo de Dios en la siguiente. Hay un poema de Stewart Henderson que expresa con fuerza la ira de Dios contra aquellos que molesten a los «pequeñuelos»:

Y éstos, éstos son míos.
Conozco cada rincón de sus pequeños cuerpos.
Escucho su miedo a la oscuridad,
Les veo divertirse
Y cuando ríen, también río yo,
Regocijado cuando les veo inventarse a sí mismos.
Aun su timidez me deleita.
Atesoro su inocencia.
Y éstos, éstos míos son.
Y si, cuando vuelvo,
Encuentro aun a uno solo que ha sido mancillado,
Ensuciado por vuestra corrupción,
Invasado por vuestra lascivia,
Encadenado a vuestra perversión,
Privado de su pureza,
Dominado por vuestra tiranía,
Enfermo para vuestro placer,
Hambriento de vuestra justicia,
Dependiente de vuestros sucios favores,
Separado de Mí por vuestro ingenio malvado,
Uno, que una vez fue Mío,
Entonces prometo
Que jamás volveréis a ver el sol,
Que sólo recibiréis tinieblas
Que no tendrán fin
Y no sabréis lo que es la paz.
Será terrible y justo aquel día,
Porque éstos, éstos míos son.

Ciertamente, en Israel eran necesarias estas advertencias sobre la corrupción, la tiranía y la desigualdad. En muchas ocasiones, los profetas hebreos hicieron públicas las

prácticas corruptas de los jueces materialistas y su insensible indiferencia frente al clamor de la viuda y el huérfono. En el siglo VIII a. C., Amós criticó a los habitantes del reino del norte que harían lo que fuera necesario para obtener un poco más de plata e incluso «vender... al pobre por un par de zapatos». Esos ciudadanos tan codiciosos «pisotean en el polvo de la tierra las cabezas de los desvalidos». «Afligen al justo» y «reciben cohecho». En el reino del sur (Judá), Isaías se lamentaba por aquellos enfermos de materialismo que amaban los sobornos y corrían tras los regalos: «no hacen justicia al huérfono, ni llega a ellos la causa de la viuda». Sabía de jueces que «justifican al impío mediante cohecho, y al justo quitan su derecho». Estaban tan volcados en la adquisición de riquezas que «quitaban el derecho a los afligidos... despojan a las viudas, y roban a los huérfanos».¹²

Además, Dios insiste en que los ciudadanos pobres tienen derecho a vestirse bien (17). Ya hemos visto que la prenda exterior, la más caliente, sólo podía aceptarse como aval con la condición de devolverla durante la noche. El manto de la viuda no debía aceptarse como prenda. Era posible que ella se contara entre los miembros más ancianos de la ciudad o aldea, y al menos debía disponer de una prenda cálida, y había que permitirle conservar cierto grado de dignidad dentro de la comunidad local. A pesar de que las circunstancias difíciles la habían llevado a tomar dinero prestado, no se la debía sumir en la incomodidad física, permitir que contrajera una enfermedad debido al frío, que se la avergonzase públicamente ni cayera en la degradación pública.

Estas personas desvalidas también tenían derecho a recibir alimentos suficientes (19–21). Había disposiciones especiales relativas a la comida en la época de la cosecha. Si un granjero se olvidaba de una gavilla en el campo, se le prohibía *volver para recogerla*. La gavilla restante será para *el extranjero, para el huérfono y para la viuda*. De forma parecida, cuando se recogieran las olivas, no debía despojarse a los árboles de todo su fruto. Había que dejar una parte para los pobres de la localidad. Bajo ninguna circunstancia podía el propietario *recorrer las ramas* una segunda vez. Dios ha estipulado que las olivas restantes queden para los oprimidos y los necesitados. Este mismo principio debe aplicarse cuando llegue el momento de *vendimiar la viña*. El dueño no debe *rebuscar tras de sí*. Estos restos de trigo, olivas y uvas debían ser para los extranjeros, viudas y huérfanos, personas a las que, en medio de la alegría de la cosecha, se las podía olvidar fácilmente.

Esa gavilla todavía tiene algo que decirnos. Aun para aquellos de nosotros que nunca la veremos, el mensaje es inolvidable. En nuestra aldea global existen innumerables familias que anhelan los restos, a pesar de que merecen mucho más. En nuestro mundo existe más de un billón de personas que viven en la más absoluta de las miserias. Cada año mueren 40 millones de personas de hambre y de enfermedades derivadas de la hambruna. Cada día mueren de hambre 40.000 niños del Tercer Mundo. El clamor conmovedor de los millones de hambrientos debe llegar «a los oídos del Señor de los ejércitos». En el mundo contemporáneo hay suficiente para todos si no acaparamos todo el grano, desnudamos las ramas y recogemos hasta la última uva. Sin los restos de tales cosas, morirán más millones. Un Dios compasivo debe lamentarse por esto, sobre todo cuando nos ha dicho tantas cosas sobre nuestra responsabilidad

para con los necesitados.

Sin embargo, estos versículos no nos llaman primariamente a defender unos principios humanitarios. Se fundamentan en la iniciativa de Dios, no en la benevolencia del hombre. Se recuerda a quienes vivieran en la comunidad israelita y estuvieran en disposición de ayudar a otros todo lo que Dios había dicho y hecho. Se les enfrenta con los dos temas gemelos de la redención y la revelación (18). Los israelitas deben satisfacer las necesidades de los oprimidos debido a su experiencia pasada y al mandamiento presente de Dios.

a. Su experiencia pasada debería motivarles a mostrar amor hacia otros

Sólo unas décadas antes, ellos mismos habían sido *extranjeros*. Sus padres y antepasados habían sido esclavos en Egipto, y *de allí te rescató Jehová tu Dios* (18, 22). Cuando se vieron totalmente privados de libertad, seguridad y protección, Dios vino en su ayuda, e intervino como Salvador y Libertador. Ahora, también ellos deben ser misericordiosos y generosos con otros. Mientras estuvieron cautivos, el amor de Dios hacia los israelitas no quedó limitado a palabras de consuelo; lo expresó en actos de misericordia.

Además, esta referencia a los actos poderosos de Dios era un gran recordatorio de su solidaridad como pueblo de Dios. Su salvación de Egipto era testimonio del infinito valor de cada individuo dentro de la comunidad. Cada alma tenía un valor intrínseco, y por tanto no debían hacer nada que devaluase la personalidad humana: tratar a las personas como a objetos, negarles el derecho básico al vestido, los alimentos y el cobijo. Cuando, en tiempos de Lutero, los campesinos del siglo XVI redactaron sus «Doce Artículos», fundamentaron su exigencia de libertad en la obra liberadora de Cristo. En su documento, defendieron la abolición de la esclavitud, «dado que todos los hombres fueron redimidos por Cristo». Si Jesús creía que toda alma tiene el valor suficiente como para morir por ella, entonces es que todo hombre tiene un valor especial a los ojos de Dios, y nadie tiene derecho a menospreciarlo.

b. El mandamiento presente de Dios insiste en que hay que mostrar amor hacia otros

Hablando sobre la intervención única del Señor en Egipto, Moisés dijo: y *que de allí te rescató Jehová tu Dios; por tanto, yo te mando que hagas esto* (18, 22). La instrucción de Dios de dejar los restos de las cosechas no era una sugerencia, sino una orden: *no volverás para recogerla... no recorrerás las ramas... no rebuscarás tras de ti*. Este mismo mandamiento se repite dos veces en Levítico, y allí aparece como una ofrenda deliberada, no un olvido accidental: «no segarás hasta el último rincón de ella, ni espigarás tu tierra segada». El agricultor codicioso que insistiera en recoger hasta la última gavilla de sus campos sería culpable de una grave desobediencia. Toda cosecha enfrentaba al terrateniente con una clara decisión: podía marchar de sus campos como un siervo sumiso o como un rebelde contumaz. Quienes ignoran persistentemente el clamor de los necesitados han olvidado la redención de Cristo, y han rechazado la

Palabra de Dios. Los oprimidos son almas por las que Cristo murió, y Dios nos ha ordenado claramente que escuchemos su clamor.

9. La protección del ofensor (25:1–3)

También era necesario guiar a los jueces de Israel en lo tocante a la administración del castigo corporal. En el caso en que una persona fuera hallada culpable de un crimen, debía ser castigada, pero había que introducir unos controles estrictos de tal manera que un ofensor quedase protegido de una agresión malintencionada y violenta. A los responsables de administrar la justicia en el pueblo se les dictan siete principios para que no se limiten a descansar sobre sus propios conceptos del bien y del mal.

Primero, se debe juzgar legalmente al criminal. No se permitía a nadie tomarse la justicia por su mano y castigar al ofensor como mejor le pareciese. Ningún hombre o mujer acusado de una transgresión podía quedar a merced de una comunidad furiosa (y seguramente mal informada). Si surgía un problema en alguna ciudad, las partes involucradas debían buscar consejo legal y *acudir al tribunal* (1).

El caso debe exponerse ante más de un juez. Aquí la ley habla de *jueces*, en plural. Ellos tienen la responsabilidad de *juzgar el caso*, dilucidar cómo resolver la controversia, *absolviendo al justo y condenando al culpable* (1).

Los jueces deben estar totalmente seguros de que el reo es claramente culpable. Después de todo, podría tratarse de la víctima de alguna venganza personal o una campaña local de difamación. A pesar de que se le condene, los jueces pueden decidir que se le castigue de otros modos que no sean mediante azotes. Es posible que se le exija, simplemente, una restitución por lo que ha hecho, pague una multa (22:19) o se le castigue de alguna otra manera. Solamente si el delincuente *merece ser azotado* (2) puede aplicarse el castigo corporal.

Los jueces de Israel deben evitar caer en castigos excesivos. Deben decidir la gravedad del crimen y luego asegurarse de que el castigo sea «según su delito» (2). Es posible que el ofensor tenga enemigos dentro de la comunidad, y no se le debe azotar repetidamente por un crimen que, si bien no deja de serlo, no fue lo bastante grave como para merecer un castigo tan duro.

Si hay que azotar al culpable, el castigo debe aplicarse delante de un juez (*en su presencia*, 2), de modo que el reo no corra el riesgo de caer en manos de hombres que podrían cometer actos violentos desmedidos. El juez es personalmente responsable de garantizar que el ofensor no padezca más de lo que merece el crimen.

A pesar de que se trate de un crimen grave, el número de azotes nunca debe exceder de cuarenta. Como ha transgredido la ley, el criminal debe enfrentarse a las consecuencias. Por su propio bien, y el de la comunidad, es correcto que se le castigue, pero no que se le humille públicamente. Bajo ninguna circunstancia se le puede *envilecer delante de tus ojos* (3). En un periodo posterior, el pueblo judío tenía tanto miedo a sobrepasar accidentalmente ese número de azotes, que redujeron el número máximo a treinta y nueve. En algunas ocasiones se infligió este castigo máximo al

apóstol Pablo, seguramente por «perturbar la paz».

Por último, en esta ley se insiste en la compasión. Los jueces, la víctima y cualquier otro que haya padecido a causa del crimen, así como todos los miembros de la comunidad, deben recordar que el reo sigue siendo un *hermano*. Puede que estén furiosos por su conducta, pero no deben olvidar que sigue perteneciendo a la familia de Dios, y que se le debe tratar con tanto amor como justicia.

10. La protección de los animales (25:4)

Aunque todas las otras leyes de este pasaje tienen que ver con los derechos humanos, de repente se introduce un mandamiento que protege a los animales de los propietarios a quienes les interesa más explotarlos que alimentarlos bien. Una vez los hebreos entrasen en aquella tierra, pronto usarían trillos tirados por bueyes, que servían para separar el grano de la paja y los tallos. Esta ley insiste en que el agricultor *no ponga bozal al buey cuando trille*. El animal tenía que servir a su dueño, pero en contrapartida el propietario debía cuidarlo. Aquel Dios que quería que la viuda, el huérfano y el extranjero tuviesen comida en su mesa también se preocupaba por el bienestar de los animales. Cuando trabajase, no había que ponerle bozal al buey. Merecía recibir alimentos suficientes como para renovar sus energías y conservar la salud. Dejarle ver el grano pero impedir que lo probase debido a un bozal de cuero sería un castigo cruel para un animal que merecía ser tratado con el mismo cuidado que cualquier otro trabajador de la comunidad. A Deuteronomio se lo ha definido como «la ley del amante de los animales». Ya hemos visto antes que a Dios le interesa profundamente su creación, y ésta incluye, sin duda alguna, el reino animal.

Hubo dos ocasiones en las que el apóstol Pablo hizo referencia a esta ley, y en ambos casos la espiritualizó para respaldar la convicción de que el pueblo de Dios debía respaldar económicamente a los siervos de Dios. Aunque no cabe duda de que esto es así, hemos de recordar que, originariamente, a los hebreos se les dio este mandamiento porque el Señor estaba decidido a evitar el sufrimiento de los animales en Israel. Preocupado, como es natural, por la ofrenda cristiana, Pablo formula una pregunta sobre este pasaje: «¿Realmente a Dios le interesa el buey?». La respuesta debe ser: «Sí, Pablo, por supuesto. Éste fue el motivo original de que Dios diera esta orden». Un ejercicio imaginativo y pertinente consiste en aplicarla al sostenimiento de los obreros del Señor, pero nunca podemos restringirla a ellos, cuando en primera instancia estaba hablando de la bondad hacia los animales. Al interpretar las Escrituras, debe primar siempre la intención original del escritor.

Deuteronomio 25:5–19

21. LA AYUDA A LA COMUNIDAD

En esta sección del libro se habla al pueblo de Israel sobre sus responsabilidades en cuatro ámbitos distintos. Si bien tienen que ver con circunstancias distintivas, tienen una característica importante en común: cada una tiene que ver con la armonía constante de la sociedad hebrea. Las dos primeras afectan a esa unidad tan importante de la vida social hebrea, la familia; la tercera habla de un crimen perturbador del orden social, el hurto, y la cuarta anticipa el peligro de una invasión militar por parte de un antiguo e implacable enemigo. La enseñanza se centra en una esposa que ha enviudado (5–10), un hombre violento (11–12), un comerciante deshonesto (13–16) y un adversario cruel (17–19).

1. Una esposa que ha enviudado (25:5–10)

Ya hemos comentado que el pacto enfatiza frecuentemente la importancia de la familia dentro de Israel. Esta ley protege especialmente a una viuda cuyo esposo ha muerto y *no tiene hijos*. Imagina la circunstancia en la que *dos hermanos habitan juntos*, y sus familias conviven bajo un mismo techo. En tales circunstancias, el hermano del difunto debía capacitar a la viuda para tener un hijo, con la esperanza de que naciera para perpetuar el nombre de su hermano. Hemos de decir algunas cosas sobre esta ley del «levirato».

Primero, hemos de ser conscientes de que, en el Oriente Próximo, que una mujer no le diera un hijo a su esposo era un estigma social. Una viuda ya debía sufrir mucho por el hecho de perder a su marido, pero a esa situación tan dura se añadía la intensa vergüenza personal de no haberle dado un hijo varón. Las familias eran unidades estrechamente vinculadas, y el nacimiento de un varón imbuía en los padres una profunda sensación de seguridad y de orgullo. Cuando el pequeño creciera y pudiera ganarse la vida aceptaría su responsabilidad por el bienestar de sus padres, cuando éstos ya no pudieran cuidarse por sí solos.

Por tanto, la continuidad del nombre familiar era un factor tremendamente influyente en la vida hebrea. La presencia de genealogías o «árboles familiares» tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento ilustra la importancia de tener un trasfondo familiar «conocido», que pudiera extender sus raíces muchas generaciones. Una familia carente de heredero o sucesor varón sabía que la consciencia social de su familia concreta desaparecería en Israel. Esta ley va destinada a garantizar que *el nombre del muerto no se borre en Israel* (6).

Aunque esta ley sea ajena a nuestra cultura, seguro que fue un tremendo consuelo para el esposo moribundo de una sociedad de Oriente Próximo. A él le preocuparía mucho que su esposa pudiera carecer de la asistencia necesaria en los años venideros. En el caso de una enfermedad terminal, le aliviaría saber que su hermano aceptaría cierto grado de responsabilidad por el cuidado de su esposa y de un hijo futuro.

También hemos de ser conscientes de que esta ley, además de para continuar la línea familiar, fue diseñada para proteger a la viuda. Era importante que ella no tuviera que añadir a su propio sufrimiento la preocupación adicional de ganar dinero suficiente como para mantenerse. Esta ley comienza con una prohibición, subrayando lo perjudicial que sería para la viuda tener que salir de su familia para buscar otro marido (5). La familia debía aceptar cierta responsabilidad por su bienestar y, dentro de su cultura, lo más importante era que ella dispusiera de un hijo propio al que amar, criar y cuidar en los años venideros.

Este asunto no tiene que ver simplemente con la perpetuación de un nombre. También penetra en el ámbito de los derechos de propiedad. Si una mujer se veía obligada a buscarse marido fuera de la familia, tendría necesariamente que llevar consigo diversos objetos y posesiones ancestrales que pertenecían a la familia, sacándolas del círculo familiar. Estos objetos eran tremendamente importantes en Israel, porque daban al propietario una sensación de continuidad y seguridad. Además, en los momentos de adversidad o penuria, podían ofrecerse como avales.

Históricamente, esta práctica del «levirato» tenía una amplia tradición, que se remontaba hasta el periodo patriarcal, y era una costumbre plenamente familiar en diversas partes del Oriente Próximo. Los hititas y los asirios la practicaban. Dentro de la tradición asiria, incluso una mujer desposada podía esperar que mantuviese relaciones con ella el hermano del que hubiera sido su futuro esposo.

Esta provisión detallada en esta ley relativa al hermano que no quiere cumplir con esta función que le debía a su cuñada indica lo profundamente arraigada que estaba esta tradición, y hasta qué punto la comunidad local, representada por los *ancianos*, esperaba que un hombre aceptase esta responsabilidad. Es probable que, en el mundo antiguo, la reticencia de un hombre en tales circunstancias quedase determinada por consideraciones económicas antes que morales. Si la viuda daba a luz a un varón, su hijo heredaría legalmente la propiedad, pero si no era así, era posible que ésta pasara a manos del hermano superviviente. Por este motivo, el hermano que se negaba a colaborar caía en desgracia pública (9). En Israel la sandalia se usaba para simbolizar la propiedad; es posible que indicara a alguien que había caminado por los campos del propietario. Por consiguiente, entregar una sandalia indicaba que se habían transferido los derechos de propiedad. La sandalia entregada era un símbolo de que el cuñado había renunciado totalmente a la herencia.

2. El hombre violento (25:11–12)

El pacto anticipa un momento en que una mujer pudiera intervenir en una ardua pelea entre su marido y otro hombre; *alarga la mano y le aferra de sus partes vergonzosas*. El término que se emplea aquí en el texto hebreo se usaba solamente para describir un acto violento. Toda mujer que haga algo así debe padecer un castigo muy severo: *le cortarás entonces la mano; no la perdonarás*. El lector sensible se queda anonadado, como es lógico, al pensar que pudiera suceder algo así. Está claro que esta

situación sugiere un incidente ocasionado por una tremenda provocación, pero aún nos choca más leer la durísima legislación al respecto. Hemos de recordar algunas cuestiones contextuales que son importantes.

Primero, debemos recordar la elevadísima visión que tiene la Biblia sobre la santidad del cuerpo humano. La Escritura no considera al cuerpo como una entidad que pueda distinguirse o separarse del alma o el espíritu, sino que enfatiza la unidad esencial de toda la persona. El cuerpo no es una carga pesada de la que debamos liberarnos. La Escritura no permite pensar en el cuerpo como una «cárcel» del espíritu en esta vida (como decía el pensamiento griego) o como un espíritu desencarnado en la vida futura. En la Biblia, el cuerpo humano es un don único, diseñado y forjado perfectamente, un vehículo creado por Dios o un instrumento por medio del cual puede servirse y honrarse la voluntad divina. La idea de que una mujer use su cuerpo para hacer daño al de otra persona era algo impensable.

La dignidad de las mujeres es otro factor a tener en cuenta. Que una mujer israelita se comportase de esta manera tan disoluta sería totalmente inadecuado y vergonzoso. La naturaleza femenina es un tema importante de Deuteronomio y, dentro de una variedad de contextos, el libro subraya los derechos y privilegios de la mujer. No se puede abusar de la cautiva (21:10–14). La mujer que ya no goce del favor de su marido no debe padecer al ver cómo le roban a su hijo la parte de la herencia que le corresponde por derecho (21:15–17). Cuando se insulta a una mujer acusándola de tener una conducta sexual prematrimonial, su honor y su reputación quedan cuidadosamente protegidos (22:13–19). El esposo recién casado no debe ir a la guerra el primer año de su vida como tal; la voluntad del Señor es que «alegre a la mujer con la que se ha casado» (24:5). La verdad es que parece que, una vez el pueblo hebreo se hubiera asentado en la tierra que Dios les había dado, los derechos de la mujer deberían constituir un aspecto importante de su nueva estructura social.

Sin embargo, siempre que hay privilegios también hay responsabilidades. Esta ley estipulaba que la mujer que se aprovecha de su nuevo estatus legal, abusando de él en público, y para perjuicio de otros, debe ser descubierta y castigada. Uno de los lamentables rasgos de la naturaleza pecadora humana, en su aspecto colectivo, es que la libertad correcta puede degenerar enseguida convirtiéndose en una licencia perjudicial. A los ciudadanos se les concede el inmenso privilegio de quejarse pacíficamente sobre cualquier tema social, pero no pasará mucho tiempo antes de que alguien convierta la tranquila manifestación en un alud de violencia en el que haya muchos heridos o muertos. Alguien ha abusado gravemente de esta libertad que no tiene precio.

La importancia del testimonio es otra de las cuestiones que hemos de tener en mente. Los hebreos estaban a punto de entrar en un territorio en el que la conducta sexual no tenía mucha importancia, ni siquiera dentro de los círculos religiosos. Lejos de mantener elevados estándares de pureza sexual, la religión cananea incluía la prostitución de hombres y mujeres como parte de sus ritos de la fertilidad. La adoración a Baal era una ofensa contra Jehová Dios, porque fomentaba unos estándares morales bajos, e incluso pretendía dignificar esta conducta corrupta en nombre de la religión.

Incluso la castración jugaba un papel en alguna de las ceremonias que se celebraban en los «lugares altos», y se despreciaba todo lo que se asemejara a una conducta tan lamentable. Los cananeos se sentían con libertad de comportarse de esta manera; después de todo, sus dioses eran inmorales. Pero los hebreos debían vivir de otra manera; debían ser santos porque su Dios era santo.

La continuidad de la vida es otro tema relevante en este pasaje. La ofensa no sólo es grave porque es una falta de dignidad; es peligrosa porque, al cometer la falta, aquel hombre puede perder la capacidad de producir descendencia. La continuación de la línea familiar tenía una tremenda importancia en la sociedad hebrea; casi lo peor que podía pasarle a un hombre con familia, en Israel, era que «su nombre fuera borrado de Israel» (25:6). La provisión de una familia grande garantizaría que el nombre de la familia se preservase en la comunidad y, desde un punto de vista económico, también ofrecía una enorme sensación de seguridad a unos padres ya mayores. Un ataque violento de este tipo podía ir motivado por el deseo de causar al hombre un perjuicio permanente, destruyendo su capacidad de procrear.

Existe un factor adicional que puede ayudarnos a entender la severidad del castigo. Hasta cierto punto, la legislación es una aplicación de las normas sobre la *lex talionis*. A diferencia de sus vecinos paganos, a los hebreos no se les permitía mutilar el cuerpo humano. El versículo que tenemos delante es el único caso de castigo por mutilación de todo el pacto. En contraste con esta restricción, las leyes de Asiria estipulaban que, cuando se causara un daño permanente a los testículos de un hombre, había que sacarle los dos ojos al ofensor.

Si bien toda forma de mutilación sugerida es tremendamente dura (aunque se compare con las de las naciones vecinas), debemos recordar que esta ley, igual que otras, fue diseñada como un poderoso elemento disuasorio teniendo en cuenta el entorno totalmente distinto, a nivel moral, social y religioso, en el que estaban a punto de sumergirse los israelitas. Ni en el Antiguo Testamento ni en ninguna otra fuente hallamos evidencias de que ninguna persona fuera acusada de esta conducta tan indecente, ni de que una comunidad tuviera que ser testigo de semejante castigo. Esto bien podría deberse a los elevados estándares que exigía su Dios del pacto.

Hemos de añadir dos últimas cosas. La primera es que, aunque esta ley tan severa se describe en el Antiguo Testamento, es evidente que no se prescribe como un patrón para la legislación moderna. Nos horrorizamos, con razón, cuando nos enteramos de que en algunas cárceles del mundo moderno se practican estos castigos. Como todas las demás enseñanzas del Antiguo Testamento, hemos de ver esta ley bajo la luz del Nuevo. El Señor sabía que este código era vital para el bienestar de su pueblo en aquella fase concreta de su historia, para que mantuviera un testimonio distintivo de Su santidad. Sin embargo, Cristo ya ha venido, y esa revelación más completa de la naturaleza divina en Él no sólo elimina la necesidad de estas leyes, sino que niega todas las medidas punitivas crueles que infligen dolor y un perjuicio físico permanente a los transgresores.

Sin embargo, hay un principio vital que podemos y debemos aprender de este versículo. En toda acción, el fin nunca justifica los medios. No debemos olvidar que es

posible hacer lo correcto de una manera que no lo es. Es perfectamente comprensible que la mujer quisiera proteger a su marido en aquella pelea, pero no tenía libertad para resolver el conflicto de la manera que mejor le pareciera. Los miembros de cualquier comunidad no son libres para actuar con indiferencia hacia las necesidades de otras personas.

3. Un comerciante deshonesto (25:13–16)

No tendrás en tu bolsa pesa grande y pesa chica... Porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que hace esto, y cualquiera que hace injusticia. Esta obligación concreta del pacto es esencial desde cinco puntos de vista: doctrinal, legal, social, ejemplar y espiritual.

Una vez más, esta ley (como otras) se basa firmemente en la doctrina de Dios que tenía Israel. Ya hemos visto que, dado que el Señor es santo, su pueblo también debe ser puro. De forma parecida, dado que es un Dios de verdad, quienes le pertenecen no deben ser falsos o indignos de confianza. Toda forma de deshonestidad comercial demuestra falta de amor, codicia y engaño. Los copartícipes del pacto con Dios deben tener un estilo de vida que refleje claramente Su naturaleza y atributos.

Desde un punto de vista legal, estos versículos son una ampliación del Decálogo. El pacto prohíbe claramente todo tipo de robo (5:19), y en el acuerdo robar constituye una falta grave. Se encuentra en la misma raíz de las demás transgresiones de la ley: el robo del honor (arrebatar a los padres el honor y la obediencia que es su privilegio de acuerdo con el pacto, 5:16); el robo de la vida (el asesinato, 5:17); el robo de la propiedad o el dinero (como en este versículo); el robo del amor (el adulterio; robar intencionadamente la lealtad al cónyuge, 5:18); y el robo de la reputación (como, por ejemplo, mediante la difamación, o la ofensa recogida en el pacto, el «falso testimonio», 5:20). Tener diversos tipos de pesos y medidas y usarlos para aumentar el beneficio a costa de otros es una transgresión calculada del octavo mandamiento.

Además, desde un punto de vista social, era esencial que Israel se desarrollara como comunidad honrada. Los socios del pacto no son solamente ciudadanos responsables; son hermanos compasivos que pertenecen a la misma familia. La palabra «hermano» se encuentra por doquier en este libro, y enfatiza constantemente la relación estrecha que el Señor quería para los miembros de su pueblo (1:16; 15:2–3, 7, 9, 11; 17:15; 19:18–19; 22:1–4; 23:19–20. Incluso un edomita es un «hermano»). El sentido correcto de la ley de la propiedad era un ingrediente esencial de la armonía social de Israel. Si los «hermanos» se engañaban unos a otros mediante actos deliberados, ¿cómo podían esperar construir una sociedad fuerte y confiada? Aquí es importante ver cómo esta ley no sólo va dirigida al mercader itinerante que, en sus viajes, podía sentir la tentación de llevar en sus bolsas distintos pesos y medidas, sino también al vendedor local que *tiene en su bolsa pesa grande y pesa chica*, en su tienda. Esta ley era aplicable a todas las formas de transacción comercial, itinerantes o locales, grandes y pequeñas; todos debían ser honrados, hasta el más ínfimo de los detalles.

Sin embargo, el ejemplo moral de los vecinos de Israel también es importante en este caso. ¿Cómo esperan ser «luz a los gentiles» si sus tratos comerciales son corruptos? Una vez el pueblo se asentó en la tierra, y empezó a desarrollar su vida económica y comercial, tuvo frecuentes oportunidades para comerciar con otras naciones. Tras establecerse en Canaán, los hebreos se hicieron comerciantes muy competentes. Pronto utilizaron sus recién adquiridas habilidades agrícolas no sólo para cubrir sus necesidades locales, sino también para vender sus provisiones en los mercados vecinos, tanto en su país como fuera de él. Los fenicios dependían de Israel para obtener su suministro regular de grano, aceite y vino.⁵ Bajo circunstancias normales, Egipto, en el sur, disponía de su propio suministro de grano abundante, pero le gustaba importar aceite de oliva y vino de Israel. A medida que el país fue desarrollando sus habilidades industriales, los metales prometidos en Deuteronomio (8:9) se fueron exportando a otras naciones. Sabemos que David facilitó hierro a Egipto, y que Salomón vendió cobre a compradores árabes y africanos. El Señor sabía que, más adelante, su pueblo tendría relaciones comerciales muy amplias con otras naciones. Si se volvían tan codiciosos que llegasen a engañar a un inocente vecino pagano, su testimonio quedaría en entredicho, y deshonorarían el nombre del Señor. Más tarde, el pueblo judío se hizo famoso por sus facultades económicas y comerciales. Cuando empezasen a comerciar en los concurridos mercados del mundo antiguo, era perfectamente válido que fueran competitivos, pero nunca debían ser deshonestos ni engañadores.

Por último, esta ley en concreto tiene un atractivo muy fuerte, tanto moral como espiritual. El pueblo del pacto debe comportarse de forma honrada, no sólo para no engañar a sus «hermanos» sino, lo que es más importante, para no insultar al Señor; las prácticas deshonestas le son aborrecibles (16; cfr. 18:12; 22:5). Éste es exactamente el tema que más tarde, en tiempos de prosperidad comercial, retomaron los profetas. En el siglo octavo Amós, Oseas y Miqueas predicaron contra aquellos comerciantes que usaban las «pesas engañosas» y los «pesos falsos», dejando claro que semejante conducta era totalmente ofensiva para un Dios de rectitud, justicia y verdad. Todo lo que fuera incoherente con su carácter era inadmisibles.

4. Un adversario cruel (25:17–19)

A los hebreos se les dice: *Acuérdate de lo que hizo Amalec contigo en el camino, cuando salías de Egipto... Borrarás la memoria de Amalec de debajo del cielo; no lo olvidas.* Esta estipulación contenida en el pacto va unida a las leyes previas mediante un tema en común, el de la «protección de la sociedad». Esta ley parece dura, incluso vengativa, pero hemos de tener en cuenta una serie de factores importantes.

Los amalecitas eran unas tribus crueles que atacaron a los israelitas poco después de su huída milagrosa de Egipto. En un momento tan delicado, los refugiados hebreos no estaban equipados, ni remotamente, para encajar un ataque de ese tipo y, de no haber sido por otra intervención sobrenatural de Dios, miles de ellos hubieran muerto a

manos de los asaltantes amalecitas. Ganaron la batalla gracias a la oración, y a los hebreos se les ordenó, allí y entonces, que pusieran por escrito el juicio divino sobre los malvados amalecitas, y sobre aquel ataque tan despreciable. Según parece, el enemigo atacó al pueblo por la retaguardia de la larga columna de israelitas, viajeros *cansados y trabajados*. Aquellos peregrinos ocupaban la parte más vulnerable de la larga caravana. Quienes *iban detrás* eran los hombres, mujeres y niños, los enfermos y ancianos, los débiles e indefensos, a los que los amalecitas planeaban matar y saquear; personas que no podían hacer nada para defenderse. En esta ley aparentemente severa detectamos varios aspectos importantes de la verdad bíblica.

En primer lugar, garantiza algo sobre el futuro de Israel. El Señor sabía que, aunque los amalecitas fueron derrotados en el desierto de Refidim, el pueblo hebreo tendría más problemas con ellos. En un momento posterior del viaje volvieron a acosar a los israelitas, y en un punto en que los israelitas, además, estaban lejos de la voluntad de Dios (1:41–46). En el periodo de los jueces volvieron a causar problemas a los hebreos, uniéndose a otros saqueadores para formar grandes bandas de implacables ladrones. En cierta ocasión se unieron al rey de Moab para atacar directamente territorio israelita.¹⁰ En tiempos de Gedeón, y más tarde, su número, que ya era considerable, todavía aumentó más, siendo «como enjambres de langostas», gracias a golpes de mano que llevaban a cabo durante el tiempo de la cosecha, cuando se unieron a los madianitas y a otros atacantes.

Al principio del reinado de Saúl, el rey respetó sólo en parte el mandato del Señor sobre su conquista necesaria. La codicia de Saúl le costó el reino. Unos años antes, Balaam había profetizado que Amalec «al fin perecerá para siempre»¹³, pero, aunque tuvo la oportunidad, Saúl no fue lo bastante obediente como para ser instrumento de Dios en esta misión tan urgente. En consecuencia, los amalecitas siguieron con sus saqueos y, unos siglos después de la promulgación de esta ley en el pacto, causaron reiterados estragos a las naciones israelitas.

Al hacer esta ley, el Señor intentaba proteger a su pueblo de padecimientos futuros. Le interesaba especialmente el caso de aquellos israelitas que se establecieran en las zonas del sur, fronterizas, donde los amalecitas supondrían una amenaza persistente a la seguridad local. El mandamiento de *borrar la memoria de Amalec de debajo del cielo* puede parecer terriblemente duro, pero la pérdida, la miseria y la muerte de muchos, consecuencias de la desobediencia a esta ley, empequeñecen todos los sufrimientos anteriores que pudieran haber causado los atacantes amalecitas. Dentro de un mundo corrupto y pecaminoso, no siempre es posible elegir entre lo que está bien o mal. Tristemente, a veces nos vemos impulsados a escoger entre un camino que puede ocasionar dolor y otro que ocasionaría mucho más sufrimiento.

Aparte de esto, los versículos suponen una advertencia a los vecinos de Israel. La idea de «escribir esto para memoria en un libro» consiste en hacer una entrada en el inevitable juicio de Dios. Israel estaba situado en un lugar geográfico excepcionalmente vulnerable, y estaba constantemente expuesto a ataques. Por tanto, este tratado advierte a las naciones circundantes de que aquellos que acaban con personas débiles e indefensas pueden triunfar fácilmente, pero al final tendrán que someterse al inflexible

y justo juicio de Dios. Los atacantes amalecitas actuaron como lo hicieron porque *no temían a Dios*. Sin embargo, esta ley les recuerda que su juicio sobre un pueblo tan implacable es seguro e inevitable.

De modo que esta ley también es una imagen del Dios de Israel. A Él le preocupan los *cansados y trabajados*, y aquellos que, debido a la edad y la debilidad, *van detrás*. Él es amor pero también es justo, un Dios que no es indiferente al sufrimiento humano. Cuando Amós predicó en el mercado de Betel, quienes le escuchaban debieron quedarse atónitos (y tranquilizarse) cuando le oyeron pronunciar el juicio divino contra los vecinos paganos de Israel por su crueldad flagrante contra hombres y mujeres de cerca y de lejos. Movidos por su increíble bestialidad, aquellos opresores bárbaros no tuvieron en cuenta un «pacto de hermanos»,¹⁷ y un Dios justo y compasivo no podía pasar por alto la enormidad de sus pecados. Él no era un Dios local, preocupado tan sólo por los pecados cometidos contra Israel. En nuestros tiempos, debemos recordar que Dios es el Señor universal y soberano. Sus intereses no están restringidos a la religión. Cuando leemos los titulares y nos sentimos indefensos frente a tantos sufrimientos que unas personas crueles infligen contra otras inocentes, hemos de recordar que el clamor de angustia no cae en saco roto. Dios ha fijado un día del juicio, cuando se abrirán los libros.

Hay un último comentario que tiene una importancia suprema. Como sucede con un pasaje anterior en esta sección (25:12), estos versículos son descriptivos, no normativos. Ordenan claramente lo que debía hacer Israel, no lo que debemos hacer *nosotros*. Está claro que ésta es la Palabra de Dios, pero no es su última palabra. Si bien esta ley en concreto tiene mucho que enseñarnos, no nos dice cómo debemos tratar a *nuestros* enemigos. Desde la promulgación de esta ley, el Hijo de Dios ha entrado en nuestro mundo; los creyentes deben mantener unas relaciones personales a la luz de Su revelación, perfecta y ahora completa. Hemos de amar a nuestros enemigos, no matarlos, y hemos de orar por quienes nos tratan mal. Dios es misericordioso, y nosotros también debemos serlo.²⁰

Deuteronomio 26:1–19

22. QUÉ SUCEDE CUANDO ADORAMOS

La adoración es un tema central en Deuteronomio. En este punto de la narrativa, se nos ofrece una visión única de la alabanza israelita; la ocasión es la presentación de las «primicias», la temporada en la que los hebreos presentaban sus recientes y mejores productos como ofrenda de acción de gracias a Dios. Estos versículos describen una ceremonia sencilla y a la vez emotiva, que sigue un patrón litúrgico de la adoración

hebrea que no aparece en ningún otro punto del Antiguo Testamento. El adorador toma *de las primicias que sacares de la tierra*, las ponía en un cesto y las llevaba al lugar que el Señor *escogiere* de modo que, en presencia del sacerdote oficiante, pudiera hacer una confesión verbal de su deuda con Dios.

Esta narración tan colorida no sólo describe lo que iba a pasar en una sociedad agrícola en un momento de «acción de gracias por la cosecha»; también encarna algunos principios espirituales importantes sobre la adoración. Como cualquier gran literatura (aunque más aún como la Escritura), la narración habla más allá de los confines limitados de su propio contexto inmediato. Cuando leemos sobre esos momentos en que el pueblo de Dios presentaba sus dones, discernimos algunos rasgos distintivos de la verdadera adoración, alabanza y acción de gracias. Siempre que ofrecemos una adoración sincera al Señor, reconocemos su generosidad, recordamos su fidelidad, honramos su naturaleza única, obedecemos sus mandamientos y afirmamos su verdad.

1. La admisión de su generosidad (26:1–4)

Cuando el adorador visita el santuario elegido llevando su hermosa cesta con los frutos recién recogidos, es consciente, sobre todo, de la abundante bondad de Dios. El hombre que lleva su ofrenda sabe muy bien que, a menos que el Señor hubiera sido generoso con él, no tendría nada que ofrecer. La iniciativa ha partido de Dios, y esta sencilla liturgia proporciona un vehículo para que el adorador recuerde tres verdades sobre la generosidad divina, expresadas en la revelación, la historia y la naturaleza.

El aspecto primario de la generosidad del Señor es que había elegido a los israelitas como su pueblo especial, dándoseles a conocer mediante una revelación única. Había hablado a los patriarcas y ellos habían sido los receptores privilegiados de la promesa confiable: Canaán era su *herencia* (1). Todo adorador podía decir que había entrado en la tierra *que juró Jehová a nuestros padres que nos daría* (3). Los padres oyeron la promesa pero los hijos recibieron su fruto, y todo porque Dios había revelado su poder para actuar soberanamente en la historia, superando las adversidades de su pueblo y derrotando a sus enemigos. En los difíciles días de su cautiverio en Egipto, ese milagro hubiera escapado a sus sueños más descabellados. No era una historia inspiradora, encerrada en un pasado remoto; cada individuo podía decir, mediante un testimonio personal, *vengo hoy*.

Como Señor de la naturaleza, fue su Dios generoso (no Baal el caprichoso) quien dio la lluvia para regar la tierra y el sol brillante para que el fruto madurase (2), fruto que ahora ellos presentaban en sus canastos. Él era generoso con lo que había dicho, hecho y dado, y esa generosidad hay que reconocerla personal y públicamente, mediante una alabanza adoradora y una acción de gracias exultante.

2. Recordar su fidelidad (26:5–9)

Cuando el adorador sincero lleva su canasta y la presenta al sacerdote, se le anima a pensar no sólo en sus uvas y olivas. En esta liturgia su mente se retrotrae a un momento muy anterior, hasta el principio; no piensa en la cosecha presente, sino en las misericordias pasadas de un Dios que había sido bueno con los hebreos mucho antes de que naciera quien presenta la ofrenda. El israelita no sólo tiene una ofrenda que traer, sino algo que decir. Debe «hablar y decir» (5) algunas palabras importantes que, deliberadamente, traen al pensamiento tres personajes destacados de la historia temprana israelita: Abraham, Jacob y Moisés; además, recuerdan la fidelidad de Dios como proveedor fiable, protector poderoso y redentor prometido.

Cuando el creyente agradecido se presenta en el santuario indicado, confiesa con regocijo que la tierra que ha poseído es la *herencia* (1) que Dios prometió a sus *padres* (3). Las palabras recordarían con fuerza a todo hebreo la dramática historia de sus primeras tradiciones, la promesa hecha a Abraham. Aquí el adorador recuerda la fidelidad del Señor como *proveedor fiel*. Dios pronunció un juramento ante Abraham: que les daría la tierra y al pueblo que la habitaba, y no les había decepcionado.

Cuando el cesto de fruta se deja sobre el altar, puede usarse una fórmula litúrgica precisa que hace algo más que inducir al recuerdo. Identifica públicamente al adorador individual con aquellos sucesos milagrosos: *Un arameo a punto de perecer fue mi padre, el cual descendió a Egipto y habitó allí con pocos hombres, y allí creció y llegó a ser una nación grande, fuerte y poderosa* (5). Esta confesión menciona a Jacob como «padre» de la comunidad privilegiada. La fidelidad del Señor se define llamándole *poderoso protector*. Es una historia llena de vívidos contrastes, que captura en pocas frases las experiencias adversas de un Jacob sin hogar. A menudo Aram aparece en la historia de los patriarcas. La palabra «a punto de perecer» también puede traducirse como «errante», aunque la primera acepción encaja perfectamente con Jacob, cuya vulnerable existencia siempre estuvo en el filo de la navaja. Jacob se convirtió en un viajero sin tierras que, a pesar del número de sus enemigos, demostró que Dios era su escudo y su defensa. Con unas frases impactantes, la confesión subraya la transformación radical que experimentaron Jacob y su familia. En la confesión se marcan deliberadamente los contrastes: el nómada sin hogar y el adorador residente; *descendió a Egipto* (5) y subió a la tierra (1; 1:21); la pequeña compañía, *pocos hombres*, y la gran multitud; las tribus débiles y sin hogar y la *nación grande, fuerte y numerosa*. El pueblo de Dios debe alabarle por lo que hace en la historia, además de por lo que nos da en la naturaleza.

Sin embargo, en esta confesión la acción se centra en Moisés. Dios es fiel, el *Redentor prometido*. Sigue convirtiendo las situaciones difíciles en otras llenas de esperanza. Aunque fueron humillados y maltratados por sus señores egipcios, los hebreos indefensos al menos podían orar, y la confesión del adorador durante la cosecha recuerda el memorable episodio del encuentro entre Dios y Moisés en la zarza ardiendo. Les recuerda a aquel Señor que *vio* su angustia y sus problemas, y el logro único de un Dios que, *con mano poderosa y brazo extendido*, consiguió su liberación en aquel gran éxodo con *grande espanto, y con señales y con milagros*. Los hebreos fueron

sacados (8) de la esclavitud opresiva e introducidos (9) en la tierra de Canaán, cuyo rico suelo producía aquellos frutos que ahora deseaban ofrecer al Señor. La expresión *tierra que fluía leche y miel* (9) era una de sus favoritas, que brotó primero de labios de Moisés en un momento en que los cautivos israelitas apenas si se atrevían a soñar en algo semejante.

La leche y la miel simbolizaban una vida de paz y estabilidad. Suponían un contraste directo y doloroso con el trabajo intenso del esclavo, el clamor de las mujeres oprimidas y la matanza de niños inocentes. Al final de muchos días, rotos y confusos, oraban a Dios hasta quedar dormidos: «Ojalá Dios...». Quienes pasan por momentos de tinieblas no deben pensar que el Dios de la luz les ha abandonado. Incluso es posible que esté más cerca de ellos que cuando brilla el sol: «Y Moisés se acercó a la oscuridad en la cual estaba Dios». Como los esclavos hebreos, debemos confiar durante la noche oscura, y demostrar que ciertamente recibiremos fuerzas, Dios renovará nuestra esperanza, cumplirá las promesas y hará alborear un nuevo día. A lo largo de los siglos, Dios ha sido fiel con su pueblo, y deberíamos adorarle por ello.

3. Honrar su naturaleza única (26:10)

El Señor guardó su promesa. Lo de «tierra que fluye leche y miel» era más que una frase sentimental. Ellos no sólo oyeron hablar de la tierra próspera, sino que entraron en ella. Sin embargo, lo importante ahora es que admitan que el Dios de su destino histórico es el Señor de su éxito agrícola. Durante siglos, los cananeos habían sostenido que Baal, su dios de la fertilidad, era «el dios de la tormenta y de la lluvia». Todos los productos del campo eran obra de sus manos. Por tanto, esta presentación de las primicias desafiaba a todos los adoradores israelitas a evitar el peligro de la idolatría y el sincretismo. Bajo una serie de sutiles presiones locales, podían fácilmente acabar usando aquellas capillas en lo alto de las colinas, ahora abandonadas, con sus postes inmorales. En cualquier comunidad podía surgir una minoría de personas que, en secreto, adorase a Baal. Aunque esto parezca impensable, es evidente que en tiempos de Elías, y más aún en los de Jeremías, la enseñanza, los rituales y las ceremonias del baalismo se habían entrelazado ampliamente con la adoración del único Dios verdadero.

Para contrarrestar estos peligros tan graves en un estadio temprano, se pide al verdadero adorador que haga una confesión pública crucial, que desafíe cualquier intento de combinar la adoración de Israel con la de Baal. De la misma manera segura e histórica que Jehová Dios les había introducido en la tierra, también Él, y sólo Él, les había dado sus abundantes cosechas: *Y ahora, he aquí he traído las primicias del fruto de la tierra que me diste, oh Jehová.*

El sincretismo religioso es una de las sutiles tentaciones de nuestros tiempos. Algunos líderes de iglesias modernos parecen avergonzarse de la enseñanza del Nuevo Testamento que enfatiza el carácter único y distintivo del cristianismo. Sin embargo, Jesús no murió en la cruz para salvar a unas personas que pudieran acercarse a Dios

mediante el cristianismo, dejando que otras lo hicieran por medio del Islam y el Corán, y otras gracias a las enseñanzas de Buda. El mensaje apostólico es tan relevante hoy día como cuando se proclamó por vez primera en aquel entorno de pluralismo religioso propio del mundo del siglo I.

4. Obedecer sus mandamientos (26:11–19)

La adoración va destinada a ser una experiencia totalmente alegre para el pueblo de Dios: *y te alegrarás en todo el bien que Jehová tu Dios te haya dado a ti y a tu casa*. No obstante, las cosas buenas que el Señor ha dado no deben disfrutarse con indulgencia ni atesorarse con codicia, sino compartirse con generosidad. También son para *los levitas y los extranjeros en medio de ti* (11). Cada año, en aquel momento de alegría especial, los miembros pobres y fácilmente ignorados de cada comunidad local también debían beneficiarse de la celebración de las primicias. Al ofrecerlas a Dios, el adorador también debía compartirlas con otros. El propósito de Dios es que la adoración no sea una experiencia individual y aislada, que encaja al creyente en el gueto seguro y separado de la experiencia que le satisface sólo a él o ella. Al mirar a Dios, la adoración también debe mirar con amor al mundo que Él ha creado. A Dios no sólo se le adora con nuestras palabras y nuestra música; le adoramos con nuestro estilo de vida, con nuestro apasionado interés por otros, y con nuestro deseo de reflejar sus cualidades únicas: su generosidad, su amor y su misericordia. No basta con agradecer a Dios sus bondades para con nosotros, totalmente inmerecidas; también debemos ser igual de expresivos en nuestra compasión hacia otros. Éste fue uno de los aspectos más incisivos de la enseñanza de Jesús sobre la benevolencia: «Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?». El Dios que «hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos»⁸ no espera que nosotros seamos calculadores y limitadores en nuestra liberalidad.

Para incitar al pueblo israelita a tener un estilo de vida caracterizado por la generosidad, al adorador se le recuerda que los dones del Señor son para *el levita y el extranjero en medio de ti*. Siguiendo con este mismo tema de compartir con generosidad, la narrativa menciona el diezmo cada tres años. Dios había dispuesto para la gente necesitada que recibiese una décima parte completa de todos los productos de la tierra cada tres años. Cuando hubiera concluido ese ciclo de tres años, el agricultor habría tenido mucho tiempo de consolidar su propio negocio, pero ahora debe asegurarse de que su vida laboral no gira del todo en torno a las necesidades de su familia. Los sacerdotes eran los siervos nombrados por Dios, y había que mantenerlos, y los descendientes del arameo nómada del pasado no debían olvidar al extranjero sin hogar del presente.

Una vez los israelitas tomaran posesión de la tierra, deberían ofrecer una décima parte de su fruto al Dios que les había salvado y satisfecho sus necesidades. Si no hubiera sido por su bondad, en el tiempo de la cosecha los israelitas sólo dispondrían de plantas marchitas, trigo con añublo y árboles desnudos. Sin la generosidad divina, no

habría esas nueve partes que no se ofrendaban, así que, ¿para qué retener por egoísmo y desobediencia la parte que pertenecía al Señor? Por supuesto, en la ley mosaica hallamos elementos ceremoniales que ya no son relevantes, adecuados o aplicables desde la venida de Jesús, pero eso no es motivo para descartarlo todo. Como hemos visto en capítulos anteriores, la enseñanza de la ley mosaica tiene muchas implicaciones prácticas y actuales para nosotros.

Otra ilustración de la importancia del diezmo es la que detectamos en el hecho de que a los sacerdotes (que recibían el diezmo) se les dice claramente que cuando los israelitas obedientes lo presenten, también deben dar el diezmo de esas ofrendas. Si el pueblo hebreo guardaba parte de sus ofrendas, y se mostraba claramente desobediente respecto al diezmo, entonces los levitas no podrían dar tan generosamente como querían, porque sólo se les habría dado una pequeña parte del todo. En otras palabras, el diezmo no es un modelo para ciertos individuos; todo el mundo debe hacerlo. Los líderes espirituales deben dar un buen ejemplo al hacer lo que esperaban claramente que otros hiciesen.

La práctica del diezmo es un principio espiritual vital. Si los creyentes del Antiguo Testamento ofrecían gustosamente un diezmo, es triste que los cristianos contemporáneos opten deliberadamente por ofrecer menos de lo que es realista. Nosotros, que debemos más, hemos de ofrendar más, no menos. Muchos creyentes sostienen que el diezmo es el mínimo básico y que, aparte, hemos de buscar oportunidades, de vez en cuando, para dar más de lo habitual, una «ofrenda» extra, cuando el Señor nos haya bendecido con su generosidad más que abundante.

5. Afirmar su verdad (26:16–19)

Los versículos finales de este capítulo concluyen la sección de «estipulaciones» de la estructura de este libro, semejante a la de un tratado, y lo hacen resumiendo los temas más destacados del pacto que ya hemos analizado en capítulos anteriores de este libro. A la vez que subraya la necesidad de una obediencia completa (16), esta reiteración de las ideas clave enfatiza la correlación del compromiso y el privilegio.

En el pacto entre el Señor y su pueblo los israelitas afirmaron públicamente su compromiso, *declarando* que Jehová era su Dios y que ellos le *obedecerían* (17). Él les había hablado (*te manda hoy*) y ellos debían responder de inmediato (*hoy*), sin reservas (*con todo tu corazón y con toda tu alma*, 16), con obediencia (*andar en sus caminos*, 17) y completamente (*para que guardes todos sus mandamientos*, 18).

Sin embargo, aquel pueblo entregado era socio de un pacto que perduraría para siempre. Quienes confesaban su lealtad a Dios sabían que Él había afirmado comprometerse con ellos: *y Jehová ha declarado hoy que tú eres pueblo suyo*, un pueblo seguro (*su pueblo*), amado (*exclusiva posesión*), privilegiado (*exaltado sobre todas las naciones*) y dedicado a Él (*un pueblo santo*).

Ahora es el momento de que volvamos a examinar este pasaje tan importante y notemos, a modo de resumen, que esta enseñanza es tremendamente relevante para

nuestros tiempos. Nos ilustra una serie de principios relativos a la verdadera adoración.

a. La exclusividad de la adoración

El hecho de que se eligiese un santuario especial, el *lugar que Jehová tu Dios escogiere para hacer habitar allí su nombre* (2) iba destinado a alejar al pueblo israelita de los santuarios dedicados a Baal en la cima de las colinas. Aquí percibimos un eco de aquella obligación básica del pacto: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (5:7). Jesús aseveró algo parecido: «Nadie puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y a las riquezas». La asistencia regular a la alabanza cristiana es un antídoto necesario contra la mundanalidad, el secularismo y el materialismo, los dioses sin rostro de la sociedad contemporánea. Cuando nos reunimos con el pueblo de Dios se nos recuerda intensamente la pobreza de toda vida que ignora la existencia de Dios, su naturaleza y su generosidad. La verdadera adoración es una confesión pública de que, aunque somos conscientes de la posibilidad de dividir nuestras lealtades, el Señor es nuestro único Dios.

b. La actitud de respuesta de la adoración

Cuando hayas entrado en la tierra... irás al lugar que Jehová tu Dios escogiere para hacer habitar allí su nombre (1–2). La iniciativa de la alabanza no parte del adorador genuino o meramente obediente. Parte del Dios de gracia, que siempre da el primer paso hacia ellos en generosidad (les da la tierra próspera), bondad (les da cosechas abundantes) y gracia (satisfaciendo sus necesidades espirituales aparte de sus recursos materiales). Siempre que adoramos, individualmente en nuestras casas o colectivamente junto al pueblo de Dios admitimos que, antes de que pensásemos en Él, el Señor Dios pensó con amor en nosotros. Amamos porque, en primer lugar, fuimos amados.

c. La reflexión de la adoración

La adoración requiere meditación. Durante la alabanza pueden nacer emociones (y, dentro de una relación de amor, esto es tan natural como correcto), pero también se generan unos procesos intelectuales. Esta sencilla ceremonia de las primicias daba a los israelitas la oportunidad regular de pensar a fondo en el origen de todas sus bendiciones. Contribuía a evitar que diesen por hecho los numerosos dones de Dios. Después de todo, fue Dios quien les dio la libertad (6–8) y seguridad (9) que necesitaban. La genuina adoración nos recuerda que somos deudores. Nos libera de la preocupación enfermiza y aislante por nosotros mismos. La egolatría es un peligro constante. La adoración nos distancia de nuestros pobres éxitos y nos señala a un Dios que, por su amor generoso, ha posibilitado todas las cosas buenas. La adoración honra a Dios junto al salmista cuando exclama: «No a nosotros, Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria».

d. La naturaleza conmemorativa de la adoración

Durante este festival, el pueblo hebreo no sólo pensaba en su cosecha presente, simbolizada por el cesto de frutos que llevaban en sus manos. Pensaban agradecidos en las obras poderosas de Dios en el pasado. Hay muchas personas obsesionadas con el presente o inquietas al pensar en el futuro. La adoración mira atrás deliberadamente. Aquí los hebreos manifestaban públicamente los éxitos de un Dios que había actuado con un poder único para conformar el destino del pueblo. Reflexionaban sobre lo que había hecho por la nación antaño (5), un rasgo recurrente que hallamos en muchos contextos distintos de este libro (4:37–38; 6:12, 20–23; 7:7–8, 17–19; 8:13–16; 11:2–7; 12:5, 10; 15:15; 16:1–12; 20:1).

En nuestro mundo moderno hay una parte excesiva de la alabanza cristiana que es dolorosamente subjetiva; carece de la adoración objetiva a un Dios que es majestuoso y soberano en este mundo. La verdadera adoración bíblica no puede quedar limitada a una experiencia personal y presente interpretada estrechamente. La adoración no consigue encajar con las normas bíblicas si no nos proporciona una visión ampliada de nuestro Dios, poderoso, universal y trascendente. Algunos cultos de iglesia pueden decepcionarnos a este respecto; apenas tienen que ver con la vida en el mundo contemporáneo. El concepto de Dios es pequeño; sus intereses raras veces miran más allá de la iglesia, y en algunos casos ni siquiera salen de la iglesia local. Es posible que durante la semana tengan lugar acontecimientos cruciales a nivel nacional e internacional, y al domingo siguiente se pasan por alto sin ni siquiera mencionarlos para la oración de intercesión. Ésta no es una forma bíblica de adorar a Dios. El pueblo hebreo creía que Él era Señor y Juez de toda la tierra, no sólo de Israel.

e. La colectividad de la adoración

Esta ofrenda de las primicias no era meramente una ocasión para reflexionar estrechamente sobre lo que el Señor había hecho por el adorador individual. Durante la temporada de la cosecha, ellos se regocijaban porque, por mucho que amasen a Dios, Él no estaba limitado al espacio limitado de su propia experiencia. Por profunda y genuina que sea su realidad personal, la adoración pertenece a toda la comunidad del pueblo redimido de Dios. Reunirse tiene un gran valor, siempre que no lo hagamos como una serie de entes aislados.

Ya hemos visto que, a menos que el pueblo israelita se reuniera para celebrar estos actos colectivos y centralizados de adoración, podía, al jugar con el baalismo, comprometer el mensaje distintivo de la naturaleza única de Dios. Sin embargo, este asunto va más allá. Al reunirse, a cada israelita individual se le recordaba que él o ella pertenecía a un pueblo que le apoyaba. No estaban solos en su lealtad y compromiso con el Señor. Si la aflicción personal, la enfermedad, la adversidad o el duelo dificultaban mucho la vida, se consolaban sabiendo que en el santuario no estaban solos, que no eran víctimas de la soledad. Aunque la lámpara de su fe personal vacilaba,

estaban rodeados y fortalecidos en la adoración por unos hermanos y hermanas que, abiertamente, confesaban la renovación de su confianza en un Dios que había sacado al pueblo hebreo de momentos difíciles. Cuando recordaban al *arameo errante* (5), la *dura servidumbre* de Egipto (6), la *aflicción, trabajo y opresión* (7) de aquellos años de agonía, daban testimonio de una fe que podía sustentar a un creyente en los momentos más angustiosos. Lo que se palpaba durante la ofrenda de las primicias no era una religión del buen tiempo. Era una fe robusta, con recursos, resistente, una fe que otros expresaban oralmente, a pesar de que el israelita individual pudiera sentirse agobiado por la tristeza.

Esta sensación de la dimensión colectiva de nuestra fe en Dios es algo que no siempre ha constituido el centro de la evangelización. Muchos de nuestros amigos en las iglesias ortodoxas están respaldados por ella y, para algunos que viven en lugares peligrosos del mundo, el hecho de saber que no están solos les ha proporcionado una inmensa paz. A Lutero también le animó este tema de la solidaridad del pueblo de Dios. En cierta ocasión, a su barbero, Peter Beskendorf, le estaba costando bastante orar, de modo que Lutero escribió un libro para él. En *Una forma sencilla de orar*, el reformador exhorta a su amigo a:

Recordar que no estás en pie o arrodillado solo, sino que toda la cristiandad, todos los cristianos devotos están ahí, contigo, y tú con ellos, en una oración unánime y unida que Dios no ignorará.

f. La naturaleza personal de la adoración

Y Jehová nos sacó de Egipto... Y ahora, he aquí he traído las primicias del fruto de la tierra que me diste, oh Jehová (8, 10). La Escritura tiene un equilibrio perfecto; se combinan con sensibilidad los elementos colectivos y personales. Aunque la ceremonia recuerda vívidamente la bondad de Dios hacia sus padres en el pasado, y hacia muchos de sus contemporáneos en el presente, aparte del elemento colectivo la adoración israelita debía incluir otro personal. Sin este equilibrio, podría degenerar fácilmente, por una parte, en un ritualismo dependiente de la multitud, vacío, o en un individualismo religioso egocéntrico por la otra. Para que Dios la acepte, la ceremonia debe ser importante para cada adorador, porque daba expresión a sus necesidades distintivas y a su fe personal. Aunque había un gran número de hebreos que se apiñaba en los atrios del santuario, presentando a los sacerdotes sus cestas de frutos escogidos, la respuesta litúrgica exigía que cada miembro individual de la congregación se apropiase de este sencillo acto de adoración: *Declaro... he traído... del fruto... que me diste... he sacado... lo he dado... he obedecido... he hecho conforme a todo lo que me has mandado* (3, 10, 13–14). El *yo* y el *he* dejan clara la necesidad de que exista una fe vibrante y personal que se oponga al frío ceremonialismo religioso.

g. El sacrificio de alabanza

La adoración debe plantear ciertas exigencias a los adoradores. Al ofrecer las primicias, daban lo mejor que tenían, y además debían compartirlo con otros. No sólo debían dárselo al levita, con quien podían estar personalmente en deuda por sus consejos espirituales y su ayuda, sino también al viajero desconocido que dependía de ellos, de su amor, asistencia y hospitalidad. Recordando los tiempos en que también ellos fueron nómadas, los israelitas daban de lo mejor de sus frutos a los refugiados sin hogar y a los desposeídos que atravesaban sus comunidades, o que iban en busca de una residencia estable dentro de sus fronteras.

Quienes usan adecuadamente el vehículo de la adoración para expresar su amor hacia Dios no deben olvidar que a Él se le adora tanto por lo que damos como por lo que cantamos, mediante nuestro servicio y no sólo mediante nuestras palabras. Cuando Pablo escribió sobre la reunión de los cristianos «el primer día de la semana», tuvo el cuidado de mencionar que, en aquel día, los creyentes debían mirar más allá de sus propias filas, haciendo una colecta para las necesidades de otros menos afortunados que ellos. Fue una aplicación, en el siglo I, de un principio del Antiguo Testamento; quienes adoran a Dios saben que a Él le honra lo que hacemos por otros, no sólo lo que le decimos.

h. La receptividad de la adoración

La adoración dista mucho de ser un ejercicio en el que todo depende de nosotros. La adoración es una experiencia inspiradora, en la que el Señor se acerca a los adoradores, recordándoles con fuerza que su condición no ha cambiado (*tú eres pueblo suyo*), ni su destino (*a fin de exaltarte... para loor y fama y gloria*), ni su seguridad eterna (*para que seas un pueblo santo a Jehová tu Dios, como él ha dicho*).

D. La confirmación del pacto (27:1–30:20)

Deuteronomio 27:1–29:1

23. SEGUID CUIDADOSAMENTE SUS MANDAMIENTOS

Ya hemos alcanzado una nueva sección del libro. Las normativas del pacto se han expuesto como principios generales y también para abarcar detalles específicos. Aquella sección principal de enseñanza concluyó con un pasaje que subrayaba la necesidad de manifestar una obediencia completa, basada en una relación única

(26:16–19). Esta nueva sección también refleja algunos rasgos característicos de las estructuras propias de los tratados del antiguo Oriente Próximo. Una vez se había llegado a un acuerdo sobre los términos del tratado, era esencial poner el acuerdo por escrito, ratificar el pacto en una ceremonia religiosa, y luego esperar que las partes respetaran del todo sus términos. En los dos capítulos siguientes del libro nos encontraremos con estos rasgos. A Moisés se le dice que escriba el acuerdo (27:1–4, 8) y celebre una fiesta especial en el que se presenten ofrendas al Señor del pacto (27:5–7). Debe pedir al pueblo israelita que se decida a favor o en contra del tratado (27:9–26), entendiendo sus opciones, la *bendición* o la *maldición* (28:1–29:1). Ahora nos centraremos en estos rasgos del pacto. Los peregrinos deben exponer la ley, construir un altar, manifestar una respuesta y enfrentarse a las alternativas.

1. La exposición de la ley (27:1–4, 8)

Una vez los israelitas entren en la tierra, deben *levantar unas piedras grandes y revocarlas con cal, y escribir en ellas todas las palabras de esta ley*. Esta descripción de cómo se plasmó la ley para que todos la vieran menciona especialmente cuatro aspectos de la enseñanza bíblica relativos a la Palabra escrita de Dios. Aquí se presenta como un mensaje imperecedero, inteligible, confiable y obligatorio.

a. La Palabra de Dios es imperecedera

Esta cualidad la demuestra el hecho de que debe escribirse sobre piedra. Dentro de este contexto, la permanencia de la Palabra contrasta deliberadamente con la transitoriedad del predicador. El siervo de Dios estaba a punto de entrar en su presencia; pronto, su incitante predicación sería cosa del pasado. Sin embargo, poco después de que el frágil cuerpo de Moisés fuese enterrado en su tumba sin lápida, esta Palabra imperecedera de Dios seguiría existiendo para siempre. De forma parecida, en los momentos de cambio y turbulencia, a los primeros cristianos se les recordó la Palabra de Dios indestructible, «que vive y permanece para siempre».

b. La Palabra de Dios también debe ser inteligible

Y escribirás muy claramente en las piedras todas las palabras de esta ley (8). Moisés sabe que no cruzará el Jordán junto al pueblo hebreo, y que por tanto es esencial que, cuando ya no pudieran escuchar la palabra de sus labios, pudieran verla claramente por sí solos. Desde un punto de vista estrictamente pedagógico, era un mandamiento muy pertinente; recordamos mucho más de lo que vemos que de lo que oímos. La palabra traducida *claramente* se centra en la legibilidad necesaria de la ley. Debe escribirse «con mucha claridad» (RSV), «claramente y bien», «grabada con cuidado» (NEB). Quienes expongan esa palabra única también tienen la obligación perpetua de que su mensaje sea inconfundiblemente claro. Opacar, confundir o complicar ese mensaje es una ofensa al Dios que lo dio para todos, no sólo para quienes sienten curiosidad

intelectual.

c. La Palabra de Dios es confiable

Lo que Dios proclamó para el futuro quedó confirmado por lo que cumplió en el presente: *Y escribirás en ellas todas las palabras de esta ley, cuando hayas pasado para entrar en la tierra que... Jehová el Dios de tus padres te ha dicho*. La mera presencia de los israelitas en tierras cananeas era un testimonio innegable de la Palabra de Dios, totalmente fiable. Si Él no hubiese hablado, ellos no estarían allí. En un tiempo en que apenas lo hubieran podido ni imaginar, Dios había dicho a Abraham y a Moisés *claramente* que poseerían aquella tierra. Por consiguiente, si prometía en esta ley que la obediencia sería recompensada, lo sería. De igual manera, si había declarado que la desobediencia acarrearía una maldición, así sería. No deben tomarse a broma sus palabras.

d. La Palabra de Dios es obligatoria

La respuesta del pueblo a este mensaje permanente tiene una importancia crucial. La enseñanza posterior de estos capítulos sigue enfatizando que el mensaje no sólo debe escribirse y leerse; debe ponerse por obra. La obediencia era la máxima prioridad. Al decirles cómo vivir (30:19), el Señor no les estaba invitando a nada, sino que les estaba dando una orden: *Oirás... y cumplirás sus mandamientos y sus estatutos, que yo te ordeno hoy* (10, 4).

2. La construcción del altar (27:5–7)

Una vez se habían puesto por escrito aquellos tratados del antiguo Oriente Próximo, los participantes se unían en un acto de adoración en el que honraban a los dioses de la otra parte y, en su presencia, afirmaban solemnemente cumplir los términos del contrato. Fue por este motivo, entre otros, por el que a los hebreos se les prohibió firmar alianzas políticas con otras naciones. ¿Cómo podían compartir un acuerdo con semejantes personas, cuando habían oído la Palabra de Dios que decía: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (5:7)?

Sin embargo, la aceptación formal del pacto debía señalarse también mediante una ocasión especial destinada a adorar al único Dios verdadero. Aparte de grabar el mensaje, los viajeros recién llegados debían *edificar un altar* para empezar su nueva vida en la tierra con una actitud de adoración exultante, aparte de con una obediencia exclusiva. Debían *ofrecer sobre el altar... sacrificar ofrendas de paz, y comer allí y alegrarse delante de Jehová su Dios* (6–7).

Mientras estaban delante del altar, expresaban públicamente otros temas inseparables, la adoración y la compasión, la alabanza y las obras. Al reconocer la naturaleza única de Dios ellos presentaban sus holocaustos, que se entregaban íntegramente a Dios. En otras palabras, Dios es lo primero y se merece lo mejor. No

obstante, también debían presentar sus *ofrendas de paz* o «compartidas» (NEB). Aquellas ofrendas se dividían, de tal modo que una parte se ofrecía sobre el altar y el resto lo compartían el donante, el sacerdote y los necesitados de la comunidad. Desde el principio, el sistema de sacrificios hebreo estaba diseñado para enseñar a los israelitas la naturaleza inseparable de la acción de gracias a Dios y el amor por los demás.

En años posteriores, los profetas hebreos dotaron de fuerza a su mensaje exponiendo los pecados no sólo de la desobediencia, sino también de la ausencia de amor. Imaginando en vano que a Dios le complacería su ritual, desobedecieron su ley olvidándose de los necesitados. Había abundancia de sacrificios, pero se carecía de amor. Los profetas del siglo VIII condenaron las prácticas de rapiña de quienes presentaban sacrificios pero robaban a sus vecinos. El Señor usó a personas como Amós, Oseas, Miqueas e Isaías para decir a sus contemporáneos que el Señor deseaba el amor propio del pacto, no los elaborados sacrificios de animales. Si se presentaban genuina y agradecidamente, los *holocaustos* eran un vehículo de su devoción a Dios, mientras que las *ofrendas de paz* les daban el privilegio de expresar amor hacia sus compatriotas. Ambas cosas nunca pretendieron rivalizar. La dedicación a Dios y la compasión hacia los demás son tan indispensables como la adoración y la obediencia.

3. La respuesta humana (27:9–26)

La predicación eficaz exige un veredicto. En los últimos capítulos de Deuteronomio la naturaleza imperativa de la elección se agudiza al presentar las claras alternativas en un entorno geográfico vívido. Se designan dos montes conocidos, Ebal y Gerizim, con el propósito de inducir al pueblo a tomar una decisión, una para obtener una bendición, la otra para recibir una maldición. Al pasar al lado o entre estas dos montañas, todo el pueblo tendría clara la necesidad de comprometerse en uno u otro sentido. También se exigía que todo israelita que pasara por allí respondiera oralmente manifestando su elección. La liturgia exige que todo individuo acepte el pacto o lo rechace: *Y dirá todo el pueblo: Amén* (27:26). Si, en algún momento posterior, algún hebreo fuera culpable de transgresión, él mismo se habría acarreado una maldición.

Encontramos una lista de doce maldiciones, que sugieren ejemplos concretos de maneras en las que podrían violarse los términos del tratado. Algunas explican cómo podía desobedecerse conscientemente el propio Decálogo, como por ejemplo haciendo o tallando un ídolo o adorándolo en secreto (27:15); o deshonorar a los padres, en cuyo caso la palabra empleada (27:16) indica un rechazo completo y feroz de la autoridad paterna, como el que ya mencionamos antes (21:18–21) en la referencia al hijo insolente («honrarás a tu padre y a tu madre»); o desplazar el hito (27:17) de un vecino («no hurtarás»).

Igualmente condenables y bajo maldición divina están los actos graves de conducta social, como encaminar mal a un ciego en su viaje (27:18) o aprovecharse del *extranjero, el huérfano o la viuda* (27:19) en los casos legales. Otras son ofensas morales

perversas, casos de increíble aberración sexual que son ofensivos para un Dios santo. Estos últimos pecados (27:20–23) son especialmente aborrecibles para Dios, dado que describen patrones de conducta inmoral asociados con religiones paganas como la prostitución religiosa cananea o la zoofilia hitita. Muchos sostenían que las relaciones sexuales con un animal producían la unión espiritual con la deidad hitita.

En estas maldiciones es importante ver que los pecados de *intención* (27:25) son tan graves como los de acción (27:24). Un hombre que recibe un dinero para matar a alguien debe entender que esa conducta es una transgresión radical del pacto, tanto si tiene éxito en su propósito enfermizo como si no. Si acepta el dinero para hacerlo, ha incurrido en la maldición del Dios del pacto.

4. Hay que admitir las alternativas (28:1–29:1)

Aunque el tema de «la bendición y la maldición» continúa en el pasaje siguiente, parece que, al empezar el capítulo 28, hay un cambio deliberado de escena. Ya no escuchamos una descripción de aquella ocasión anticipada al otro lado del Jordán, en Siquem, entre las bendiciones del monte Gerizim y las maldiciones del Ebal (27:12–13). Hemos pasado del futuro al presente. Una vez más, estamos con Moisés en las llanuras de Moab escuchando otra lista de bendiciones y maldiciones, mientras participamos en una ceremonia de renovación del pacto antes de entrar en la tierra. La conclusión del pasaje actual se encuentra probablemente en 29:1 (28:69 en el texto hebreo), que constituye un resumen de lo que ha sucedido antes: *Éstas son las palabras del pacto que Jehová mandó a Moisés que celebrase con los hijos de Israel en la tierra de Moab*. Las palabras *además del pacto que concertó con ellos en Horeb* describen, probablemente, una renovación pública del pacto que Dios hizo con su pueblo cuando salió de Egipto, un acuerdo cuya «inmediatez» debe reafirmar cada generación de creyentes (5:2–3). Aquí, cuando el pueblo de Dios pisa ya el umbral de la tierra prometida, renueva su compromiso con el Dios del pacto.

Recordamos que Israel estaba a punto de entrar en una «zona fértil», donde la adoración a Baal era el factor clave para el funcionamiento de la economía cananea. Sin embargo, el pueblo de Dios entraría en esa «zona» teniendo una doctrina de la fertilidad y la prosperidad totalmente distintas. La productividad futura quedaría determinada no por su participación en la religión ritualista, sino por su obediencia a la Palabra de Dios.

Dios había tomado la iniciativa. Había hecho su elección, amando a los hebreos como pueblo de su pacto, pero cada individuo israelita tenía que tomar también una decisión. Ese compromiso determinaría su futuro, en el que experimentarían las bendiciones prometidas por Dios (28:1–14) o la maldición que ellos mismos se acarreaban (28:15–68).

La lista inicial de bendiciones y maldiciones se expone deliberadamente como diez alternativas radicales. Los pareados ayudan al proceso de memorización, pero también subrayan la importancia de la elección: *Bendito serás tú en la ciudad, y bendito tú en el*

campo... Maldito serás tú en la ciudad, y maldito en el campo (28:3, 16). El pueblo, ¿quiere disfrutar de la abundante bendición de Dios sobre su vida, urbana y rural, física y material, sus rebaños, sus cestos y sus maseras, cuando vuelvan a casa y cuando partan, o quiere elegir deliberadamente todo lo contrario?

El Señor sabía que, por muy atractivas que fueran las «bendiciones», su pueblo, igual que nosotros, aprendería más mediante la adversidad que la prosperidad. Dietrich Bonhoeffer lo demostró en una cárcel nazi. En una carta a un amigo, confiesa algo que despierta ecos en la experiencia de la mayoría de nosotros: «A fin de cuentas, es cierto que necesitamos los problemas para incitarnos a orar, aunque cada una de esas veces siento que es algo de lo que avergonzarse». La aflicción es una maestra persuasiva, y sus lecciones no son fáciles de olvidar. En lugar de acercarnos a Dios, las circunstancias prósperas de la vida pueden llevarnos a la apatía espiritual y a la indiferencia. Este libro ya ha emitido una advertencia al respecto: «luego que comas y te sacies, cuídate de no olvidarte de Jehová» (6:11–12).

Por este motivo, lo que domina en la lista son las maldiciones. No es que Dios sea vengativo; las maldiciones son advertencias misericordiosas. «Si persistís en hacer eso, éstas serán las consecuencias inevitables». La larga lista es como un canto fúnebre prolongado y angustioso, pero no es un mero catálogo de fatídicas catástrofes. Como un instrumento de advertencia, cumple un propósito pedagógico claro: «No dejéis que os pase esto». El tema solemne del juicio divino se nos presenta a través de cuatro facetas.

a. Se predice el juicio

La ira de Dios se manifestará en las vidas de aquellos transgresores potenciales no tanto debido a su mala u ofensiva conducta moral o social. Su pecado cardinal es de índole espiritual. No se trata simplemente de que hayan desobedecido la Palabra de Dios; han abandonado al Dios del pacto. Es inevitable que el sufrimiento les alcance, *a causa de la maldad de tus obras por las cuales me habrás dejado* (28:20).

Sin embargo, el mero hecho de que se les haya advertido de esta manera es una prueba de la misericordia generosa de Dios. Él les advierte porque les ama, y no quiere que sufran. La tierra en la que van a entrar está llena de adoradores de Baal. Su dios es caprichoso. Es capaz de actuar impredecible y vengativamente contra ellos. Los cananeos ofrecen sus sacrificios en las capillas de lo alto de las colinas, para obtener el favor de Baal o aplacar su ira. Es posible que actúe para beneficiarles, garantizando fertilidad a padres sin hijos, dando abundantes cosechas al agricultor preocupado, pero sólo si dan a Baal aquellos sacrificios que le agradan. Un sacrificio humano sería especialmente eficaz pero, sea cual fuere el coste, es importante halagar y convencer a Baal.

La imagen del Dios de Israel que ofrecen estos capítulos es totalmente distinta. No es ni caprichoso ni vengativo. Incluso en un pasaje donde en su misericordia hace una lista de advertencias aparece como fiel (*como te lo ha jurado*, 9, 11), generoso (*te hará Jehová sobreabundar en bienes*, 11) y soberano (sólo Él, no Baal, puede *abrir su buen*

tesoro, el cielo, 12). De igual manera que en aquellos tratados antiguos se incluían advertencias serias, también, con unas imágenes muy vívidas, a estos rebeldes potenciales hebreos se les advierte que dar la espalda deliberadamente a Dios tendrá unas consecuencias nefastas. No pueden hundir adrede el acuerdo que hicieron en el Sinaí y que renovaron en las llanuras de Moab, y luego imaginar que se van a salir con la suya. Los rebeldes padecerán plagas (20–22), sequías (23), invasiones (25–35), el exilio (36–52), hambrunas (53–57), enfermedad (58–61) y desolación (62–68).

Por consiguiente, si el pueblo opta por desobedecer la Palabra de Dios, estos juicios no le cogerán por sorpresa. Ya ha sido advertido. En los días en que en vez del sol que madura sopla el ardiente siroco (24), el viento ígneo del desierto que casi prendía fuego a las cosechas, sabrían que Dios les estaba hablando. Su dolor sería como los toques agudos y claros de una trompeta de alarma. El mensaje que habrían ignorado en su prosperidad se volvería elocuente en su sufrimiento. No se puede hacer callar a un rey. Si no le escuchamos en la abundancia, tendrá que hacer de la necesidad su mensajero.

b. El juicio es para todos

Dios tratará igual a todos los rebeldes. Su favor inmerecido se puede disfrutar, pero no ganar. Los israelitas imaginaron vanamente que, como Baal, podrían convencer a Dios de que cambiase de opinión ofreciéndole sacrificios nuevos y apropiados. La naturaleza humana ha cambiado poco con el paso de los siglos. Las personas siguen siendo igual. Los hombres y mujeres quieren tener una deidad a la que puedan manipular y controlar, un dios de bolsillo al que puedan aceptar bajo sus condiciones, no las de él. Quieren un dios que castigue al malhechor pero que trate su propio caso como una excepción a la regla. ¡Seguro que Dios les garantizará su bendición si se muestran comprometidos, yendo de vez en cuando a la iglesia, viviendo sin excesos, haciendo «buenas obras» sociales, mostrando un servicio falto de sacrificio! Pero el rasgo más notable de estos versículos es que no son excepciones. El juicio alcanza a todo el mundo. Todos los que incumplan el pacto serán juzgados, hasta el último de ellos, sean cuales fueren sus éxitos religiosos, su conformidad moral o su estatus social. Como un cazador decidido, el juicio de Dios acechará al ofensor y le encontrará, aun cuando peque en secreto. Todos los pecados contenidos en la austera liturgia de las maldiciones son transgresiones secretas (27:14–26), pero Dios las ve todas.

c. El juicio lo abarca todo

No se trata solamente de que Dios dará con todos los ofensores, sino que el juicio también afectará a todas las facetas de la vida, privadas y públicas. Llegará a todo aspecto de la existencia humana: la angustia física (28:20–22, 27–28, 35, 58–61), la catástrofe agrícola (23–24, 38–40, 42), la derrota militar (25–26, 33–34, 48–57), el colapso económico (29, 31), el fracaso matrimonial (30), los problemas domésticos (32, 41) y la ignominia social (43–44).

Hemos de ver estos juicios sobre el trasfondo del baalismo, la alternativa que eligió Israel en las décadas posteriores. Estas maldiciones inducen a caer en una atractiva polémica. Baal era el dios de la abundancia, la deidad que garantizaba las abundantes cosechas. Esto supuso que, en tiempos de Elías, los israelitas desobedientes volvieron a la verdad sólo mediante una sequía (23). Baal era el dios de la vida, el dios de la fertilidad que les daba a sus hijos. Sólo unas circunstancias trágicas dentro de la vida familiar (18) convencerían a los rebeldes del engaño de la idolatría. Baal era el dios de la victoria, el guerrero poderoso que concedía a sus seguidores la victoria en la batalla. Por tanto, sólo padeciendo repetidas derrotas (25) llegaría Israel a entender que se había apartado del Señor de poder incomparable.

Todos los tristes juicios descritos en estos versículos se cumplieron en la frágil historia de Israel. Está claro que las advertencias eran necesarias. En los siglos posteriores a su asentamiento en la tierra, aquellas sobrias amenazas se convirtieron en una terrible realidad. Un pasaje de este tipo dice, usando una expresión hebrea muy persuasiva, que los hombres y las mujeres no pueden esperar vivir sin Dios y experimentar la vida «en toda su plenitud». Hemos sido creados para Dios, y quienes optan por ignorarle se niegan a sí mismos unos recursos espirituales esenciales.

Si bien esta lista de horrores habla del futuro, recuerda gráficamente los grandes momentos de su historia, como si dijera: «Recordad lo que fuisteis». Sin duda vemos un toque de brillante capacidad persuasiva en el hecho de que, incluso en un pasaje descriptivo como éste, se empleen frases, imágenes e ideas que recuerdan tanto las promesas del pasado como su cumplimiento. Ellos eran los hijos de la promesa. *Como las estrellas del cielo en multitud* (62) recuerda la promesa hecha a Abraham. El propósito de Dios era formar una nueva nación, una comunidad única cuya creación lo debiera todo a un Dios de poder infinito. Daría a luz a un pueblo poderoso a partir de uno «ya casi muerto». Además, un Dios de tan incomparable poder podría volver a multiplicarles.

Junto con la aislada referencia a Abraham vemos otras tres que recuerdan las experiencias de Moisés, aunque se trate de la cara oscura de la historia del éxodo. Se mencionan concretamente las enfermedades (27), las plagas (59–60) y la esclavitud (68) de Egipto, pero en otras partes de la narración hallamos ecos deliberados de aquellas experiencias, inefablemente dolorosas, que precedieron a la redención del pueblo. Las amenazas de posibles matanzas se parecen a los juicios sobre Egipto: las úlceras (27, 34–35), las langostas (38), la muerte del ganado (51), la aflicción sobre el fruto del vientre (18, 41). Parece que el escritor recuerda adrede las plagas, excepto que en este caso caen sobre Israel, no sobre sus enemigos. Dios no respeta las fronteras nacionales.

Cuando salieron de Egipto bajo el liderazgo de Moisés se dijo al pueblo que nunca volvería allí. No obstante, quienes opten por rechazar al Dios de la promesa y la redención, volverán a experimentar el sufrimiento de la esclavitud. Esto no sugería que todo el pueblo hebreo volvería a Egipto, aunque hubo un número considerable de ellos que lo hizo. Ésta es una manera muy vívida y propia del Antiguo Testamento de decir: «el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero».⁸ Sin embargo, misericordiosamente, ése no es el final de la historia.

d. El juicio se puede evitar

Este lamentable catálogo de desgracias va destinado a ser una seria advertencia siguiendo el estilo de aquellas que concluían todos los tratados del Oriente Próximo antiguo. En ellas no había ningún aspecto ineludible. Si el pueblo de Israel guardaba el pacto, elegiría la vida, no la muerte, las bendiciones y no las maldiciones.

En este pasaje extendido hallamos una serie de estribillos que indican por qué sucederán estos juicios. Se deberá enteramente a determinadas cosas que el pueblo del pacto optó, persistentemente, por no hacer:

No escucharon la Palabra de Dios (45, 62): desobediencia.

No apreciaron las misericordias de Dios (46–47): ingratitud.

No honraron el nombre de Dios (58): irreverencia.

Si evitaban aquellas transgresiones del tratado, aquellos terribles juicios no tenían por qué formar parte de su experiencia futura.

A lo largo de este largo lamento, hallamos palabras y frases que se leen como una anticipación de la gran angustia que sufrirá toda la humanidad. En este pasaje, su dolor y aislamiento se expresan en tonos profundamente sombríos, como el tañido triste de una campana: *y palparás a mediodía como palpa el ciego en la oscuridad... oprimido y robado todos los días, y no habrá quien te salve... no habrá fuerza en tu mano... con hambre y con sed y con desnudez... pondrá yugo de hierro sobre tu cuello... ni la planta de tu pie tendrá reposo... y no tendrás seguridad de tu vida* (28:29, 32, 48, 65–66).

Son las mismas imágenes tristes y realistas que usaron siglos más tarde Jesús y los primeros predicadores cristianos. La angustia del pecado universal se expone en el Nuevo Testamento tanto como en el Antiguo. Según la enseñanza bíblica, las personas sin Cristo son como las descritas en estos versículos: ciegas, perdidas, mendigos, débiles, víctimas tristes de las lacras del pecado, prisioneros inermes y refugiados indefensos.

Sin embargo, tomando nuestra humanidad, el Hijo perfecto de Dios ha invadido este oscuro mundo de malhechores indefensos. Ha llevado sobre sí, libremente, todos esos juicios y, por medio de su muerte única en sacrificio, esas vidas condenadas pueden cambiar para siempre. Por la gracia de Dios, incluso lo peor de lo peor puede cambiar. Moisés aborda precisamente esa idea en la enseñanza que viene a continuación (30:1–10).

Deuteronomio 29:2–30:20

24. ELEGID LA VIDA

La vida y la misión de Moisés se van acercando gradualmente a su fin. Le quedan cuatro cosas por hacer. Dará un último sermón, nombrará a su sucesor, enseñará al pueblo un cántico único y transmitirá una despedida pastoral. Una breve narrativa histórica, que describe la partida de Moisés, servirá de conclusión al libro.

La generación incrédula que oyó el pacto en Horeb había muerto en el desierto, pero sus hijos y nietos estaban ahora a punto de cruzar el Jordán. El acuerdo debe renovarse para ellos, y en estas palabras de despedida Moisés recuerda al pueblo los términos del pacto que Dios, el Rey Eterno, establece con sus súbditos, elegidos y muy amados. Su enseñanza puede dividirse en cuatro secciones principales: las bendiciones pasadas, los recursos presentes, los peligros futuros y los hechos intemporales.

1. Las bendiciones pasadas (29:2–9)

Cuando los israelitas se enfrentan al futuro se les exhorta, una vez más, a recordar el pasado. Si queremos superar los problemas del mañana, debemos recordar las bendiciones del ayer. Quienes desean seguir adelante deben saber cómo mirar atrás.

Cuando Moisés se dirige al pueblo, les habla como comunidad unida. Cuando dice *Vosotros habéis visto todo lo que Jehová ha hecho delante de vuestros ojos en la tierra de Egipto... las grandes pruebas que vieron vuestros ojos* (2–3), sabe muy bien que la mayoría de quienes estaban delante de él no habían visto tales cosas en persona. La mayor parte de quienes las vieron murió en el desierto. Aquellos israelitas desobedientes habían carecido de la percepción suficiente para «ver» espiritualmente lo que el Señor les había mostrado mediante los acontecimientos salvadores del éxodo. Moisés deja clara esta idea diciendo que, aunque los peregrinos hebreos fueron testigos de aquellas *señales y grandes maravillas*, el Señor no les había dado *corazón para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír*. Con su fuerte y saludable insistencia en la soberanía divina, a la mente hebrea le parecía imposible creer que la ceguera espiritual de sus antepasados estuviera totalmente fuera de la voluntad y el control de Dios.

Había algunas cosas que aquella generación debería haber tenido muy claras. Un Dios de poder incomparable les había liberado: *lo que Jehová ha hecho... a Faraón... y a toda su tierra* (2). El pueblo había tenido la guía constante de un Dios de paciencia infinita: *yo os he traído cuarenta años en el desierto* (5). Sus recursos firmes se los dio un Dios que proveía para ellos en su compasión: *vuestros vestidos no se han envejecido sobre vosotros, ni vuestro calzado se ha envejecido sobre vuestro pie* (5). Los hebreos *no comieron pan*, porque el maná sobrenatural siempre estaba a mano. Como peregrinos, no pudieron plantar viñas (*no bebisteis vino ni sidra*, 6), pero el Señor sació su sed con agua de la peña. En contra de todo pronóstico, el pueblo había obtenido victorias militares estratégicas. Sus ejércitos estaban al mando de un Dios con una soberanía

exclusiva: *Sehón... y Og... salieron delante de nosotros para pelear, y los derrotamos* (7). Algunos de ellos tenían *ojos para ver* (4) que estas victorias tan notables se debían enteramente al hecho de que Dios había planeado de antemano que el pueblo de Israel ocupase aquellos territorios (2:26–3:11).

Antes de que acusemos a esa generación de israelitas de ser increíblemente obtusos, debemos ser lo bastante honestos como para preguntarnos si hay cosas que «hemos visto con nuestros ojos» pero de las que hemos aprendido poco. Viendo, no hemos visto. No vimos la mano de Dios obrando en aquella tremenda decepción, o negativa, o enfermedad. Podría haber sido un momento excelente para aprender, pero no tuvimos *oídos para oír*.

Así, al principio de este mensaje (como en la introducción de Deuteronomio, 1:1–3:29), Moisés recordó a sus contemporáneos las grandes lecciones que debían aprender de su pasado. Quienes pueden discernir *todo lo que Jehová ha hecho* (2) saben que sus obras poderosas no son cuentos irrelevantes de la historia lejana, sino una exhortación elocuente a renovar la confianza. Para quienes tenían *corazón para entender* (4), la conquista de Hesbón y de Basán eran pruebas de que en Canaán también habría victorias parecidas. Los hombres y las mujeres que *guardaran las palabras de este pacto* (9) tendrían un éxito parecido en sus batallas futuras.

2. Los recursos presentes (29:10–15)

Aunque a Moisés le anima el pasado, y eso es algo bueno, no es un escapista. Al pueblo le ayuda que les recuerde su liberación de Egipto, pero ahora se enfrentan a una crisis diferente. En estas circunstancias nuevas, todo un reto, el predicador les asegura que el pacto es una realidad *presente*. Tiene un atractivo inmediato, amplio y permanente.

a. El pacto tiene un atractivo inmediato

«Es para vosotros», dice Moisés, no sólo para sus padres: *Vosotros todos estáis hoy en presencia de Jehová vuestro Dios... para que entres en el pacto de Jehová tu Dios... para confirmarte hoy como su pueblo, y para que él te sea a ti por Dios, de la manera que él te ha dicho* (10, 12–13). En este breve párrafo, las palabras recurrentes *vosotros... hoy* son un recordatorio de que el pacto no está limitado a un pasado remoto. El mensaje no va destinado sólo a hacerles recordar. Tiene una importancia presente, e inspira una confianza renovada en el Dios que satisfará las necesidades inmediatas de aquellos que, pronto, pisarán tierra cananea.

b. El pacto tiene un atractivo amplio

«Es para todos», dice Moisés, no sólo para unos pocos favorecidos, exclusivos. Las bendiciones son para todos; este acuerdo les vincula, sea cual fuere su trasfondo, su estatus o sus posesiones. El Dios del pacto exige una sumisión completa de *todos*

vosotros, cada hombre, mujer y niño de Israel, desde sus líderes (*ancianos y oficiales*, 10), hasta los extranjeros socialmente insignificantes (*tus extranjeros que habitan en medio de tu campamento*, 11), dedicados a las tareas domésticas más humildes (*desde el que corta tu leña hasta el que saca tu agua*, 11).

c. El pacto tiene un atractivo permanente

«Es para siempre», dice Moisés, no sólo para los ocupantes inmediatos de Canaán. Va dirigido al pueblo de Dios en los siglos venideros: *No solamente con vosotros hago este pacto y este juramento, sino... con los que no están aquí hoy con nosotros* (14–15). Las generaciones que aún no nacieron se regocijarían en los recursos prometidos y en la seguridad garantizada de este acuerdo perdurable. Vinculados estrechamente a Él mediante este tratado confiable, están unidos inseparablemente tanto a sus ancestros (13) como a sus descendientes (14–15). El Dios contemporáneo es suficiente para satisfacer las necesidades del pueblo de su pacto, en todas las generaciones.

3. Los peligros futuros (29:16–28)

Sin embargo, una vez se firme este pacto eterno, ¿qué pasa con ese individuo perverso, esa familia o tribu que decide añadir una «cláusula de exclusión voluntaria»? Tales personas manifestarían todas las señales y evidencias externas de que formaban parte del pacto, irían a todas las ceremonias, pero en secreto se convertirían en idólatras. Después de todo, todo individuo o grupo podría escuchar los términos externos del pacto, acordar aparentemente no establecer alianza alguna con otros dioses, pero en secreto optar por seguir a los dioses de las naciones que habían dejado a sus espaldas (como Egipto), o de los países que habían atravesado en su viaje.

Este tema no es irrelevante para quienes viven un mundo diferente. La transgresión secreta no acabó tras la muerte de Moisés. Los hombres y mujeres de toda generación que imaginan que pueden salirse con la suya «pecando encubiertamente» han olvidado tres cosas esenciales. El pecado oculto nos engaña a nosotros mismos, afecta a otros y ofende a Dios.

El autoengaño es una característica del pecado oculto (16–19a). Confiado en una increíble necedad, el transgresor secreto se dice: «Puedo hacerlo sin temor alguno. Nadie lo sabrá nunca». Absurdamente ignorante de los hechos auténticos, el idólatra secreto dice: *Tendré paz, aunque ande en la dureza de mi corazón* (19). Nos convencemos de que «todo nos irá bien», cuando en realidad, será justo al contrario. Éste es uno de los rasgos más terribles del pecado humano, que embota nuestra percepción y afecta a nuestro juicio. Corrompe nuestro pensamiento y distorsiona nuestros valores. El pecado se nos presenta bajo un atractivo disfraz; no captamos su verdadero horror. Liberaliza nuestro punto de vista, profesando librarnos de tradiciones obsoletas y meras convenciones sociales. En lugar de escuchar lo que nos dice Dios en su Palabra, escuchamos los dictados cambiantes y vacilantes de nuestras propias mentes, y los juicios de otros, que son igualmente corruptos.

Vanamente, imaginamos que basta con dejar que nos guíen nuestras conciencias, olvidando, u optando por ignorar, la verdad bíblica de que aun la conciencia humana más sensible no ha podido nunca eludir los estragos del pecado. Por eso necesitamos los estándares fijos e inflexibles de la Palabra inmutable de Dios, de modo que podamos tener una prueba clara y objetiva sobre si una cosa es correcta o no. Por eso también necesitamos la realidad objetiva de la vida ejemplar de Cristo como una norma moral fija y constante mediante la que probemos nuestra conducta cotidiana: «¿Jesús habría dicho eso?». «Este proceder, ¿refleja a Cristo?». «¿Está fundada en la Escritura?».

El pecado encubierto también afecta a otros. Las personas no pueden vivir totalmente para sí. Nuestras vidas influyen en otros de una u otra manera. Los «transgresores secretos» no se dan cuenta de que, al pecar, han acomodado automáticamente sus vidas a unos estándares inferiores. No sólo han pecado contra su mejor yo, sino contra aquellos con quienes se relacionan cuando su pecado sale a la luz. Hubieran sido mucho mejores si no hubiesen cedido a aquella siniestra tentación. Sin duda hubieran sido una influencia más positiva para bien y para Dios si se hubiesen enfrentado a esos «errores ocultos», que se hubieran perdonado y conquistado. El pecado se extiende como una *raíz que produce hiel y ajenjo* (18). El pecado no es algo aislado, contenido en sí mismo, sino una fuerza tremendamente destructiva y contagiosa. De hecho, éste es el aspecto más devastador del pecado. Tiene el pasmoso potencial de reproducirse en las vidas de otras personas.

Por tanto, Moisés advierte al pueblo de que el pecado encubierto «acarreará la ruina eterna» (NEB) de otras personas. Quien se jacte de que *tendrá paz* olvida que incluso si durante un tiempo él o ella la tienen, otros no la tendrán. Los efectos destructivos de esta conducta no serán ni remotamente selectivos. Causará estragos por doquier, en la tierra seca como en la húmeda.

Estos versículos aparecen también en la epístola a los Hebreos, donde el autor cita la versión griega del Antiguo Testamento (la Septuaginta) para respaldar el argumento de que una vida corrupta se extiende como una «raíz amarga y perjudicial» que puede crecer para «envenenarlo todo» (NEB). Esta «raíz amarga» puede extender sus retoños bajo la tierra para «causar problemas» y contaminar a muchos.³

Lo que es más grave, el pecado secreto aflige a Dios (20–21). La «raíz amarga» de la apostasía y la idolatría no sólo es «una raíz que produce hiel y ajenjo», que extiende los perjuicios de su toxicidad a otras personas. Es tremendamente aborrecible para Dios. El Señor ha estipulado claramente los términos inflexibles del pacto. No puede haber otros dioses; ha prohibido las imágenes. Eso es algo que no se puede eludir. El pecador en secreto se imagina que nadie conoce su deslealtad espiritual, pero Dios lo ve todo, lee sus pensamientos perversos, hace brillar el luminoso foco de su santidad en los rincones oscuros de la mente inicua. Dios *lo apartará* (21) de modo que todo el mundo sepa lo absurdo que es imaginar que, dentro de un universo moral, los pecadores no serán juzgados.

La advertencia de estos versículos era ciertamente necesaria. A través de los siglos, los idólatras secretos han echado a perder algunas de las mejores manifestaciones de la obra de Dios. Han adorado en la capilla del éxito, el materialismo, el poder, la

popularidad, la ambición indigna o algún otro beneficio personal. Todo quedó sometido por completo a su lealtad última. Acán adoraba sus posesiones. Gedeón y Sansón idolatraban su ego. David adoraba la sensualidad. En cada caso, el sufrimiento derivado de sus transgresiones secretas no quedó confinado sólo a ellos, sino que afectó a otros.

En la época del Nuevo Testamento, Pablo ilustró este tema describiendo una situación inmoral en Corinto con las palabras «un poco de levadura», que «leuda toda la masa». Exhorta a los corintios a «limpiarse de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois».

En ocasiones, los israelitas no tuvieron *corazón para entender* cómo obraba Dios en su historia, pero algunos de sus vecinos paganos *tenían ojos para ver* la evidencia inconfundible de que Dios no estaba complacido. Cuando se planteó la pregunta *¿Por qué hizo esto Jehová a esta tierra?* (24), aun los impíos reconocieron que fue porque el pueblo hebreo *dejó el pacto de Jehová el Dios de sus padres y fueron y sirvieron a dioses ajenos* (25–26). Aun los incrédulos percibían hasta qué punto ofendieron los israelitas a su Dios.

4. Algunos hechos intemporales (29:29–30:20)

Las personas con discernimiento espiritual en Israel y fuera de ella veían la mano de Dios obrando en el mundo, incluso en sus juicios. A la luz de estos duros hechos, Moisés pasa a recordar al pueblo tres verdades sobre Dios que formaban parte del mensaje eterno del pacto: su sabiduría, su misericordia y su palabra.

a. La sabiduría de Dios (29:29)

En su infinita sabiduría, Dios ha dividido la verdad espiritual en dos categorías, en cosas secretas y reveladas. La expresión hebrea es más chocante: contrasta lo «encubierto» con lo «descubierto».

Hay cosas «cubiertas» que no debemos saber. Dado que los israelitas y los paganos podrían discernir alguno de los caminos de Dios en este mundo (p. e. su juicio), esto no quiere decir que ellos o nosotros podamos comprender del todo nada de lo que vemos. *Las cosas secretas* no son plenamente comprensibles en esta vida. No son sólo quienes no tienen corazón para entender, ojos para ver u oídos para oír los que, de vez en cuando, se quedan totalmente sorprendidos frente al modo en que Dios trata con ellos o con otros. Está claro que el Señor no pretendía que lo supiéramos todo. Por mucha experiencia que tengamos, por competentes que seamos como estudiosos de la Biblia, no podemos esperar que entenderemos todas las actuaciones de Dios y

captaremos el misterio de las
cosas como si fuéramos espías de Dios.

La madurez espiritual no garantiza un conocimiento enciclopédico de la voluntad divina. Hay momentos en los que, en su sabiduría inescrutable, Dios nos mantiene

intencionadamente sumidos en la ignorancia. Las cosas «encubiertas» que anhelamos saber desesperados *pertenecen a Jehová nuestro Dios*, no a nosotros. Antes de que el Señor Jesús partiera de este mundo, sus discípulos le preguntaron acerca del sometimiento político de Israel. ¿Se acercaba ya el momento en que su país se viera libre del opresor romano? ¿Cuánto tenían que esperar para ser libres? Jesús les dijo que la respuesta a estas angustiosas preguntas pertenecía a la categoría de las cosas «encubiertas» de Dios: «No os toca a vosotros saber...». Cuando no podemos entender del todo, es mejor que confiemos y creamos que Dios no quiere que sepamos eso todavía. Creo que es posible que un día lo sepamos. Hasta entonces, como dice Pablo, hay momentos en que «vemos oscuramente, como por espejo». Cuando estemos «cara a cara»⁷ frente a Él, seguro que nos daremos cuenta de que nuestra ignorancia temporal formaba parte de un plan superlativamente sabio.

Sin embargo, esas grandes cuestiones de la vida que no entendemos quedan más que superadas por los hechos «descubiertos» de Dios. Moisés dice tres cosas sobre esta vasta mina de *cosas reveladas* en las Escrituras. Están ahí para que las valoremos, compartamos y obedezcamos.

Para que las valoremos

Estas grandes verdades bíblicas *nos pertenecen*. Teniendo en cuenta que hay millones de personas que no tienen «un corazón que entienda» (29:4), no hay duda de que es un inmenso privilegio ver cómo el Espíritu Santo abre nuestros ojos espirituales de manera que podamos apreciar la Palabra de Dios. Se nos ha permitido asimilar esas realidades, y no debemos darlas por hecho.

Para que las compartamos

Aparte de pertenecernos, esas verdades *son para nosotros y para nuestros hijos para siempre*. Ya hemos visto que Deuteronomio tiene mucho que decir sobre la responsabilidad de los padres de transmitir la verdad de Dios a sus familias. Cada generación nueva tiene derecho a escuchar hablar sobre la Palabra de Dios y sobre su Hijo. Vivimos en una sociedad cada vez más pluralista, y es posible que algunos niños en nuestras escuelas conozcan mejor el islam que el cristianismo, sobre todo cuando unos líderes religiosos aparentemente avergonzados tienden a rechazar públicamente sus principios básicos. Los cristianos evangélicos tenemos la responsabilidad de asumir el papel de los padres israelitas, de modo que podamos compartir con los niños del vecindario, que no asisten a la iglesia, algunas de esas *cosas descubiertas* que cambian vidas.

Para que las obedezcamos

La Palabra ha sido *revelada... para que cumplamos* (literalmente «hagamos») *todas las palabras de esta ley*. Estas preciosas revelaciones no deben guardarse simplemente

en la mente inquisitiva, de modo que nos limitemos a amasar una dosis cada vez mayor de enseñanza bíblica, por bueno que esto sea. Hemos de obedecer la verdad, y éste es posiblemente el aspecto más exigente de la «verdad descubierta». Además, Moisés deja claro que no podemos mostrar una obediencia parcial. El Señor quiere que hagamos *todo* lo que se enseña en este libro, único y dotado de una importancia permanente.

b. La misericordia de Dios (30:1–10)

El Señor sabía que su pueblo incumpliría el pacto e incurriría en su ira, que Él había prometido (29:28), pero gracias a su amor generoso preparó las cosas para que pudieran ser restaurados. El Señor sabe que su pueblo idólatra y apóstata será llevado al exilio, pero hay otra cosa igual de segura: será perdonado. Una de las cosas «reveladas» es que Dios nos ama y, por mucho que hayamos pecado, podemos ser perdonados, limpiados y restaurados: «te llevará a casa» (4, NEB). Moisés dice al pueblo que el perdón de Dios es condicional, garantizado y generoso.

El perdón de Dios es condicional (30:1–2)

Debe existir una penitencia: «si os volvéis a él» (NEB). La palabra hebrea *volver* indica un acto de genuino arrepentimiento, un giro radical. Es la misma palabra que luego apareció en labios de los profetas del Antiguo Testamento, cuando rogaban a sus contemporáneos que dejaran de pecar. Aquellos que han ofendido a Dios deben mostrar un arrepentimiento genuino, o no podrán apropiarse del perdón que Él desea concederles. Además, la tristeza por el pecado no debe quedarse en una simple emoción. La conducta del pueblo debe ser distinta porque, además de arrepentirse del pasado, Dios espera su obediencia presente: *y obedecer a su voz conforme a todo lo que yo te mando hoy*.

El perdón de Dios está garantizado (30:3)

Si se apartan de su pecado, entonces *Jehová hará volver a tus cautivos, y tendrá misericordia de ti*. Ningún penitente israelita individual ni la nación entera debe dudar ni por un instante que serán perdonados y restaurados. A pesar de que la enormidad de su transgresión ha provocado su destierro a los rincones más apartados del mundo (literalmente, «hasta el fin de los cielos», 4), Él les volverá a llevar a casa si se arrepienten y obedecen.

El perdón de Dios es generoso (30:4–10)

No se trata simplemente de que hará «borrón y cuenta nueva» y nos permitirá «empezar de cero». Nuestras vidas restauradas estarán llenas de innumerables bendiciones. Él no sólo nos da la bienvenida a casa, como el padre de la famosa

parábola; Él viaja hasta lugares lejanos: *en las partes más lejanas que hay debajo del cielo, de allí te recogerá.*

A pesar de sus pecados, a los desobedientes se les garantiza esta palabra sanadora: *y te hará bien, y te multiplicará más que a tus padres* (5). Ellos prosperarán, *porque Jehová volverá a gozarse sobre ti para bien* (9). Baal era un dios de la agricultura y la fertilidad, de modo que sus adoradores cananeos sostenían que era él quien podía darles niños sanos y cosechas abundantes. Sin embargo, Moisés deja claro que Jehová Dios es el único con poder para prosperar al pueblo de Israel de esa forma, es decir, *en el fruto de tu vientre, en el fruto de tu bestia, y en el fruto de tu tierra* (9).

c. La Palabra de Dios (30:11–20)

Moisés está a punto de llamar a sus compatriotas israelitas a un compromiso total con su Dios del pacto. El desafío que les ha lanzado mediante el mensaje de Dios es comprensible y alcanzable. No les está poniendo delante unos ideales impracticables. Estas verdades imperecederas no son objetivos totalmente imposibles, sino los dones superlativos de Dios, revelados para nosotros y para nuestros hijos (29:29). El pasaje describe entonces ese mensaje auténtico.

La Palabra de Dios se dirige a la mente (30:11–14)

No se trata de un mensaje que escape por completo a nuestro intelecto. Esto no quiere decir que todos y cada uno de los pasajes de la Biblia sea siempre fácil de entender. No obstante, el Espíritu Santo es nuestro maestro y, con su ayuda esencial, todo cristiano puede estar preparado para todos los aspectos de la vida, el testimonio y el servicio cristianos. La verdad de Dios en la Escritura es inteligible: *Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos.* El término también es relevante. No pertenece a un mundo totalmente distinto: no está *fuera de tu alcance o lejos*. También se nos garantiza que es accesible: *no está en el cielo... ni al otro lado del mar*. Aunque frecuentemente Deuteronomio anticipa y fomenta la plasmación de la ley en forma escrita, también subraya la interiorización necesaria de la Palabra de Dios. Debe almacenarse en la mente del creyente: *porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas* (14). Hemos de asegurarnos de que esta Palabra ocupe un lugar seguro en nuestra memoria, y de que nuestras vidas la obedezcan.

Cuando el apóstol Pablo cita estos versículos, deja claro que Dios se nos ha revelado plenamente en la Persona de su Hijo. El Señor Jesús es el Verbo único de Dios, accesible de inmediato para todos nosotros.¹³

La Palabra de Dios desafía la voluntad (30:15–18)

En las últimas frases de este sermón, Moisés vuelve a recordar a su congregación la necesidad de comprometerse. Igual que antes (27:11–13; 28:1–2, 15), el pueblo se

enfrenta a las diáfanas alternativas: *la vida y el bien, la muerte y el mal... que guardes sus mandamientos... para que vivas... mas si tu corazón se apartare... yo os protesto hoy que de cierto pereceréis*. No obstante, mediante esta enseñanza Moisés no fomenta el legalismo frío y despegado; el amor es la clave para vivir. El Señor no busca meramente una obediencia voluntariosa. Ama al pueblo. A estas alturas ellos deben estar convencidos de esta verdad (4:37; 7:7–8, 13; 10:18; 23:5), y no espera nada menos a cambio: *yo te mando hoy que ames a Jehová tu Dios* (16).

La Palabra de Dios llega al corazón (30:19–20)

Escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él (20). El lenguaje del amor suele encontrarse en estos acuerdos propios del Oriente Próximo antiguo que antes mencionamos. Pero no nos centremos en el amor, porque hay que tomar una decisión. Jesús no le pidió nada menos a Pedro. Antes de que Jesús pudiera decir al apóstol nada sobre la naturaleza de su servicio, el Señor tuvo que estar seguro de la realidad de su amor.

A menudo los tratados concluían con un llamamiento a los «testigos» (4:26; 31:28) que confirmasen los estatutos del pacto. Esto es lo que pasa también aquí: *a los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición*. Normalmente, en el caso de tales acuerdos, los testigos eran los dioses propios de las partes firmantes, pero con este pacto eso no es así. Sólo existe un Dios, de modo que invoca el orden que Él ha creado como testigo de la realidad de su oferta y de la confiabilidad de su promesa.

Sin embargo, lo que domina en el pasaje es una nota de tierno llamamiento. El Señor desea que su pueblo *elija la vida*. Su decisión última no le resulta indiferente. Con un lenguaje de llamamiento compasivo, el Señor pone ante ellos las incalculables ventajas que serán suyas si se comprometen con Él. Quienes deciden esto, demuestran que él es el Dios viviente que imparte y sustenta la vida de quienes le aman: *escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia... porque él es vida para ti, y prolongación de tus días*. También es un Dios confiable, que cumple su Palabra, porque aun en esos mismos instantes está a punto de llevarlos *a la tierra que juró a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob*.

E. La distribución del pacto (31:1–34:12)

Deuteronomio 31:1–29

25. LOS LÍDERES DE ISRAEL Y SU MENSAJE

En cualquier sociedad, la gente debe aprender a lidiar con los cambios. En un momento de transición crucial en la historia hebrea, a esta congregación se le asegura que puede asimilar un estilo de vida radicalmente distinto si valora correctamente a sus líderes (con sus recursos) y su mensaje perdurable.

1. Los líderes de Israel

En estos versículos se nos presentan a tres líderes israelitas: los viejos, los nuevos y los mejores.

a. El viejo líder

Moisés está cansado, y no hace nada por ocultar este hecho del pueblo que aguarda. El anciano ha sido un guerrero valiente, y su obra terrenal está casi concluida. Se enfrenta con realismo al problema de la ancianidad. Sabe qué puede hacer y las cosas que se le escapan. *Este día soy de edad de ciento veinte años; no puedo más salir ni entrar* (2). Algunas personas mayores creen que la vida es tremendamente frustrante, y esto se debe en gran medida a una triste incapacidad de adaptarse a las nuevas circunstancias. Anhelando el pasado, no siempre admiten que los diversos estadios de la vida no nos ofrecen menos oportunidades que antes: sólo son diferentes.

La referencia de Moisés a sus *ciento veinte años* nos invita a reflexionar sobre su misión única. La historia de su vida se puede dividir en tres periodos. En cada uno de ellos se vio inmerso en un entorno completamente distinto, pero no perdió el tiempo suspirando por los días que se fueron. En cada estadio el Señor le capacitó para beneficiarse del pasado, y luego responder creativamente a los nuevos retos de la vida.

Los primeros cuarenta años de Moisés se caracterizaron por el lujo. Tras su adopción por parte de una princesa egipcia, sus primeros años los vivió en medio de la extravagante opulencia, los recursos ilimitados y las ventajas sociales propias de la corte real. En aquellos años tuvo al alcance de su mano cualquier cosa que pudiera necesitar. Su vida de lujo contrastaba totalmente con la de los afligidos esclavos hebreos entre quienes nació. Sin embargo, aunque estaba físicamente separado de su propio pueblo, el Señor le estaba preparando en silencio para la misión de su vida entre ellos. Dios sabía exactamente cuál sería el papel futuro de Moisés y, durante aquel periodo de su joven vida, cuando todavía se le podía modelar, le dio unos puntos de vista y una experiencia que tendrían un valor incalculable en su ministerio futuro. A lo largo de aquellos años recibió la mejor educación disponible para un joven de este mundo. Su formación temprana incluía el desarrollo de su pensamiento, la escritura y la comunicación. Un agudo conocimiento del Oriente Próximo antiguo, con sus religiones, su economía, su geografía y política, sería útil para prepararle para una misión que, en

aquellos días, hubiera estado más allá de sus sueños más fantasiosos y de sus deseos. No obstante, dentro de la economía de Dios nada se desperdicia. Todo creyente debería aprovechar al máximo las oportunidades presentes de la vida, y no pasar los días tremendamente útiles suspirando por algo que es mayor y mejor. En este estadio de la vida podemos aprender cosas que forman parte de nuestra preparación esencial para el siguiente capítulo de nuestra historia.

Sin embargo, para Moisés los cuarenta años siguientes supusieron un contraste marcado y aplastante. Cuando cumplió los cuarenta años tuvo aquel encuentro inesperado con el capataz egipcio que, de repente y radicalmente, cambió toda su vida. De un día para otro, el rico cortesano se convirtió en un fugitivo asustado. Sin previo aviso, Moisés pasó del lujo a la frugalidad; el príncipe distinguido se convirtió en un pastor rural. Seguro que durante aquellos largos años en Madián hubo momentos en los que su mente se torturaba al recordar aquel asesinato que cometió. Con un carácter como el suyo, sensible, amable y altruista, debió recordar mil veces aquel acontecimiento inesperado. Sin embargo, recordar el pasado para lamentarnos no suele servir de nada. Cuando las cosas parecen irnos mal en la vida, tenemos varias cosas que aprender.

Podemos aprender que Dios es soberano. Aunque Moisés perdió los nervios y mató a un hombre, el Señor no iba a permitir que aquel acto descontrolado le atormentase siempre. Dios controla toda la vida, y aun nuestros errores más graves pueden corregirse para la gloria de Dios, la bendición de otros y nuestro propio bien. Moisés no debería haber matado al capataz, pero en el desierto de Madián había cosas que aprender que nunca hubiera conocido en los palacios egipcios. Si el pueblo de Israel debía ir a Canaán, Dios necesitaba más a un pastor robusto y con recursos que a un príncipe sofisticado.

La otra lección que hay que aprender en la adversidad es que Dios es misericordioso. No nos culpabiliza para siempre de nuestros pecados y errores, aunque puede haber momentos en los que, por nuestro propio bien, tengamos que atravesar el oscuro valle del remordimiento. En aquellos días puede que nos parezca que el Señor está lejos. Sin embargo, cuando nos aplasta la culpabilidad podemos aprender cosas que pueden estar ocultas a los ojos de personas menos agobiadas. Movidos por la tristeza, podemos aprender más sobre la enormidad del pecado, el valor de la vida, la generosidad de la providencia, el respaldo del amor, la realidad del perdón (humano y divino), el optimismo de la gracia; son verdades espirituales que pueden ser meras teorías para quienes no hayan fracasado.

Aquel repentino pecado en Egipto y los largos años en Madián enseñaron a Moisés lecciones que nunca podría olvidar, sobre todo que Dios es amor y puede tomar aun las experiencias más amargas de la vida y, gradualmente, transformarlas en algo bueno y útil, incluso hermoso, para sí mismo.

En este segundo periodo de la vida de Moisés hay algo más que aprender. Tiene que ver con la experiencia de sus primeros días en Madián. Cuando la vida parece habernos asestado un golpe cruel, a pesar de que (como en el caso de Moisés) parte de la culpa sea nuestra, hemos de procurar que aquella amarga experiencia no nos convierta en

amargados. Aunque Moisés estaba asustado, afligido y tenía carga de conciencia, sabía que no debía permitir que una experiencia perjudicial le causara un daño permanente. Poco después de aquel trágico error, Dios le dio la oportunidad de demostrar que era un hombre distinto. Un día, junto a un pozo en el desierto, Moisés se mostró amable con un grupo de mujeres a las que estaban molestando algunos pastores madianitas. En Egipto, había reaccionado agresivamente a la opresión. Ahora tenía la oportunidad de ayudar a los oprimidos sin necesidad de recurrir a la violencia. Lo que primó fue el amor, no la fuerza. Se libró de los pastores hostiles pero también obtuvo agua del pozo que le dieron aquellas mujeres, quienes luego se ocuparon del trabajo extra de dar de beber a sus propios rebaños. Personalmente, él no tenía nada que ganar de esos actos de bondad, pero, en su providencia, el Señor las usaría para bendecir y beneficiar a Moisés. Acabarían proporcionándole un hogar, además de una esposa y una familia. Podría haber sido distinto si hubiera permitido que la experiencia egipcia le agriase y amargase. En lugar de ello, había aprendido de sus errores pasados, y se le permitió vivir como un hombre distinto.

El tercer periodo de su vida se caracterizó por la adversidad. Los cuarenta años de desierto en Madián le prepararon para otros cuarenta, infinitamente más difíciles, en el desierto ardiente, no junto a una familia madianita satisfecha, sino a una multitud enorme y frecuentemente descontenta. En ocasiones, aquellos meses agotadores pesaban sobre él entristeciéndole. Seguramente volvió la vista atrás, anhelando la tranquilidad y seguridad de los años en Madián. Sin embargo, aquel tiempo le había preparado para esa misión, y debía enfrentarse a la nueva oportunidad creativamente y con nuevos recursos. Si los años pasados habían servido para enseñarle algo, era que Dios es bueno, y que puede satisfacer las necesidades de su pueblo, por tenebrosos que se presenten los días. La garantía de la fidelidad de Jehová sostuvo a Moisés durante algunos años difíciles y, cuando llegó el fin, puede que no se entristeciera demasiado al quedarse a este lado del Jordán. Durante su larga vida, a menudo oyó decir al Señor: «Harás...», y luego había heredado inconmensurables bendiciones. Ahora podía confiar en ese mismo Dios cuando le dijo *No pasarás...* (2). Las aparentes decepciones de la vida a menudo resultan ser sus mayores bendiciones.

En cada periodo distinto de su agitada vida, Moisés había demostrado la fidelidad de Dios. Estaba a punto de ceder a un hombre más joven sus exigentes responsabilidades. Aunque pronto saldría de escena, en aquellos *ciento veinte años* había dejado un ejemplo radiante. Una parte de aquel notable compromiso y esa persistente integridad que el pueblo vio en Moisés permanecería para siempre con ellos. Seguirían adelante, pero su influencia enriquecedora nunca les abandonaría.

b. El nuevo líder

El pueblo de Israel iba a entrar en la tierra de Canaán teniendo a la cabeza a un nuevo líder. Antes de que Josué adoptase esta nueva responsabilidad pasaron dos cosas: que Moisés le animó (7–8) y que el Señor le dio una misión (14–15, 23).

En la presencia del pueblo al que estaba a punto de guiar, Moisés recordó al joven

que el Señor le había escogido para aquel trabajo: *Josué será el que pasará delante de ti, como Jehová ha dicho* (3). Si alguien desea servir al Señor, no hay nada más importante que tener un llamado claro e irresistible. Tanto si somos voluntarios como Isaías o reclutas renuentes como Jeremías⁷, debemos saber más allá de toda duda que el Señor quiere que hagamos esta obra concreta para Él. Sin esto, fácilmente se nos podrá apartar de la misión, y renunciaremos cuando las cosas nos desanimen o se pongan difíciles.

Sin embargo, habiendo enfatizado la importancia del «llamamiento», hemos de tener en cuenta que el Señor dispone de más de una manera de revelarnos su voluntad. Esa consciencia esencial de la voluntad divina para nuestras vidas no le llega a todo el mundo exactamente de la misma manera. Para Moisés, tuvo lugar en un momento dramático en el tiempo, y en unas circunstancias inolvidables. El caso de Josué fue diferente; la experiencia fue más gradual. Al principio trabajó sin llamar la atención, como un simple «servidor» de Moisés⁹, pero con el paso de los años fue aceptando nuevas tareas y se le confiaron más misiones. Además, no todos respondemos al llamado de Dios de la misma manera. Al responder a la voz de Dios, Josué no parece que mostrase la reluctancia de Moisés. La historia de estos dos hombres nos recuerda que los tratos entre el Señor y nosotros no son predecibles ni monocromo, ni tampoco aburridos. Él nos va tratando de distintas maneras, pero debemos estar dispuestos a hacer su voluntad.

Para Josué no sería bastante escuchar estas verdades inspiradoras de labios de Moisés (7–8). Josué necesitaba un nuevo encuentro con Dios, y fue Él quien le dio esa misión. El propio Señor se dirigió a él (23), recordándole tres cosas que todo el mundo necesita en la obra de Dios: la garantía de recursos futuros (*tú introducirás a los hijos de Israel en la tierra*), la fidelidad pasada (*que les juré*) y su compañerismo presente (*y yo estaré contigo*).

c. El mejor líder

Moisés volvía a casa. Josué seguiría el viaje, pero ambos hombres se regocijaron frente a la verdad de que el líder inmutable de Israel era el propio Dios. Ellos no eran más que sus agentes privilegiados, destinados a hacer su obra durante un periodo de tiempo limitado. Las palabras a Moisés subrayan con fuerza el supremo liderazgo de Dios (31:2–3): *No pasarás este Jordán. Jehová tu Dios, él pasa delante de ti*. Este pasaje transmite tres grandes verdades sobre el liderazgo; Él es la avanzadilla (3), el vencedor (4–5) y el compañero (6) de su pueblo. Justo cuando estaba a punto de dejarla, Moisés dice a la congregación que el Señor irá delante de ellos, luchará por ellos y estará con ellos.

Él es su avanzadilla (31:3, 8)

El pueblo ignora el camino que tienen por delante, donde les aguardan paisajes desconocidos y habitantes extranjeros. Dios se mueve por el territorio ignoto de Canaán

como un soldado que reconoce con precisión el terreno, planificando cuidadosamente el camino, asegurándose de que encuentren los mejores lugares para montar el campamento y de que eviten las zonas especialmente peligrosas. El Señor lucha algunas batallas por ellos, y destruye a sus enemigos aun antes de que los israelitas aparezcan en escena: *Destruirá a estas naciones delante de ti, y las heredarás* (3). Cuando los hebreos partieron de Egipto, Él fue su retaguardia, protegiéndolos hábilmente de los perseguidores egipcios, implacables. Ahora que están a punto de encontrarse con un enemigo distinto, Él va delante de ellos, guiando sus pasos y preparando el camino. Sabe los mejores lugares donde pueden hacer noche y, una vez estén allí, les rodeará con su presencia protectora.

Él es el vencedor

Cuando se encuentren con los enemigos cananeos descubrirán que el Señor lucha por ellos. Las conquistas del ayer garantizan el éxito del mañana: *Y hará Jehová con ellos como hizo con Sehón y Og*. No deben temer los días del mañana. El Dios que luchó victoriosamente por ellos en el pasado no les fallará en el futuro. Aquella promesa de ayuda fiel se repite en este pasaje, cuando Moisés habla al pueblo públicamente (6) y en privado (8) con su nuevo líder: *no te dejará, ni te desampará*.

Él es su compañero

El Señor garantiza su presencia, no sólo su poder: *porque Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará, ni te desampará* (6, 8). Esto no es sólo un testimonio tranquilizador de labios de Moisés. De la boca de Dios sale una promesa que se cumplirá: *y yo estaré contigo* (23).

2. El mensaje de israel

Una de las características de aquellos antiguos tratados políticos era que las estipulaciones del pacto debían ponerse cuidadosamente por escrito, y buscar oportunidades regularmente para leerlos en presencia del pueblo. Moisés había predicado sobre el pacto de Dios a la congregación israelita, pero ahora la verdad debía conservarse durante aquellas generaciones que nunca oirían la voz de aquel predicador. Estos párrafos nos recuerdan la Palabra escrita, visual y oral de Dios.

a. La Palabra escrita

Y escribió Moisés esta ley, y la dio a los sacerdotes hijos de Leví, que llevaban el arca del pacto de Jehová (9). Esta ley no sólo describía la revelación de Dios en el pasado; prescribía su estilo de vida para el futuro. Depositada en el arca, la Palabra de Dios la llevaban los levitas ante ellos por el territorio inexplorado. Portada de esta forma por los sacerdotes, a la cabeza de la comitiva, simbolizaba la santidad, autoridad, prioridad

e importancia de la Palabra de Dios para su pueblo. Para nosotros, igual que para ellos, ilustra la verdad de que el sometimiento alegre a la voluntad de Dios revelada en la Escritura debe ser lo primero en nuestras vidas. Es de máxima importancia que dediquemos un tiempo cada día a leerla cuidadosamente. Cuando respondemos con obediencia a su mensaje, determinará nuestros valores morales, sociales y espirituales, y conformará nuestro estilo de vida distintivo como creyentes entregados.

b. La palabra visual

Pero el pacto no se debe guardar en una caja muy ornamentada, y ser la reserva exclusiva de una compañía selecta de sacerdotes. El acuerdo se entregó también *a todos los ancianos de Israel* (9), a quienes se ordenó que dispusieran su lectura *cada siete años, en el año de la remisión, en la fiesta de los tabernáculos* (10). Esta celebración especial era una ocasión muy propicia para la lectura del pacto. El plan de Dios consistía en que la Palabra se recordase públicamente en un momento en el que mostrar compasión generosa (15:1–2), una fiesta de gozosa acción de gracias (16:13–15). Debían leer la ley cuando el pueblo hebreo recordase con gratitud su deuda con Dios (*la fiesta de los tabernáculos* recordaba su peregrinaje por el desierto) y su obligación para con otros (*el año de la remisión*).

Estos dos rasgos reciben una importancia especial en el pacto, y era pertinente que en semejante festival esta *ley* (que significa «enseñanza», 9, 11–13) no sólo la escuchara todo el pueblo, sino que la viera puesta por obra. Una vez se asentaron en la tierra, aquellas tiendas especiales, levantadas en sus patios o sus terrados, eran recordatorios visibles de la providencia amante de Dios; y sus leyes de la «remisión» o cancelación de deudas, si se obedecían (15:4–5), eran otra ayuda visual, ilustrando vívidamente en la vida cotidiana el amor práctico de su Dios de amor.

c. La palabra oral

Y Jehová dijo a Moisés: He aquí este pueblo se levantará y fornicará tras los dioses ajenos de la tierra... y me dejará, e invalidará mi pacto que he concertado con él (16). El Señor sabe muy bien que no todo serán fiestas. Es el realista supremo. Tristemente, la vida futura del pueblo se caracterizará no sólo por la celebración, sino también por la transgresión. Por tanto, a Moisés se le encomienda que lo ponga todo por escrito en un cántico que podrá enseñar al pueblo y transmitirse aplicadamente de generación en generación. Hasta aquel momento, los cánticos habían jugado un papel relativamente pequeño en su vida espiritual, pero a partir de entonces destacarían más, gracias a los salmos y una vez estableciesen un lugar de adoración central en la tierra.

En su mayor parte, este cántico no era un salmo de alabanza. Era un salmo de revelación triste, que recordaba a las generaciones venideras la terrible degradación y las penosas consecuencias del pecado y de la desobediencia humana. El cántico era un vehículo para la enseñanza. Los hijos lo aprenderían de sus padres, quienes les advertirían de antemano de los devastadores peligros de la apostasía y la idolatría. El

mensaje sombrío pero esperanzador de aquel cántico aparece en el siguiente capítulo del libro.

Deuteronomio 32:1–47

26. APRENDER CANTANDO

Llegamos ahora a las verdades expresadas en el famoso cántico de Moisés. Es un himno de amargo dolor, que expresa la intensa decepción de Dios con su pueblo muy amado. A lo largo de los siglos venideros debía servir como una ayuda pedagógica de memorización, para transmitir al pueblo israelita las prioridades espirituales, y el mensaje de advertencia de Dios a las generaciones sucesivas.

En los tiempos bíblicos, el pueblo de Dios usó frecuentemente las canciones para expresar oralmente su fe. Los cánticos de victoria celebraban el poder de Dios, los de confianza recordaban su fidelidad,² los de angustia solicitaban su ayuda, y los de alegría reconocían su liberación.

Ya hemos visto que la estructura literaria de Deuteronomio pudo estar influida por la forma de los tratados del Oriente Próximo antiguo. Sin embargo, aquellos documentos políticos no siempre los respetaban ambas partes, y cuando una nación violaba las estipulaciones del pacto, se redactaba otro tipo de documento que manifestaba la deslealtad de la parte que lo incumplía. El patrón literario de este cántico que Moisés enseñó al pueblo sigue de cerca la estructura de aquellas «declaraciones de culpa» que se escribían cuando una nación-súbdito violaba el acuerdo. Los documentos de este tipo se remontan mucho más atrás que los tiempos de Moisés y, siendo como fue cortesano egipcio, seguramente conocía bien estas «manifestaciones de la ofensa». Solían comenzar con una exhortación pública. En presencia de testigos, se exige a la parte transgresora que preste una atención especial a las acusaciones precisas que se formulan. Luego se le interroga sobre las ofensas, y se le recuerdan los privilegios especiales que, por su desobediencia, ha perdido. La ofensa más frecuente que incumplía los términos de esos pactos era la deslealtad, cuando una de las partes establecía una alianza con otro país. Estos documentos condenan esa infidelidad, y describen el feroz castigo que se aplicará.

Teniendo en mente este trasfondo literario, vemos que la primera estrofa del salmo (32:1–6) invita a los testigos a dar fe de la veracidad de las acusaciones del rey. Como solía pasar con tales documentos, se invoca al cielo y a la tierra como testigos de la realidad y gravedad de la transgresión: *Escuchad, cielos, y hablaré; y oiga la tierra los dichos de mi boca* (1).

En la siguiente sección (32:7–14), se recuerda a la nación rebelde los beneficios

materiales que disfrutó mientras cumplió el pacto, los cuales han sido menospreciados y rechazados por el pueblo infiel, que ha recurrido a otras alianzas, en el caso de Israel con los ídolos (15–18). Se ha roto el acuerdo, a pesar de la confiabilidad y generosidad del Rey único de Israel, Dios.

En la tercera sección (32:19–42), se advierte al pueblo desleal sobre las consecuencias últimas de su transgresión persistente.

Hasta el momento, el cántico de Moisés sigue de cerca esta estructura literaria tan frecuente, pero hacia el final hallamos un rasgo notable. Estos documentos, por lo general, concluían con una nota de severa advertencia que, a menudo, incluía una dura declaración de guerra contra el ofensor. Como contraste, el cántico de Moisés acaba con una nota de esperanza exultante, con una alabanza presentada a un Dios misericordioso que no sólo ha manifestado la ofensa, sino que la ha perdonado al expiar los pecados de su pueblo (43).

Moisés era un realista de gran sensibilidad. Gracias a sus cuarenta años de experiencia con aquel pueblo en el desierto sabía muy bien cómo era probable que se comportase al entrar en Canaán. Después de todo, al cabo de unos meses de salir de Egipto, los esclavos israelitas recién liberados ya estaban adorando a un ídolo. A pesar de todas sus cuidadosas instrucciones, sus intensas súplicas y sus reiteradas exhortaciones, seguirían resistiéndose a la Palabra de Dios, y se irían repetidas veces en pos de dioses ajenos. Así, anticipando semejante apostasía tras su asentamiento en Canaán, este cántico debía enseñarse al pueblo y a sus hijos, y transmitirse luego de generación en generación. Mediante una técnica novedosa, una canción popular, Israel siempre tendría acceso a una advertencia, renovada constantemente, sobre los trágicos efectos de su recurrente deslealtad espiritual. El cántico se divide en cuatro partes. En ellas encontramos una descripción de la naturaleza de Dios (1–14), una condenación de sus rivales (15–18), una expresión de su tristeza (19–33) y una promesa de su misericordia (34–43).

1. La descripción de la naturaleza de Dios (32:1–14)

El cántico no parte de estos temas tan sombríos de la desobediencia y el desespero, aunque, al final, sí los aborda. Como la mayor parte de las cartas del Nuevo Testamento, se pospone la «queja» de modo que pueda comenzar, positivamente, con las dos notas gemelas de exhortación (*escuchad*, 1) y exaltación (*engrandeced*, 3). Al principio del cántico se exhorta a los rebeldes a reconocer la bondad de un Dios que les habla (1–2) y que es digno de su alabanza (3). La única respuesta correcta del creyente frente a la revelación de Dios en las Escrituras es la atención y la adoración.

La primera palabra que dirige Dios al mundo que ha creado es *escuchad*. La gente que se empecina en resistirse a esta palabra no puede esperar complacer a Dios, ayudar a otros o alcanzar la plenitud personal. La introducción del cántico exalta el poder revitalizador y único de la Palabra de Dios (2). Sus atractivas imágenes tendrían mucho sentido en una comunidad agrícola. La Palabra de Dios en este cántico llegaría a

sucesivas generaciones como el agua de lluvia refrescante. Del mismo modo que el don del agua, que procede de Dios, es vital para la vida física del pueblo, su palabra creadora es un ingrediente esencial de su vida espiritual. Una vez se establecieran en Canaán, entenderían que, por muchos bienes que tuvieran (6:10–12), el verdadero contentamiento depende de algo más que de las posesiones materiales. La satisfacción duradera no depende «sólo de pan», sino de la palabra vivificadora de Dios (8:3). El cántico empieza con el llamamiento de que el pueblo preste atención y obedezca esta Palabra de vida, y que su enseñanza *gotee como la lluvia y destile como el rocío*. Si dan la bienvenida a esta verdad única, será tan productiva en sus vidas como *la llovizna sobre la grama*.

En ocasiones, esta Palabra de Dios vendrá a ellos como el rocío de la mañana, sin producir un impacto dramático. Casi imperceptiblemente, encontrará una forma de llegar a sus corazones receptivos. En otras épocas, descendería con una fuerza poderosa, como la lluvia torrencial y *abundante*, disipando todas sus dudas de que Dios les había hablado con un poder convincente. Esta «imagen de la lluvia» anticipa las palabras proféticas de Isaías muchos siglos después (55:10–11), palabras que aplicó con una gran relevancia a un pueblo que demostró ser infiel al pacto, y que experimentó en sus propias carnes la aridez e infructuosidad de la desobediencia reiterada.

La atención reverente a la Palabra de Dios dará como resultado una adoración agradecida. El hecho de que este cántico aborde a las personas con una vitalidad tan transformadora les inducirá sin duda a *engrandecer a nuestro Dios* (3). La alabanza es un aspecto esencial de la espiritualidad tanto cristiana como hebrea. No es que Dios la necesite; nosotros, sí. C. S. Lewis señaló que los creyentes alaban a Dios porque no puede existir un disfrute sin el elemento de la valoración. Los amantes alaban a sus parejas, los lectores alaban el don de su escritor favorito, los paseantes magnifican la belleza del paisaje.

El mundo está lleno de alabanzas resonantes... se alaba el clima, los vinos, los alimentos, los actores, los coches, los caballos, las universidades, los personajes históricos, los niños, las flores, las montañas, los sellos raros, los escarabajos raros, incluso a veces a los políticos y eruditos... No me había dado cuenta de cómo las mentes más humildes, y al mismo tiempo más equilibradas y amplias, eran las que más alababan, mientras que los cascarrabias, los inadaptados y los descontentos eran quienes menos lo hacían... Excepto en los casos en que interfieren circunstancias adversas e intolerables, la alabanza parece ser la salud interna hecha audible.

Este cántico invita a sus oyentes a unirse a Moisés en una adoración agradecida: *Porque el nombre de Jehová proclamaré. Engrandeced a nuestro Dios* (3).

Esta exhortación a la alabanza es un elemento recurrente del salterio: «Engrandeced a Jehová conmigo, y exaltemos a una su nombre». Haciendo un comentario sobre este rasgo característico de invitar repetidamente a otros a alabar a Dios, Lewis dice

que de la misma manera que los hombres alaban espontáneamente lo que valoran, también nos incitan espontáneamente a unirnos a ellos en su alabanza: «¿No es encantadora? ¿No ha sido estupendo? ¿No crees que es magnífico?». Los salmistas, al decir a todo el mundo que alabe a Dios, no hacen más que lo que hacemos todos cuando hablamos de lo que nos importa... Creo que nos gusta alabar lo que disfrutamos porque la alabanza no sólo expresa, sino que completa, ese disfrute; es su consumación. Los amantes no dejan de decirse mutuamente lo hermosos que son pero no por mero cumplido; es que el deleite está incompleto hasta que se expresa.

Pero en la exhortación mosaica a *engrandecer a Dios* hay cierto elemento de melancolía, porque el cántico anticipa un momento en que el pueblo ignorará su grandeza; el amor, la adoración y la admiración del pueblo irán destinados a otros. Con habilidad pastoral unida al arte literario, el cántico recuerda al pueblo que el Dios al que ha abandonado ha sido su Roca firme (4), su Padre amante (5–9) y su Águila protectora (10–14).

a. Una Roca firme (32:4)

Las imágenes empleadas, que son muy pertinentes, cambian de repente: pasan de la lluvia a la roca. La confesión *Él es la Roca* es la primera de las siete ocasiones en las que se usa esta imagen en el cántico. En las Escrituras, la roca es una metáfora atractiva y familiar. En el desierto, las rocas ofrecían un refugio a los viajeros en mitad de la tormenta de viento, una sombra donde cobijarse del sol ardiente.⁹ En determinadas circunstancias, incluso fueron lugares donde hallar alimentos. Más tarde este cántico recuerda a los israelitas la época en la que Dios *les dio a chupar miel de la peña, y aceite del duro pedernal* (13). Sin embargo, a pesar de estos cuidados, Israel *menospreció la Roca de su salvación* (15); como pueblo, *se olvidaron de la Roca que les creó* (18). Cuando sus enemigos los derrotaron, ¿no se dieron cuenta de que su derrota se debía a que, para enseñarles una lección, *su Roca los vendió* (30)? ¿Cuándo se darían cuenta de que los dioses sustitutos no valían nada? *Porque la roca de ellos no es como nuestra Roca, y aun nuestros enemigos son de ello jueces* (31). El propio Dios, aparte de sus enemigos, comenta la completa inutilidad de estas alianzas con los ídolos: *Y dirá: ¿Dónde están sus dioses, la roca en que se refugiaban?* (37). De estas maneras, el cántico desarrolla hábilmente el contraste entre Dios, la Roca confiable, y los ídolos de las naciones, rocas débiles, vacilantes, que no ofrecen un fundamento seguro para el futuro.

A partir de su experiencia en el desierto, estos viajeros conocían el contraste radical entre la roca firme, segura, y la arena que no cesaba de moverse. Durante cuarenta años vivieron en el desierto peligroso, y ahora anhelaban una circunstancia sedentaria, permanente y fiable. Nunca obtendrían la estabilidad deseada gracias a un mero cambio de territorio geográfico; la seguridad permanente sólo se podía hallar en Dios.

Él, y sólo Él, es la Roca fuerte, firme, sobre la que puede asentarse todo creyente. Su confiabilidad total, que siempre cumple las promesas de su pacto, supone un marcado contraste con la experiencia incierta, voluble, semejante a la arena, que es la que tienen sus hijos veleidosos. Frecuentemente le decepcionarán, y no tendrán en cuenta el pacto que hicieron con Él. Sin embargo, aunque le decepcionen, Dios nunca les tratará como merecen. Es un Dios *de verdad... justo y recto*, no como los peles caprichosos a los que adoran sus súbditos en las capillas idolátricas.

En momentos de sufrimiento insoportable, hallarían un consuelo renovado, además de un reto claro, en esta exhortación a la alabanza; *todos sus caminos son rectitud*, no sólo algunos de ellos. Durante algunos periodos de su historia, en los que sufrieron como cautivos o exiliados, pudieron renovar su confianza en un *Dios de verdad que no hace iniquidad*, y que usaría incluso sus adversidades, transformándolas en mensajeras de su amor, inmutable y fiel.

b. Un Padre amante (32:5–9)

Estas «acusaciones» literarias, familiares en el Oriente Próximo antiguo cuando se incumplían las estipulaciones del pacto, describían no sólo las cualidades del rey superior sino también sus obras. Al evidenciar la falta de la parte desleal, el documento exalta lo que se ha hecho por la nación-vasalla. El cántico pasa ahora a retratar a Dios como un padre que crea, ama y sustenta a su familia única.

El Padre crea a la familia (32:5–7)

La palabra que aquí identifica a Dios como creador indica la actividad del Padre que les formó como comunidad de creyentes. El concepto se remonta a Abraham, el padre de una multitud innumerable. Recuerda la imagen de las «estrellas» al principio de Deuteronomio (1:10). La experiencia del éxodo se usó para agudizar el sentido de comunidad del pueblo hebreo. El cántico exultante de Moisés en el Mar Rojo emplea la misma palabra que en 32:6, cuando se refiere a los hijos de Dios recién libertados como «el pueblo que rescataste». No obstante, el cántico de Deuteronomio anticipa un tiempo en su historia en la que olvidarán esos ricos privilegios:

La corrupción no es suya; de sus hijos es la mancha.

Generación torcida y perversa.

¿Así pagáis a Jehová,

Pueblo loco e ignorante?

¿No es él tu padre que te creó?

Él te hizo y te estableció (5–6).

El cántico emplea un inteligente juego de palabras sobre la paternidad divina y humana: *¿No es él tu padre?... Pregunta a tu padre, y él te declarará (6–7)*. Si habéis olvidado el cuidado paternal de Dios, preguntad a vuestros padres humanos sobre *los tiempos antiguos y los días de muchas generaciones*, y ellos os hablarán sobre el amor

generoso de Dios para crear, nutrir, proteger y sustentar a su pueblo redimido.

El Padre sustenta a la familia (32:8–9)

Aunque en el cántico se asegura al pueblo hebreo que es el pueblo elegido, no debe imaginar que a Dios no le interesan otras naciones. Al principio *hizo heredar a las naciones... estableció los límites de los pueblos*. La introducción histórica de este libro recuerda a sus lectores que cuando los peregrinos pasaran por países como Edom, Amón y Moab, no debían asentarse en ellos, porque aquellas tierras no pertenecían a los israelitas. Dios había decidido que fueran de otros (2:5, 9, 19). Este cántico recuerda a los hebreos que su Dios está totalmente comprometido con el mundo que ha creado, no sólo con un grupo exclusivo de personas dentro de él.

La frase de que Dios, originariamente, estableció los límites nacionales *según el número de los hijos de Israel* no es fácil de entender. Puede que signifique que, en sus disposiciones soberanas para las naciones, *los hijos de Israel* son la consideración central y determinante del Señor. Todo lo hace pensando en ellos. Además, son un pueblo «numerado»; Dios conoce íntimamente a cada uno de ellos, lo valora especialmente y lo sustenta personalmente, porque son su posesión atesorada.

También es posible traducir estas palabras como *de acuerdo con el número de los hijos de Dios* (margen de la NIV), una lectura que respalda el Antiguo Testamento en griego (la Septuaginta), el texto masorético y un fragmento hebreo de este pasaje que figura en los manuscritos del Mar Muerto. La imagen se parece a la que hallamos en el prólogo del libro de Job, con aquellos seres celestiales en los atrios del cielo. Igual que en la visión de Daniel (10:13, 20), se habla de ángeles concretos que son responsables de naciones concretas del mundo. Sin embargo, cuando se realiza esta distribución de naciones, el pueblo de Israel es una excepción; no lo guarda un ángel concreto, sino el propio Dios: *porque la porción de Jehová es su pueblo; Jacob la heredad que le tocó*. Y sin embargo, a pesar de contar con este favor especial, con repercusiones en la eternidad (la protección única de Dios, reflejada en las imágenes de la distribución «en los atrios celestiales»), en la historia (*tu padre, que te creó, él te hizo y te estableció*) y en la experiencia (*pregunta a tu padre, y él te declarará*), se habían convertido en una *generación torcida y perversa*. No obstante, su rebelión y deslealtad no disminuyen el amor inextinguible del Padre hacia ellos.

El Padre ama a la familia (32:10)

Aquí se equilibra de forma suprema la verdad de la soberanía de Dios, al elegirles, con la garantía de su compasión. Él encontró al pueblo israelita cuando éste vagaba por el *yermo de horrible soledad* de la esclavitud egipcia. Sin embargo, siendo como es su padre amante, Dios vino a rescatarlos. Se identificó con ellos en su aflicción, guardándoles *como a la niña de su ojo*. Aquí las hermosas imágenes significan, literalmente, que les guardaba como todo el mundo protege su vista. La pupila es la parte más sensible del cuerpo humano y, si corremos un peligro físico, el mecanismo de

defensa que protege el ojo se pone en funcionamiento de inmediato. El Señor guarda a su pueblo, su tesoro valioso, con ese tipo de ayuda instantánea. Está allí como el rayo, como si estuviera protegiendo la «niña» de sus ojos.

c. Un Águila protectora (32:11–14)

La imagen de un Dios que *guardó, cuidó y protegió* a su pueblo durante aquellos terribles años de la esclavitud, sugiere probablemente la imagen siguiente, extraída del mundo familiar de la naturaleza: el águila poderosa que los peregrinos vieron a menudo volando en círculos sobre sus campamentos en el desierto. El águila anima a sus polluelos a volar, aventurándose por el ancho mundo fuera del confortable nido. La madre debe «estimular» a los polluelos, porque si no éstos permanecerán en el nido más tiempo del que les conviene. La madre o el padre sacude las alas sobre el nido, haciendo que los pollos se muevan, y entonces, para animarles a emprender su primer vuelo, planea por debajo lista para sujetarlos y servirles de apoyo.

El Señor sabe que algunas de las experiencias duras y difíciles de la vida son una parte angustiosa pero necesaria de nuestra formación espiritual. Sirven para construir el carácter. Pablo sabía que «la tribulación produce paciencia»; y Pedro también: «añadid... al dominio propio, paciencia»¹². Las mejores lecciones de la vida son las que se aprenden en la tribulación. Escribiendo desde su cárcel de Aberdeen en 1636, Samuel Rutherford expresó claramente esta verdad: «la gracia crece mejor en invierno». El mensaje importante de estos versículos es que siempre tenemos debajo las fuertes alas del águila. Jehová Dios siempre está allí, con ese cuidado totalmente suficiente, fiel, protector, justo en el momento en que no podemos pasar sin él. El siguiente capítulo transmite el mismo mensaje, con unas palabras de ánimo consoladoras: «acá abajo los brazos eternos» (33:27).

Esta primera estrofa del cántico no está exenta de una nota de testimonio agradecido. Las *muchas generaciones* (7), así como los creyentes contemporáneos, confirmarán que sólo Dios ha sido Roca, Padre y Águila para su pueblo. Ningún otro poder hubiera sido capaz de conseguir tales conquistas y liberaciones: *Jehová solo le guió. Y con él no hubo dios extraño* (12). Era el Dios único de Israel, y sólo Él, quien *lo hizo subir sobre las alturas de la tierra* (13), anticipando posiblemente la posesión futura de la tierra y la destrucción de los santuarios cananeos en lo alto de las colinas, aquellos «lugares altos» inmorales donde se adoraba a Baal. Fue Yavé, no Baal, aquella deidad agrícola del pueblo cananeo, quien les hizo *comer de los frutos del campo... lo mejor del trigo* (13–14). En las fisuras de las rocas de Canaán, las abejas proporcionarían a Israel la miel nutritiva; los olivos florecerían en lugares improbables, incluso donde otros árboles carecían de tierra suficiente para echar raíces. El Señor les proveería de lo necesario en las circunstancias más improbables, anticipando todas sus necesidades: miel, aceite, mantequilla, leche, carne, trigo y vino. ¿Cómo podría Israel rechazar a un Dios tan generoso?

2. La condena de los rivales de Dios (32:15–18)

Sin embargo, a pesar de esta provisión generosa para satisfacer sus necesidades físicas, el pueblo desobediente de Israel se creyó autosuficiente y fue infiel. El texto nos habla de dos ofensas trágicas: su materialismo excluyente y su idolatría destructiva.

a. El materialismo excluyente

Pero engordó Jesurún, y tiró coces (engordaste, te cubriste de grasa). Jesurún significa «el justo». De vez en cuando, hay muchas personas que usan diminutivos o apodos. Son expresiones de un afecto cálido y reconfortante, que a veces tiene connotaciones lúdicas, incluso de admiración velada. *Jesurún* era el nombre cariñoso con que Dios llamaba a su pueblo Israel. Estaba orgulloso de ellos, su pueblo recto. Para ellos estaba destinado este testimonio distintivo de integridad moral y carácter espiritual, pero «el justo» se volvió «torcido y perverso, para vergüenza suya» (5, margen de la NIV). La acusación que hace Dios aquí es aguda y trágica (15). Aunque no quede reflejado en la traducción de la NIV, el texto hebreo usa de una forma dramática la segunda persona del singular; tres veces dice «*tú* engordaste, *tú* coceaste, *tú* te llenaste de alimentos y te volviste pesado»: «*tú* hiciste eso cuando te había dado tanto. Empleaste mal mi provisión, adorando a la criatura antes que al Creador. ¡Tú, de entre todos los pueblos!». Israel *abandonó al Dios que le creó y rechazó a la Roca, su salvación*.

El efecto más trágico de su materialismo es que, en su opulencia autosuficiente, creyeron que ya no necesitaban a Dios. No fue tan sólo que, sumidos en su interés secularizador por las cosas, se olvidasen de Dios por descuido. Le *abandonaron y menospreciaron* resueltamente. Literalmente, esto significa que «despreciaron» a un Dios que había mostrado una generosidad inconcebible: Padre, Creador, Roca y Salvador. Las posesiones, siempre crecientes, redujeron el valor de las grandes prioridades de la vida. Las preocupaciones materialistas expulsaron otras cosas de más valor. Una vez *engordaron* ignoraron a aquel Dios que les había alimentado. Los temores plasmados en los primeros capítulos del libro se han hecho realidad: «luego que comas y te sacies, cuídate de no olvidarte de Jehová» (6:11–12; 8:11–14). La vida autocomplaciente se vuelve tan pequeña y atestada de cosas que no queda espacio para Dios. Thomas Erskine de Linlathen dijo que: «muchos hombres están tan llenos de sí mismos que no hay sitio para que brote el manantial profundo del agua divina». ¡Hay tantas personas atosigadas de materialismo pero vacías espiritualmente! No poseen nada que dure; todo acaba siendo polvo.

b. La idolatría destructiva

Todo el mundo adora algo o a alguien. Al rechazar a Dios, los hebreos se volvieron a las capillas idólatras de sus contemporáneos. Los santuarios de Baal, en lo alto de las

colinas, eran lugares donde sus vecinos paganos adoraban a los dioses de la fertilidad de sus antepasados. Aquellas eran las deidades que les proporcionaban la lluvia, refrescante y vivificadora. No fue simplemente que se olvidasen de Dios. Adscribieron a las deidades paganas las cualidades distintivas, las virtudes y los dones que pertenecían exclusivamente a Dios. El retrato que se hace en el cántico de los israelitas idólatras no habla de una ingratitud motivada por la satisfacción con uno mismo; se trata de una infidelidad espiritualmente destructiva de la peor clase. Sin embargo, el cántico es un instrumento pedagógico importante; ofrece motivos claros para condenar la idolatría. Aquí se nos presenta como algo prohibido, detestable, demoníaco, nuevo e inútil.

La idolatría está prohibida

El pasaje recuerda deliberadamente las prohibiciones del Decálogo. *Le despertaron a celos con dioses ajenos* (16). Aquí también detectamos un eco, como más tarde en el cántico (21), de la advertencia del segundo mandamiento sobre los celos de Dios (5:9). La idolatría deshonra a su Persona, ignora su palabra y menosprecia su generosidad. Esta práctica no queda confinada a las capillas paganas del mundo antiguo. Cuando Juan llegó a la conclusión de su primera epístola, exhortó a sus lectores del siglo I a abstenerse de los ídolos. En ese caso se dirige a una congregación de cristianos sinceros, y no es probable que se refiera a unas imágenes ornamentadas ni a estatuas religiosas. Está claro que se refiere a lo que Ezequiel describió, siglos antes, como ídolos del corazón.¹⁷ Pablo tachaba de idólatras a todos los codiciosos. Éstos han convertido en la obtención de cosas en el motivo primordial para vivir. Esto enfurece a Dios, porque Él sabe que sólo disfrutaremos de la vida al máximo si le ponemos a Él primero. Jesús enseñó esta verdad con una claridad meridiana.¹⁹

La idolatría es detestable

Dios no sólo la ha prohibido, sino que la aborrece. Sabe lo que es, pura maldad, y también conoce el caos que fomenta dentro de las comunidades. Los israelitas desobedientes *le despertaron a celos con los dioses ajenos* (16). La gente del mundo antiguo gastaba grandes sumas de dinero en sus ídolos, recubriéndolos profusamente de oro y plata, pero, por muy atractivos que resultasen algunos a la vista, a los ojos de Dios eran completamente detestables. Todo sustituto de Dios en nuestras vidas, de la clase que sea, es tremendamente ofensivo y desagradable para el Señor.

La idolatría es demoníaca

Tras esa imagen pagana o el ídolo secreto subyace la obra del propio diablo. Quienes presentaban ofrendas en las capillas paganas *sacrificaban a los demonios, y no a Dios* (17). Ésta es la técnica del enemigo para apartar la mente religiosa del Dios único y verdadero. No se limita a apartar al adorador llevándole hacia sucedáneos de Dios carentes de sentido, inexistentes. Dirige esa adoración al propio Satanás, que ha

utilizado este sutil mecanismo religioso para engañar a millones de personas sinceras pero totalmente despistadas de todo el mundo. Ignorando esta estrategia, las personas que adoran a los ídolos honran al diablo y adoran a quien les ha engañado cruelmente.

La idolatría es nueva

Aquellos idólatras rebeldes o equivocados se dedican a una actividad religiosa mediante la cual reconocen a *dioses que no habían conocido, a nuevos dioses venidos de cerca, que no habían temido vuestros padres* (17). Estos dioses son representaciones físicas o proyecciones materiales de la imaginación humana, corrupta e ignorante. El único Dios verdadero de Israel es puro y santo. Además, el pueblo hebreo lo conoce, porque se les ha manifestado en la naturaleza (como creador), la redención (el acontecimiento milagroso del éxodo), por medio de su historia comunitaria y de la experiencia personal. En contraste con esto, sus presuntos dioses a los que adoran ahora no son nada, no consiguen nada. No tienen un currículum de hazañas salvadoras para ser creíbles, ¡sino que acaban de aparecer en escena! Los padres de la nación no los reconocieron, de modo que, ¿cómo es que sus hijos *perversos* e *infieles* creen estar en deuda con ellos?

La idolatría es inútil

Dios dice que le han enfurecido con *sus dioses ajenos*. Sus ídolos son inútiles e indignos. Estas prácticas perversas no les llevarán a ninguna parte. Acabarán sumidos en la bancarrota espiritual más completa. Como diría Jeremías siglos después, quienes persiguen las cosas que son indignas acaban siendo indignos. Llegará un día en que se darán cuenta de lo inútil que ha sido su idolatría pagana (37).

La tragedia especial del pecado de Israel se plasma mediante el uso de las imágenes del padre y de la madre, en su acusación de la rebelión humana: *De la Roca que te creó te olvidaste; te has olvidado de Dios tu creador* (18). Tuvieron por padre a un Dios que les hizo a su propia imagen, y fueron cuidado por una madre única y compasiva.

3. La expresión de la tristeza de Dios (32:19–33)

Y lo vio Jehová, y se encendió en ira por el menosprecio de sus hijos e hijas (19). El cántico manifiesta tres aspectos trágicos del pecado humano; lamenta que los hijos de Dios han perdido el amor que sentían, se han vuelto desobedientes y necios.

a. Los hijos de Dios han dejado de amar

Han olvidado todo lo que deben a Dios. No le han escuchado (1–2). Por tanto, no le han alabado (3), obedecido (5), honrado (6) ni reconocido (10–14) como Dios generoso. Para hacerles volver en sí, el Señor dice *esconderé de ellos mi rostro* (20). Hay momentos en que es necesario que Dios haga algo así para corregir y disciplinar a sus

hijos. No les abandona por completo (a pesar de la justa ira de Dios, ellos siguen siendo sus *hijos e hijas*, 19), pero oculta deliberadamente su rostro.

Los puritanos escribieron a menudo sobre esta experiencia del Dios que se esconde. William Bridge señaló que, mientras los cristianos encuentren apoyo y ánimo en otras fuentes, tenderán a no buscar sus fuerzas en el Señor.

Muchas veces pasa entre los hijos de Dios que el Señor ve que, envueltos por su paz y su consuelo, se creen autosuficientes, se envanecen, volviéndose superficiales y jactanciosos; entonces Él se aparta y ellos pierden la paz.

Añade que dado que Dios tiene

... un propósito de amor para con sus hijos, permite que su consuelo lo empañe la tiniebla y el desánimo; que se interrumpa su paz, que sus corazones se angustien y sus almas se desanimen, para que recuperen ese ánimo sólo recurriendo al propio Dios.

De una manera parecida, Thomas Manton urgía a sus lectores del siglo XVIII a «Aprender a confiar en el Dios que se esconde, y a depender de Él». Sólo cuando Dios, movido por su amor, esconda su rostro, los israelitas se darán cuenta de cómo se han empobrecido sin Él. Los hijos de Dios, que han olvidado amar, deben confesar al menos su pobreza antes de recuperar su antiguo amor.

b. Los hijos de Dios son desobedientes

Ellos me movieron a celos con... sus ídolos (21). En unas circunstancias tan lamentables, el Señor empleará una variedad de situaciones distintas para que su pueblo rebelde vuelva a Él. Al «esconder su rostro de nosotros» crea una consciencia interna de necesidad espiritual. A nivel externo, puede usar una amplia variedad de experiencias adversas para hacer que volvamos penitentes a Él. Notemos el tiempo verbal que usa el Señor repetidas veces. Dios está decidido, aun recurriendo a métodos severos, a que sus hijos descarriados recuperen una fe pura y fiel: *esconderé mi rostro... los moveré a celos... amontonaré males sobre ellos... consumidos serán de hambre... diente de fieras enviaré también sobre ellos* (20–24). Al proclamar la bondad de Dios no debemos olvidar su severidad. Era muy necesario castigar a Israel porque, sin esa disciplina, su fe se hubiera estropeado sin remedio. La revelación distintiva, transmitida mediante Abraham, luego Moisés y los grandes profetas, hubiera desaparecido casi por completo, y el pueblo la hubiera recordado sólo de vez en cuando como un mero episodio en la historia de una religión anticuada del Oriente Próximo. La verdad sobre Dios, su pacto, su libro, su tierra, su pueblo y su propósito debía conservarse fielmente hasta la venida de su único Hijo. La negligencia espiritual de la nación no podía pasarse por alto, aunque sólo fuera por el bienestar espiritual de quienes vendrían después. Cuando llegó el momento adecuado, Dios envió a su Hijo, pero, hasta ese instante, tenía que preservarse el testimonio de la verdad revelada. Para mantener pura esa fe

única, Dios reprende a su pueblo interrumpiendo su provisión (hambruna, 22), su protección (peste, 23–24) y su paz (invasión, 25).

c. Los hijos de Dios son inconscientes

Totalmente obsesionados por la religión idolátrica, el pueblo de Israel carecía de dos cualidades básicas para el pacto, el amor y la lealtad. Ya ni siquiera *pensaban* en las cosas más importantes de la vida: *son nación privada de consejos, y no hay en ellos entendimiento* (28). Es increíble que, cuando han sido derrotados por sus enemigos, menos poderosos, no se han sentado a meditar sobre el motivo preciso de su derrota. Si el enemigo los hubiera superado en número, su derrota hubiera sido comprensible, pero hubo ocasiones en las que pasó exactamente lo contrario. Hubo episodios en los que Israel gozaba de un mayor número de soldados, de más recursos, de una posición ventajosa, de una estrategia superior, ¡y a pesar de ello fueron derrotados! Tras estas batallas tan humillantes, ¿nunca se les pasó por la cabeza la posibilidad de que habían perdido la batalla sólo porque *su Roca les había vendido* (30)? ¿Cómo era posible que un solo soldado pagano persiguiera a mil israelitas a menos que Dios hubiera retirado deliberadamente su ayuda a su pueblo infiel? ¿Es que nunca se les ocurrió algo así? ¿No podrían haber aprendido algo sobre Dios y sobre sí mismos a partir de sus errores y fracasos? Se habían vuelto a otra *roca*, habían descansado en ídolos prohibidos, de modo que, al apartar su poder invencible, *el Señor les había entregado* a sus inútiles sucedáneos de Dios. Era la única manera de hacerles recuperar la cordura.

Los israelitas irreflexivos habían sido engañados por fuerzas demoníacas, que les indujeron a pensar que las deidades cananeas de la guerra podrían hacer algo por ellos en la batalla, pero no se habían dado cuenta de que el peor enemigo de Israel estaba dentro; era interno, no externo. Su dependencia de dioses paganos era el enemigo secreto, no los invasores militares. Sus dioses inútiles les habían dejado en la estacada, porque nunca habían pensado seriamente en su origen diabólico (17), su impotencia moral (21), su naturaleza maligna (32a) o su potencial destructivo (32b–33).

La referencia condenatoria a *la vid de Sodoma* y a los *campos de Gomorra* (32) manifiesta a las claras sus profanaciones sexuales en las capillas idolátricas cananeas (cfr. 29:23). El pueblo israelita, apóstata, imagina vanamente que su fidelidad a esos dioses de la fertilidad aumentará la cosecha de sus uvas, pero sus vides darán frutos venenosos. Todas las formas de autosatisfacción que ignoran a Dios no sólo son insatisfactorias, sino que, en última instancia, son venenosas, como el vino que es *venenos de serpientes, y ponzoña cruel de áspides* (33). Las «bendiciones» del diablo son maldiciones encubiertas. Ese pueblo necio había cambiado *la sangre de la uva* (14) por *racimos muy amargos* (32). ¡Qué estupidez, pero qué propia de la experiencia humana! Sin embargo, a pesar de su esta increíble deslealtad, falta de amor, desobediente y absurda, Dios tiene su propia manera de llevar a sus hijos *infieles* (20) al lugar del arrepentimiento, el perdón y la esperanza.

4. La promesa de la misericordia divina (32:34–43)

Sus hijos no aman, pero Dios sigue amándoles; *por amor de sus siervos se arrepentirá* (36). Ellos son desobedientes, pero Él sigue siéndoles fiel, reafirmando su nombre del pacto, y su naturaleza, como el gran *Yo soy* (39). Ellos son inconscientes, pero Él actúa soberanamente en sabiduría perfecta. Los enemigos de Israel son arrogantes y fuertes, pero *a su tiempo su pie resbalará* (35). Dios sabe exactamente cuál es el momento idóneo para intervenir y salvar. Asegura a Israel que tras los acontecimientos aparentemente caóticos de la vida humana hay un propósito sabio y providencial. Sus planes para Israel están *guardados consigo, sellados en sus tesoros* (34). Esta misericordia soberana de Dios se revela en cuatro facetas importantes de la renovación espiritual. El Señor manifiesta nuestro pecado (34–38), promete nuestra liberación (39–42), inspira nuestra alabanza y garantiza nuestro perdón (43).

a. Dios manifiesta nuestro pecado (32:34–38)

Antes de poder perdonar una transgresión, hay que identificarla, condenarla y confesarla. Dios está furioso por el pecado, pero tiene misericordia del pecador. No pasa por alto ni tolera la ofensa, pero sin duda alguna puede perdonar al ofensor. La ira y el amor no son características excluyentes sino complementarias de la naturaleza divina: *Jehová juzgará a su pueblo, y por amor de sus siervos se arrepentirá* (36). Además, Dios no sólo manifiesta nuestra iniquidad, sino también nuestra impotencia, nuestra falta total de potestad para enderezar las cosas. Cuando *viere que la fuerza pereció, y que no queda siervo ni libre*, vendrá a su lado no sólo como juez (36), sino como amante (36), sanador (39) y vencedor (40–42). Nosotros, pecadores, hemos de ver cómo se acaban por completo nuestros recursos, admitir nuestra impotencia moral y luego confesar nuestro craso error, nuestra costosa deslealtad, antes de poder ser limpiados, perdonados, reconciliados y bendecidos. La gracia no es barata. Dios nos invita a mirar cara a cara a nuestros dioses sustitutivos y ver lo realmente inútiles que son cuando tenemos una verdadera necesidad: *Y dirá: ¿Dónde están sus dioses?... Levántense, que os ayuden y os defiendan.*

b. Dios promete nuestra liberación (32:39–42)

Ved ahora que yo, yo soy. La elección del título «yo soy» para Dios es sensible y deliberada. El nombre recuerda el incidente de la zarza ardiente y la obra salvadora del éxodo. Recuerda a los israelitas la misericordia de Jehová para con los individuos pecadores, no sólo para con las comunidades esclavizadas. El «yo soy» se dio a conocer compasivamente al Moisés culpable, incapaz²⁹ y temeroso. *No hay dioses conmigo* recuerda al pueblo la afirmación del pacto en el Decálogo (5:7). Dios nos librará de nuestros pecados pero sólo bajo sus condiciones; debemos reconocerle como nuestro único libertador, el único con poder para matar y dar vida, herir y sanar. Dios «levanta

su mano», como haciendo un juramento, y declara que vencerá a nuestros enemigos y garantizará nuestra salvación.

c. Dios inspira nuestra alabanza (32:34a)

Como es natural en un cántico popular, éste concluye con una nota de alabanza y de promesa, que invita a responder a cada israelita individual: *Alabad, naciones, a su pueblo, porque él... hará expiación*. La exhortación final no consiste en *cosa vana*, sino en *vuestra vida*. *Por medio de esta ley haréis prolongar vuestros días sobre la tierra* (47). Si la recibimos genuinamente (*aplicad a vuestro corazón*) y la obedecemos bien (46), querremos alabar y regocijarnos en las obras poderosas de un Dios tan incomparable (39), confiable (40) e invencible (41).

d. Dios garantiza nuestro perdón (32:43b)

Él *hará expiación por la tierra de su pueblo*, literalmente «su tierra, su pueblo». La palabra *expiación* que aparece aquí pertenece al lenguaje del sacrificio. Los rebeldes idólatras habían sacrificado en capillas paganas (37–38), pero estas ofrendas prohibidas no consiguieron nada. La *expiación* aquí descrita indica lo que está cubierto, limpio, expiado. Aunque este pueblo tan duro ha roto las promesas del pacto, entristeciéndole, Jehová no incumplirá su promesa. Su mano alzada da testimonio a la tierra y a los cielos de que su juramento es fiel: *Vivo yo para siempre* (40) que su perdón está asegurado.

La última estrofa del cántico es un paradigma de su forma de tratarnos. Él nos limpiará de nuestros pecados, todos y cada uno de ellos. Él los cubrirá tan completamente que no podrán acosarnos en la tierra ni recordarse en el cielo. El cántico descubre el pecado humano sólo para que Dios pueda encubrirlo; la revelación es un elemento esencial para la expiación. Todos los intentos de ocultar o disfrazar nuestros pecados son, en última instancia, fútiles. Dios lo ve todo ahora, y sin duda también lo verá en el futuro. Nuestros pecados son casi audibles, y claman en contra de nosotros; sólo Dios puede silenciar al acusador y asegurarnos que borraré para siempre el pecado. A lo largo de los siglos cambiantes, el pueblo que entonara este cántico recordaría una verdad inmutable: que el Dios que les amó (36) no dejaría de restaurarles.

Inspirado por el Espíritu de Dios, Moisés es un maestro a la hora de comunicar. Uno de los aspectos más impresionantes del cántico es la habilidad con la que Moisés emplea una amplia variedad de formas literarias para hacer que el pueblo se arrepienta. Aquí podemos percibir su arte al usar los recursos de

la orden: *escuchad* (1)

la exhortación: *goteará mi enseñanza* (2)

la ilustración: *lluvia, rocío, llovizna, grama, hierbas* (2)

la declaración: *Él es la Roca* (4)

la invitación: *pregunta a tu padre, y él te declarará* (7)

la descripción: *la tierra de desierto, el yermo, el águila* (10)
la acusación: *has engordado... te olvidaste de la Roca* (15, 18)
la advertencia: *haré...* (21–24)
la interrogación: *¿así pagáis...? ¿Cómo podría uno perseguir...? ¿No tengo yo esto guardado? ¿Dónde están sus dioses?* (6, 30, 34, 37–38)
el recuerdo: por ejemplo, el uso penetrante de sucesos históricos para desenmascarar los pecados contemporáneos (32).

El cántico quiere que su última palabra no sea una descripción del pecado humano, sino de la gracia divina. Las últimas líneas exaltan el carácter de Dios como alguien único (39a), poderoso (39b), compasivo (39c), confiable (40), vivo (40), eterno (*para siempre*, 40), soberano (*él hará*, 43) y misericordioso (43). Con semejante Dios, los peregrinos israelitas pueden entrar en Canaán, aun sin Moisés, sabiendo con seguridad que el Señor que ha formulado tales promesas es más que suficiente para satisfacer sus necesidades futuras.

Teniendo a su lado a Josué, el compañero que dentro de poco se encargará de su trabajo, Moisés exhorta públicamente al pueblo (44–47) para que responda no sólo a la advertencia intemporal de *este cántico* (44), sino a toda la enseñanza de *esta ley* (46), de la que el cántico es una conclusión. El líder que se va les y nos recuerda que *toda* (44, 46) la Palabra de Dios debe recibirse personalmente (*aplicad vuestro corazón*), compartirla fielmente (*mandad a vuestros hijos*) y obedecerla cuidadosamente (46). No son las palabras *vanas* de meros hombres, ni siquiera las palabras apasionadas de un líder consagrado, sino las palabras de vida del propio Dios. Él sabe que su pueblo no podrá disfrutar de la vida (47) en los días venideros si optan deliberadamente por ignorar el mensaje que Él les ha dado con amor.

Deuteronomio 33:1–29

27. LAS ÚLTIMAS PALABRAS

Este capítulo registra la bendición de despedida de Moisés. No puede viajar con el pueblo, y ésta es la última oportunidad de abrirles su corazón. Las últimas palabras suelen ser las más memorables. En dos ocasiones, durante las últimas horas de John Wesley, él dio testimonio de la verdad de su postura cristiana: «Lo mejor de todo es que Dios está con nosotros». Antes de que nos centremos en el mensaje final de Moisés, es importante que reconozcamos el trasfondo patriarcal, la naturaleza pastoral y la forma poética de este pasaje.

Primero, veamos su trasfondo patriarcal. El hecho de que esta bendición de

despedida vaya dirigida a las tribus nombradas individualmente recuerda, deliberadamente, la ocasión en la que Jacob pronunció unas bendiciones concretas para cada uno de sus hijos. Los miembros del pueblo que escuchó a Moisés eran los sucesores naturales de los hijos de Jacob. Para el pueblo hebreo era extremadamente importante tanto el tener unos orígenes únicos como su historia posterior. En un momento en que la preocupación lógica de las tribus radicaba en mirar hacia delante, hacia el futuro amedrentador, aquí vemos un acto deliberado de «mirar atrás», al pasado atesorado. Es un ejemplo con el que otro patriarca dice, en la práctica: «Recordad al viejo Jacob; recordad la generosidad de Dios hacia él y sus hijos, y hacia todos nuestros antepasados a lo largo de los cuatrocientos o quinientos años desde que Jacob pronunció esas bendiciones finales. El Dios que fue fiel con ellos no nos fallará: lo mejor de todo es que Dios también está con nosotros». Cruzarían el Jordán sin Moisés pero no viajarían sin Dios. De esta forma tan gráfica, se les recuerda que pertenecen a una larga estirpe de viajeros, personas cuyas vidas se enriquecían mediante la continuidad y la seguridad. El Dios de sus padres no les decepcionaría.

También debemos percibir su naturaleza pastoral. En los capítulos anteriores del libro hemos visto a Moisés el predicador, y a menudo hemos comentado que Deuteronomio es «la ley predicada». Pero aquí Moisés es el pastor, que tiene la infrecuente oportunidad de dirigirse a cada una de las tribus individualmente, recordando sus características distintivas y sus tentaciones particulares. Ha pasado más de cuarenta años con esas personas, y ahora ya las conoce extremadamente bien. Durante largos años ha vivido entre ellos, escuchando sus problemas, absorbiendo sus quejas, compartiendo sus pruebas, conociendo sus sueños, ideales, ambiciones; él, más que nadie, sabe lo que es mejor para ellos, y ahora que se despide de ellos dice todo lo que tiene en su corazón. Es como un padre que habla en privado con un hijo o hija a punto de irse de casa, esa conversación que Shakespeare retrata con semejante arte (y como un episodio que nos ofrece un alivio momentáneo) en *Hamlet*. Laertes está a punto de irse a ultramar, pero, primero, debe escuchar con toda la paciencia de que sea capaz a su viejo padre, Polonio, mientras éste le enumera en pocos y preciosos minutos unas verdades que tendría que haberle inculcado con el paso de los años. Sin embargo, el padre conoce al joven muy bien, y se angustia al imaginar las tentaciones y presiones de otro país y otro estilo de vida, y al pensar qué efecto podría causarle una libertad recién estrenada una vez se vea libre de los límites naturales impuestos por su vida en el hogar.

De la misma manera, Moisés había sido más que un padre para esta gente, y conocía los peligros del territorio que tenían por delante. Ésta es su última oportunidad para hablarles de cosas realmente importantes. La tierra al otro lado del Jordán tiene enormes beneficios materiales, pero también terribles peligros, peligros espirituales que sobrepasaban con creces las amenazas físicas, y los hijos del líder eran especialmente vulnerables. Además, como cualquier otra familia, estos hijos eran todos distintos, cada uno con sus características propias; una advertencia necesaria para un hijo o hija resultaría inadecuada en caso de dirigirla a otro. El padre conoce los puntos débiles de sus hijos tanto como los fuertes. No es el momento de caer en tópicos

inocuos; la familia necesita una guía y una exhortación pastorales claras. Hay que recordarles tanto las certidumbres como las prioridades, y ésta es la última oportunidad de hacerlo.

Las últimas palabras de Moisés en estos capítulos finales manifiestan un equilibrio magnífico. El cántico del capítulo 32 es intencionadamente severo, porque enfatiza una verdad clara a base de advertencias reiteradas. El mensaje del 33 es más personal, y se expone con calidez y una comprensión compasiva. Los dos aspectos son básicos; a los mensajeros de Dios no siempre les resulta sencillo mantener el equilibrio necesario. Si el predicador siempre es severo y exigente, el pueblo se queda desalentado, abatido y quebrantado. Lutero, que era un pastor muy preparado, además de un predicador muy carismático, sabía esto. Recordaba a sus alumnos las palabras de Crisóstomo: «Quien golpea a un hombre lento lo hace más lento», y seguía diciendo que

A los pecadores no hay que reprenderles de tal modo que sólo consigamos herirlos y llevarlos al desespero... Por tanto, no se puede abrir llagas y dejarlas así, sino aliviarlas con emplastos.

Por otra parte, si el mensaje siempre es tierno y consolador, tiene un efecto soporífero sobre el pueblo satisfecho. La congregación se tranquiliza permanentemente, carece del dinamismo necesario de la vida, de dirección y de capacidad de afrontar los retos. Un puritano inglés, Thomas Gouge, conocía estos peligros: «Es mala señal arrellanarse satisfecho y conformarse con poco». O, tal como decía Bunyan: «Alejarse de la iniquidad es... una obra que perdura toda una vida, y *ahí* estriba su grandeza y su dificultad». Nos cuesta todo lo que tenemos.

Además, hemos de recordar la forma poética que reviste la bendición de despedida de Moisés. La poesía es un vehículo tremendamente delicado, incluso vulnerable, para transmitir la verdad. Por propia naturaleza, está abierta a diversas interpretaciones, lo cual es aplicable sin duda a la poesía hebrea de este pasaje fascinante. No cabe ser rígidamente dogmático sobre el significado preciso de un versículo concreto; hay otros intérpretes que pueden ofrecer pistas útiles sobre su significado. El lenguaje descriptivo gráfico, como los *tesoros escondidos de la arena* de zabulón (19), o el *cachorro de león que salta desde Basán* (22), de Dan, o la predicción de que *Aser mojará en aceite su pie* (24) pueden interpretarse de diversas maneras. Sin embargo, el énfasis central del mensaje de despedida está clarísimo. Algunos de los temas se solapan, pero es posible discernir ocho verdades importantes que Moisés quiere dejar con los peregrinos hebreos antes de que éstos entren en el futuro desconocido. Esto es una octava de ánimo divino. Su mensaje es tan relevante ahora como lo fue cuando Moisés lo compartió por primera vez con aquel pueblo de natural aprensivo.

1. El hecho del amor (33:2–5)

Como el cántico del capítulo anterior (32:1–2), las bendiciones comienzan exaltando la revelación de Dios en su Palabra. Antes de dirigirse individualmente a las tribus,

Moisés tiene algo que decirles como conjunto. Por última vez les recuerda la naturaleza, los atributos y las características del Dios que les han llevado hasta ese punto. Una vez crucen el río, es posible que la vida les tiente con una serie de experiencias desagradables. En momentos de confusión, tentación y adversidad, tendrán que recordar la verdad de que Dios les ama. Aquí tenemos una realidad espiritual más allá de toda duda concebible: *aun amó a su pueblo*. El énfasis, transmitido en el participio hebreo *amó* (no «amado») recae en el amor de Dios, intemporal e inmutable. Éste es uno de los temas centrales de Deuteronomio (4:37; 7:8; 10:15; 23:5), y Moisés lo repite aquí para beneficio de todas las tribus.

Sus palabras introductorias presentan una imagen literaria majestuosa de Dios que viene a ellos, escoltado por ángeles, en una procesión triunfal, para ver a sus hijos reunidos. Las tribus están a punto de entrar en Canaán, pero Moisés les recuerda que, primero, Dios ha viajado hasta ellos. Estos versículos ilustran nuestra observación sobre la interpretación de la poesía hebrea. No siempre resulta sencillo determinar el significado preciso del texto original, pero el mensaje primario está claro: su Dios es un amante totalmente fiel que viene (2), protege (3), instruye (3–4) y gobierna (5).

a. El Amante se reúne con los amados

Él toma la iniciativa. Este retrato inicial es una «teofanía», una representación poética de Dios en términos notablemente humanos. Dios se desplaza hacia ellos como un viajero del desierto, ansioso por reunirse con su pueblo antes de que ellos empiecen su importante viaje. Quiere que sepan que está con ellos, no como un Dios del pasado, encerrado en la experiencia de sus ancestros o a punto de desaparecer con Moisés. Ha viajado hasta los llanos de Moab especialmente para encontrarse con su pueblo reunido. Es un lenguaje vívido, pictórico, parecido al de otros pasajes del Antiguo Testamento como el cántico de Débora y el salmo de Habacuc.⁸ Esta impactante introducción transmite el mensaje esencial de que, en todas nuestras relaciones espirituales, la iniciativa parte de Dios. No tenemos que pasar incontables horas buscándole con frenesí; Él viene a nosotros. Aquí la verdad se plasma al principio de las bendiciones y, como recordatorio final, vuelve a aparecer en la conclusión. Aquí, el Señor viaja por el desierto y cruza las montañas (2); más adelante cruza los cielos y cabalga en las nubes (26). La doctrina de la encarnación es una rica descripción teológica de la iniciativa amante de Dios. A Jesús se le llamó «Emmanuel», que significa «Dios con nosotros». El Padre amó tanto que dio a su único Hijo. Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo.¹⁰

b. El Amante protege a los amados

Todos los consagrados a él estaban en su mano. Aunque en el Antiguo Testamento la palabra *consagrado* se usa para hablar tanto de los ángeles como del pueblo de Dios, el contexto sugiere que el significado en este caso es el segundo. Aquellas vidas que se consagraron a Él reciben su especial cuidado. Los israelitas podían temer caer en manos

de los cananeos pero, por difícil que fuera el camino que tenían por delante, Dios les había prometido que les mantendría a salvo en su mano poderosa. Una parte del acuerdo descrito en estos pactos decía que la nación-vasalla siempre estaría protegida por la dominante. El Señor había pactado, en este tratado con ellos, que nunca fallaría al pueblo de su pacto, ni lo abandonaría.

c. El Amante instruye a los amados

Jehová viene del *Sinaí*, el lugar donde estableció su pacto con ellos. La imagen de los mensajeros o testigos angélicos la primera vez que se dio la ley es un concepto que aparece en ambos Testamentos; figura tanto en la predicación de Esteban como en la enseñanza de Pablo. Dios transmite el mensaje en presencia de *diez millares de santos*, y este Amante que habla a sus hijos por medio de *la ley que ordenó Moisés* anticipa la obediencia amante de ellos: *ellos siguieron tus pasos, recibiendo dirección de ti* (3).

d. El Amante gobierna a los amados

Se retrata a Dios como *rey* de Israel. *Jesurún* (el apelativo cariñoso de Israel) ya no está pagado de sí mismo ni es rebelde como en el cántico condenatorio del capítulo anterior (15). Ahora es fiel a su nombre, «el justo», respondiendo en amor a los mandamientos de Dios y disfrutando de la protección de su poder soberano. Esta impresionante teofanía anima al pueblo de Dios a alabar su iniciativa, a disfrutar de su protección, a obedecer sus enseñanzas y a confiar en su soberanía.

2. El conflicto inevitable (33:6–7, 11, 20, 22)

Aunque el pueblo de Dios está en su mano, no están exentos de ataques. El tema del conflicto aparece en varias de estas bendiciones dirigidas a las tribus. El soldado creyente podía sentirse peligrosamente superado en número, pero la oración de Moisés es que la tribu de Rubén *viva y no muera, y no sean pocos sus varones*, y que cuando a Judá *sus manos le basten*, el Señor *sea su ayuda contra sus enemigos*. A Dios se le invita a *herir los lomos de los enemigos* de Leví. El viejo líder ruega a Dios que dé a Gad *la fuerza del león, que arrebató brazo y testa*, y que Dan sea como *cachorro de león, que salta desde Basán*. Antes de que el pueblo cruzase el Jordán, dos de estas tribus, Rubén y Gad, ya habían recibido territorio al este del río. Junto con la media tribu de Manasés, estarían aislados de la hueste principal del pueblo de Israel, y podían sentirse especialmente vulnerables. Necesitaban estar seguros de que Dios sería su protector fuerte e invencible.

Todo creyente que quiera vivir para Dios en medio de un entorno incrédulo tiene que estar dispuesto a enfrentarse al conflicto y a los problemas. Escribiendo a Joyce Hales en 1554, el reformador encarcelado John Bradford le dijo que todos los creyentes genuinos deben estar dispuestos a padecer de una u otra manera. Ella había cuidado de él y de sus compañeros en los momentos difíciles, y él le dijo claramente que quienes

siguen a Cristo no pueden eludir el camino del rechazo:

Si abrazas a Cristo con sus ropajes, no puedes despreciarle con sus harapos... ¿Podrá ser rechazada la piedra angular y gozar de paz las otras piedras, más bastas, del edificio de Dios en este mundo?... Por tanto, conténtate cuando te corten y te arranquen esquilas... Eres uno de los corderos de Cristo: por tanto, espera ser trasquilada, arrastrada e incluso sacrificada. Si fueras oveja de mercado, disfrutarías de pastos más ricos y abundantes. Pero dado que eres propiedad de Dios, debes pacer en el páramo, soportando las tormentas y aluviones que caerán... Padece y espera... porque Cristo es el Emmanuel, es decir, Dios con nosotros.

3. La prioridad del servicio (33:8–10)

La tribu de Leví estaba dedicada al servicio a Dios. Sus hijos debían proporcionar los sacerdotes a Israel, y la bendición de Moisés esboza sus responsabilidades: ejemplar, pastoral, pedagógica y litúrgica.

Su función ejemplar consistía en honrar las palabras de Dios. El estilo de vida cotidiano de esta tribu debía encarnar la verdad de que Dios debe ser lo primero en la vida humana. Para que esta verdad se demostrara constantemente en la comunidad israelita, se exigía a los levitas poner la obra de Dios aun antes de las exigencias de sus familias. Leví decía de sus padres: *nunca los he visto* (9). Esta frase recuerda aquel trágico incidente del becerro de oro, cuando se ordenó a los levitas que fueran el instrumento del juicio de Dios sobre el pueblo idólatra, aun si los ofensores pertenecían a sus propias familias. Se trata de un claro recordatorio de principio bíblico inflexible: que la obediencia a Dios debe preceder a todas las otras lealtades.¹⁴

Su responsabilidad pastoral consistía en discernir la Palabra de Dios. El sacerdote era el pastor en Israel, y los individuos acudían a él para discernir la mente de Dios cuando debían tomar las decisiones importantes de su vida. El *Urim y Tumim* eran las piedras planas que formaban parte del equipo del sumo sacerdote. Sus nombres respectivos, inscritos en ellas, se derivan probablemente de las palabras que significan «maldición» (*urim*) y «perfecto» (*tumim*). Si, al ser arrojadas, ambas piedras mostraban el lado *urim*, el sacerdote daría confiadamente una respuesta negativa a la pregunta que le planteó la persona que buscaba ayuda; ignorar ese consejo podría acarrear una maldición. Si una piedra mostraba el lado *urim* y la otra el *tumim*, el sacerdote contestaba que en aquel momento no era posible dar una respuesta concluyente. En la época del Antiguo Testamento, la gente acudía al sacerdote levita para que les ayudase a tomar las decisiones correctas, y en una sociedad primitiva, la evidencia externa de este tipo era objetiva y tranquilizadora, igual que más adelante se echaron suertes para descubrir a la persona correcta que debía sustituir a Judas entre los apóstoles.

Ahora que el Espíritu Santo habita en la vida de todo creyente, estos medios externos de obtener guía no son ni necesarios ni adecuados. Los cristianos disponen de una Biblia completa, del ejemplo perfecto de Jesús, del acceso inmediato a la presencia

de Dios, del testimonio interno del Espíritu Santo, de una conciencia sensible, del privilegio de desarrollar una mente cristiana madura, y del consejo en oración de amigos fiables. Por consiguiente, no es correcto que los cristianos recurran a una pía mentalidad «de adivinanzas», o que sólo les convenzan formas inusuales de confirmación espectacular. La exigencia de Gedeón de una señal externa (el milagro del «vellón») no se incluye en la Escritura como un ejemplo que deben seguir los cristianos de fe. En su misericordia y su gracia, Dios accedió a la petición de aquel hombre débil, pero es evidente que Gedeón tenía una carestía importante de fe, porque siguió pidiendo señales visibles cuando el Señor ya le había hablado de una forma tan clara.

La responsabilidad educativa de los levitas consistía en explicar la Palabra de Dios. *Ellos enseñarán tus juicios a Jacob, y tu ley a Israel.* El sacerdote era el guardián de la verdad de Dios: *ellos guardaron tus palabras, y cumplieron tu pacto.* No tenía sentido pedirle al sacerdote que usara el *urim* y *tumim* para descubrir si estaba bien que un hombre furioso matase a su vecino ruidoso, o si un hombre pobre podía robar a un amigo rico que, sin ningún problema, podía pasarse sin alguno de sus bienes. Dios ya había hablado en el pacto sobre el asesinato y el robo, y lo que dijo tenía una aplicación universal. No hacía falta añadir nada más sobre estos asuntos. Por muy convencidos que digan estar los cristianos, cometen un grave error si afirman que Dios les ha concedido la autoridad para hacer algo que su Palabra prohíbe. Él no cambia de opinión para hacer la vida un poco más cómoda a quienes quieren saber qué es lo correcto y lo mejor.

La responsabilidad litúrgica de los levitas consistía en exaltar el nombre de Dios. El *incienso* de la oración creyente, y los *holocaustos* del sacrificio eran expresión de la adoración de los levitas, y su ministerio como líderes de la alabanza israelita nos ofrece algunas ideas importantes a los creyentes cristianos. Nosotros también adoramos (reconocemos el valor de Dios) cuando expresamos en oración nuestra dependencia, y entregamos nuestros cuerpos en sacrificio vivo.

Ya desde la época de la Reforma, la doctrina del «sacerdocio de todos los creyentes» ha sido un concepto importante del protestantismo. Hemos de recordar que significa algo más que «soy tan bueno como el ministro de culto»; nadie duda de la posibilidad de que sea así, y menos el ministro. Dada la enseñanza de estos versículos, la frase debería significar que, como creyentes-sacerdotes, nosotros también reconocemos que debemos servir a Dios antes que a nadie más; insistir en seguir su voluntad sea cual fuere el precio; convertir en nuestro objetivo firme obedecer su Palabra, y ofrecer la adoración de la oración cotidiana y la vida entendida como sacrificio vivo.

4. La garantía de ayuda (33:12)

La tribu de Benjamín nunca fue muy grande, pero eran los *amados de Jehová*. A pesar de su número y sus recursos limitados, podían confiar en su ayuda en los momentos difíciles, porque el Señor *es escudo* y protección de quienes se sienten

débiles, incapaces o en inferioridad numérica. Aquel a quien *Jehová ama mora entre sus hombros*. Dios lleva a sus hijos en su seno.

a. Dios lleva a sus hijos con compasión

El gran tema del amor presente en este libro se aplica ahora a una minoría específica dentro de Israel. Es una imagen memorable, que Moisés empleó antes (1:31): la de un padre amante y sabio que lleva a casa, sobre sus hombros, a su hijo cansado. Era un mensaje perfecto para un pueblo enfrentado a un viaje agotador.

b. Dios lleva a sus hijos y a ellos les agrada

Son *amados de Jehová*, y a Él le deleita llevarles consigo. Un padre llevará alegremente a su hijo o hija de esta manera, no porque sea necesario o se lo pida, sino por el mero placer que le produce hacerlo. El padre está orgulloso de llevar a su hijo, y a éste le gusta que lo lleven.

c. Dios lleva a sus hijos y ellos pueden confiar en Él

El creyente puede *habitar confiado cerca de él*, sabiendo que Dios *le cubrirá siempre*. A finales del siglo XVII, escribiendo a su congregación de Northamptonshire, el pastor Thomas Browning animaba a su pueblo perseguido a que fueran fieles a Cristo. Les recordaba que el Señor ha prometido cuidar de ellos; también ellos pueden *habitar confiados*. Pero, si quieren que Dios les proteja, deben mantenerse cerca de Él: «Mis hermanos, no huyáis. Manteneos firmes... No hay sombra como la sombra de las alas de Dios; por tanto, manteneos cerca de Él».

d. Dios lleva a sus hijos siempre

Ellos están protegidos *siempre*. Este padre nunca estará demasiado cansado como para llevarles sobre sus hombros fuertes; nunca nos dejará. En un momento especialmente difícil de su vida, Lutero halló fuerzas en la verdad de que Cristo le llevaba, como un barquero robusto; Él es quien lleva a su pueblo a salvo a través de las grandes adversidades de su vida: «Cristo no sólo es el compañero sino... también el ayudador, sí, el barquero... y sin duda llegará a la otra orilla».

5. La alegría de ser fructíferos (33:13–17)

En este mensaje dirigido a la tribu de José hay tres cosas evidentes de inmediato. Es la más larga de todas las bendiciones a las tribus, aquella que más recuerda a la bendición que Jacob dio a su hijo José. Es también el mensaje que tiene las imágenes poéticas más ricas: el rocío vivificante, las fuentes de aguas, los *frutos escogidos* de los montes, los campos ubérrimos y la seguridad de las colinas eternas, así como *las*

mejores dádivas de la tierra. Los miembros de esta tribu atesoraban la historia de su gran ancestro. Es cierto que él vivió una vida fructífera, pero pagó un gran precio.²⁵ Los nombres que dio José a sus hijos Efraín y Manasés (ambos mencionados en esta bendición mosaica) resumían perfectamente su historia de sufrimiento y de éxito: «Dios me hizo olvidar todo mi trabajo... Dios me hizo fructificar en la tierra de mi aflicción». Los peregrinos a punto de entrar en una nueva tierra necesitan este recordatorio: que poca bendición hay exenta de sufrimiento. La vida en Canaán tendrá sus problemas. Para fructificar el dolor es inevitable. El Señor Jesús lo dejó claro a sus discípulos; si el dueño de la viña quiere disfrutar de una buena cosecha, debe podar cuidadosamente sus vides.²⁷ En su consejo pastoral a la tribu de José, Moisés se concentra en la fuente, el medio y el grado de productividad.

La fuente de la productividad es el propio Señor generoso. Esta tribu estaba a punto de entrar en un territorio donde sus habitantes creían que Baal era el dador de las cosechas abundantes. Debía honrarse y aplacarse para que la tierra fuera fructífera. Pero esta bendición comienza con la poderosa nota correctiva de una confianza basada en la oración: *Bendita de Jehová sea tu tierra... con los más escogidos frutos del sol* (13–14). Todo depende de *la gracia del que habitó en la zarza* (16). La referencia a la zarza ardiente no es casualidad. Esta frase fascinante, ¿recuerda la experiencia personal del propio Moisés, cuando Dios le prometió llevar a su pueblo a esta misma tierra que ahora se extendía delante de ellos? Al final de su ministerio, ¿recuerda Moisés lo que le dio confianza al principio? En aquel momento su confianza estaba sólo en Dios, el «yo soy» confiable, el Dios de fidelidad inmutable, el futuro mejor²⁹ y la seguridad presente. La *zarza ardiente* fue el lugar donde el ángel del Señor se le apareció por primera vez, y le dijo que se quitara las sandalias porque pisaba tierra santa. Cuando el sucesor de Moisés, Josué, cruzara el río, también le abordaría un mensajero de Dios, y le pediría que se descalzase; la nueva tierra también era santa. La referencia imaginativa a la zarza ardiente recuerda el pasado y anticipa el futuro. El «yo soy» eterno ha prometido a su pueblo que dará fruto.

El medio de la productividad serían los dones del propio Dios. El pueblo no podía fabricar el rocío de la mañana; las profundas fuentes que nacían de la tierra eran regalo generoso del creador de la vida. La bendición recuerda a la tribu su dependencia total de Dios. El pueblo podía trabajar en las viñas y los campos, pero si querían ser fructíferos, descansaban en recursos totalmente fuera de ellos mismos: el rocío y la lluvia del cielo y el agua preciosa de las fuentes subterráneas (13), el sol, la luna, el orden de las estaciones del año agrícola. Sus vecinos paganos adoraban al sol y a la luna, pero los hebreos sabían que estos magníficos aspectos de la creación eran la obra de Dios, y adorarlos suponía deshonorar y desobedecer a quien los hizo. La bendición de Moisés para José recuerda a los viajeros que están en deuda con Dios.

El grado de productividad es vasto y abundante. Durante décadas el pueblo de Dios ha errado por el desierto estéril, pero Él está a punto de concederles *lo mejor... lo más escogido... las mejores dádivas de la tierra y su plenitud* (13–16). En estos versículos se usa cinco veces la palabra hebrea *meqed*, para describir algo de la máxima calidad. Dios es generoso con su pueblo que confía en Él. Esto no quiere decir que tengamos todo lo

que queramos, pero no nos negará nada de lo que necesitemos.

La bendición de ánimo para José encara el futuro con realismo. La prosperidad agrícola será inútil a menos que vaya acompañada de la fuerza militar. La tribu debe tener *astas de búfalo*, si quiere proteger y conservar sus cosechas abundantes. La época de la cosecha era el momento en que llegaban los invasores, robando y saqueando los campos. Dios les daría la capacidad de resistir a sus enemigos, además de la fuerza para recoger su grano.

6. La promesa de seguridad (33:18–19)

Durante los años en el desierto, el pueblo que pertenecía a las diversas tribus debió de preguntarse a menudo cómo les iría la vida. Era normal que se sintieran aprensivos, dubitativos, aun temerosos, pero en las bendiciones se les asegura que el Señor tiene en mente sus necesidades concretas. Cuando Zabulón e Isacar pensaban en su nueva vida en una tierra extraña, Dios les prometió un futuro feliz, seguro y enriquecedor.

a. La anticipación de su felicidad

Las palabras iniciales (*Alégrate, Zabulón... y tú, Isacar*) invitan a las tribus a dar gracias a Dios por los planes amantes que ha hecho para su futuro. Su miedo es una pérdida de energía emocional, porque Dios tiene grandes cosas aguardándoles.

b. La descripción de su seguridad

Dios les protegerá tanto si viajan (*cuando salieres*) como en el hogar (*en tus tiendas*). Libres de peligros y angustias, podrán convocar a los adoradores agradecidos al *monte* local, donde podrán *sacrificar sacrificios de justicia* (ofrendas «justas», no idolátricas), en paz y seguridad. El *monte* puede hacer referencia al Tabor, que estaba entre los dos territorios. Tristemente, hacia el siglo VIII, albergó un santuario donde se ofrecían sacrificios a Baal. Éste es otro ejemplo de la honestidad y el realismo bíblicos; a menudo existe un trágico vacío entre lo que quiere Dios y lo que conseguimos nosotros.

c. La garantía de su enriquecimiento

Los días en que sus recursos eran limitados casi han acabado. Dios tiene en mente un nuevo estilo de vida para ellos. Una vez se asienten en los territorios que se les distribuyan, *chuparán la abundancia de los mares, y los tesoros escondidos de la arena* (19). Se les abrirán nuevas formas de comercio; teniendo un cómodo acceso al mar y a los lagos, podrán dedicarse a la pesca, y desarrollar la manufactura de tintes (a base de conchas) y de cristal (a base de arena).

7. La necesidad de la obediencia (33:20–21)

El territorio que recibió Gad estaba, como el de Rubén y la mitad del de Manasés, en la orilla oriental del Jordán. Ese pueblo fuerte (*como león*) heredó *lo mejor de la tierra*, pero sus habitantes no serían egoístas en su disfrute de los dones de Dios. De acuerdo con las instrucciones divinas, debían cumplir *los mandatos y los justos decretos de Jehová*, cruzando el río para luchar junto a sus compatriotas israelitas. Dejaron a sus mujeres, sus familias y sus escasos bienes, arriesgando la vida, aun cuando no se beneficiarían directa y personalmente. Hicieron esos sacrificios para que sus hermanos israelitas se establecieran en Canaán. Dios les había pedido que tomaran parte, de modo que debían hacerlo. Las dos tribus y media que al final se asentaron en la tierra separadas del resto por el Jordán recibieron una alabanza especial de labios de Josué, por su actitud desinteresada y obediente. La historia de su respuesta decidida a la Palabra de Dios es un ejemplo para todos nosotros.³⁸

8. La garantía de ayuda (33:22–29)

Independientemente de su situación geográfica en la tierra, cada tribu necesitaba la seguridad de que Dios estaba con ellos. Pueden anticipar con confianza su fuerza (como un joven león, sin miedo, enérgico, 22), su aprobación (*la bendición de Jehová*, 23) y sus recursos (*moje en aceite su pie*, 24). Se les dice que el Señor está cerca, a su alrededor y debajo de ellos.

a. Dios está cerca de ellos (33:26)

La bendición concluye con una imagen atractiva del Dios de Jesurún que acude presuroso en su ayuda, *cabalgando sobre las nubes con su grandeza*. Al principio de las bendiciones se le describió como alguien a la cabeza de una magnífica caravana que atravesaba las tierras desérticas; ahora se apresura a acudir al lado de su pueblo, que se halla en inferioridad numérica y depende de Él. Este retrato de un Dios que viaja por los cielos se convertiría en algo muy importante para ellos en las décadas que tenían por delante. Aquí tenemos precisamente el simbolismo con el que se describían las actividades bélicas de Baal.⁴⁰ Antes de entrar en Canaán se les dijo que no hay nadie *como el Dios de Jerusún*, quien es único y está cercano. No sólo vino en el pasado al Sinaí (2), sino que vendrá en el futuro a Canaán. No deben pensar en Él como en una deidad despegada, distante. Es un Dios que cuida de su pueblo, y no le abandonará.

b. Dios está alrededor de ellos (33:27)

Tras años y años en el desierto, trasladando a menudo sus frágiles tiendas, pronto encontrarán ciudades bien fortificadas con poderosas murallas y fuertes puertas. Sus endebles campamentos acogerían a unas comunidades vulnerables, casi inermes. ¿Qué les pasaría entonces? El Señor les garantizó fortificaciones espirituales invencibles. Los cerrojos de sus puertas serían como el hierro y el bronce; sus fuerzas físicas se

renovarían milagrosamente a cada amanecer, y podrían contar con los baluartes protectores de la presencia del propio Dios: *el eterno Dios es tu refugio... escudo de tu socorro, y espada de tu triunfo* (27, 29).

c. Dios está debajo de ellos (33:27)

La misión que tenían por delante sería muy exigente. Habría días malos, cuando apenas lograrían encontrar fuerzas para seguir adelante. Pero en esos momentos recordarían esas últimas palabras que Moisés compartió con ellos: *acá abajo los brazos eternos*.

En los momentos finales de la bendición, al pueblo de Dios se le recuerda que son un caso único: *¿quién como tú, pueblo salvo por Jehová?* (29) Nadie es como ellos, porque no hay nadie como Él (26). Su asentamiento en la tierra fue testimonio elocuente a sus vecinos paganos de que para el Dios de Israel no hay nada imposible. Sus adversarios tenían mejores soldados, pero Dios se aseguró de que tuvieran menos fuerzas. El Dios de Jesurún conquistaría a sus enemigos (27a) y renovarían sus recursos (28). El hecho de que les recordasen esto antes de embarcarse en una misión nueva y amenazante les serviría para estar tranquilos, para cobrar fuerzas y estar bien provistos. *Bienaventurado tú...* (29).

Deuteronomio 32:48–52; 34:1–12

28. NADIE COMO ÉL

El mensaje de este libro alcanza su punto culminante con un grupo de breves viñetas biográficas, imágenes orales bien perfiladas, que describen las prioridades, presiones y éxitos de un hombre de Dios notable. La primera imagen es la de Moisés que contempla (32:48–52; 34:1–4) la tierra donde no se le permitía entrar. Otra es la de un anciano que mira hacia arriba (9), rogando a Dios que su sucesor tenga fuerzas suficientes para cumplir con sus responsabilidades. En una escena final, el retrato vuelve a echar la vista sobre la vida del líder (10–12), contemplando *los hechos grandiosos y terribles que Moisés hizo*. El Señor dispuso las circunstancias físicas de la muerte de Moisés de tal modo que el pueblo israelita nunca pudiera visitar su tumba, pero su inspirador epitafio se conserva en las últimas palabras de este libro. Antes de él hubo grandes creyentes (Enoc, Noé, Abraham, José), y tras él personajes importantes, pero no hubo *nadie como él* (11). Aquí se retrata a Moisés como el siervo al que Dios animó, capacitó, disciplinó y sustituyó.

1. Dios animó a Moisés

A lo largo de los años, la atención que prestaba Moisés a la Palabra de Dios le había enseñado una lección por encima de todas las demás: nada es más importante que estar dentro de la voluntad divina. Para el pueblo de Israel, el peor momento de su vida siempre era cuando debía cumplir la voluntad revelada de Dios. En los días de antaño, Moisés había rogado que todos los caminos se le cerrasen hasta que el Señor prometiese recorrerlos con él: «Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí». El siervo de Dios quería entrar en Canaán y lo había dicho (3:25), pero durante su vida atesoró una ambición más grande, que sobrepasaba de forma natural todo deseo natural de autosatisfacción. Aquel anhelo más profundo lo expresó en una oración anterior, para poder *obedecer* («enséñame tus caminos»), *conocer* («para que te conozca») y *complacer* («para seguir hallando tu favor») a Dios. Este deseo triple proporcionó a Moisés la motivación esencial de toda su vida. Por tanto, si un Padre amante había dicho que no le llevaría (1:31; 33:12) al otro lado del Jordán, no había más que añadir. Nada le importaba más que conocer, obedecer y complacer a Dios. Moisés sabía que las cosas que deseamos no son siempre lo mejor para nosotros. Hay momentos en los que sólo Dios sabe la diferencia entre lo que simplemente queremos y lo que realmente necesitamos. Los momentos en los que nos sentimos «con necesidad» son los que nos ofrecen las mejores lecciones. Moisés obtuvo más de mirar la tierra de lo que habría conseguido viajando por ella. Austin Farrer solía orar así:

Oh, Dios, sálvame de mí mismo, de este yo que proyecta la densa sombra de sus propios propósitos y deseos en todas las direcciones en las que intento mirar, de modo que no me deja ver qué me estás enseñando, tú, mi Señor y Dios. Enséñame a salir de mi propia luz, dejando que brille la tuya.

Sin embargo, aunque Dios dijo «no» a su deseo de entrar en Canaán, Moisés no quedó indefenso. Sumido en su decepción y anhelo naturales, lo que vio y oyó le fue de ánimo.

Moisés vio la tierra. En diversos puntos de la narración se menciona especialmente el hecho de que Moisés pudo *ver* (32:49) el territorio, a pesar de no poder acceder a él. Notemos cómo, una y otra vez, la invitación a «ver» y la prohibición de «entrar» parecen contraponerse adrede: «mira con tus propios ojos, porque no pasarás el Jordán» (3:27); y *Verás, por tanto, delante de ti la tierra; mas no entrarás allá* (32:52). *Te he permitido verla con tus ojos, mas no pasarás allá* (34:4); y otra vez: «Y después que la hayas visto, tú también serás reunido a tu pueblo». ¿Por qué este énfasis reiterado en ver la tierra con sus propios ojos? ¿Tenía algún sentido que la viera cuando no se le permitía entrar en ella?

Es esencial que apreciemos los principios de la ley hebrea relativos a los derechos territoriales. No era tan sólo una forma de limitarle, permitiéndole echar un vistazo tentador a un territorio desconocido. En una época judía posterior, la práctica de «ver»

la tierra tuvo unas implicaciones legales muy importantes entre el pueblo israelita, pero aquí vemos en funcionamiento el mismo principio que apareció en la vida de Abraham: «Alza ahora tus ojos, y mira... porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia».⁶ También lo vemos en la tentación de Cristo: «Y le mostró todos los reinos del mundo... y le dijo: Todo esto te daré».

Debemos tener en mente esta práctica judía sobre todo cuando leemos en una parábola de Jesús lo que nos parece una excusa poco amable: «He comprado una hacienda, y necesito ir a verla». Consideramos una auténtica tontería que un comprador adquiriera un campo sin examinarlo primero, pero lo que se describe ahora es la transferencia legal y formal de la propiedad que aquel hombre acababa de adquirir. Al mirar la tierra, a Moisés se le había concedido el privilegio único de tomar posesión de todo aquel país en nombre de todo su pueblo. Por este motivo se le dice que mire en todas direcciones hasta donde le alcance la vista (3:27), y discierna las características geográficas de su extenso territorio: *toda la tierra... toda la tierra de Judá hasta el mar occidental, el Neguev, y la llanura* (34:1–3). Todo era suyo, aunque no se le permitió tomar posesión del territorio personalmente.

El episodio de Moisés que contempla la tierra encierra un principio espiritual vital; no todo lo que se le «da» a un creyente es una posesión adquirida de inmediato. Parece que algunos cristianos quieren tenerlo todo a este lado de la eternidad. Somos herederos de una rica herencia, de eso no cabe duda, pero algunas de nuestras posesiones garantizadas pertenecen a una tierra en la que aún hemos de entrar. Cuando algún creyente insiste en que debemos reclamar *ahora* todo lo que heredamos (unas vidas carentes de pecado, unos cuerpos constantemente sanos, unas relaciones perfectamente armónicas, una prosperidad ilimitada y garantizada), su actitud no es otra cosa que un lamentable error, sobre todo cuando la Escritura deja claro que buena parte de lo prometido lo recibiremos en el futuro. Aún están por venir cosas mejores. La herencia «incorruptible, incontaminada e inmarcesible» aún no es nuestra; se guarda «en el cielo» para aquellos que creen. Ahora podemos «mirar» pero, por el momento, nuestros pies deben quedarse a este lado del río.

Moisés escuchó la promesa. Al ver la tierra, Moisés supo que su pueblo la recibiría como don inmediato, pero si quería morir en paz necesitaba algo más. Era cierto que les pertenecía por derecho (porque él la estaba viendo), pero ¿cómo podría estar seguro de que la poseerían para siempre? Cuando miró hasta donde le alcanzaba su aguda vista (34:7), Dios le dirigió sus últimas palabras: *Esta es la tierra que juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu descendencia la daré* (34:4). Al escuchar de nuevo esa promesa reiterada y fiable de Dios, quedó más allá de toda duda que la tierra era su posesión inmediata y también permanente. Él sabía que por todo el territorio cananeo acechaban graves peligros, y que el mero hecho de verla le dejaría con el temor de que, aunque ahora pertenecía al pueblo, bien pudiera ser que la perdiera pronto. Su «mirada» podría permitirles el acceso a ella, pero sólo lo que escuchara confirmaría su permanencia. La promesa de Dios decía que era el regalo que Él les hacía para siempre; era *que yo doy por heredad a los hijos de Israel* 32:49, 52). Aquel regalo sólo lo volvería a tomar si ellos abusaban persistentemente de sus privilegios (29:27–28) e, incluso

entonces, se les devolvería cuando admitieran su transgresión (30:4–5).

Lo que vio (la tierra) y oyó (la promesa) aportaron a Moisés una paz inmensa. No podía seguir caminando con el pueblo viajero, pero pronto se «reuniría» con el pueblo que ya había «llegado».

2. Dios preparó a Moisés

La descripción de Moisés como *siervo de Dios* (34:5) es especialmente relevante en nuestra escena contemporánea. El tema del liderazgo se trata mucho en el mundo moderno, y los buenos cursos de formación se concentran en las estrategias necesarias, las técnicas eficaces y la adquisición de habilidades. Nadie duda de que todo lo que hagamos para Dios deberíamos hacerlo bien, pero existe el peligro sutil de que los impecables métodos comerciales puedan marginar aquellas cualidades que son tan esenciales, como la espiritualidad personal y la motivación refinada. El modelo esencial del siervo, que Jesús no dejó de enfatizar, puede verse imperceptiblemente desplazado por el modelo que presenta este mundo, el del líder autoritario, el director eficaz o el empresario con éxito. Jesús rechazó deliberadamente estos patrones de liderazgo: «No será así entre vosotros». Todo creyente debería ser esclavo de Dios, lo cual quiere decir que nos centremos siempre en la voluntad divina en vez de en nuestros deseos, en complacerle antes que en alcanzar una posición, en su gloria antes que en nuestro éxito.

Estas últimas frases de la biografía veteroestamentaria de Moisés nos recuerdan que, siempre que Dios llama a un hombre o a una mujer a su servicio, le proporciona todos los recursos necesarios, físicos, materiales y espirituales que necesitará para realizar su tarea. A los siervos de Dios nunca se les niegan sus bendiciones.

Moisés recibió todos los recursos físicos que necesitaba. Aunque tenía *ciento veinte años cuando murió; sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor* (34:7). En sus años de ancianidad era consciente de sus limitaciones (31:2), pero mientras necesitó fuerzas, el Señor se las concedió. Es como si los escritores bíblicos quisieran asegurar a sus lectores que lo que le retuvo en Moab no fueron las limitaciones físicas. Si Dios lo hubiese decidido así, Moisés hubiera podido cruzar fácilmente el Jordán y entrar en todas las ciudades cananeas. A lo largo de toda su vida Moisés tuvo una experiencia personal de la promesa capacitadora que había compartido recientemente con la tribu de Aser: «como tus días serán tus fuerzas» (33:25).

Moisés recibió todos los recursos materiales que precisaba. Junto con sus compañeros de peregrinaje, experimentó la provisión única de Dios durante todos sus dilatados viajes: durante aquellos años, nunca tuvieron que remendar ni arreglar sus ropas ni su calzado (8:4; 29:5). Dios siempre les dio las cosas que necesitaban, aparte de las energías precisas. Éste es un milagro de la providencia de Dios, que no queda limitado a los tiempos bíblicos. La historia de George Müller, de Bristol, es uno de entre miles de testimonios de la fidelidad de Dios a la hora de responder a las necesidades prácticas de sus siervos.¹⁴

Moisés recibió todos los recursos espirituales necesarios. Las narraciones bíblicas insisten en que Moisés disfrutó de un privilegio único en la intimidad de su comunión con Dios. Una frase de su epitafio comparte el secreto de su dinámica espiritual; era alguien *a quien conoció Jehová cara a cara* (34:10). Es probable que estas palabras quieran recordar su cita diaria con Dios en el tabernáculo de reunión, cuando el Señor solía hablarle «cara a cara, como habla cualquiera a su compañero». Aquella narración temprana sobre la disciplina de Moisés en la oración se enmarca en el contexto de la adversidad y la apostasía. En aquel tiempo el pueblo hebreo fue culpable de una deslealtad, idolatría e inmoralidad aplastantes.¹⁶ Fue uno de los periodos más difíciles de toda la carrera del siervo de Dios; las exigencias del liderazgo eran inmensas, pero nada le apartó del lugar de oración. Aquella comunión cotidiana «cara a cara» con Dios le permitió mantener su propia integridad espiritual; también garantizó que recibiera la visión necesaria, moral y espiritual, para detectar y eludir los pecados de sus contemporáneos.

3. Dios disciplinó a Moisés

La vida de Moisés es un ejemplo enriquecedor para todos nosotros, pero si nos limitamos a exaltar sus virtudes no estaremos atendiendo a la enseñanza de la Escritura ni a las grandes personalidades de la Biblia. Moisés no estaba exento de errores. La Biblia es un libro honesto, y no hace nada por ocultar el hecho de que sus personajes más destacados fueron pecadores como nosotros. Sólo hubo uno que no cometió ninguna transgresión. Todos cometieron errores, algunos de ellos tremendamente graves, pero, en su justicia, Dios manifestó sus pecados y, por su misericordia, los lavó. A pesar de sus éxitos únicos (34:10–12), Moisés distaba de ser perfecto, y los fracasos del siervo de Dios se incluyen deliberadamente en su biografía. Sin esta honestidad y este realismo, las historias de los grandes personajes bíblicos nos intimidarían en lugar de inspirarnos. Nos darían la impresión de que todos esos grandes hombres y mujeres llevaron unas vidas intachables, lo cual los situaría totalmente fuera de nuestro mundo. En lugar de ello, al leer la Biblia nos encontramos con la enormidad de sus pecados, además de con la integridad de su fe.

La prohibición de que Moisés entrara en la tierra parece deberse a dos motivos principales: los pecados del pueblo y los suyos propios. Se debía sin duda alguna a los pecados del pueblo; notemos el uso repetido «a causa de vosotros» (1:37; 3:26). Todo iba destinado a enseñarles una lección sobre la responsabilidad colectiva: cuando pecamos, aparte de nosotros se ven afectadas otras personas.

Sin embargo, esta prohibición se debió también al propio pecado de Moisés, para darle una lección sobre la responsabilidad personal. Hemos de observar la naturaleza de ese pecado, para así admitir su gravedad en nuestras propias vidas. En este momento crucial de la historia, existe una sorprendente ambigüedad que probablemente es intencionada. Es posible que hubiera más de un motivo por el que no se le permitió entrar en la tierra en compañía de los otros peregrinos. Quizá lo que se

pretende es que examinemos nuestros propios corazones en lugar de suponer que conocemos el suyo. La historia bíblica sugiere que es posible que intervinieran diversos factores, cada uno de los cuales jugó un papel en su exclusión de Canaán.

Quizá lo que le impidió entrar en la tierra fue la ira. La narrativa nos retrotrae sin duda al incidente en Meriba de Cades. El Señor dice a Moisés que *no me santificasteis en medio de los hijos de Israel* (32:51). La ocasión se describe en Números 20, cuando los hebreos se encontraron sin agua en el desierto de zin. Aquel fue un momento duro para Moisés. Tenía una gran presión emocional al echar de menos a su familia; acababa de perder a su hermana Miriam. Además, el pueblo se enfrentó a Moisés y Aarón por la carencia de agua. Murmuraron que, por su culpa, habían salido de Egipto y ahora estaban a punto de morir en el desierto.

El Señor da instrucciones detalladas a Moisés sobre lo que debe hacer. Debe reunir a todo el pueblo y, tomando el báculo de la autoridad que Dios le ha dado, «hablar a la peña a la vista de ellos; y ella dará su agua». Moisés debía *hablar* a la roca, pero en lugar de ello la golpeó con el báculo, posiblemente motivado por el enfado al ver la actitud rebelde e insubordinada del pueblo. ¿Quizá se le llenó el corazón y la mente de aquel temperamento apresurado de tiempos pasados de tal modo que, de repente y sin avisar, le superó? Una cosa está clara: no deberíamos asumir que los pecados superados de otros tiempos ya no tienen la capacidad de volver a tumbarnos. Quienes piensan que están firmes, vigilen que no caigan.²⁰ Dependemos totalmente del Señor para obtener fuerzas, hasta los últimos momentos del día que se va.

Quizá fue la impaciencia lo que le excluyó de entrar en la tierra. No sólo golpeó la roca, sino que lo hizo dos veces. Aun si hubiera entendido mal las instrucciones divinas de hablarle a la peña, no hacía falta que la golpease dos veces. Resulta triste pensar que aquel hombre que, con el paso de los años, había evidenciado una paciencia y una tolerancia tan impresionantes, careciera de ellas en un momento tan crucial de la historia israelita.

Quizá fue la desobediencia lo que no le dejó entrar en Canaán. Posiblemente Moisés sabía lo que había dicho Dios, que le hablara a la roca, pero en lugar de ello decidió hacer lo que le parecía mejor, no lo que Dios había ordenado. Ésta es una manera de interpretar las palabras de Números 27:14: «fuisteis rebeldes a mi mandato en el desierto de zin... no santificándome en las aguas a ojos de ellos». Gracias a los largos años que pasó en Madián, es posible que Moisés conociera una antigua técnica beduina que decía que, en determinadas circunstancias, golpear con fuerza un estrato quebradizo de roca podía liberar un depósito oculto de agua refrescante. En aquel momento es posible que Moisés pusiera su propia razón y experiencia por encima de la revelación divina.

También pudo ser la arrogancia lo que le impidió seguir el camino. Cuando Moisés se dirigió al pueblo descontento, exclamó: «¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?». Hay un salmo que conserva cuidadosamente una antigua tradición que sostiene que lo que ofendió a Dios fue lo que dijo Moisés. Parece ser que, en las aguas de Meriba, el pueblo amargó el espíritu de Moisés de tal modo que «habló precipitadamente con sus labios».²³ Es posible que las palabras precipitadas también

fueran orgullosas. ¿Cómo podía decir un simple mortal «os hemos de hacer salir aguas»? El hombre humilde sólo debería haber dicho: «¿os hará él... Él?».

Quizá fue la irreverencia lo que le expulsó de la tierra. Las narraciones de Números 20 y 27 registran el hecho de que, «cuando la congregación se rebeló», Moisés perdió una oportunidad única, incluso en medio de aquel contexto hostil, para «santificar» a Dios en la presencia de aquellos viajeros rebeldes. El suceso en aquella peña ofreció a Moisés una ocasión única para demostrar al pueblo cuánto reverenciaba el nombre de Dios y honraba su voluntad, pero perdió la oportunidad y se convirtió en un episodio que disgustó a Dios, dio al pueblo una idea equivocada y entristeció a Moisés.

Aunque el pueblo era conflictivo y estaba descontento, Dios no pretendía negarles el agua. Él es más generoso de lo que merecemos. Sin embargo, la Escritura incluye esta historia como un serio recordatorio más de lo fácil que es hacer lo correcto de un modo incorrecto.

No estaría bien ser dogmáticos sobre el motivo concreto de la exclusión de Moisés; es probable que no pueda achacarse a un error particular. Es posible que se combinaran varios factores para indicar que era el momento de que la obra de Moisés llegase a un final silencioso. No obstante, una cosa está clara: el incidente tiene un mensaje persuasivo, que es que no debemos tomarnos a broma el pecado.

A pesar de todo, antes de que abandonemos este aspecto sombrío de la historia, debemos recordar que Dios es misericordioso; aquel hombre excluido no lo fue para siempre. El epitafio o esquila al final del libro no es la última línea en la historia de Moisés. Llegó un día en que entró en Canaán. Siglos después de la invasión de la tierra, Jesús estuvo en el Monte de la Transfiguración y Moisés estaba a su lado, junto con el profeta Elías. Aquel día, ambos líderes del Antiguo Testamento, representantes de la ley y los profetas de Israel, tuvieron un privilegio superior al de inspeccionar una nueva tierra; oyeron hablar de una nueva vida. Hablaron con Cristo del acontecimiento salvador único que estaba a punto de realizar en Jerusalén. El deseo de Moisés, ver los propósitos de Dios en pleno desarrollo, se cumplió más allá de todo lo que podría haber imaginado. Llegó a hablar con el Hijo de Dios, aquel «profeta» único cuya venida él predijo. Mientras estaban reunidos en el monte, Moisés escuchaba con gran atención cada palabra; estaba más que dispuesto a «escuchar» todo lo que el Señor decía (18:18–19).

4. Dios sustituyó a Moisés

Moisés sabía que la misión de su vida había concluido. Aunque no podía viajar con los peregrinos, sabía que estaban en las manos capaces de un hombre al que había formado personalmente, y con quien había orado con frecuencia. El testimonio final de este libro sobre el sucesor de Moisés nos ofrece la transición necesaria al siguiente libro de la Biblia. Se nos dicen cuatro cosas sobre Josué: era capaz, era sabio, sabía aprender y era dependiente (34:9).

a. Josué era capaz

La expresión *espíritu de sabiduría* pudiera hacer referencia a la obra del Espíritu Santo (margen de la NIV). En la época del Antiguo Testamento, el Espíritu de Dios capacitaba a ciertas personas para realizar determinadas misiones. No habitaba en todos los creyentes (como es el caso ahora), sino que descendía sobre individuos concretos durante un tiempo limitado, para concederles las cualidades necesarias para cumplir unos ministerios especializados. Nadie podría hacerse cargo de las responsabilidades de Moisés a menos que poseyera unos recursos que trascendieran sus dones naturales, inevitablemente limitados. Lo que consiguió hacer Josué en Canaán se debió enteramente al hecho de que era un hombre en quien moraba el Espíritu. Ciertamente, parece que la personalidad de Josué traslucía la presencia del Espíritu en el momento en que fue nombrado oficialmente el sucesor de Moisés. Al anciano se le instruye que «Toma a Josué... varón en el cual hay espíritu, y pondrás tu mano sobre él».²⁶ Es como si el Señor enfatizara que no estaba lleno del Espíritu gracias a la oración de Moisés (34:9), sino como don de Dios.

b. Josué era sabio

El don particular que el Espíritu de Dios impartió a Josué fue *el espíritu de sabiduría*. Dentro de la enseñanza del Antiguo Testamento, la sabiduría consiste en mucho más que en el progreso intelectual. Es la capacidad práctica de discernir la mente de Dios en todas las circunstancias de la vida. Esto era claramente necesario para Josué en los días que tenía por delante. Si quería poseer el territorio cananeo, necesitaría una sensibilidad espiritual que le permitiera descubrir los planes divinos para el pueblo en diversas situaciones: cómo cruzar un río crecido, cómo conquistar ciudades inexpugnables, cómo distribuir la tierra, cómo inducir la adoración del pueblo, etc. Sólo un hombre espiritualmente sabio, que no tuviera otra ambición que la gloria de Dios, podría tener éxito en una empresa en constante transformación, que exigía una amplia variedad de habilidades distintas.

c. Josué era receptivo

Fue Moisés quien *puso sobre él las manos* (34:9), el hombre que había confiado en él como siervo cuando Josué era más joven. La imposición de manos iba unida a la oración, señalando a alguien para que Dios le bendijese, identificándole públicamente como aquel por quien se ofrecía la oración especial. Sin embargo, Moisés no puso sus manos sobre un desconocido. Aquel joven había sido fiel, antes que nada, en un servicio menos destacado, de manera que ahora se le podía confiar una misión de mayor responsabilidad.²⁸ Seguramente Josué aprendió mucho de Moisés durante aquellas oportunidades cotidianas en las que conversaba con Dios en el tabernáculo de reunión. ¡Cuántas veces debió Moisés abrirle el corazón, cargado de problemas, a aquel

joven siervo tan entregado que le acompañaba a la tienda! A lo largo de los años, Josué recibió mucho de Moisés. Después de todo, cuando Moisés salía del tabernáculo, se esperaba de Josué que permaneciera dentro un rato, quizá meditando en lo que habían compartido; ahora le tocaba a él transmitir estas cosas a sus contemporáneos.

d. Josué era dependiente

Moisés *puso sobre él las manos*. Deseaba que, en los años ignotos que tenía por delante, aquel joven siguiera lleno del *espíritu de sabiduría*. A lo largo de este libro hemos visto cómo Moisés cumplió las diversas tareas que le fueron encomendadas: pastor, maestro, administrador, consejero, ejemplo, predicador. Fue eficaz en todos estos ministerios tan diferentes y exigentes porque, por encima de todo, era un hombre de oración. Dependía de unos recursos fuera de sí mismo, y sabía que todo lo que le había sido concedido de una forma tan generosa no le sería negado a Josué. Por tanto, es muy pertinente que nuestra última visión de ese gran hombre de Dios sea la de un intercesor compasivo, que impone las manos, en dependiente oración, sobre su sucesor, preparado pero inexperto.

Deuteronomio concluye su mensaje recordando a los mayores que, como Moisés, tienen la responsabilidad de preparar a la siguiente generación para la obra de Dios. También recuerda a los ancianos que es posible que aún tengan que cumplir el papel más importante de su vida, siendo intercesores persistentes, bien informados y empáticos. Además, dice a todo el mundo, sea cual fuere su edad, que nada de lo que queramos hacer para Dios tendrá éxito a menos que sea inspirado, esté dirigido y controlado por una oración sumisa y confiada. Los hombres y mujeres no viven «sólo de pan», sino que deben extender sus manos vacías para recibir el sustento.

El libro concluye como empezó, con la imagen de un líder, esta vez un líder nuevo, dispuesto a retomar la obra de Dios en un país distinto. Nos recuerda que, en el servicio al Señor, nadie es indispensable ni irremplazable. Nos anima asegurándonos que la obra de Dios siempre es más grande que el mejor de los obreros, y que siempre que Él señala a hombres y mujeres para su servicio se ha comprometido a dotarles de las fuerzas necesarias. Las últimas palabras de Deuteronomio son un saludo al pasado. El ministerio de Moisés se describe en términos de excelencia envidiable; no hubo «nadie como él» (10). Sin embargo, su vida en la tierra había concluido, y sus acuciantes responsabilidades fueron confiadas a otros. En todas las generaciones, las vidas de los creyentes dedicados se sitúan constantemente en el umbral de nuevas oportunidades y de recursos inagotables.